

PASCUAL ALMAZAN
**UN HEREJE Y
UN MUSULMAN**

*Edición y prólogo
de
ANTONIO CASTRO LEAL*

Lectulandia

Un hereje y un musulmán es una de las mejores novelas históricas mexicanas de ambiente colonial, por ello era indispensable, y también urgente, ponerla al alcance de los lectores para que, tanto la crítica como el público, le dieran el lugar que le corresponde en nuestra literatura narrativa del siglo XIX.

El título de la novela se refiere a dos de los personajes principales, que son, uno, motivo o pretexto de la acción y, el otro, beneficiario criminal de ella. El hereje es un flamenco, el doctor Ernesto Gutherzig, cuyo apellido («buen corazón») latinizado se convierte en Eucario. A los diecinueve años estuvo en Wittenberg, estudió teología con Lutero, de quien recibió también sus primeras lecciones de música; fue amigo íntimo de Melanchton, y acató como maestros a los iniciadores de la Reforma, hasta llegar a lo que él llamaba «la cima del desengaño». Abandonó entonces toda especulación teológica y se doctoró en Derecho Civil; pero, en lugar de explotar su profesión en los tribunales, aceptó una cátedra en la Universidad de Lovania. Ahí tuvo por discípulo al joven Adriano, hijo de su antiguo compañero de escuela Gotlieb van der Ulmen (cuyo nombre españolizado en la novela es Teófilo Dolmos) terrateniente radicado en la Nueva España. Al terminar Adriano sus estudios invita al doctor Eucario a regresar con él, lo cual éste acepta gustoso para salvarse del Duque de Alba y de la Inquisición que se iba a establecer en los Países Bajos.

El musulmán es don Josef Alavez y Mudarra (Yusuf ben Alabed, descendiente de Mahoma). A su padre Zobeir Alavez ciertas calamidades — en las que perdió al resto de la familia— lo obligaron a abjurar falsamente. Fue bautizado en Granada en compañía de su hijo, quien en esa ciudad estudió leyes, se entrenó en las armas y se relacionó con gente principal. El islamismo luchaba todavía por posesiones en el mundo, y un buen día recibió Zobeir proposiciones para establecer en las costas de la Nueva España una colonia musulmana que —una vez bien poblada y aprovechando el odio de los indios por los españoles y la ayuda de barcos comprados en Portugal— podría adueñarse de la tierra y propagar su religión. Zobeir, que ya estaba viejo, reservó el proyecto para su hijo. Ambos se trasladaron a la Nueva España en 1564 y adquirieron, en la costa de Nautlan, terrenos que les recordaban las huertas de Valencia. Muerto el padre, Alavez —que había logrado entrar en la Real Audiencia como Relator— aumentó los terrenos adquiridos, pero tuvo que retardar la ejecución del proyecto debido a diversas circunstancias, entre ellas la conjuración de los Ávila.

Lectulandia

Pascual Almazán

Un hereje y un musulmán

ePub r1.0

Titivillus 06.12.16

Título original: *Un hereje y un musulmán*
Pascual Almazán, 1870
Edición y prólogo: Antonio Castro Leal

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

EN 1868 PUBLICA Vicente Riva Palacio *Monja y casada, virgen y mártir* y también su segunda parte, *Martín Garatusa*. A la curiosidad e interés que despertaron estas novelas por la vida de la Colonia, por las intrigas y aventuras de la corte virreinal, los castigos y persecuciones de la Inquisición, y los desafíos, crímenes y disturbios dentro y fuera de la capital, creo que hay que atribuir la aparición de *Un hereje y un musulmán*, que el abogado Pascual Almazán, bajo el seudónimo de Natal del Pomar, publicó en 1870 en México, en la imprenta de Luis G. Inclán, el famoso autor de *Astucia*.

La novela ha sido olvidada injustamente. Esta segunda edición aparece poco más de noventa años después de la primera. Las historias de la literatura mexicana de Julio Jiménez Rueda, Carlos González Peña y Francisco Monteverde no mencionan la obra de Almazán. Y los tratados especiales, como *The Mexican Historical Novel* (Nueva York, 1939) de J. Lloyd Read, la *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX* (México, 1953) de Ralph E. Warner y la *Breve historia de la novela mexicana* (México, 1959) de John S. Brushwood y José Rojas Garcidueñas, le dedican algunos elogios, aunque los comentarios y resúmenes que hacen estas dos últimas revelan una lectura incompleta o superficial.

*

El título de la novela se refiere a dos de los personajes principales, que son, uno, motivo o pretexto de la acción y, el otro, beneficiario criminal de ella. El hereje es un flamenco, el doctor Ernesto Gutherzig, cuyo apellido («buen corazón») latinizado se convierte en Eucario. A los diecinueve años estuvo en Wittenberg, estudió teología con Lutero, de quien recibió también sus primeras lecciones de música; fue amigo íntimo de Melancton, y acató como maestros a los iniciadores de la Reforma, hasta llegar a lo que él llamaba «la cima del desengaño». Abandonó entonces toda especulación teológica y se doctoró en Derecho Civil; pero, en lugar de explotar su profesión en los tribunales, aceptó una cátedra en la Universidad de Lovania. Ahí tuvo por discípulo al joven Adriano, hijo de su antiguo compañero de escuela Gotlieb van der Ulmen (cuyo nombre españolizado en la novela es Teófilo Dolmos) terrateniente radicado en la Nueva España. Al terminar Adriano sus estudios invita al doctor Eucario a regresar con él, lo cual éste acepta gustoso para salvarse del Duque de Alba y de la Inquisición que se iba a establecer en los Países Bajos.

El musulmán es don Josef Alavez y Mudarra (Yusuf ben Alabed, descendiente de Mahoma). A su padre Zobeir Alavez ciertas calamidades —en las que perdió al resto de la familia— lo obligaron a abjurar falsamente. Fue bautizado en Granada en compañía de su hijo, quien en esa ciudad estudió leyes, se entrenó en las armas y se

relacionó con gente principal. El islamismo luchaba todavía por posesiones en el mundo, y un buen día recibió Zobeir proposiciones para establecer en las costas de la Nueva España una colonia musulmana que —una vez bien poblada y aprovechando el odio de los indios por los españoles y la ayuda de barcos comprados en Portugal— podría adueñarse de la tierra y propagar su religión. Zobeir, que ya estaba viejo, reservó el proyecto para su hijo. Ambos se trasladaron a la Nueva España en 1564 y adquirieron, en la costa de Nautlan, terrenos que les recordaban las huertas de Valencia. Muerto el padre, Alavez —que había logrado entrar en la Real Audiencia como Relator— aumentó los terrenos adquiridos, pero tuvo que retardar la ejecución del proyecto debido a diversas circunstancias, entre ellas la conjuración de los Ávila.

La novela se abre con la llegada del doctor Eucario y de Adriano a la hacienda de Teófilo Dolmos en la región del Tajín. Con éste vive Elvira Armengol, sobrina suya, que recogió a la muerte de sus padres. La vida en la hacienda es agradable y tranquila. El doctor Eucario trata de prepararse para la agricultura consultando el tratado de Varrón *De re rustica* y aprovecha sus ocios para enseñar a leer y escribir a dos indios allegados a Teófilo Dolmos. Uno de ellos es Martín —cuya poderosa observación puede rivalizar con la de Sherlock Holmes, pues con sólo leer los rastros sabe que, en un lugar del campo, su amo había llegado una hora antes, en un caballo dorado, que había bebido agua y cazado un faisán, que recogió un perro rabón— y el otro es el cacique Alonso Toncap, que conserva cierta autoridad entre los naturales y que, con gesto de generosidad indígena, paga las lecciones del doctor Eucario obsequiándole una mina de oro.

En una excursión a las ruinas del Tajín descubren a Juan Snail, uno de los marineros de la tripulación que acompañó al famoso corsario inglés Juan Hawkins en su entrada a Veracruz en 1568, que, escapado de las canteras de Santa Marta, en donde trabajaba con otros colegas y paisanos suyos, busca la manera de regresar a Inglaterra. Este personaje volverá a aparecer hacia el final de la historia como actor en un incidente de capital importancia.

Cerca del Tajín están también las tierras adquiridas por Alavez para el famoso proyecto de penetración musulmana. Conocemos a este personaje en la visita que hace a Teófilo Dolmos. Nos damos cuenta de su carácter turbio y de su doblez. El autor nos hace ver que es más caviloso que capaz de una acción coordinada, y aparece —muy justificadamente— como uno de esos instrumentos humanos inadecuados con los que las culturas que ya han perdido su nervio y su grandeza, pretenden inútilmente detener su decadencia.

Elvira Armengol, la joven pura y tierna, inocente y hermosa, despierta al mismo tiempo la pasión juvenil de su primo Adriano Dolmos —cuyo amor al fin corresponde— y la sensual inclinación de Alavez, que desde un principio se propone incluirla en sus tenebrosos proyectos de dominación y triunfo.

Adriano Dolmos tiene que ir a la ciudad de México a terminar sus estudios en la Universidad. El doctor Eucario lo acompaña, pero en una venta de Perote descubre a

unos dependientes del Santo Oficio que van a México y, considerando ese encuentro de mal agüero, se regresa al Tajín. Un enfriamiento sufrido en aquel lugar lo postra y acaba por llevarlo a la tumba. El viaje del joven Dolmos complace grandemente a don Josef Alavez, pues considera que su ausencia le dejará el campo libre para conquistar el amor de Elvira.

En el trayecto del camino a México, Adriano Dolmos y los viajeros que lo acompañan son testigos y a veces actores de una serie de incidentes —curiosos, regocijados o instructivos— que dan una idea de lo que pasaba en aquellos años del siglo XVI en zona tan frecuentada de la Nueva España como la ruta de Veracruz a México.

Adriano estudia leyes en la Universidad de México. Hay que mencionar, por la consecuencia que después tendrá en la historia, que un vecino de Zozolco encarga al joven Dolmos y a un compañero suyo un pleito curioso. La tía de dicho vecino dotó la misa de Santa María Magdalena en la iglesia de ese lugar con mil pesos cada aniversario, a condición de que la imagen de ella se coloque en el altar al lado del Evangelio, que ocupa la imagen de San Miguel. La cofradía de este santo se llamó a despojo y presentó un alegato encareciendo los méritos de su patrono en contra de los de la Magdalena. El vecino de Zozolco ofrecía cien pesos —suma enorme para entonces— por un escrito que, diciendo todo lo que esa santa representa para la Iglesia y los católicos, inclinara la balanza en su favor. Los bachilleres lo redactaron, triunfó María Magdalena y se hizo el cambio de imágenes.

Mientras Adriano estudia en México enferma en el Tajín su padre. El mal es grave y no cede, a pesar de la intervención del famoso doctor Francisco Hernández, que anda por aquella región en una investigación botánica que el rey de España le ha encomendado. La receta de una herbolaria parece mejorar a Teófilo Dolmos; pero Alavez, que acompaña al paciente para ayudarlo a preparar su testamento —en el que logra quedar como albacea—, aprovecha un momento en que el enfermo, ya muy debilitado, dormita para clavarle en el oído un punzón o fistol que saca de un estuche. Muere instantáneamente Dolmos. Se le venda la cabeza, se le amortaja y el crimen queda ignorado de todos. Alavez registra entonces los papeles del doctor Eucario y entre ellos encuentra algunas cartas comprometedoras, que pueden dañar también a su discípulo Adriano Dolmos.

Muerto Teófilo Dolmos va Elvira a vivir en México en la casa de Van Opdam, un flamenco amigo de su tío. En una junta de la Inquisición Alavez, como Relator de la Real Audiencia, acusa de herejía a Adriano, basándose en una carta de su maestro el doctor Eucario, que presenta como prueba. Adriano es detenido y encerrado en las cárceles de la Inquisición. En un refrigerio que se ofrece a los funcionarios del Santo Oficio, saca Alavez de un estuche un pequeño cuchillo para mondar una fruta. Los asistentes admiran la curiosa arquilla, lamentando que el juego de sus piezas esté incompleto, pues falta un punzón o fistol.

Sigue su curso el proceso de la Inquisición. Se ordena la exhumación del cadáver

del hereje —el doctor Eucario— y se comisiona a un Familiar de la Inquisición de Veracruz para que la lleve a cabo. Se traslada a Zozolco y para cumplir la diligencia escoge como testigo al cacique Alonso de Toncap. Al inquirir donde está enterrado el doctor Eucario se le informa que en la iglesia, bajo el altar de San Miguel. Pero como la disputa de lugares entre este santo y la Magdalena —que hemos referido antes— fue posterior a la muerte de Eucario, el cadáver que exhuman es el de Teófilo Dolmos.

Para establecer la identidad le quitan las vendas de la cabeza, encuentran el punzón encajado en el oído y el cacique Alonso explica que el cadáver es de Dolmos y se da cuenta entonces de la verdadera causa de su muerte y del autor de ella. Se levanta un acta y se envían a la Inquisición en México los dos cadáveres.

Aquí debemos detenernos para dejar al lector el placer de descubrir por sí mismo el final de la historia.

*

La novela comienza con cierta lentitud y parsimonia, deteniéndose —acaso excesivamente para el gusto del lector moderno— en una serie de descripciones de lugares y de antecedentes de personas, cuyo propósito principal es ir creando el fondo y el ambiente del cuadro en que van a actuar los personajes.

Se diría que el autor no encuentra desde el principio la forma expedita de organizar su narración, que tarda en enhebrar los hilos de la historia. Por ello se adivina fácilmente que esta novela es su primera experiencia literaria. Pero no hay duda que Pascual Almazán tenía vena de escritor, porque conforme avanza la narración aumenta el interés, y hay un punto en que —como sucede en toda buena novela— no sólo se siente que el autor ejerce dominio sobre sus personajes y los sucesos en que los ha hecho intervenir, sino que unos y otros parecen imponerle un cauce más natural y un ritmo más rápido. A partir de este momento el lector se siente ampliamente compensado del lento desarrollo inicial, que parecía poco prometedor.

Los personajes están pintados esquemáticamente; de su carácter no se destacan más que los rasgos más elementales, los indispensables para justificar su acción en el desarrollo de los acontecimientos. El doctor Eucario —como observa J. Lloyd Read en el libro citado antes— es sin duda el más impresionante y convincente. Este hereje, cuyo temperamento estoico le permite contemplar con serenidad el duelo a muerte entre católicos y protestantes, pertenece a la familia espiritual de Erasmo de Rotterdam. Es cierto —según explica Read— que «como odiaba toda intolerancia no podía aceptar ni el fanatismo del grupo religioso dominante ni el de los reformadores» y que «consideraba a ambos grupos culpables del mismo error fundamental». Pero creo que el crítico norteamericano se equivoca al afirmar que ese sabio personaje «sintetiza los ideales del propio autor».

La comprensión y aun la simpatía con que el autor presenta al doctor Eucario hay

que considerarlas más bien como una muestra de su capacidad artística y no como una inconsciente confesión doctrinaria, ya que el licenciado Almazán perteneció desde su juventud al núcleo más cerrado de la facción conservadora —en el que estaban Haro y Tamariz, así como los generales Severo del Castillo, Luis G. de Osollo y Miguel Miramón— y, además de ocupar puestos públicos cuando la reacción clerical ascendía al poder, figuró en la corte de Maximiliano, primero como funcionario y después como Consejero de Estado.

Por otra parte, el compromiso adquirido por el autor al anunciar en la portada de su libro que se trataba de una «novela histórica», le impuso la obligación —para dar una idea de la vida y las costumbres de la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVI— de utilizar anécdotas y sucesos reales consignados en historiadores y cronistas, que cita escrupulosamente en cada caso. Sus principales fuentes para este fin son la *Monarquía indiana* de Torquemada, el *Teatro mexicano* de Vetancourt, el *Teatro angelopolitano* de Bermúdez de Castro, *Los tres siglos de México* del Padre Cavo y las llamadas *Noticias de Puebla* de Miguel Zerón Zapata, que corrían manuscritas en aquel tiempo y que en 1945 publicó el Padre Mariano Cuevas con el título de *La Puebla de los Ángeles en el siglo XVII*. Y cuando Almazán menciona sucesos extraordinarios o casos curiosos de España, Francia, Inglaterra o los Estados Unidos no deja de dar, en una nota al pie de la página, el nombre del autor y el título de la obra donde se puede comprobar que se apega fielmente a la verdad histórica.

Pero, con habilidad de novelista que sabe manejar la historia para adaptarla a las necesidades de su relato sin traicionarla abiertamente, aprovecha aquellas lagunas de las crónicas, aquellos momentos de los que no han quedado informaciones históricas precisas. Así, por ejemplo, hace figurar a Francisco Drake en la costa de la Nueva España después de la entrada del famoso corsario inglés John Hawkins (conocido en el imperio español por Juan Aquines) al puerto de Veracruz en 1568. El caso pudo ser posible porque, una vez terminada la batalla del 23 de septiembre de ese año, después de la cual huyeron Hawkins en el *Minion* y Drake en el *Judith*, nada supieron uno del otro hasta que se encontraron en Inglaterra. La descripción que de esa batalla hace John Snail —uno de los personajes de la novela— es bastante somera. No habría sido más amplia aunque Almazán hubiera conocido la relación del propio Hawkins —que publicó Hakluyt en *The principal navigations and voyages of the English nation* (1598-1600)— que es también demasiado breve. No pudo leer la versión más amplia del mexicano Juan Suárez de Peralta, cuyo cuñado, Agustín de Villanueva, fue uno de los rehenes cambiados para asegurar el pacto que los corsarios ingleses impusieron a la flota española, en la que llegaba el virrey don Martín Enríquez, porque sus *Noticias históricas de la Nueva España*, cuyo manuscrito se encontraba en España, no fueron publicadas por Justo Zaragoza hasta el año de 1878.

El encuentro con Juan Snail en el Tajín da base al autor para dedicar dos capítulos a Hawkins y uno a Drake, que eran uno de los temas más apasionantes en la época en que ocurre la novela. Sólo de un modo tangencial pertenece *Un hereje y un musulmán*

a la categoría de las narraciones de piratas y corsarios, en las que, antes de 1870, el primer mexicano que se ensayó fue Justo Sierra O'Reilly, con su historia de *El filibustero*, publicada en *El Museo Yucateco* (1841-1842), y después Eligio Ancona, autor de una novela que lleva también el título de *El filibustero* (1866) y luego Vicente Riva Palacio con los *Los piratas del Golfo* (1869).

El Profesor J. Lloyd Read, en el libro citado antes, considera que la novela de Almazán es superior a cualquiera de las de Riva Palacio y de Juan A. Mateos, tanto en la composición como en el estilo. Creo que tiene razón nada más en lo que toca a este último. Pero no hay duda que los méritos de ella le permiten figurar muy decorosamente al lado de las mejores de ambiente colonial de esa época, las de Eligio Ancona, de Irineo Paz y, sobre todo, de Vicente Riva Palacio. En este género la primera y la mejor se había publicado veinte años antes, es *La hija del judío*, de Justo Sierra O'Reilly, que no creo que haya conocido Almazán, porque en ella hubiera podido aprender una técnica más cerrada y emocionante, y algo de ese suspenso que le falta al novelista poblano y que era uno de los méritos principales del ilustre procer yucateco.

Un hereje y un musulmán es una de las mejores novelas históricas mexicanas de ambiente colonial, por ello era indispensable, y también urgente, ponerla al alcance de los lectores para que, tanto la crítica como el público, le dieran el lugar que le corresponde en nuestra literatura narrativa del siglo XIX.

ANTONIO CASTRO LEAL

Noticia biográfica

JOSÉ PASCUAL ALMAZÁN nació en la ciudad de México el año de 1813. Sus padres fueron José María Almazán y María Josefa Rojas, oriundos de Puebla. De niño se trasladó a esta ciudad e hizo sus estudios en el Colegio del Estado, que había sido en los tiempos de la Colonia el Colegio del Espíritu Santo y después, para honrar a Carlos III, el Colegio Carolino. Su dedicación al estudio fue notable. Sus certificados escolares prueban que a los diez años traducía a Fedro y las epístolas de Cicerón, y un año después a Horacio, Virgilio y las oraciones de Cicerón.

Fue profesor en 1833 y se recibió de abogado el 13 de marzo de 1835. Ejerció como juez en Acatlán, Tepeji de la Seda, Tehuacán y Atlixco. En 1841 casó con Luz Valverde y de Moral, que murió en 1851 dejándole seis hijos. El mismo año de 1841, cuando el Plan de Tacubaya llevó a Santa Anna a la Presidencia de la República, Tehuacán de las Granadas se adhirió al movimiento y el 7 de diciembre el licenciado Almazán juró las Bases de Tacubaya. Tehuacán lo designó posteriormente uno de los árbitros en la cuestión de límites entre ese Departamento y el de Teotitlán del Camino (Estado de Oaxaca).

Después de 1851 se radicó en Puebla y abrió un bufete que tuvo importantes negocios. A orillas de río Atoyac estableció un molino de trigo, utilizando una turbina de su invención, porque tenía conocimientos de hidráulica y, sobre todo, de ingeniería, aunque no he encontrado pruebas que se haya recibido nunca de ingeniero. Por encargo del Gobierno formó la carta del Estado de Puebla, que se publicó en 1855.

Cuando su compañero de escuela Antonio de Haro y Tamariz se pronunció en Puebla una Junta de Notables, el 23 de febrero de 1855, designó Gobernador al licenciado Almazán. Pocos días después la ciudad fue sitiada por Comonfort y capituló el 22 de marzo. Como los antecedentes políticos del licenciado Almazán despertaron las sospechas de Comonfort, fue aprehendido y desterrado a Jalapa, en donde vivió algún tiempo dedicado a estudios de ingeniería y de historia natural. En 1857, por encargo de Antonio Escandón, estudió el trazo del ferrocarril de México a Veracruz, del cual hizo dos proyectos —uno pasando por Orizaba y el otro por Jalapa— que fueron aprovechados en las dos vías que existen actualmente.

Cuando el Partido Conservador llevó al general Félix Zuloaga a la Presidencia de la República, Juan Hierro Maldonado fue Ministro de Fomento y el licenciado Almazán Oficial Mayor. En 1863 formó parte —con Francisco Chavero y Francisco Díaz Covarrubias— de la comisión nombrada por don Benito Juárez para establecer la equivalencia legal entre las nuevas medidas de aguas y las usadas antiguamente (*surcos, pajas y mercedes*). Estuvo encargado temporalmente de los trabajos de terracería del Ferrocarril de México a Veracruz, en un tramo cerca de la estación de «Purga».

Durante al imperio de Maximiliano fue Inspector General de Ferrocarriles y en 1865 publicó, en dos volúmenes, un tratado sobre caminos, ferrocarriles y canales. Hacia fines del imperio fue Consejero de Estado y, con Cortés Esparza, el único que opinó en favor de la abdicación. A la caída de Maximiliano se le trató con benevolencia: quedó confinado en la ciudad de Puebla y fue nombrado Jefe de Estación del Ferrocarril.

Por entonces debe de haber escrito su novela *Un hereje y un musulmán* (1870) y un poco después su poema *Estifelio* (1874) celebrando al famoso algebrista alemán Miguel Stifel (1487-1567) que usó por primera vez algunos de los signos matemáticos. Levantado el confinamiento volvió a la ciudad de México. Fue director del Ferrocarril de Tlalpan, puesto al que renunció cuando, en 1876, fue electo Magistrado del Tribunal Superior del Estado de Puebla.

De 1877 a 1880 fue Profesor de Literatura en el Colegio del Estado. Se le comisionó entonces para tratar con el general Vicente Riva Palacio, entonces Ministro de Fomento —con el que llevaba buenas relaciones— la cuestión relativa al ferrocarril entre Puebla e Izúcar de Matamoros, cuyo trazo había hecho. En 1883 se trasladó a la ciudad de México, en donde ejercía al mismo tiempo como abogado y como ingeniero. Uno de sus últimos trabajos fue un estudio sobre el Ferrocarril Interoceánico.

Murió en la ciudad de Puebla el 12 de octubre de 1885, según acta que copia Francisco Pérez Salazar en su artículo —al que debo los datos anteriores— «Biografía del Lic. D. Pascual Almazán», publicado en las *Memorias de la Sociedad Científica «Antonio Alzate»*, tomo 42, noviembre de 1923, págs. 305-315; al principio del artículo figura un retrato del licenciado Almazán.

Don Enrique Cordero y Torres trae en su *Diccionario general de Puebla*, tan rico de noticias, seis fichas sobre el licenciado Almazán (números 629, 830, 857, 934, 1019 y 8734) cuyos datos, desgraciadamente, son incompletos y a veces contradictorios.

A. C. L.

BIBLIOGRAFÍA

UN HEREJE Y UN MUSULMÁN. México hace trecientos años. Novela histórica por *Natal del Pomar*. Imp. de Luis Inclán. Calle de San José el Real núm. 7. México, 1870. 1 vol. IV-327 págs. Intercaladas en el texto 4 láminas litografiadas en la Casa de la Viuda de Murguía e hijos, según dibujo de L. Garcés.

Enrique Cordero y Torres, en su *Diccionario general de Puebla* (ficha 1019) menciona una edición de 1895-1896: debe de ser error. La edición de 1870 es la única que se hizo en el siglo pasado.

En nuestra edición seguimos fielmente el texto de la original, modernizando la ortografía y variando la puntuación. De las numerosas notas que lleva al pie de la página la edición original, unas las hemos incorporado al texto, otras las hemos conservado y las que nos parecieron superfluas las hemos suprimido. Hemos suprimido asimismo el subtítulo «México hace trescientos años» porque puede desorientar al lector que ignore la fecha de la primera edición. Finalmente, hemos corregido errores evidentes en el texto español y en la ortografía de los nombres extranjeros.

OTRAS OBRAS LITERARIAS

Discurso en el aniversario del 16 de septiembre pronunciado en Puebla. Imp. de José Maclas. Puebla, 1849. 1 folleto en 4.º, 12 págs.

Estifelio Leyenda sajona (1533) por *Natal del Pomar*. Osorio. Puebla, 874. 1 vol. 40 págs., 34 de texto y 6 de notas. Tiro de 100 ejemplares.

OBRAS TÉCNICAS

Tablas para computar los perfiles transversales de canales, diques, ferrocarriles y caminos. A. Boix. México, 1860. 1 vol. 58 págs. y una lámina.

Tratado sobre caminos comunes, ferrocarriles y canales. Construcción de puentes ordinarios, de fierro y suspendidos; teoría del vapor y su aplicación a las locomotrices y navegación. Obra redactada por orden del Ministerio de Fomento. Imp. Literaria. México, 1865. 2 vol. Tomo I, 350 págs. Tomo II, 352 págs.

CARTOGRAFÍA

Carta del Departamento de Puebla, levantada por orden del gobierno Superior de la República Mexicana. Imp. lit. de A. Castellero. Puebla, 1855

Carta del Estado Libre y Soberano de Puebla, reducida y arreglada a la división actual. México, 1868. (Es una reducción con correcciones de la anterior.)

Carta para la inteligencia de las operaciones del Ejército del Centro y en los alrededores de Puebla, formada por Aurelio Almazán, Ingeniero topógrafo, sobre datos de don Pascual Almazán. Litografía de Salazar. México, 1863.

Carta de la Diócesis de Puebla de los Ángeles (Angelopolitana sive Tlaxcalensis) mandada formar por su actual prelado el Ilmo. Sr. don Francisco de P. Vereá y delineada por P. Almazán. Litografía de Salazar.

Escala 1:1.333.000. México, 1881

La bibliografía anterior figura en el artículo de Francisco Pérez Salazar citado al fin de la Noticia biográfica. Enrique Cordero y Torres, en su *Diccionario general de Puebla* (ficha 8734), dice que de la *Carta del Departamento de Puebla* publicada en 1855 se hizo una edición en Berlín.

A. C. L.

Un hereje y un musulmán

Introducción

MEDIO SIGLO después de la conquista por los españoles, presentaba ya el centro del Anáhuac un aspecto tranquilo, habiéndose convertido generalmente los vencedores en colonos devotos, y avezándose más y más cada día los vencidos a un yugo que no era muy diverso del que habían sufrido bajo los emperadores mexicanos. Las victorias sangrientas de Moctezuma sobre las tribus o naciones limítrofes, y la tiranía respecto de sus súbditos, prepararon la sumisión casi general a los españoles, después de dar doscientos mil aliados a Cortés para destruir el Imperio azteca.

Entretanto la influencia del clero había crecido desmesuradamente; pues, por una parte, la necesidad de perdón la hacía indispensable a los conquistadores, que tanto habían abusado, y, por otra, enseñando los *doctrineros* a los indígenas la religión, o al menos las prácticas exteriores, que son un equivalente para personas rudas, habían adquirido un predominio que los vencedores llegaron a temer y, después, a aprovechar, y que frecuentemente fue útil a los vencidos, protegiéndolos algunas veces, los primeros misioneros, con verdadera caridad y abnegación.

A excepción de la conjuración dudosa del hijo de Cortés y la brutal y efímera tiranía de Muñoz, que siguió y acabó en breve tiempo, no hubo suceso notable en la época indicada, y la calumniaría el autor si para dar interés a esta novela inventara una aglomeración de crímenes y una mezcla de personajes que no sería verosímil ni aun en tiempos recientes, en que las guerras civiles han pervertido el carácter nacional. Para el interés dramático basta un crimen solo.

Hay sin embargo, en las épocas cercanas a la conquista, rasgos biográficos tan curiosos y tan característicos de aquellos tiempos, que para dar una índole histórica a la novela, han debido aprovecharse, aunque no contribuyan a la acción principal, y haya sido necesario seguir el método de Lesage, presentándolos sucesiva y destacadamente.

Han debido figurar también otros caracteres que aun a la historia dan cierto interés romántico. En aquella época surgieron los primeros filibusteros, y su primera derrota fue en las aguas de Veracruz.

El personaje morisco y el discípulo de Lutero, no parecerán extraños a las personas que recuerden la persecución religiosa del duque de Alba en los Países Bajos y en aquellos tiempos, y la más tenaz que Felipe II activaba en la península contra los restos musulmanes. Algunos de los perseguidores buscaron un refugio en la América recién descubierta, y muchos fueron víctimas del Santo Oficio.

Respecto de este tribunal, establecido a los cincuenta años de la conquista, el autor ha tenido presente el apotegma del filósofo que dio más celebridad al siglo XVIII. «Es necesario ser muy torpe —decía— para calumniar a la Inquisición.»

No hará más observaciones el autor, pues sabe que a las personas que lean corresponde formar juicio sobre la obra. Termina, por tanto, diciendo cuál ha sido su

objeto: ha deseado que al concluir el libro el lector, queden en su memoria algunas noticias históricas y varias anécdotas biográficas en que probablemente encontrará cierto interés.

Capítulo I

LA LLEGADA

EN LOS ÚLTIMOS días de marzo de 1569 caminaban alegremente dos viajeros por una de las hermosas selvas que se encuentran al sur de la demarcación de Papantla, en el Estado de Veracruz. El más joven volvía a su patria después de ocho años de ausencia, y su compañero, persona de edad avanzada, que siempre había vivido en el horizonte pantanoso y entre las frecuentes brumas de los Países Bajos y de Sajonia, contemplaba con indecible y silenciosa delicia el solemne paisaje que se iba desarrollando, incesante y variadamente, según avanzaba en su camino difícil y por lo mismo pintoresco.

Y no era sólo la inmensa belleza de aquel panorama la que embargaba suavemente la atención de los viajeros. Mientras evocaba con avidez los siempre gratos recuerdos de la infancia el más joven, su compañero estaba absorto por el placer no menos embelesador de la novedad. Amante de la naturaleza el doctor Ernesto Gutherzig, y habiendo buscado en el estudio un asilo contra las tempestades de una vida angustiada, gozaba de aquel espectáculo con un encanto mayor del que hubiera sentido el mismo Lineo, porque la infelicidad de éste no fue comparable a la que el doctor había sobrellevado.

Unas veces se extasiaba al ver los gigantescos bambúes, sobre los cuales ha derramado Bernardino de Saint-Pierre la ternura poética de su alma, y no podía dejar de unir un suspiro al escuchar cierta especie de sollozo que exhalaban los tallos ligeramente encorvados de aquella gramínea tropical, cuando el viento enmarañado en su follaje los hacía tocarse entre sí. Parecía al doctor que esos gemidos representaban, en la reunión de las plantas, los arrullos de las torcaces en la sociedad de las aves. Más adelante, sorprendían al viajero europeo las voluminosas legumbres de los cuapinoles y de los jinicuales, siendo así que en su patria todos los frutos de esa clase se producen solamente en yerbas de poca altura.

En otras partes admiraba los cacomites y las flores de Santiago de nuestro país; las singulares y aromosas orquídeas, hijas del aire, que apenas buscan un apoyo en las grietas de los grandes árboles, entre los racimos de los pimientos o los abanicos de las palmas. Alrededor de los infinitos grupos que formaba la selva, y sobre el oscuro fondo de su denso y verde ropaje, contemplaba los helechos arborescentes, cuyas extensas hojas formaban una orla semejante a un encaje más fino y vistoso que los elaborados por las jóvenes del país natal del doctor.

Por todas partes veía follajes cortados con simetría y formas desconocidas, flores en que el sol de los trópicos había impreso los colores más ricos; y en todas partes aspiraba un ambiente perfumado, ya con las emanaciones de la vainilla y las

magnolias, y, más adelante, con el embriagante aroma de los floripondios y el liquidámbar.

Al mismo tiempo y mientras seguían su ruta bajo festones de lianas o a la sombra de los palmeros y de los cópites, la humedad del aire comunicaba a los músculos de los viajeros una delicia análoga a la de un baño. Recreaban entretanto sus oídos las prolongadas melodías de los cenzontles, el órgano lejano del clarín de las selvas y las notas silvestres de las calandrias y los papanes, o los distraía la instantánea visión de los ligeros colibríes que reflejaban en su plumaje los más brillantes colores metálicos.

—Me habéis traído en verdad a un mundo nuevo —dijo el doctor a su compañero de viaje, rompiendo el silencio que ambos habían guardado por algunos minutos— y no acertaría a decir si es mayor el placer que me inspira esta tierra semejante al paraíso, o el que me infunde la contemplación del cielo austral, que yo no conocía, y donde en las noches pasadas miraba constelaciones ignoradas, la esplendente Cruz del Sur y los bellos astros de Canopo y Aquernar.

—Me alegra inmensamente vuestro contento, mi querido maestro, y querría yo que fuese perenne. Sin embargo, vuestras sensaciones de placer se amortiguarán cuando estas escenas se os hayan vuelto familiares, aunque yo procuraré ofreceros impresiones nuevas. Pero puedo indicaros unas afecciones que no variarán, y son mi gratitud por haberme enseñado las ciencias y mi estimación por vuestro carácter.

—En cuanto a lo segundo —interrumpió el doctor— nos hallamos en absoluta igualdad, Y por lo que hace a lo primero, va a cambiar pronto nuestro papel, porque ahora os toca enseñarme los usos y virtudes de estas plantas, los nombres y calidades de esta creación animada, y ya veis cuán vasto es el servicio que pretendo imponeros.

—¡Ojalá pudiera yo desempeñarle! Mas advertid que habiéndome alejado de este país cuando tenía sólo doce años, pocos conocimientos había adquirido, y será necesario que seamos ahora compañeros en este estudio. Si mis recuerdos son exactos, uno de los criados que nos siguen nos servirá muy ventajosamente en aquellas indagaciones, porque siempre dirigía su curiosidad a cosas útiles. Y su conversación frecuente con los nativos, cuya lengua conoce bien, le ha dado cierta instrucción, aun en lo que concierne a sus antiguas creencias y sus ritos. Durante nuestra navegación de Amberes a San Lúcar de Barrameda, y de Sevilla a Veracruz, aprendisteis suficientemente el idioma castellano, y ya habéis visto que podéis sin dificultad evitaros la necesidad de un intérprete.

Los dos interlocutores usaban, sin embargo, en sus conversaciones, la lengua flamenca cuando platicaban solos, como sucedía durante el diálogo anterior.

El joven, habiendo llamado con el nombre de Martín a uno de los criados (eran tres los que con cuatro mulas de carga seguían a nuestros personajes) le preguntó si conocía a alguien en aquella comarca que pudiera dar noticias de los animales y las plantas, y de lo curioso que hubiese en las cercanías, o si él mismo había aumentado su instrucción en estos puntos.

—Algo se me alcanza —respondió Martín— y yo podría en varias cosas

satisfacer la curiosidad de sus mercedes. Pero cuando esté presente Alonso Toncap, el que debía ser cacique de Hueytlalpa, yo callaré y a él tocará contestar.

—No debemos estar muy lejos del Tajín —dijo el joven con una mirada interrogativa.

—Si anduviéramos mil varas a la derecha por dentro del bosque, veríamos muy de cerca el gran templo.

—¿Cuál templo? —preguntó el doctor—. ¿De qué divinidad?

—Hace cincuenta años —contestó Martín— que se adoraba allí al dios totonaco de las tempestades. Ahora las culebras silban entre los árboles que crecen sobre la plataforma y los tigres se abrigan en los nichos de sus cuatro frentes.

Otra vez volvió a guardar silencio el doctor, absorto al considerarse tan cerca de los restos de una religión extinguida, sobre las cenizas calientes del paganismo, y aun relampagueó en su espíritu la idea de que el mulato Martín fuese un idólatra. De buena gana hubiera querido desviarse de su ruta por la breve distancia de mil varas, para examinar el templo del Trueno —que ésta es la traducción de Tajín—; pero consideró imprudente su deseo, reflexionando en el mayor y justísimo que su discípulo le había antes manifestado, de ver y abrazar dentro de pocas horas a su padre.

Continuaron, pues, su camino por media hora aún, hasta llegar a una rambla pequeña, por cuyo medio corría un arroyo de inmaculada transparencia.

—Éste es Coyay —dijo el joven alborozado al reconocer el lugar que había sido uno de los teatros de sus juegos infantiles.

—Éste es —contestó Martín— y aquí ha esperado a su merced el amo hace una hora, habiendo venido en su caballo dorado y cazado un faisán que le ha traído el perro Acteón.

El doctor, que estaba seguro de que aquel día y los anteriores, desde la salida de Veracruz, no se había separado Martín de la comitiva, ni había hablado con alguno en la mañana, oyó la aseveración del criado no solamente con sorpresa sino aun sospechando en él algunos ribetes de magia negra. Pasando no obstante en breve la sombra de tal pensamiento, tributo debido a la época y a la nacionalidad del doctor, interrogó con una mirada solícita a su compañero de viaje; mas éste no la adivinó, embebecido en la idea que le sugirió la noticia reciente de quien en otro tiempo le había dado el sér, y la prueba entonces de su anhelo paternal.

Martín notó la indagadora mirada del doctor, mas equivocando la causa, creyó que le satisfecería mejor ampliando su noticia.

—Hace dos horas que llegó el amo —continuó Martín— y creyendo tal vez que no vendrían sus mercedes, se ha vuelto después de beber una poca de agua.

—Perdonadme doctor —dijo el joven—. Comprendéis mi impaciencia por abrazar a mi padre, y como no podríais hacer seguir a vuestro caballo el paso que haré tomar al mío, me adelanto si me dais licencia. Martín os mostrará lo poco que falta de nuestro camino.

Asintió por supuesto el doctor Gutherzig, y deseando indagar cómo había sabido Martín la venida de su amo, entabló con él conversación.

—Tu amo ha tomado agua de este arroyo; yo también la bebería con gusto si no me hubieran aconsejado que me precaviese de las aguas que se infiltran entre los bosques.

—Yo ofreceré a su merced agua pura y muy sana —y al contestar así Martín se bajó de su mula y se dirigió con su machete a un grupo de bambúes al borde del arroyo. Escogió un tallo tierno cuyos cañutos, sin embargo, presentaban la longitud y el diámetro del brazo de un hombre, y habiendo separado una parte, hizo con la punta de su machete dos agujeros en los diafragmas de la caña.

Otro de los criados cortó entretanto la bráctea nacarada de una heliconia para que sirviese de vaso, y allí vació Martín una parte del agua contenida dentro del cañuto, la cual el doctor bebió con gratísimo deleite. Miró entonces en su derredor, vio otro tallo recientemente roto e igual al que había servido para aplacar su sed, y comprendió parte de lo que Martín había anunciado.

—Es claro ya para mí —dijo a éste— que otra persona ha bebido aquí, como yo, esta agua vegetal. Mas ¿cómo sabes que fue tu amo y que vino dos horas ha en el caballo que indicaste?

—Su merced lee en el cielo, según anoche vi; pero yo que no sé leer ni el silabario (aunque tengo grandísima gana de aprender) me entretengo con examinar las señales de la tierra. ¿Ve su merced este rastro de caballo que pone el pie al andar cubriendo la señal que dejó la mano? Pues claro está que anda un trote perfecto como el animal que monta el amo. Hay otros caballos del mismo paso, pero no son del mismo color, y vea su merced cómo en estas lágrimas de liquidámbar que hoy brotaron del árbol, está el pelo dorado porque el caballo se estregó. Ahora mire su merced, en el hueco hecho en la tierra por los cascos se ha filtrado el agua, pero está más turbia en las huellas que van a la hacienda que en las que vienen acá. Yo que soy de la tierra, conozco el tiempo que tarda para aclarar esta agua barrosa. Vea su merced los vestigios que marcó el ala del ave cuando la trajo el perro; allí están al lado de la huella de Acteón, y conozco que él fue porque habiéndose sentado aquí dejó la señal de un animal rabón, como él es, y también las plumas del faisán que seguramente le habían quedado en la boca.

—Comprendo todo. Y en verdad que debe aprender los signos del alfabeto quien, como tú, entiende tan bien los naturales. Dentro de dos meses sabrás leer, porque yo seré tu maestro.

Capítulo II

TEÓFILO DOLMOS

LAS PRIMERAS PALABRAS del padre y el hijo expresaban toda la ternura que rebosa en el amor filial y paterno, después de una ausencia tan prolongada y estando solos ambos, pues estas afecciones tienen también su pudor como el amor femenino.

No nos atrevemos a decir que fuera más graciosa y dulce la recepción con que acogió a su primo una jovencita de diez y siete años que hasta entonces había formado con su tío la familia residente en la hacienda del Tajín, nombre dado a aquella posesión porque en sus terrenos se hallaba el templo desierto de que hemos hablado.

Gottlieb Van der Ulmen o Teófilo Dolmos, como él mismo había españolizado su nombre, era el jefe de aquella familia, reducida como ya se ha indicado a Adriano, su hijo, y a la sencilla y bella Elvira Armengol, hija de una hermana suya. Teófilo y su hermana eran sobrinos de Adriano VI, y tal parentesco valió al primero cierta protección de Carlos V, en memoria de su maestro, a quien había hecho elegir Papa. Las relaciones, frecuentes entonces, entre España y los Países Bajos contribuyeron al enlace de un hidalgo aragonés con la hermana de Van der Ulmen; y como en el reinado de Carlos V estaban ya en desuso muchas de las leyes dictadas en tiempo de su abuela Isabel la Católica, tanto el aragonés como el belga vinieron a México que, como los demás dominios de Indias, debían reservarse, según las disposiciones de aquella reina, para los castellanos puros.

Armengol obtuvo a poco tiempo una encomienda del virrey don Luis de Velasco, y su cuñado estableció en México un comercio en la calle que hasta hoy se llama de los Flamencos; pero considerándose él mismo y, lo que es más, considerándole sus vecinos como extranjero, le pareció mejor volver a la vida agrícola que había llevado en su juventud. Como se ve, el labrador, de una índole tan sencilla como la de Adriano, no se había enorgullecido por su parentesco con aquel buen Pontífice, que en su juventud estudiaba en Utrecht a la luz de los faroles públicos o de las lámparas de las iglesias, obligado por su extrema indigencia, y que ceñida la cabeza con la triple corona, tuvo la sencillez de beber en Roma la cerveza de su país natal preferentemente a los vinos de Italia.

Compró Teófilo los terrenos del Tajín al cacique de Nautlan, habiendo quedado casi desierta por la peste de 1546 aquella comarca, que los españoles llamaron Almería y que abrazaba lo que hoy forma los partidos de Misantla y de Papantla. Los padres de Elvira habían muerto antes, Teófilo la recibió en su familia, compuesta entonces de su mujer y su hijo Adriano. Cuando éste tuvo doce años de edad, le envió su padre a Lovaina para que recibiese en aquella universidad la educación científica,

que terminó bajo la tutela de un condiscípulo de Teófilo en la escuela, el doctor Gutherzig, que hemos presentado ya a nuestros lectores. La madre de Adriano había muerto durante la ausencia de su hijo, quedando así la familia circunscrita a las personas que hemos enumerado.

Apenas había terminado la recepción de Adriano y comenzado la conversación íntima, tan interesante después de una larga ausencia, cuando llegó el doctor, que fue recibido por Van der Ulmen con benevolencia franca y expresiva. Elvira había hecho entretanto que se sirviese algún refresco, indispensable en aquel clima y aquella estación.

—Tú, amigo de mi infancia —dijo Teófilo presentando al doctor una copa de plata con perfumado vino añejo de Andalucía— tomarás, como yo, el vino solo, pues nuestra edad nos dispensa de resentir su energía; mas creo que tú, Adriano, necesitarás mezclarle este refrigerante para alejar todo temor de alguna calenturilla.

Al decir esto le ofreció una garrafa de plata llena de zumo de piña mezclada con agua azucarada, y Adriano medió con esto el vino rojo de la Rioja, que prefirió al muy alcohólico de Málaga. Percibiendo Gutherzig el aroma de la piña, que conocía ya y le había embelesado en la Isla de Cuba, la mezcló profusamente con su vino.

Habiendo encendido después un puro el viejo Dolmos, no pudo el doctor dejar de manifestar su sorpresa. Había visto en aquella isla fumar a los españoles; pero, juzgando con desdén tal costumbre, no creía capaz a un flamenco de adoptarla.

—Ya te avendrás con este uso —le dijo el anfitrión al observar su gesto— es muy a propósito para llenar el ocio de varios ratos de la vida, y, luego, se recibe el placer de satisfacer una necesidad. Creo que si llega a conocerse el tabaco en nuestro frígido país, se extenderá su uso rápidamente. Pero hablemos de objetos que valgan más que el humo. ¿Estás contento con haber cumplido tu determinación de abandonar Europa y vivir para adelante en mi segunda patria? Contarás con el afecto de un hermano y la adhesión de un discípulo, y ya te diré el plan que he formado para libertarte del cansancio del ocio, que será aquí tu único enemigo.

—¡Oh! Tendré tanto que ver y estudiar, y tanto amor que corresponder, que convertiré el ocio, de un enemigo, en un compañero del contento.

En adelante siguió la conversación un giro sentimental al referir el doctor la encarnizada persecución que el duque de Alba hacía sufrir a los flamencos, y luego el corazón de Dolmos se abrió al entusiasmo cuando oyó exponer a su hijo las esperanzas que los Países Bajos fundaban en las eminentes calidades del príncipe de Orange.

La conversación terminó con un brindis a Guillermo, y, cediendo a una idea infantil de Elvira, se hizo perfumado el vino con zumo de naranjas, en lugar de la piña que antes habían mezclado. Adriano propuso un brindis por su linda prima, a quien el instinto de la patria sugería ideas tan felices, y a poco se disolvió la reunión general.

Capítulo III

UN DOCTOR DEL SIGLO XVI

LAS NOTICIAS QUE debemos dar acerca del doctor Gutherzig exigen un capítulo especial, porque, como va a verse, no podría fácilmente desarrollarse su carácter en los diálogos ulteriores.

Comenzaremos por decir que más bien era conocido por el nombre de Eucardio, pues a semejanza de Erasmo, Melancton y casi todos los sabios de aquella época, había traducido al griego su apellido alemán. (Eucardio: Gutherzig: hombre de buen corazón.)

Manifestamos ya que había aprendido los primeros rudimentos de su educación literaria en los Países Bajos, en la misma escuela que Teófilo Van der Ulmen; mas su anhelo por el saber, origen de tanta satisfacción y generalmente de tanta amargura en el estudiante indigente, como lo es la fecundidad para la mujer pobre, no podía verse cumplido en la aldea de su nacimiento. Estaba cerca Lovaina con su célebre universidad, pero el gran esplendor irradiaba entonces en Alemania, de la que con ingente empeño favorecía en Witemberg el duque de Sajonia, y allá se dirigió el año de 1519 el joven Eucardio a la edad de diez y ocho años. Aterrorizado a poco por el semblante escuálido de la indigencia, abatido en su aislamiento y, en parte, impelido por la religiosidad, que en una índole suave generalmente crece con la desventura, tomó el hábito de San Agustín y estudió Teología en la cátedra de Lutero.

Allí le deslumbraron las primeras ráfagas de la Reforma a que, casi sin advertirlo, se lanzó este atrevido innovador. Más audaz Eucardio que su maestro en las indagaciones abstractas, pero incomparablemente más tímido para plantear la práctica de un sistema que, en su colisión con el orden establecido, debiera hacer surgir mil calamitosos disturbios, se encontró de nuevo aislado y objeto de los embates, tanto de los protestantes como de los católicos.

Sus ideas avanzadas le atrajeron de pronto la simpatía de Andrés Carlostadt. Pero ¿qué alianza podía durar entre el impetuoso e inconsiderado fanático que, por satisfacer su orgullo universitario, se aventuraba a conmovier no solamente las creencias religiosas sino aun el sistema social de Alemania, y el escolar pacífico que estimaba con filantropía y comparaba imparcialmente los males causados por una doctrina y los que brotarían al extirparla?

Mientras el doctor Eucardio oscilaba en un vacío de incertidumbre, que la sociedad actual apenas puede comprender, acaeció la terrible escena que ha dado a Casimiro Delavigne al argumento para uno de sus dramas. El doctor Alonso Díaz, empleado en el tribunal de Rota, supo que su hermano no sólo había adoptado las doctrinas de la Reforma, sino que siendo uno de sus más notables campeones, le

había elegido una ciudad de Alemania para que fuese su representante en la gran asamblea que Carlos V había convocado en Ratisbona. Alonso partió de Roma a esta ciudad resuelto, con el tesón español de aquel siglo, a convertir o a matar a Juan Díaz; éste no se dejó convencer, y la espada de su hermano le atravesó el corazón.

Durante las angustias tormentosas de aquella época, halló el doctor Eucardio su refugio y consuelo en la amistad íntima del suave y tolerante Felipe Melanchton, notando con placer que este consejero del reformador pensaba como él en varios puntos.

—¿Qué es lo que debo creer en medio de estas cuestiones religiosas, mi querido Felipe? —preguntó una vez la madre de éste, delante de Eucardio—. ¿Es necesario que abjure yo las doctrinas que creí en mi juventud y en las cuales te eduqué?

—Continuad en ellas, madre amada —le contestó Melanchton— que Dios nos juzgará por nuestras acciones y no por las opiniones que hayamos profesado en aquellos puntos de historia o de teología, que son discutidos porque son los más intrincados y acaso estériles.

Esta tolerancia filantrópica, emanada con verdad y pureza del amor filial, fue en adelante para el doctor Eucardio el lábaro de su opinión y su conducta. Por lo mismo, tanto le aterrorizaban los autos de fe inquisitoriales, como le indignaban y enfurecían la sentencia de Calvino para quemar al unitario español Miguel Servet o los decretos de Enrique VIII para ahorcar a los papistas, quemar a los antipapistas y marcar con la ignominia del patíbulo los huesos del arzobispo de Canterbury, que había muerto trescientos años antes.

Después de haber acatado el doctor flamenco a los innovadores como a sus maestros, colocado luego entre ellos por breve tiempo como su amigo y colaborador, avanzó al fin en la ascendente ruta de la ciencia hacia la cima del desengaño, y juzgó ilusos audaces a la mayor parte, que ofrecían la inmoralidad y la desolación en vez del consuelo, la fe y la paz pública que arrancaban. En la noche de su esperanza, en el abismo de su abatimiento, resolvió abandonar de todo punto los estudios especulativos que tan acerbos frutos le habían producido, y entregarse a una vida más humana pues que debía vivir entre los hombres.

¡Cuán exactamente escribió Moisés (se decía a sí mismo) que el árbol de la ciencia produce la muerte! Y esto no sólo en la celosa e intolerante Judea. ¿No es emblema análogo el de Acteón, que habiendo visto a Diana desnuda, esto es, la verdad en la naturaleza, fue devorado por sus mismos compañeros de caza? ¿Qué otra cosa es Prometeo robando el fuego celeste y atormentado por ello? El menor mal para quien adelanta a sus compañeros de viaje, separándose de ellos, es el ir aislado, venciendo difícilmente las asperezas de su camino.

—¿Por qué no libáis —le dijo una vez Melanchton— la dulzura del matrimonio? La tristeza desaparece ante la sonrisa de una esposa, y se encuentra placer en el grato bullicio de los hijos. Imitad al doctor Lutero, que recobra la tranquilidad de la adolescencia cuando tiene junto a sí a los tiernos niños que Catarina Bohre ha llevado

bajo su corazón.

—No, no —había contestado angustiadamente Eucardio—. La unción sacerdotal es para mí la marca de Caín, la maldición de Cam. La obra de los reformadores dista mucho de estar consolidada y aceptada. ¿Cómo he de contribuir a la existencia de seres inocentes que tal vez me culpen porque haya yo viciado su nacimiento y sólo les deje una herencia de infelicidad y de infamia? Hice el voto del celibato con ignorancia y con indiscreción: ahora le cumplo por convicción y por humanidad.

Adquirió una profesión estudiando el Derecho civil y haciéndose recibir como doctor en esta facultad. En sus ratos libres se dedicaba al cultivo de la música, que Lutero había comenzado a enseñarle, y frecuentemente acompañaba en sus excursiones botánicas a Fuchs y a Dodoens, creyendo que aquella ocupación y estas distracciones le ponían en pleno contacto con la sociedad.

Mas dejándose guiar en sus estudios por un espíritu de indagación filosófica, para derivar el código y las Pandectas, la historia legal y las costumbres tanto de Roma como de Constantinopla, viendo al mismo tiempo con desdén la parte gladiatoria de la profesión, poco provecho pudo sacar, ni en favor de sus clientes ni en el suyo, del profundo conocimiento que había adquirido en su nueva carrera. El gusto de las plantas le hacía buscar menos el comercio social, y su afición a la música, influida por su carácter y estudios antiguos, le ofrecía distracciones que no podían agradar por su esterilidad o elevación sino únicamente a él mismo.

—*Servabit odorem testa diu* —pensaba melancólicamente al advertir cuán poco había avanzado en la sociabilidad, conformándose con vivir sin controversias, sin odios, desde que dejó las obras de teología. Y para sustraerse al duro peso del tedio, iba a decifrar una oda de Píndaro de la música griega o la lóbrega melodía del himno de Némesis.

Mas la indigencia estaba siempre a su lado, y, por el otro, sentía ya el hálito glacial de la vejez. Habiendo pasado más de cuarenta años fuera de su país natal, y unos veinte lejos de Sajonia y de la guerra religiosa, se aventuró a presentarse en Lovaina, donde obtuvo la cátedra de Derecho civil, tanto por su profundo saber universitario como porque la pitanza, mezquinísima entonces, hacía poco aceptable a los doctores un empleo donde el profesor no podía subsistir si no completaba sus gastos con lo que le produjera su trabajo, en la cultura del campo o en otra ocupación, según lo afirma Lutero en sus memorias.

No conociéndole nadie en Lovaina, vivía el doctor Eucardio tranquilo y casi contento, evitando cuidadosamente hablar de materias religiosas. Cuando era directamente interpelado confesaba evasivamente como su compañero el célebre jurisconsulto Cuyacio, o como lo hacía el profesor de ciencias exactas, el hebreo Ozanam, algún tiempo después.

«De estas materias no tratan los edictos pretorianos» —decía el primero—. «Un matemático —respondía el segundo—, sólo debe tratar de ir al cielo en línea recta.»

La tarde de la vida se anunciaba para el doctor, fría y mustia pero tranquila,

cuando se presentó entre sus discípulos Adriano Van der Ulmen, cuyo parentesco con Gottlieb, el amigo de su infancia, puso en claro a las primeras preguntas. Aquel joven, lejos de su familia y de su patria, tenía la suavidad de índole consiguiente a su educación primitiva y a la necesidad de buscarse amigos entre personas extrañas. Eucardio le dispensó un amor paternal, sobre todo habiendo recibido al año una carta de exquisita recomendación de Gottlieb, a quien su hijo había escrito las circunstancias del casual encuentro.

El discípulo correspondía al desinteresado e incesante afecto del maestro con la gratitud más solícita. Habiendo notado la intensa curiosidad con que el doctor escuchaba las noticias del cielo casi siempre puro y diáfano de la Nueva España, de sus montes altos coronados de nieves eternas, de sus bosques en que jamás los árboles están desnudos, se esforzaba por recordar las peculiaridades y escenas de la patria, para hacer su descripción, que le complacía a él mismo por los recuerdos, tanto como al doctor por la novedad.

—¡Oh —concluía éste por decir—, si estas conversaciones hubieran pasado treinta años ha!...

Y posando la frente entre ambas manos, guardaba silencio por un largo intervalo.

Frecuentemente se entretenían y aun agradaban a los vecinos con su música, a no ser que tocasen la oda de Píndaro o el himno a Némesis. En este caso Adriano llevaba la abnegación hasta ahogar algunos bostezos para que el doctor no se abstuviese de una distracción grata para él. Van der Ulmen tocaba la flauta y Eucardio un mal violín de París; de modo que cuando aquél compró, en moneda equivalente a seis pesos nuestros, un violín cremonés de Amati —por el cual se pagarían hoy dos mil en París o en Londres—, y lo ofreció como obsequio a su maestro, éste tuvo varios días del más intenso e inefable placer.

Entretanto Adriano había escrito a su padre preguntándole si habría algún inconveniente en que, cuando él mismo volviese a Nueva España terminado su estudio, llevase al doctor, suponiendo que éste aceptase la invitación. La contestación recibida cuando faltaban a Van der Ulmen pocos meses del curso universitario, no sólo coincidía con su deseo, sino que fue acompañada de una invitación directa e instantánea de Teófilo y de una letra de cambio sobre Amberes, para que el maestro y el discípulo hiciesen el viaje con la comodidad posible.

Al mismo tiempo que aquellas cartas iban de Sevilla a Lovaina, llegaron otras a esta ciudad que anunciaban la marcha del terrible duque de Alba para encargarse del mando de los Países Bajos, y su designio de establecer resueltamente el Tribunal de la Inquisición. Sin necesidad de ver la muerte de diez y ocho mil personas, que en menos de cinco años mandó ejecutar por mano de verdugos don Fernando de Toledo, se sabía en aquella infeliz nación cual fuera el sanguinario carácter del duque. Ninguna vacilación hubo, pues, por parte del doctor Eucardio para aceptar la invitación de Adriano y de su padre; antes bien la consideró como un auxilio providencial y él mismo se apresuró a activar todo lo concerniente al viaje.

Tales eran los antecedentes y el carácter del desgraciado profesor que ponía los pies en nuestra costa de Chalchihuecan, al mismo tiempo que Felipe II acordaba en su nueva corte de Madrid con el inquisidor general, el cardenal don Diego de Espinosa, lo concerniente al establecimiento definitivo y permanente del Santo Oficio en México, el Perú y en la Tierra Firme.

Capítulo IV

EL ALBA DEL AMOR

LOS PRIMEROS DÍAS de abril pasaron deliciosamente para la familia reunida en el Tajín que, como dijimos, era el nombre dado por Teófilo Dolmos a su hacienda. Éste gozaba el tranquilo placer de ver a su hijo tan lleno de salud y de vida como de instrucción y moralidad, de tenerle a su lado después de haber temido los azares de la navegación, y si no se recreaba con oírle hablar, sobre todo, cuando conversaba acerca de Flandes, se engolfaba formando planes para asegurarle nombre y riqueza, y para que gozase de la felicidad doméstica en unión de la amable Elvira.

El doctor Eucardio, a quien Dolmos consideraba como a persona de su familia, estaba ya instalado en dos piezas separadas, la interior de las cuales halló destinada para recámara, y la exterior para estudio. Allí pasaba las horas calurosas del día generalmente, y el resto de su tiempo en excursiones a las cercanías o en la habitación principal. Luego que llegaron sus libros de Veracruz, se ocupó de disponerlos en la mejor forma posible, y en seguida improvisó los aparatos ligeros e indispensables para reunir un herbario.

Pero las personas más felices eran sin duda Adriano y Elvira, pues comenzaban a aspirar el amor con toda la pureza y delicia de las primeras impresiones, cuando todavía no se sabe dar nombre a los suaves afectos de la simpatía juvenil. Elvira al ver a su primo, al oír su voz, al pensar en él, sentía que se le revelaba una nueva y dulce existencia, y gozaba inocente y absorta como una crisálida que, habiendo vivido en un limbo de seda, le rompe una mañana de abril y, convertida en mariposa, goza el esplendor del sol y respira los perfumes de las plantas posándose en la corola de las flores.

Adriano cuando estaba al lado de Elvira, absorbía el amor mirándola y oyéndola, quedando su pensamiento anegado en inefables impresiones; mas cuando se encontraba solo, recordando siempre la imagen o las palabras de su prima, pretendía analizar el dulce estado de su alma lánguida por la pasión.

La saciedad de la vida romana —se preguntaba a sí mismo— ¿impediría a sus poetas conocer el amor espiritual y noble como yo le siento, o sus últimas delicias serán tan intensas y gratas que hagan olvidar el embeleso de las apacibles afecciones entre las cuales brota?

Y sus reflexiones se disolvían en una melancolía tierna y en suspiros apenas perceptibles, pues como la vida material comienza con el llanto, la del amor se anuncia con suspiros.

Elvira iba a reinar en un corazón virgen, y Adriano estaba cierto de ser él quien por primera vez turbaba la calma inocente en el alma de su hermosa prima con las

gratas emociones de la pasión primera; ni dudaba tampoco, conociendo la educación y la índole de aquella joven, que su corazón sólo por él latiría de amor.

Seguramente los poetas de la Mitología le dieron un origen divino recordando aquellas primeras impresiones, cándidas como la nieve antes que se manche con el contacto de la tierra, cuando el obsequio de una flor que la amante ha tocado forma una época en la vida, cuando la simple voz del objeto amado conmueve más que la melodía más suave, y cuando el ligero contacto del vestido o el delicado cabello transmite una tierna e inefable delicia al corazón.

Pero en las tranquilas circunstancias de su familia, en la venturosa vitalidad de la mañana de su juventud, no se detenía Adriano en pensamientos complicados. Concentrando toda su existencia en la voluntad, gozaba con avidez los éxtasis de la hermosa pasión, única herencia que el hombre pudo reservarse al salir del Paraíso.

Mientras Elvira y Adriano gozaban las platónicas e inocentes primicias del amor, Teófilo Dolmos se había propuesto tener una conversación íntima con el doctor Eucardio para saber sus opiniones religiosas, no porque deseara combatirlas si eran opuestas a las suyas, sino para pedirle que, en ese caso, no las indicase en su familia.

—Eucardio fue a hacer sus estudios a Sajonia —se había dicho Dolmos— y a poco comenzó allí la predicación de Lutero, sobre la cual he notado cierta reserva en sus conversaciones. ¿Se habrá contaminado acaso? Si esto fuera así, ocuparía un lugar distinguido entre los protestantes en vez de estar aquí reuniendo yerbas; sería un ministro casado, porque las escenas trágicas de la Reforma en Alemania, han terminado generalmente por el casamiento *cómico* de los frailes y aun las monjas, según decía mi compatriota Erasmo. Es preciso, sin embargo, que hable yo a Eucardio para estar seguro de que mis hijos no serán pervertidos, lo que en este país sería doblemente peligroso.

Dirigióse Dolmos resueltamente a la habitación de su amigo y con franqueza le manifestó sus ideas, sus temores y el objeto que le traía a aquella conversación. El doctor Eucardio le oyó con tal afabilidad, que Teófilo creyó infundado su pensamiento y casi se arrepentía de haber hablado, por lo que calló y aguardó la respuesta de su amigo.

—¿Recuerdas —le dijo éste— cuando en la infancia, triste para ambos, íbamos a orar fuera de nuestra aldea, ante la Virgen del Bosque, para que diera salud a nuestros padres y subsistencia a nuestras familias?

»Por la consoladora esperanza que a ambos nos animaba —prosiguió Eucardio— por la ardiente fe que entonces tenía yo, me acabo de jurar a mí mismo hablarte la verdad. Prométeme tú no revelar nada de lo que yo te diga.»

—Te lo prometo a ti, como si estuviera al pie de aquella Virgen y en aquella edad.

—Hace muchos años que perdí esa fe, y apagada en la tormenta que asuela a Alemania la antorcha que me había servido de guía, creí que los relámpagos serían bastantes a mostrarme la senda; avancé sostenido por el orgullo del saber y me hundí en la oscuridad de la duda. ¡Si supieras con cuánto anhelo se envidia en esa solitaria

noche del alma a los que conservan pura la religión que iluminó la aurora de la juventud! ¡En esa noche en que la razón, ofuscada por las preocupaciones nuevas y el odio a lo que se había acatado, da una luz amortiguada e incierta, como la de la luna, que no permite distinguir bien los objetos y sólo derrama la melancolía en el corazón! Treinta años ha que mi exclamación diaria ha sido: ¡Felices los que creen! Y en ese mismo tiempo me he guardado de hablar sobre controversias religiosas; sí, ni aun para defender mis ideas cuando han sido atacadas, porque el sacrificio que puedo hacer a la tranquilidad de mis hermanos consiste en ahogar la voz de mi orgullo. Oye y créeme. Si yo viera que alguien anunciara delante de Adriano opiniones contrarias a su fe, lo sentiría tan profunda y dolorosamente como si escuchara que un marinero emplease ante Elvira el zafio y repelente lenguaje que ellos usan sobre cubierta. Compadéceme y nada temas, que yo seré más bien el custodio de tus hijos. ¿He conseguido convencerte y tranquilizar tu zozobra?

—Y tan satisfactoriamente, que mi anhelo y mi tristeza en adelante serán por ti. ¿Por qué no tornas al gremio de nuestra iglesia? ¡Es tan fácil recordar lo que se aprendió en la niñez, y volver a amar lo que se amó en la primera juventud!

—¡Oh! —contestó Eucardio con suma agitación y enjugándose la frente— se puede mandar en la memoria, se inclina la voluntad, pero sólo la locura puede alterar la inteligencia.

Teófilo conoció que aun para otra persona cuya instrucción y afecto fuesen mayores que los suyos, había llegado ya el fin de aquel diálogo.

Las nubes agrupadas en las crestas de la sierra, habían cubierto el sol, y Dolmos propuso al doctor Eucardio un paseo ligero que éste aceptó con placer. Se dirigieron a una rambla cuyo silencio y soledad apenas interrumpían los elegiacos arrullos de las torcaces, o algunos faisanes que volaban pesadamente de una a otra de las riberas. Hablaron de su país natal, evocaron los recuerdos de la infancia, y con tal conversación, no sólo volvió la calma al doctor Eucardio sino que aun gozó de cierto contento.

Al fin de la tarde entraban ambos a la hacienda, donde apenas se percibía ya la bulliciosa charla que mantenían en el bosque las guacamayas, los loros y las catalcicas, durante su tertulia del crepúsculo.

Elvira, acompañada por el ama, gozaba la brisa de la tarde bajo un tamarindo; al ver a su tío y al doctor, se adelantó a recibirlos.

—Seguramente la zambra de esas tribus de papagayos —dijo Dolmos— te está recordando alguna reunión de tus amigas de México. ¿He acertado? —y para suavizar la chanza dio un beso en la frente de Elvira.

Capítulo V

UNA SERPIENTE CERCA DEL ÁRBOL DEL BIEN Y DEL MAL

EN UNA MAÑANA en que la familia de Dolmos se hallaba a la mesa terminando el desayuno, un criado anunció a don José Alavez y Mudarra, dueño de unos terrenos que colindaban con el Tajín. Por esta causa visitaba algunas veces a su vecino, y en aquella ocasión fue introducido inmediatamente. Rehusó el ofrecimiento del chocolate, que con un faisán asado, un bobo frito, crema fresca y vino, formaban el almuerzo de la familia.

Representaba poco más de cuarenta años de edad, y luego se descubría un habitante de ciudad que pocas veces debía visitar sus terrenos. Sobre un jubón de seda llevaba una ropilla de paño fino; del mismo eran las bragas, bastante anchas para cabalgar con comodidad, sobre todo en aquel clima; sus botas eran de piel perfectamente adobada, lo mismo que el talabarte de donde pendía una buena hoja de Toledo. Después de las saluciones ordinarias, anunció que el objeto de su visita era abrazar y conocer al viajero recién llegado para que le tuviese «por muy servidor» suyo, según la fraseología de aquella época.

Se correspondieron las cortesías de estilo; se habló de España y Flandes. Alavez dio noticias de México y, siendo Relator de la Real Audiencia, conversó largamente sobre la conjuración del marqués del Valle, las crueldades del visitador Muñoz y las excelentes prendas del virrey don Martín Enríquez. Hablóse luego de la guerra que iba a hacerse a los Huachichiles y Chichimecas en la Tierra adentro, y por varias preguntas que había hecho el doctor Eucardio se recordó la campaña de Cortés.

—Fue un aventurero afortunado —decía Alavez— que acaso no habría tenido tanta audacia, si no se hubiera alzado contra Diego Velázquez su protector, y temido por esto la persecución y acaso el hacha del verdugo, si se hubiera vuelto atrás.

En aquella época no era mucho el respeto que se tenía a la memoria del conquistador (se sabe cuanto importa para la fama cierto transcurso de tiempo). Además, y en la capital sobre todo, se había hecho moda criticar al Marqués y a su hijo, para dar así una fácil prueba de lealtad al rey.

Los Dolmos y Eucardio, sin embargo, dejaron percibir su admiración al oír hablar a un español en aquellos términos.

—No extrañen vuestras mercedes mi sentir sobre la pena que se hubiera impuesto a Cortés. Cuando fue a perseguir a Cristóbal de Olid para ahorcarle, trabajo que le ahorraron sus capitanes, indicó el castigo que él mismo merecía, pues Olid no hizo a Cortés sino lo que éste había hecho a Velázquez.

—Mas Cortés concibió y ejecutó un gran proyecto —dijo Adriano Dolmos.

—Tomar a México era fácil con más de doscientos mil auxiliares —contestó

Alavez—. Por lo que toca a proyecto, no había formado Cortés ninguno. Un pariente mío oyó contar al secretario del emperador Carlos V el desprecio con que Su Majestad leyó la primera carta de Cortés, en que le participaba que había conseguido de Moctezuma unos terrenos con seis caballerías de las de ahora para Su Majestad, por Malinaltepec, propios para el cultivo del cacao. ¿Qué plan de conquista estaba formado entonces?

—Acaso querría Cortés alucinar a Moctezuma —dijo Teófilo Dolmos, no queriendo parecer enemigo del conquistador.

—Esto manifestaron los enviados de Cortés. Mas Carlos V les hizo observar muy a punto que así se explicaría la frase si estuviese en una carta dirigida al príncipe indio, pero siendo dicha a Su Majestad, sólo revelaba que no había formado sino un ruin proyecto. Vuestras mercedes pensarían como yo de Cortés y otros conquistadores, si hubieran leído sus procesos que están en la Real Audiencia. Además ¿qué nos importa la gente baldía que vino a la descubierta? La colonia va adquiriendo lustre ahora que vienen y han venido desde el año 1530 otra especie de personas a poblar y a gobernar.

—Son difíciles de calificar las acciones de un jefe —dijo Dolmos— y al hombre debe juzgársele más bien por su vida privada.

—¿Qué juzgan, pues, vuestras mercedes, de un hombre que estrangula a su mujer, sin causa particular de odio y sólo para casarse con una de raza noble a quien no conocía? Esto parece indudable que pasó con la Marcaida, como llamaban los compañeros del conquistador a su mujer.

Alavez terminaba generalmente sus períodos con risa algo fuerte, que podía proceder de que le satisficieran sus propias ideas pero que hacía por lo común dudar de su franqueza. Mientras hablaba dirigía sucesiva y rápidamente la vista a todas las personas presentes, no con la curiosidad o timidez de un ciervo que sólo desea evitar el peligro, sino con la osadía de un lince que busca una presa y se dispone a cazarla. Con más frecuencia se detenían sus miradas en Elvira hasta hacer tomar el color de las rosas a la transparente albura de su tez: por consiguiente, Adriano halló un motivo para explicarse la aversión que había comenzado a resentir respecto de su vecino.

—Es vuestra merced muy severo —le dijo Adriano— para con un hombre que habiendo muerto no puede defenderse.

—Hartas personas interesadas quedan después que muere un hombre como Cortés para interpretar y ensalzar sus acciones. Además ¿cuándo comienza para la posteridad el derecho de juzgar si no es después que ha fallecido un personaje? Mientras vivieron los reyezuelos de los Godos y Suevos, de los Alanos y de los Silingos, seguro es que los llamaron héroes los que sacaban provecho de sus depredaciones, y también sin duda les apellidaban «azote de Dios», «castigo del cielo», los que las sufrían o los indiferentes. Dos siglos después los bisnietos de aquellos conquistadores hubieran, por lo menos, reducido a esclavitud al que criticara las hazañas de los héroes; mas ahora la historia, escrita por sus nuevos descendientes,

los ha calificado netamente de bárbaros feroces. Cuesta trabajo aun el indagar los nombres de los jefes, y no hay ya quien explique la alta política de Genserico o de Atila, y elogia el egregio valor de sus soldados cuando subyugaron y desolaron las provincias de España. ¿Por qué no habremos de usar nosotros igual imparcialidad al juzgar de unos sucesos semejantes?^[1]

—Mucho holgaría yo —dijo Adriano— de leer algunos de los procesos que antes indicaba vuestra merced, señor, relator.

—Cuando vaya vuestra merced a México y me dispense el favor de pasar a una casa muy suya, iremos a verlos y leerá lo que guste de cada uno, pues los hay tan voluminosos que cansarían al mismo Julio Claro o a Mateo de Afflictis.

Con este motivo se habló de los estudios que Adriano había hecho en Lovaina, principalmente en Derecho civil, y de la necesidad para aquel joven de conocer las leyes españolas, para lo cual iría a México después de algunos meses. Alavez hizo los ofrecimientos naturales en tales circunstancias, y estando muy avanzada la mañana se volvió para su hacienda.

—¡Cuán bella es Elvira! —se decía a sí mismo el relator cuando iba ya en su camino—. Tardé para declarar mi amor, bien que el viejo Dolmos no me había indicado que su hijo debiera de venir tan presto. Mientras estudia el Fuero Real en la Universidad, tendré tiempo para hacer mía a la hurí de este paraíso.

Adriano, por su parte, pensó también que era necesario hablar a Elvira de su amor, en vez de gozar platónicamente sus éxtasis, y, contando con la correspondencia de su amada, de la cual no dudaba, pedir el asentimiento de su padre, que estaba también seguro de obtener.

*

¡Con cuán tierna turbación expresó Adriano a Elvira la afección de su alma, y con cuánto placer le oía la joven, deseando que aquella melodía de amor se prolongara y al mismo tiempo que terminase para dar ella a su primo la seguridad de que le amaba!

Al fin Adriano, feliz con toda la intensidad del primer amor y con la dulce correspondencia de Elvira, le tomó y besó la mano, y ambos, llenos de rubor, permanecieron algunos momentos en silencio; esos momentos en que —como decía Petrarca— «enmudece la lengua y habla el alma», cuando se palpa que no hay palabras en el idioma que expresen la tierna y al mismo tiempo ardiente significación de una mirada.

Adriano, en cuyo corazón rebosaba el placer, necesitaba darle expansión, y además le parecía ingratitud ocultar a Dolmos su inocente amor. Pensando Elvira del mismo modo, y sintiendo, sin embargo, Adriano cierto rubor, convinieron los dos jóvenes en que el doctor Eucardio se encargase de la embajada.

Encontrábase desecando la flor de una hermosa cáctea y unas espléndidas begonias cuando Adriano le habló de su amor, y le pidió el favor que él y Elvira

habían esperado les dispensara.

—Harélo con todo el júbilo de que mi alma es capaz, querido hijo mío —le dijo el doctor abrazándole—. Permitidme ese tratamiento, que sólo él puede daros idea de mi afección y la delicia paternal que ahora siento. Daré un abrazo a Elvira e iré inmediatamente a hablar a vuestro padre.

Sin cuidar de que el aire seco arrugase los pétalos de las flores, salió luego con Adriano, diciéndole con referencia a la novela del ingenuo Longo:

—¡Ea! Dafnis, llevadme a ver a Cloe... Hace algunos días que me había ocurrido la posibilidad de vuestro amor, mas debéis de ser muy hábiles para explicaros tan presto.

Elvira recibió al doctor Eucardio con una sonrisa vergonzosa y el rostro animado por el purpúreo matiz del pudor. Eucardio mismo parecía transfigurado, porque sus facciones, contraídas habitualmente por la melancolía, presentaban la vida del placer y la suavidad y delicia que goza un alma buena cuando puede contribuir en algo a la felicidad de otros.

Los dos amantes, que habían aprendido tan bien el idioma de los ojos, habían comprendido con igual facilidad algunas miradas benévolas de Teófilo Dolmos, y estaban ciertos de que aprobaría su amor; mas el doctor, a quien se habían escapado las de Elvira y Adriano, menos pudo advertir la tácita connivencia de su amigo. Manifestó algún recelo sobre el modo con que fuera recibida su embajada, y fue preciso que los jóvenes le dieran un valor que empezaba a faltarle.

La desempeñó con la gravedad que al principio creyó oportuna, y viendo el contento de Dolmos, su mayor trabajo consistió al fin en moderar él mismo el rapto de su alegría.

—Infinitamente me complace tu noticia —dijo Dolmos al terminar— y también que estos rapaces te hayan elegido para comunicármela. Ves que ya tú estás constituido en nuestra familia como su segundo padre.

Aquel día fue de inefable contento para las cuatro personas que hemos mencionado, pero al siguiente habló Dolmos sobre la necesidad de que Adriano fuese disponiendo su viaje a México, prometiendo que el enlace apetecido se verificaría luego que su hijo recibiese el diploma de abogado. La necesidad de aquella ausencia fue la primer espina que sintió en su lecho de rosas.

Mas al reflexionar después sobre el carácter procaz que indicaba la conversación de Alavez, y al recordar sus audaces miradas, que buscaban incesantemente a Elvira, el dolor fue más punzante. Recordó involuntariamente haber leído que en los arenales de Arabia y en las soledades del alto Egipto se ve con frecuencia que a las huellas de los gamos y de las gacelas siguen siempre las de una pantera o un león, y se dijo a sí mismo:

—¿El hombre en la sociedad es tan terrible como las fieras en el desierto?

Poco duró, sin embargo, en Adriano la sombra de aquella nube. Contaba con la vigilancia paternal de Dolmos, con la pureza y el decoro de Elvira, y añadiremos aun

que, comparándose él mismo con Alavez, encontraba todas las circunstancias, y por consiguientes las probabilidades, en su favor.

Capítulo VI

YUSUF BEN-AL-ABAS O ALABED

EN EL CAPÍTULO anterior hemos presentado a uno de nuestros personajes con el carácter social con que era conocido, no solamente por la familia del Tajín, sino también en el foro y ciudad de México.

El título que hemos puesto a esta obra nos hace admitir en nuestra confianza a los lectores, muchos de los cuales habrán ya inferido que don José Alavez y Mudarra era un musulme disfrazado.

Tales nombres han marcado claramente, no sólo su origen arábigo sino también su antigua prosapia, y por la misma era considerado respetuosamente en Granada entre los individuos de su nación, aun por los castellanos que sabían la importancia de su alcurnia para los moriscos. Igualmente que su familia había adoptado el cristianismo, como los Ben-Egas, los Ben-Ajaras y otros nobles entre los musulmes, cuando se dio el edicto de expulsión contra los individuos de su creencia en 1525.

Zobeir Alavez, padre de nuestro personaje José, o Yusuf en el árabe de Mauritania, tuvo causa sobrada para su cambio exterior de religión. Habiendo salido de España con familia y riquezas, llegó a la tierra de Berbería difícilmente, en medio de una tempestad. Mientras desembarcaban con grave riesgo bienes y personas, se habían reunido algunos pastores bereberes, de los cuales esperaba auxilio Zobeir por la identidad de religión y de idioma, y más aún por la adversidad que le había arrancado de su ciudad natal y que acababa de amenazarle con el naufragio. Pero Zobeir, en vez de hospitalidad, se encontró la traición y la violencia en su forma más bárbara.

Apenas se habían transportado con un bote a tierra los fardos de la deshecha barca, cuando algunos de los africanos dieron sobre ellos, mientras otros intimaban a los náufragos que se rindiesen para ser esclavos. Zobeir y su hijo mayor Abdul combatieron como los leones del país hasta que la gumía a de un enemigo hendió el corazón del joven; y, habiéndose entretanto arrojado al mar, sobrecogidas por el terror, la esposa y una hija de Zobeir, éste, llevando a Yusuf pequeño aún y único resto de su familia, se volvió al bote con los marineros que sobrevivían, prefiriendo correr la costa barridos por la tempestad hasta encontrar acaso alguna embarcación.

Tal era la suerte de la mayor parte de los expulsos de España, que preferentemente comenzaron a dirigirse a la costa de África buscando el auxilio de sus hermanos en religión. Los Reyes de Túnez, de Argel y aun el Emperador de Marruecos concibieron la idea de atraerse la población y riquezas de que tan torpemente se desprendía el monarca español.

Para que aquella idea surgiese bastaba una pasión vulgar, la codicia; mas para

hacerla fecunda era necesario un plan político, que no eran capaces de desarrollar aquellos bárbaros. La emigración tomó su corriente hacia Italia, el mediodía de Francia y, sobre todo, Portugal; y todavía fue muy considerable el número de los moriscos que volvieron arruinados a España y abjuraron, en lo exterior generalmente, la fe de sus mayores.

Después de una noche pasada en medio de la tormenta del mar y la más acerba desesperación, acertaron los naufragos a descubrir una carabela que de la costa de Berbería encaminaba su rumbo al norte. Hicieron las señales de auxilio, y fueron recogidos a bordo por un Cadí de Marbella, que habiendo sabido cómo eran tratados sus hermanos por los moros de África, se volvía al amado reino de Granada, resuelto a hacer su abjuración ficticia.

El Cadí deseaba tener compañeros en su proyecto, y Zobeir en el odio contra sus correligionarios de Argel, estaba pronto a dejarse persuadir. A la semana siguiente aprendían ambos el catecismo de los catecúmenos con sus familias, reducida la de Zobeir al niño Yusuf, como hemos dicho, y al mes recibieron el bautismo en Granada con solemne pompa.

Zobeir o don Jaime (este nombre tomó en la ceremonia) no pudo restablecer su fortuna, y su carácter agrio por esto, influyó mucho para pervertir el de su hijo, bastante dispuesto, por otro lado, a la falsía, por la necesidad de fingir incesantemente costumbres y frases religiosas que odiaba en su interior.

El año de 1555, esto es, cuando ya contaba don Jaime poco más de sesenta años de edad, recibió la siguiente carta de un amigo íntimo suyo, hijo del Cadí de que hemos hablado. El original estaba en árabe.

En el nombre de Dios clemente y misericordioso. —Abdumelik Ebn Hafiz Zegrí, salud a Zobeir Ebn Giafar Al-Abed, hijo de Fatmé, hija del Profeta (que la paz de Alah sea con él).

Dios nos ha traído en su misericordia a un país en que los ojos pueden ver una semejanza del paraíso. Aquí, como dice el sura del Acaecimiento en el libro,^[2] «los árboles abrigan con hojas tersas de loto a los hombres, y los plátanos dan fruto desde su vértice hasta el pie; los bosques se extienden hasta lejanas tierras entre las aguas corrientes, y en medio de frutos de abundancia». Mas como los musulimes no gozarán del verdadero Edén sino después que pasen el puente Al-sirat, agudo como una navaja y delgado como un cabello, no encontrarían ni la menor traza de huríes entre las hijas de estos naturales.

Poco mal es este para los fieles creyentes que, como los hijos de Ibrahim (Abraham), no deben enlazarse con las hijas de Eblis. Por lo demás, aquellos naturales son de condición tan suave que han recibido con docilidad la idolatría de los nazarenos, a pesar de que los pintores y escultores que han venido les hacen unas imágenes de Issa Ben Miriam (Jesús, hijo de María) que causa grima verlas y no reconocerían al gran profeta ni los perros judíos que intentaron matarle. Preguntarás por qué escribo esto: lee.

Nuestros parientes perseguidos por el islam [doctrina de la resignación a Dios] en España, podrían acogerse aquí, y mucho mejor si juntos pueblan alguna de las grandes comarcas desiertas cerca del mar, donde la tierra es tan fértil como el Yemen [Arabia feliz.] Háylas con montes tan defensables como el Gebl-al-Tarif [Gibraltar]; y si nuestro antiguo héroe Tarifa extendió desde allí sus conquistas y el Islam sobre España y parte de la tierra de los Francos ¿por qué no erigirán hoy los hijos del Profeta (la paz de Alah sea con él) un reino como el que tus abuelos, oh descendiente de Alí, el León de Dios, fundaron en la ínclita ciudad de Córdoba? Hubo aquí una conspiración pocos años ha, malamente dirigida por uno de los nuestros, Yahia Ben-Egas; y aunque fue ahorcado, la culpa fue de él, que no siendo sino un menguado cuervo quiso remontarse como el águila.^[3] Habla con los Cadíes y los Imanes [jueces y sacerdotes] y si Dios quiere, el califato que pasó de Medinat-al-nabi (la Ciudad del Profeta) a Bagdad y a Córdoba, podrá reedificarse en esta tierra.

A ti, vástago de los Abasidas, corresponde levantar *La noche* y *La sombra*, las dos banderas negras de su

estirpe. Nuestros hermanos, amenazados incesantemente por el Dragón de fuego [la Inquisición] ¿no te seguirán como los hijos de Yacub [Jacob] a Musa-Ben-Amran cuando huyeron del Faraón? Ahora que en Europa se persigue a todos los que desagradan al Ulema de Roma, no es difícil que se abran los cimientos de un gran poder en esta tierra.

Sus naturales, tan lacerados por los castellanos, sin duda combatirán a nuestro lado, y nosotros en premio les distribuiremos con largueza el beneficio de la circuncisión y los dones del Islam.

De la Ciudad de México, que nosotros llamaríamos Medinalkámar,^[4] el día 14 de la luna de jaban en el año de la hegira 952.

Sorprendió y halagó bastante aquel proyecto a Zobeir, pero juzgando que su edad era muy avanzada para que pudiera llevarle a cabo, reservó a su hijo la gloria de hacerlo, sin dejar por esto de pensar que debían irse organizando los elementos del plan. Yusuf, o don José, se había dedicado en Granada a la ciencia forense, y sabiendo su padre la importancia que a ésta se daba en la Nueva España, se empeñó en que su hijo hiciese con esmero su estudio, y al mismo tiempo los ejercicios necesarios para el uso de las armas. No se descuidó en procurar que Yusuf tratase íntimamente a los principales de su nación, y a fin de presentarle en México decorosamente y colocarle en posición oportuna para que reconociese el terreno, le consiguió un empleo secundario en la Audiencia, esperando un pronto ascenso. Ambos llegaron a la capital en 1564, habiendo sabido entonces la muerte de su correligionario Zegrí.

Al principio del año siguiente, cuando ya habían estimado las circunstancias generales de la colonia, se dirigieron a la costa de Nautlan y hallaron que realmente presentaba las ventajas que Zegrí había indicado. Las crestas de la cordillera, formando una serranía extremadamente fragosa, constituían una línea de defensa respecto de la mesa central de Anáhuac, en que se había establecido la población española. Varios montes, cuyas bases lame el mar, guarnecen la costa, y el espacio intermedio es un conjunto de fértiles valles vivificados por hermosos ríos y que pueden alimentar una población exuberante.

—Aquí —decía Zobeir— olvidarán nuestros hermanos las huertas de Valencia y los cármenes de Granada, pero ¡cuán grandes trabajos tienen que emprender! Los de la agricultura serán mucho mayores que los del combate; sin embargo, pueden disminuirse procediendo con cierto orden. Doscientas familias prepararían en dos años el terreno para recibir a dos mil y el sustento para que estas vivan cómodamente. Y en los dos años siguientes puede aprestarse lo conveniente para hospedar y alimentar a diez mil. Pero ante todo es indispensable adquirir una gran extensión de terrenos para que la colonia primera se pueble sin violencia ni sospecha, y también a fin de no comprar después la tierra cara. Diez mil familias dan cinco mil hombres de guerra, bastantes ahora a la defensa de la comarca, ayudando los naturales. Si se apresta oportunamente un buen golpe de naos, Dios bendecirá el éxito, y acaso para darnos tiempo ha hecho que el fraile de Sajonia atraiga sobre sus discípulos el furor del rey Felipe y la Inquisición. Debemos tratar de que nuestros hermanos de España compren en Portugal los navíos, que allí se hagan los embarques disfrazadamente, y solicitar la protección del Gran Señor, que a haberlo hecho así nuestros abuelos en

Córdoba y nuestros padres en Granada, acaso subsistiera aún el imperio de los califas en la Península.

Zobeir o don Jaime Alavez murió al año siguiente, recomendando a su hijo el grandioso proyecto y al mismo tiempo la mayor circunspección; mas la agria educación que éste había recibido, viciando su carácter, le había hecho inhábil para desarrollar un plan tan audaz. En vez de un león, cual era necesario, sólo quedaba al frente un zorro. Y aunque le halagara la idea de erigirse un principado, no tenía la actividad e inteligencia indispensables para suscitar o dirigir los acaecimientos, esperando más bien un éxito obtenido lentamente por la astucia personal.

A consecuencia del plan que acaba de indicarse, compró unos terrenos al sur de los que pertenecían a Dolmos, dejando escapar algunas palabras sobre su intento de montar un cultivo en grande para surtir abundantemente de azúcar a España. En la Audiencia trató de hacerse grato a los indígenas que continuamente ocurrían por diversos negocios; pero sobrevino la catástrofe de los Avilas, a que se dio el nombre de «Conjuración del marqués del Valle», y Alavez resolvió suspender su proyecto.

Pocos meses después llegó a advertir que no se había tratado seriamente de tal conjuración, y que la Audiencia había revelado por sus temores los elementos de una revolución. Don José, sin embargo, no se apresuró a emplearlos, sino que, manteniendo una correspondencia remisa con España, trató sólo de adquirir con el menor desembolso posible la mayor extensión de terrenos.

Cuando compró los primeros, buscó la amistad de Dolmos con el carácter de vecino, proponiéndose derivar algún provecho en adelante, sin preocuparse de cuál pudiera ser.

En la visita anterior a la que hemos referido, vio a Elvira, y sus planes se dirigieron a un objeto decidido, en cuya prosecución le interrumpió impensadamente la llegada de Adriano Dolmos.

Capítulo VII

EL JUAN AQUINES DE TORQUEMADA Y BETANCOURT

LOS CONSEJOS que Teófilo Dolmos dio a su hijo y separadamente a Elvira sobre el decoro con que debían conducirse, según las costumbres y educación de aquella época, hicieron que las conversaciones particulares de los amantes fuesen poco frecuentes y, por lo mismo, eran más deseadas y gustadas con más delicia.

El doctor Eucardio se ocupaba a ratos en leer el tratado de Varrón *De re rustica*, creyendo que le serviría mucho para hacer cultivar bien una suerte de cañas que Teófilo le había hecho emprender, tanto a fin de que tuviese un aliciente para el ejercicio material que prolonga la vida, como para que, empeñados sus pensamientos en un objeto algo interesante, no sintiese el peso de aquélla. Mas el carácter del doctor no se mostró al principio muy accesible a esta distracción, y acaso la encontraba mayor en enseñar la lectura y escritura a Martín y a Alonso Toncap.

El cacique había manifestado tal ahinco en aprender de segunda mano por medio de Martín las lecciones del doctor, que éste le invitó a recibirlas directamente, lo que regocijó a Alonso sobre manera. No era fácil entonces surtirse en aquella comarca, ni aun en la cabecera de la Alcaldía, Zozocolco, de papel y libros. Hizo pues Toncap un viaje a Veracruz, donde compró dos resmas de papel, plumas bastantes para proveer a todos los escribanos de Nueva España, y libros que hoy valdrían el cuádruplo del precio en que los compró, sin embargo de que no fue muy pequeño.

En una tienda adquirió el *Espejo de Caballerías*, obra que pocos años antes había sido dedicada a Martín Cortés, hijo del conquistador; en otra parte le vendieron *La escala de San Juan Clímaco*, una de las primeras publicaciones de la imprenta en México; la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* o sea *La Celestina*, en veintiún actos, donde había campo sobrado para aprender a leer de corrido; y, por último, un marinero le dio a cambio de una pequeña pepita de oro, el *Arte de marear*, por Martín Cortés, persona distinta del marqués a quien acabamos de mencionar, el cual tratado (sea dicho de paso) servía entonces de texto a la principiante marina inglesa, que ha pretendido después ser la reina del océano. Habiendo Alonso vuelto muy ufano al Tajín con su compra, la dividió con Martín, y fabricó la tinta intensa de añil que usaban los dibujantes de Moctezuma. El liceo quedó así perfectamente surtido.

Estaba al terminar el tiempo que Adriano debiera pasar en el Tajín y quiso llevar al doctor para que viese las ruinas del templo del mismo nombre. Otras veces había tratado de hacer aquel paseo y su padre le aplazaba siempre: en esa vez le fue necesario explicar la causa por la que debía todavía suspenderse.

—Habéis sabido muy en general —dijo Dolmos a su hijo y al doctor— la refriega que se trabó en octubre del año pasado entre diez buques negreros ingleses y los trece

que formaban la armada de don Francisco Luján y que habían traído al virrey don Martín Enríquez. Por ciertas indicaciones de Alonso he entendido que algunos marineros de Juan Aquines, como le han llamado, aunque este no me parece apellido inglés, andan vagando por esta comarca, y creo que para nosotros, casi extranjeros en esta tierra, sería peligroso tener con ellos cualquier relación. Tal vez sea mejor dilatar el paseo a las ruinas que exponernos a encontrar a esos hombres.

Mas ni el doctor Eucardio ni Adriano fueron del mismo sentir. El primero indicó que, conociendo apenas Alonso el carácter de los hombres de Europa, no podría juzgar bien de ellos ni por consiguiente dar noticias exactas; siendo más oportuno que una persona como Dolmos los examinase más cuidadosamente. Adriano, arrastrado por la generosa simpatía de la juventud, que cuando ha sido suavemente educada, se inclina al auxilio y a la protección del débil, se avanzó a proponer que su padre favoreciese a aquellos prófugos, al menos para facilitarles la prosecución de su camino. Se resolvió, pues, que Dolmos y su hijo hiciesen un reconocimiento.

Acompañados por Martín y Alonso se dirigieron una mañana hacia la pirámide del Tajín, abriendo en algunas partes con mucha dificultad los criados el bosque, llegaron al pie del gigantesco monumento que apenas sobresalía por su mitad superior sobre la alta selva que, en cuarenta años de deserción por los antiguos adoradores, había invadido todos los contornos.

Dolmos y su hijo dieron la vuelta hasta situarse frente a la escalera de cincuenta y siete peldaños que conduce a la plataforma, y nada habían descubierto que les indicara la presencia de algún hombre por allí. Pero Alonso y Martín, más sagaces que sabuesos, les enseñaron una sensitiva nacida sobre el capitel de uno de los primeros nichos abiertos en la misma escalera: las hojas semicontraídas manifestaban que pocos momentos antes habían recibido una fuerte conmoción.

—Sólo un hombre puede llegar a esa altura —les dijo en voz baja Alonso—. Acaba de subir, me adelantaré para anunciar una visita de paz.

Avanzó en efecto con todo despejo para inspirar confianza, y un hombre que, con el pecho a tierra sobre la cima y una ballesta tendida observaba teniendo la cabeza protegida por un matorral, dejó su posición de guerra, y preguntó a Alonso cual fuese el objeto de esa visita. El cacique indicó su carácter pacífico y habiéndose ido a poner al lado del pirata, hizo señal a los Dolmos para que subiesen.

Los descubridores de aquella época, lo mismo que los actuales, los conquistadores y los piratas, entendían perfectamente aquellos signos de confianza, por lo cual el hombre de la ballesta esperó tranquilamente pero sin perder de vista a Alonso. Los Dolmos subieron entretanto, dejando a Martín el cuidado de los caballos.

El pirata presentaba un aspecto muy propio para amedrentar. Entre sus cabellos rojos y enmarañados y su barba crecida y en extremo desorden, apenas se distinguían sus ojos a pesar de estar muy abiertos por la desconfianza; su vestido estaba reducido a multitud de harapos que tenían entre sí pocos puntos de contacto, y los restos de su calzado atestaban un largo servicio. No cesaba de mascar un trenzado de tabaco que

tenía en una mano, mientras que con la otra había empuñado ocultamente la cache de un cuchillo que tenía en la bolsa.

Teófilo Dolmos le habló en flamenco, no dudando que un marinero inglés conociese aquella lengua que, por otra parte, procediendo como el inglés del antiguo teutón, tiene con aquel bastante analogía, y era mayor aún la que presentaban hace trescientos años.

El inglés había hecho la pesca de los arenques en un barco de Ostende, y pudo seguir la conversación en flamenco. Pronto supieron los Dolmos que aquel se llamaba Juan Snail —marinero de *La Judit*, cien toneladas, capitán Francisco Drake— según había dicho el pirata lacónicamente.

—Mas ¿cómo os encontráis aquí? —le preguntó Adriano—. Por lo demás, puedo yo acaso daros noticias de Drake. A poco tiempo de salido yo de Amberes, en enero, fue necesario reparar alguna avería del buque, y para ello tomamos tierra en Dover. Allí supimos que acababa de llegar a Inglaterra un capitán cuyo nombre me parece que era el que acabáis de decir. Y también nos dijeron que no quería dividir con su jefe, que llegó poco después, las riquezas que llevaba su buque.

—*¡Fiends and hell!* —interrumpió Snail, usando el inglés para las frases vehementes de su conversación—. Allí está mi parte, y la he de cobrar a Frank Drake aunque se esconda en lo último de la sentina.

—¿Creéis que sea pronta vuestra vuelta a Inglaterra? —preguntó Teófilo Dolmos—. ¿Esperáis acaso algún buque?

—Antes que llegue algún barco inglés a estas playas habría yo muerto probablemente. Pero un contramaestre, Oxenham, y un artillero, Milon Phillipson, que se escaparon conmigo de la Cantera de Santa Marta, cerca de México, están acabando un bote con el cual costaremos hasta hallar en la Florida la colonia que han fundado los amigos del almirante Coligny. *'Sdeath*; si alguno de nosotros conociera la derrota, dentro de un mes estaríamos allá.

—¿Tan avanzado está vuestro bote? —preguntó Teófilo Dolmos.

—Aquí está el cairo de las palmas —respondió Snail designando un mediano bulto— y el liquidámbar con que vamos a calafatear.

Adriano había reflexionado entretanto cuán perjudicial podría ser, por todos aspectos, a su familia la vecindad de los piratas. Para que tuviesen más confianza en su viaje y, por consiguiente, le apresurasen, se aventuró a dar a Snail la ligera idea que él mismo tenía de la costa que debían seguir en la navegación.

—Estando lejos de mi patria —les dijo— me consolaba ver al menos los mapas que se publicaban en Europa, y conservo en la memoria la configuración del Golfo.

Tomó entonces una varita y delineó con ella en el suelo, no sólo la costa de Pánuco hasta San Agustín en la Florida, sino que aun añadió el trópico de Cáncer y la isla de Bemini, donde se decía que estaba la fuente juvenca.

Snail observó con toda atención y se mostró contento, por lo que Teófilo Dolmos deseó seguir la conversación.

—Quisiera que nos refirieseis cómo estuvo vuestro encuentro con la flota de don Francisco Luján —dijo el último a Snail.

—El 15 de septiembre —contestó éste— tomamos tierra en la vieja Veracruz,^[5] y nuestro jefe, con licencia del alcalde de la nueva ciudad, comenzó a vender su mercancía. Para carenar y calafatear nuestros buques hizo bajar la artillería al Buitrón; pero al mes, cuando ya habíamos aparejado y montado parte de nuestras piezas, avistamos la armada, lo que nos hizo activar nuestros aprestos y a poco comenzaron los españoles a tomar tierra. Quisimos agasajarlos, y algunos bebieron de nuestro vino, mas otros comenzaron a ofendernos y al mismo tiempo notamos que la armada se disponía a batirnos. Comprendéis que habiéndose formado el enemigo en la línea plusprés de estribor y estando a barlovento...

—Cabalmente —le interrumpió Teófilo Dolmos— dejaremos de comprenderos si usáis vuestros términos de marina.

—*Well*. Nuestro jefe, maese Hawkins, hizo formar nuestra línea enfrente de la española, y al mismo tiempo que comenzó la batalla naval, seguía el combate de tierra para proteger el embarque de los cañones que quedaban en la playa. Como estábamos a sotavento, el humo de la armada venía sobre nosotros, y Drake aprovechó esa circunstancia para escapar con *La Judit*, donde estaba el oro y la plata, y a la que no pude llegar a tiempo por estar en la refriega de la costa. Duró el combate todo el día, pero al fin de él siete de nuestros buques o se habían ido a pique o estaban con la arboladura y la jarcia rotas, y haciendo agua por babor. Maese Hawkins se arrancaba las barbas al considerar que su buque *El Jesús*, 700 toneladas, iba a caer en poder de los españoles, porque era uno de los más destrozados. Al acabar la tarde le prendió fuego y montó *La Golondrina*, mientras el resto que quedaba vivo de las otras tripulaciones y que pudo caber en *El Merlín*, pasó a su bordo.

—*¡A thousand fiends!* Era triste ver el incendio de *El Jesús* al ponerse el sol, y oír los gritos de los heridos que quedaron en él y en los otros buques que abandonamos. Siguió la explosión de la Santa Bárbara, que esperaba Hawkins, y mientras el humo se extendía por el mar, protegidos ya por la oscuridad, singlamos el este. *¡God damne my soul!*

Al decir esto arrojó el tabaco que había estado mascando, y mordió nuevamente el trenzado que tenía en la mano.

—No concibo —dijo Dolmos— cómo habiéndoos escapado os encontráis aquí.

—*¡Pshaw!* *La Golondrina* merecía su nombre y hendía las olas como si sólo fuesen la niebla de la mañana, pero *El Merlín* estaba acribillado de cañonazos cerca de la línea de flote a babor, y haciendo agua por todas partes. Pasamos la noche en las bombas, y al alba sólo vimos el horizonte infinito del mar y la imposibilidad de seguir a *La Golondrina*. Viramos al Noroeste cuarta al Oeste, pues era menos horrible naufragar en la costa no poblada por los españoles al norte del Pánuco, que en la inmensidad del Golfo. Pero era el mes de las tempestades; el viento desgarraba

nuestras velas y el mar invadía nuestro buque. Al fin entre las ráfagas del huracán llegó a nuestras aguas Hawkins, que había sido igualmente tratado.

—Debió ser para vosotros un consuelo la presencia del jefe —le dijo Adriano.

—¡Hawkins un consuelo! *Hang him*. Seis días anduvimos de conserva, y entretanto, en vez de permitir que pasáramos a su buque, hizo llevar al nuestro parte de su tripulación, diciéndoles que los víveres no le alcanzaban para todos. Él singló para Inglaterra, y nosotros, sin provisiones, en *El Merlín* moribundo, fuimos a encallar en las barras del Panuco.

—Es lamentable vuestra historia.

—¡*A thousand thunders!* No acabó ahí. Los indios dieron sobre nosotros apenas armados, mataron treinta, nos desnudaron a todos y nos entregaron a los españoles, que nos llevaron a México donde el virrey se ha propuesto comenzar la nueva catedral y un nuevo palacio. Necesitando muchas piedras para estas obras, nos destinaron a sacarlas de las canteras de Santa Marta, en un monte sobre el lago, y de allí huimos una noche Oxenham, Phillipson y yo. Habiendo llegado a esta costa, hemos construido un bote, y antes de seis días nos daremos a la vela. Si en ellos os faltan dos o tres toros supongo que no los extrañaréis.

—Podéis tomarlos —les dijo Dolmos— pero no os acerquéis a la hacienda. Suele haber por allí personas cuyo encuentro os sería fatal.^[6]

El pirata se sonrió y, volviendo a examinar el croquis que Adriano había delineado sobre la tierra, le pidió algunas nuevas explicaciones.

Capítulo VIII

SIR JOHN HAWKINS

ES TAN TERRIBLE y frecuente la ingerencia de los filibusteros o piratas en la época de esta narración y en las que luego siguieron, que nos permitimos invadir los límites de la Historia para referir las circunstancias a que se debió la reunión de una escuadra como la deshecha en Veracruz, y que, sin embargo, por la fuga de Drake con el dinero sirvió de estímulo para que otros bergantes emprendiesen la misma carrera.

Cuando su número fue algo considerable, se avergonzaron de los nombres de los ladrones y piratas, y quisieron ponerse una máscara anunciándose como «vengadores de las Indias» y campeones de la libertad de los mares. He aquí su principio, tal cual le refiere el cronista del viaje de Hawkins.

«En una de las excursiones de *Master* Hawkins a las Canarias, supo que los negros eran muy buena mercancía para la Isla Española, y también que en la costa de Guinea podía fácilmente adquirirse un cargamento de negros. Quiso hacer una experiencia y comunicó la idea a sus respetables amigos de Londres [entre ellos hay tres *Sirs*] que aprobaron el proyecto y contribuyeron como accionistas. Se armaron tres buenos buques. *El Salomón*, de 120 toneladas, *La Golondrina*, de 100, y *El Jonás*, barca de 40 toneladas, habiendo zarpado Maese Hawkins con esta flota y cien hombres de tripulación.»

Refiere después el Jenofonte de esta expedición que se apoderaron en Sierra Leona de trescientos negros, «parte con las armas y parte por otros medios», y que habiéndose dirigido a la Española, despachó Hawkins el cargamento a cambio de pieles, gengibre, azúcar y algunas perlas. La vuelta a Inglaterra fue próspera, y como debía esperarse de la baratura con que se adquirieron las primeras «mercancías», obtuvieron gran utilidad los accionistas.

Esto excitó la avaricia del gobierno inglés —dice Bryan Edwards— y hecha una compañía con Hawkins, cuyos pactos sobre división de las utilidades no pudo poner en claro aquel escritor, se armó otra expedición, montando el plagiario un navío de la reina, *El Jesús*, de 700 toneladas; y le siguieron, además de *El Tigre*, *El Salomón* y *La Golondrina*, que habían figurado en las primeras depredaciones. En alta mar se les unieron *El Minion*, navío de la reina, *San Juan Bautista* y *El Merlín*.

«Los Leopares —dice más adelante el cronista de los piratas— se reputan los mejores negros después de los del Congo... y son de índole suave y amorosa. Los acechamos un día y una noche para apoderarnos de ellos por la fuerza, pero habiendo sabido por la tripulación de *El Minion* nuestro objetivo y nuestro plan, esquivaron las acechanzas que teníamos dispuestas.»

«Fuimos después a las islas Sambulas (?), donde anclamos algunos días, y en

todos ellos íbamos a saltar a los habitantes, robando y quemando sus aduanares.»

El resultado pecuniario de esta expedición debió ser tan lucrativo como el de la primera, pues aquellos bergantes hicieron aún el tercer viaje al África en 1568. Entonces se reunió Francisco Drake a Hawkins y se le dio el mando de *La Judit*. Saben ya los lectores el fin de este viaje desastrado para los piratas.

El honrado *Master* Hawkins, como le llama su historiógrafo, o Sir John Hawkins, pues su socia la Reina Virgen le dio después el rango de caballero, figuró por algún tiempo en su país desempeñando el rango de tesorero del Almirantazgo. Pero probablemente le pareció mejor el destino de pirata, pues volvió a América a morir en un ataque intentado por Drake contra Maracaibo.

Este último fue la segunda notabilidad de la profesión. En 1572 volvió a nuestros mares y prescindiendo ya de la operación previa de capturar negros para cambiarlos por metales preciosos, se propuso apoderarse directamente de éstos. Llegó al Golfo de Darién, y anunciando lo que parecerá extraordinario por lo menos, esto es, que iba a vengar allí las injurias que aquí le había hecho el virrey, robó lo que pudo, en compañía de unos filibusteros franceses con quienes pronto se desavino por la división del botín. No es menos extraordinario que este pirata fuera muy devoto, principalmente si había hecho buena presa, en el cual caso hacía que sus bergantes diesen gracias a Dios.

Drake fue el primer inglés que dio la vuelta al mundo, mas esto fue setenta años después que Magallanes había marcado la ruta, y por motivo muy diverso. Magallanes fue impelido a su excursión por un anhelo de descubrir y un cómputo científico que le hace igual a Colón; el pirata fue inducido por el deseo de salvar su presa, expuesta, si volvía a Inglaterra por los mares que surcaban los españoles, y casi segura si daba la vuelta por el Cabo de Buena Esperanza.

Las riquezas de Drake incitaron a Tomás Cavendish, que siguiendo el método de Hawkins, comenzó su papel de «Vengador de las Indias», salteando negros en África. Deseaba una buena presa, pero el Atlántico y el mar de las Antillas estaban entonces bastante defendidos por la marina española, que no había sufrido aun la terrible derrota que convirtió en sarcasmo el nombre pomposo de la Armada Invencible.

Se dirigió, pues, al gran océano del Sur, y en la costa de las Californias se apoderó del galeón *Santa Ana*, con oro y un cargamento tan considerable que, al abandonar y quemar Cavendish el buque, quedaban todavía en él más de quinientas toneladas de las preciosas mercancías de China y de la India oriental. A su vuelta a Inglaterra se presentaron los piratas en el Támesis, vestidos del raso que nos enviaban de Filipinas; las velas de *El Deseo* y *El Contento* estaban forradas de damasco de seda y los mástiles cubiertos de terciopelo.

Tal exhibición fue un enérgico aliciente para la piratería. Por otra parte, se desarrolló a poco tiempo la persecución religiosa en la Gran Bretaña, a consecuencia de la cual los expatriados, si eran sectarios de buena fe, llevaban su celo sombrío y su intolerancia feroz a la Nueva Inglaterra, y muchos, que no merecían aquella

calificación, engrosaban las hordas de filibusteros y bucaneros, que, con la mezcla de holandeses brutales y de los más sanguinarios franceses, derramaron la consternación en las poblaciones litorales de las colonias españolas. Habríamos cometido un injusto anacronismo si hubiéramos atribuido a los piratas de Hawkins o aun de Drake algunos de los horribles crímenes perpetrados por Roch, Lolonois o Sir Juan Enrique Morgan.

Este ladrón vino como esclavo blanco a las Antillas inglesas, y bajo el látigo de un amo cruel adquirió la dureza y ferocidad a que debió después el ser jefe de dos mil fascinerosos. Su reunión acabó, como casi todas las de los piratas, por riñas a la hora de dividir el botín. Abandonó a sus cómplices en las costas de Tierra firme y, partiendo las utilidades con Carlos II, según Bryan Edwards, obtuvo el título de *Sir* en Inglaterra.

Aquellas riñas al partir las presas, los vicios en que vivían encenagados los forbantes, las inclemencias del cielo austral, y la avidez del océano, que devoró centenares de sus buques y tripulaciones, contribuyeron a la extinción de la piratería, tanto como la pena de muerte infame que los españoles les imponían, y que al fin adoptaron contra ellos las coronas de Francia e Inglaterra cuando avanzó más la civilización.

Esta última potencia concedió una amnistía a los piratas, lo que hizo entrar una buena cantidad de dinero en la Gran Bretaña, adonde la mayor parte de los forbantes se dirigieron, quedando, sin embargo, otra en las Antillas inglesas y en lo que ahora forma los Estados meridionales de una República vecina.

Capítulo IX

LA SEPARACIÓN. INCIDENTES DE VIAJE

PRONTO LLEGARON los primeros días de junio, término fijado para que Adriano emprendiese su marcha antes que arreciasen las lluvias. Los Dolmos invitaron al doctor Eucardio para que hiciera el paseo de la capital, mas él rehusó abandonar tan presto a la familia del Tajín, y aplazó acompañar a Adriano cuando debiera volver a México terminado el tiempo de las vacaciones.

Los amantes pasaron los últimos días en la alternativa de un turbación agitada y la plenitud de ternura que precede a la ausencia, cuando se mezcla con el dolor de la separación la esperanza de recibir las caricias decorosas y puras de un amor virginal, por las que, sin embargo, se anhela en vano en circunstancias comunes y que dan a la despedida cierto placer tan dulce como el que se goza al volver a verse.

—¡Con cuánta delicia te miraría yo en México! —decía Adriano a su novia—. No sólo por el gusto de hallarme a tu lado, sino también para que advirtieras cuán indiferente me será cualquier otra belleza que no sea la tuya.

—Mi contento al verte y hablarte —contestó Elvira estrechándole la mano— embargaría toda mi atención. Y además, ¿crees que no sería triste para mí mirar que otra mujer sufriera en vano porque te amara? No juzgues mi amor tan débil o egoísta que pueda aumentarse por un triunfo de amor propio, que más bien sería amargo para mí.

La conversación se suspendió por un beso que Adriano imprimió ardientemente en la frente de su prima.

Llegado el día de la marcha, partió aquel joven con Martín, sin que en las primeras jornadas hubiera sucedido algo notable.

Mas el quinto día, cuando acababa Dolmos de atravesar los llanos de San Juan, y al entrar en el angosto valle que conduce a Cuapiaxtla, vio sentado junto a un sabino a un español anciano y cerca de él la mula en que cabalgaba. El joven se acercó, con la franqueza y confianza de aquellos tiempos, a preguntarle si alguna indisposición le obligaba a detenerse o si lo había hecho sólo por descansar, en el cual caso, deseándole buen viaje, continuaría su camino.

—Gracias, buen mozo —contestó el español— he caminado durante los dos días pasados, y para seguir habré de reposarme a ratos.

—Había yo temido que vuestra merced se hallase aquejado de algún mal, al ver en su rostro cierta agitación.

—Sobran males en esta vida, pero la preocupación que ha notado vuestra merced debe venir de que he estado imaginando cómo me habré de llamar.

Adriano examinaba entretanto al viajero, y aunque había cierta heterogeneidad en

su traje, no encontró ningún indicio por el que pudiera juzgar mentecato a su interlocutor. Llevaba perpunte de cíbolo y ballesta como soldado, un rosario de cuentas gordas sobre el perpunte, y como para establecer cierta transición entre aquellas piezas algo disímbolas, usaba el paño de sol en que se veían varios animales labrados a lomillo, con seda y oro, lo que anunciaba un reposado labrador.

—Hubiera yo creído —continuó Adriano— que vuestra merced ha visto las flores de muchas primaveras desde que le bautizaron.

—Cierto que sí. Mas ha de saber vuestra merced que he pensado tornarme fraile, y habiendo de dejar mi nombre solariego para ahuyentar las tentaciones de vanidad, es necesario buscar otro para añadirle al de bautismo. Jacinto de Villasinda, muy servidor de vuestra merced.

Adriano correspondió la cortesía diciéndole su nombre e indicando el objeto de su viaje, por lo que Villasinda le propuso que caminaran juntos, y dando principio a su propósito montó en la mula y tomó el valle arriba.

—Es muy embarazoso el aprieto en que me veo —siguió diciendo el español cuando ya caminaban—. Es verdad que ahí está Santiago, en quien antes que todo debe pensar un castellano; pero por lo mismo es tan común que no sirve para nombre particular. Podría ponerme el del santo que haya caído tres días ha, y del que me daría razón el primer doctrinero que encontremos, pues en ese día escapé de un gran peligro de muerte. Mas fue con tal afrenta que casi no se le puede agradecer al santo.

—Ese peligro de que habla vuestra merced le habrá inducido a recibir la corona.

—No soy tan ambicioso —respondió Villasinda— aunque sé leer y escribir, lo que ahora basta para ello por la escasez de doctrineros. No quiero más que ser lego de Nuestro Padre San Francisco, sólo fraile motilón.

—Cierto que anda vuestra merced muy modesto.

—Acaso lo que me ha acontecido sea un aviso del cielo por haber yo olvidado ciertos solaces de la mocedad. Pero ¿qué quiere vuestra merced? La compañía de Pedro de Alvarado y de Cristóbal de Olid no era para ir al Paraíso. Así es que he resuelto dar mis bienes al convento de México, de donde es guardián Fray Diego de Olarte, conquistador como yo, y, con el cambio de estado, los indios me besarán la mano en vez de apedrearme.

—Luego con indios ha sido la última campaña de vuestra merced.

—Como vuestra merced lo dice. Había yo alquilado ocho docenas de ellos para la carga de Veracruz a México, y con el pretexto de que el dueño de las mercancías les imponía una carga muy pesada, la tiraron en el camino y se volvieron a Hueytlalpa, de donde soy encomendero. Yo los hice atraillar para volverlos a su destino, mas todo el pueblo se rebeló, sin acordarse de que yo desempeño los deberes de mi encomienda como no lo hacen otros, pues les he enseñado las oraciones y los artículos de la fe, y varias veces les he predicado. Dieron sobre mí y mis criados, tuvimos que huir y al fin sólo yo escapé tomando, no el camino de México que yo frecuentaba, sino el de Zacapoaxtla, por donde no habrán pensado perseguirme.

Adriano Dolmos sabía bien que, según las leyes del reino, sólo debían percibir de sus indios los encomenderos, lo mismo que la Corona de los pueblos no encomendados, esto es, cuatro reales anuales en aquella época por cada hombre casado y dos por un célibe o un viudo. Conocía del mismo modo la ley que mandaba dar de carga sólo dos arrobas, y que siendo quebrantada tal disposición, se prohibió enteramente cargar a los nativos. Pero sabía también que ninguno de los encomenderos acataba esas leyes y que, en vez de hacerlo, explotaban despiadadamente a los indígenas que pedían en encomienda para «enderezarlos en la religión»; por lo que sólo le sorprendió que Villasinda fuese a buscar tan lejos la causa del aviso sobrenatural cuando la tenía tan a mano en sus abusos.

Sin embargo, rindiendo el obsequio debido a la verdad, nos complacemos en decir que Villasinda, conocido después con el nombre de Fray Cintos de San Francisco, favoreció a sus antiguos encomendados y apedreadores hasta conseguir que no pagasen ningún tributo, pues que vivía el encomendero y renunciaba en su favor. Tal es la noticia que conservó el Padre Torquemada.

Mientras avanzaban en su camino los viajeros, se preparaba tras ellos una tempestad que les hizo pensar en buscarse algún abrigo. Villasinda aseguró a Dolmos que a poco más de una legua encontrarían una hacienda, de la viuda de un conquistador y comadre suya, donde se les daría gustosamente hospitalidad, y que tendrían tiempo para llegar enjutos; mas esta segunda circunstancia no se verificó por una casualidad imprevista.

A poco andar descubrieron en la orilla de un bosque de sabinos y palmas de yuca un grupo singular para un camino. La persona principal era un clérigo de dieciocho a veinte años, vestido de sobrepelliz y estola; le seguía en importancia de aspecto un indio viejo, con una cruz de palmas erguida en una asta. Acompañábanlos un peón con el acetre del agua bendita, otros dos con velas encendidas y bien guardadas en farolillos de vejiga, y un niño de diez años, que, por la semejanza de facciones, se reconoció inmediatamente como hermano del clérigo.

Éste acababa de recitar las letanías, y tomando la cruz la presentaba a los cuatro vientos cardinales, cuando los viajeros llegaron. Y habiendo éstos saludado sólo con una inclinación de cabeza para no interrumpir la ceremonia, quedaron en pie y descubiertos a fin de asistir a ella. Continuándola el clérigo, tomó el hisopo y esparció el agua hacia las cuatro plagas de la tierra.

Las nubes entretanto, rodando unas sobre otras, avanzaban rápidamente exhibiendo un color gris cobrizo de pésimo presagio para las mieses.

El niño rubio había tomado y leía el libro que su hermano le dio mientras empuñaba la cruz. De repente exclamó:

—Hermano, en vez del conjuro contra la tempestad has usado el que sirve para el pulgón.

—Con razón se nos han venido las nubes encima —contestó el clérigo poniéndose rubicundo por la vergüenza—. Ello al fin no es malo el haber

anatematizado a esos animales, porque de seguro a esta hora no se hallará uno vivo aunque lo busquen para remedio. Mas ya que entiendes el latín, Rodrigo, ¿por qué no me hiciste en ese idioma tu advertencia *ad vitandum scandalum*?

—¿Cómo podría yo, Roque, si apenas acabé menores? Y si algo dije fue porque en el examen me preguntaron el género de *bruchus, bruchi*; masculino, el pulgón.

El exorcista comenzó a hojear el *Ramillete o hacecillo de conjuros*.

—*Contra bruchos...*, malditos sean ellos... *Contra calenturas et febres*. Ahora el viento nos está congelando la sangre... *Contra Diabolos et nubes malas*. Ya estamos bien... *Lapilli tres ex grandine in ignem projiciantur*. Esto es. Había yo olvidado la hoguerita para quemar los tres primeros granizos que atrapemos... ¡Lástima que para usar este exorcismo tan eficaz sea necesario esperar a que caiga la granizada!

Ordenó don Roque que se encendiese la fogata, y entretanto él y Rodrigo dieron la bienvenida a los viajeros y les aconsejaron que continuasen su camino a la hacienda, donde se reunirían en breve, debiendo el exorcista, según el formulario, y como ya había advertido, recibir la granizada para conjurarla después.

Villasinda y Adriano obsequiaron con gusto la indicación, y apenas se habrían alejado doscientas varas, cuando el *Demonio de las tempestades* comenzó a arrojar una catarata de lluvia y de granizo contra el conjurador. Al llegar los viajeros cerca de la casa de San Juan Bautista les dieron alcance el exorcista derrotado y su hermano el rubito, que en medio de la tormenta iba tan alegre como el potrillo que montaba.

Los caminantes fueron amistosamente recibidos por doña Isabel de Valpuesta, dueña de la hacienda y madre de Roque y Rodrigo Dávila. Después, reunidos todos para la cena, y ya al concluirla, el exorcista trató de disculpar el mal éxito de sus conjuros, de lo cual se habían abstenido de hablar, por delicadeza, todos los concurrentes.

—¿Está segura vuestra merced, madre mía, de que las palmas con que formé el *lignum crucis* fueran bendecidas el día de Ramos y el incienso consagrado el día de San Blas?

—No hay que hablar de eso, mocito —se apresuró a decir Villasinda—. El mal estuvo en que os arrojasteis a habéroselas con tal tempestad que para ello hubieran sido menester las hopalandas y toda la teología de un Prebendado. Pero no hay que desmayar; así os haréis la mano para otra vez, que donde las dan las toman. Y sin ir más lejos, aquí me tenéis a mí que, derrotado en la Noche Triste y habiendo salido de México como perro que lleva el rabo entre las piernas, al año entré allí vencedor con el Marqués, Dios lo tenga en paz.

—Además, padrino Jacinto —se aventuró a observar el niño Rodrigo—, hoy fue la primera campaña de mi hermano; y la primera zorra que desuella ha sido el pulgón. *Bruchus, bruchi*, masculino.

El joven tonsurado dirigió una mirada suplicatoria a Rodrigo, dándole al mismo tiempo un durazno en conserva para acallarle más eficazmente.

—Cierto, compadre —añadió la viuda—, apenas en estas témporas de San

Marcos recibió mi Roque las órdenes menores. Di al compadre cómo el señor Obispo te hizo acólito, lector o cantor, y qué sé yo cuántas cosas más.

—Para eso de cantar la vocación viene con las hopalandas del colegio —observó Villasinda.

Al día siguiente éste y Adriano comenzaron juntos su camino, mas se separaron a poco porque deseaba el segundo ver la reciente ciudad de Puebla y el conquistador vestirse pronto el hábito azul.

Capítulo X

UN DOCTRINERO Y UNOS NEÓFITOS

CONTINUANDO ADRIANO SU camino entre Amozoc y Puebla y yendo lentamente, pues había atravesado doce leguas y la tarde estaba calurosa, le alcanzaron dos viajeros que con sus dos criados y otras tantas mulas de carga, se dirigían a la misma ciudad. Cambiadas las saluciones usuales, convinieron en seguir juntos su camino, pues la persecución que se hacía a los salteadores había reunido algunos de ellos en los bosques de Matlacueye o la Malinche; y aunque rara vez, solían detener a los pasajeros en los pinares que dividían las poblaciones mencionadas.

Habrían caminado una media hora, durante la cual supo Adriano que sus compañeros de viaje eran ganaderos de la Mixteca, dueños de haciendas volantes o trashumantes, cuando del pinar de su izquierda salió montado en una mula un fraile dominico con gran precipitación y semblante azorado. Apenas había balbucido las frases comunes de salutación cuando, sin otro exordio, preguntó bruscamente si llevaban algo de comer.

—Debiendo cenar dentro de pocas horas en la Puebla de los Ángeles —contestó uno de los hacendados—, hemos consumido nuestras provisiones, pero acaso estos mozos conservarán alguna cosa.

Y al decir esta frase miró a los dos criados. Uno de ellos, que había oído la petición del dominico, le presentó una bolsa de cuero en que llevaba su maíz tostado y molido, mezclado con panela, a que se da el nombre de pinole, y que aun hoy suele ser el bastimento en las comarcas lejanas cuando un viaje debe durar muchos días.

Sin pronunciar palabra comenzó el religioso a engullir con dificultad extrema aquel alimento ingrato, y habiéndolo dejado tascar los viajeros media docena de lo que no nos atrevemos a llamar bocados, le preguntó uno de ellos:

—¿Ha sido Vuestra Paternidad detenido largamente por los fascinerosos, o por ventura los trabajos caritativos del santo ministerio le han obligado a una extraordinaria abstinencia?

—Las dos cosas, señores míos. Las dos exactamente... hem... hem, hem. —Y tuvo que detenerse a toser porque al hablar, el polvo que intentaba diluir con el líquido de la boca, tomaba el camino de los pulmones.

—Comprendería yo una de las dos cosas, pero no puedo descifrar la unión de ambas —dijo el otro ganadero a fin de sostener la conversación y para dar lugar al dominico de aquietar la tos.

—¡Facinerosos! —continuó el fraile—. Peor todavía. Unos cananeos, unos luteranos, unos ateos... Hem... hem... La caridad de nuestro santo ministerio... Hem... Han dicho vuestras mercedes muy bien. Si el Padre Provincial y yo, no

hubiéramos querido venir a convertir a estos paganos de Cuautinchan, no padeceríamos estos trabajos... Hem... hem. Cinco días sin comer... hem... cosa caliente...

—Ya veo que no se trata de ladrones —dijo Adriano colocando bien la espada que había aflojado—. Pero ¿se ha alzado acaso el pueblo?

—Algo hay de ello. Y como veo que vuestras mercedes desean saber mi historia, y a la legua se ve que son buenos cristianos, temerosos de Dios, les contaré la aventura. ¡Bah! Ser menester que yo, de la guzmana familia, de la orden de predicadores, engulla este polvo de maíz como si fuera un huachichil o un chichimeca... Hem... hem... Esos perros antropófagos...

—Si Vuestra Paternidad necesita que le hagan respetar unos hombres que no están ligados a abtenerse del uso de las armas, no tiene más que contarnos lo que haya pasado.

—¡Qué armas! Si es negocio que irá al virrey o a los señores de la Audiencia o, por lo menos, al obispo de Tlaxcala. Pero veo que vuestras mercedes necesitan saber lo que ha pasado... ¡Idólatras desmulgados!... Pues, señores míos, es el caso que nuestra orden necesitaba algún buen pueblo de indios por este rumbo, no tanto para que ayude con el tercio de provincia al convento de la Puebla, sino más bien para tener una posada en el camino de las Mixtecas y a fin de que la comunidad reciba pollos rollizos de un lugar cercano, en vez de los que, por el largo camino, nos llegan desmedrados y cacoquímicos de Tepexi y de Huajuapán. A petición de nuestro Reverendo Padre provincial, el de los azules le hizo el agasajo del pueblo de Cuautinchan, una Indumea, señores, una Gomorra; y nos dio esquila para que el guardián de la Puebla de los Ángeles nos «hiciese dejación» de los indios. Esto, según nos dijo el abogado de la provincia, era una tradición *brevis manus*. Confiados en ella venimos a ampararnos del pueblo; pero los indios se han rebelado, no han querido darnos hospedaje, y aunque durante el día podíamos estar en la iglesia, lo que no dice mal con nuestra profesión, para dormir nos resolvimos a quebrantar las puertas de la casa destinada al doctrinero, y cenamos lo que para el camino nos había ofrecido una devota de la ciudad de los Ángeles. Cuando tocamos a misa el día siguiente comenzamos a ver a algunos del pueblo que fueron a oírla, y nos pareció que no estaban tan dejados de la mano de Dios como habíamos juzgado. Nuestro Padre Provincial les predicó un sermón de empeño que había venido componiendo por el camino, y aunque les habló de la dicha que gozarían siendo sujetos a la orden de predicadores, comparó el suceso con la restauración de Jerusalem por Zorobabel y les citó a Esdras y Nehemías, estuvieron inexorables aquellos bellacos. Bien merecía el sermón un buen almuerzo, mas nos declararon con inusitada desvergüenza que en nada nos asistirían, y en verdad que nada habríamos comido, si acordándose nuestro Padre Provincial del Santo Rey David, que en caso semejante se apoderó de los panes de proposición en el templo, no hubiéramos tomado unas mazorcas que vimos como ofrendas en un altar. ¡Tener que comer maíz duro como si fuésemos acémilas!

—El mal estuvo, según me parece —dijo uno de los hacendados—, en que Vuestras Paternidades no tomaron posesión en forma, viniendo con el Alcalde mayor y su escribano.

—¿Qué dice vuestra merced? Una carretada de escribanos no nos hubiera valido. Pretendían esos filisteos que, no habiéndose contado con ellos, la cesión era nula, de ningún valor ni efecto. Ven vuestras mercedes que, con ese pretexto falaz, un curial hubiera formado un expediente de dos mil planas. Convinimos en que yo les daría un segundo asalto en un sermón, y como por el ayuno no dormí, puedo, sin vanidad, asegurar a vuestras mercedes que estaba bien estudiado. Pero en la noche embistieron ellos la sacristía y habiéndose llevado los ornamentos, el cáliz y las hostias, nos encontramos desarmados y ya no pudo tratarse del sermón porque ni un oyente parecía.

—Si la imprenta no fuera tan cara en el reino, podría Vuestra Paternidad sacarle de molde uno de estos días. ¿Con que el pueblo estaba ya casi alzado? ¿Luego Vuestras Paternidades tendrían que seguir sustentándose con mazorcas?

—Así es la verdad y, además, nos faltó el agua. Mas nuestro Padre Provincial, viendo que estábamos en el caso del Santo Rey cuando en las fragosidades del Carmelo resolvió ir a surtir a la casa de Nabal, decidió que hiciésemos otro tanto, sin alejarnos de la casa del doctrinero, cuya posesión queríamos mantener a todo trance. Salimos a una encrucijada, y visto que aquella gente desde lejos nos huía, dispusimos una celada para haber por fin algunos a las manos. Oímos hablar y nos dispusimos a acometer. Nuestro Padre Provincial embistió a una vieja que llevaba un cántaro de agua, y yo arremetí a un rapaz cargado con un gran cesto que barrunté lleno de hortaliza.

—Bien. Con tal despojo pudieron ya remediarse Vuestras Paternidades.

—Pues, señores míos, volvióse agua nuestra presa. Dígolo porque solo el cántaro nos fue útil. El cesto no contenía más que itzcuinpactli, la yerba usada para emponzoñar lobos, y que el indiezuelo iba a vender a algún tianguis. Milago fue que por probarla no hubiese reventado nuestro Padre Provincial.

—Acaso una estratagema menos violenta habría sido más provechosa.

—Así discurrimos después, y mientras desgranábamos nuestras mazorcas, aguzamos el caletre para inventar un ardid de buena ley. Ocurrióle al prelado salir y envidar con las paces a aquellas gentes, y hecho esto disputamos al sacristán y al que disponía la cocina del doctrinero para que tratasen, habiéndolos elegido como hombres más hechos a la conversación con frailes. Los encerramos en nuestro aposento, los hicimos desnudar^[7] y les anunciamos que tendríamos de ahorcarlos con sus mismas tilmas si no ponían su cruz debajo de un documento que habíamos preparado y donde se decía que de buena voluntad pedían ellos les hiciésemos merced de doctrinarlos, para lo cual nos harían un convento, atendida la grande ventaja que ellos sacaban de que su pueblo fuese cabecera en lugar de simple «visita». Pero se emperraron en ser más bien visita que doctrina (vean vuestras

mercedes el desatino) y nos dijeron, lo que llevaba cierta traza de discurso, que siendo unos desmedrados macehuales, por más que ellos signaran, no obligarían al pueblo. Ni valió prometerles que los levantaríamos a la dignidad de *tlascatl*, pues rehusaron tercamente nuestra oferta.

—Vuestras Reverencias han hecho realmente sobrado para tener grato al pueblo, mas no aceptando el beneficio que intentaban dispensarle, supongo que abandonan Vuestras Paternidades su proyecto y por eso se vuelve a la ciudad.

—¡Qué dice vuestra merced de abandonar, sentados ya nuestros reales en el centro de Cuautinchan! No, señor: que mientras mi Padre Provincial ha quedado amparando la posesión que tomamos, yo voy por provisiones de boca y de altar al convento de los Ángeles, porque el domingo que han menester oír misa, desbarataré yo con mi sermón a esos semi-paganos. ¡Abandonar! De ningún modo... Después de haber pasado tres días con sus noches como unos Jonases en el vientre de la ballena, cuando hemos sufrido el hambre como Daniel en la cueva de los leones: *Porro in lacu erant leones septem*. Y vosotros, perros incircuncisos, no habéis imitado a Habacuc que llevó de comer... Más perdonen vuestras mercedes que me distraje recordando mi sermón, y me estaría mal anatematizar a vuestras mercedes que cabalmente han sido mi Habacuc dándome una comida de labradores.^[8]

Capítulo XI

UN BARBERO FÓSIL

A LA ENTRADA de la noche llegaban los viajeros al barrio alto de la Puebla apenas poblado entonces, bien que entre los torcidos sabinos y los pinos rectos que ocupaban el espacio entre el torrente de Noche Buena y el arroyo de San Francisco, se había levantado el alto templo que subsiste hasta hoy. No estaba todavía terminado, ni comenzada aún la delgada torre ni las habitaciones de los religiosos: éstos vivían en una casa provisional que, como la iglesia primitiva, era de adobes, cubiertas ambas con paja.

Conmovió a los viajeros la sentimental armonía que, sin necesidad de gran observación, se notaba entre la majestad de la noche y el intermitente silbido del viento al herir las ramas de los árboles: entre el macizo agrisado del templo y un Miserere cantado en la fa-bordon y a media voz que se exhalaba de la pobre capilla. Acercándose más advirtieron que acompañaba al Miserere una nutrida disciplina en que, a juzgar por los incesantes chasquidos, tomaban parte todos los frailes del convento.

—¿Por qué azotarán los azules? —se preguntó a sí mismo el dominico—. ¡Bah! es equitativo que si a nosotros ha tocado el ayuno, ellos tengan la disciplina.

—¿No parece bien a vuestra merced —dijo uno de los ganaderos al otro— que para madurar nuestra idea de hacer las paces, vendría a propósito pensarlo aquí, oyendo el canto de estos buenos padres?

—¡Qué me place! —constestó el otro, y ambos bajaron de sus caballos.

Adriano, que no tenía paces que ajustar, y el dominico, a quien el hambre aquejaba acerbamente, determinaron seguir adelante, ofreciéndose el primero a tomar cuartos en el mesón para sus compañeros de camino.

Cuando el posadero hubo instalado a Adriano en su habitación y dado las llaves de otros dos cuartos igualmente desamueblados, no pudo menos el segundo de preguntar la causa de la disciplina que se daban los franciscanos. Pero el mesonero — Pedro Palomeque, de traza gitanesca, aunque él aseguraba ser cristiano viejo de Jaén — le respondió que nada sabía porque el llevar el cargo y data de la paja y el grano para los pasajeros —decía él— no le dejaba tiempo para informarse en los negocios de los vecinos.

—Si maese Facundo de la Tixera —añadió—, el barbero de enfrente, estuviese en su tienda, él nos lo diría porque hace la barba y los cerquillos a todo el convento.

Los hacendados, que llegaron poco después, manifestaron a Adriano que nada sabían, habiendo empleado el tiempo en hablar de su pleito.

—Debe ser persona poderosa el enemigo de vuestras mercedes o el litigio de gran

cuantía, pues que se ocupan de él aun en la noche de un día de camino.

—Calle vuestra merced, señor hidalgo. Nosotros dos somos los contendientes.

—Pues crean vuestras mercedes que es singular ver que no solamente conversen tan tranquilamente entre sí dos litigantes, sino que caminen con tanta amistad.

—Y ¿por qué habríamos de reñir nosotros? Para eso están ahí nuestros abogados a quienes pagamos precisamente a ese fin.

—Por San Dimas, que si no pelean bien no será por falta de salario. De mí sé decir que llevo gastados más de seis mil pesos —añadió el otro hacendado.

—Grave es menester que sea la causa que induce a litigar a tan buenos amigos —dijo Adriano que, por delicadeza, no se aventuraba a hacer una pregunta directa.

—¡Qué quieren vuestras mercedes! —respondió uno de los dos amigos—. La tierra controvertida no llega a dos aranzadas. Diga aquí el vecino si me equivoco.

—A fe mía —contestó el interpelado— que ni he visto la tierra, ni sé lo que valga.

—Siendo así —dijo Adriano— no dudo que vuestras mercedes harán pronto sus paces, y nada más me sorprende sino que gasten sus dineros por tan poca cosa.

—Mire vuestra merced, si yo no fuera extremeño ni mi vecino castellano viejo, acaso no hubiera salido del vientre de su madre el tal litigio.

—Ve claro vuestra merced —añadió el otro— que siendo yo de Castilla la vieja, para servir a Dios y a vuestra merced, no debo ceder a un natural de Extremadura.

—De este modo —dijo entonces Adriano— veo largas las paces de vuestras mercedes.

—Por ventura no tanto —respondió el extremeño.

—Así es, así es —añadió el castellano—. Amanecerá Dios y medraremos.

Y habiéndose ambos despedido, se fueron a sus respectivas habitaciones.

El primer deseo de Adriano al día siguiente fue el de hacer llamar a maese Facundo, mas tuvo que esperar un breve rato porque el criado único daba a Palomeque su parte oficial.

—¿Por qué está el *Tigre* encerrado? ¿O se ha marchado sin despedida?

—No, amo. Anoche llegó medio briago, que apenas se podía tener en dos pies, y estará durmiendo la zorra.

Debemos advertir a los lectores que, en obsequio de los pasajeros que no supiesen leer, introdujo Palomeque en su mesón un uso que había visto en los Países Bajos, donde algún tiempo sirvió en las guarniciones españolas. Consistía en sustituir los números de los cuartos con figuras de animales, como se ha hecho alguna vez con el juego de lotería por una razón idéntica.

—Supongo que la *Serpiente* tendrá causa distinta para hallarse encerrada —prosiguió Palomeque— porque no es de malas costumbres.

—Cierto: ha salido a comulgar.

—Haced llamar a Maese Facundo —interrumpió Adriano—. ¿Podrá hacerme la barba sin desollarme mucho?

—No diga vuestra merced podrá: yo le protejo para que esté listo a servir a los pasajeros. ¡Ni qué habla vuestra merced de desollar! Bien que si le encomendasen despellejar a San Bartolomé, lo haría con tal sutileza que estaría fuera la piel antes que hiciera un gesto el bendito santo.

A poco se presentó el barbero, no solamente perfumado y rasurado del día como ha de estarlo todo hombre de su oficio para acreditarle, sino guapamente vestido, pues era joven de veinticinco años y llevaba pocos meses de casado. Sus calzas atacadas eran de un mediano pañete azul de Segovia, su jubón de saya-saya, traída de Filipinas el año anterior, orlado de bricho de oro, y a su cabeza, que trascendía a romero, le daba cierto realce una caperuza leonada, sobre la cual ondeaban las plumas más flexibles y de más cambiantes metálicos que pudieron ofrecerle los animales de su gallera.

Después de colocar su reluciente bacía de suerte que brillara bien el azófar, de tender sus toallas y poner al lado un pichel de peltre y un espejo semidiáfano, entabló su conversación profesional.

—Un hidalgo tan mozo como vuestra merced muestra serlo, no debe llevar barba cerrada al uso del señor Visitador Muñoz o Su Excelencia el señor virrey Enríquez, a quien tuvimos la dicha de ver aquí hace poco. Si vuestra merced no lo lleva a mal, le afeitaré como vi que lo estaba el secretario de Su Excelencia.

Usanza nueva, señor, que viene como de perlas a un mozo de tan galán parecer como vuestra merced.

—Haced como os plazca, con tal que me digáis lo que ha pasado a estos religiosos de San Francisco...

—¡Ah! Sí, sí, ya barrunto lo que ha despertado la curiosidad de vuestra merced — interrumpió maese Facundo, acostumbrado a monopolizar la conversación—. Contaré a vuestra merced todo lo que sé, y en verdad que lo que sé es todo. Calcule vuestra merced si no sabré lo que acaece en el convento, cuando pasan por mis manos los novicios al entrar en la orden y los coristas al profesar u ordenarse, lo mismo que pasan por manos del Padre Guardián o del señor Obispo... Supongo que hallará vuestra merced el agua bien templada y aromática además, eh. No todos saben tomar las dosis del romero y el tomillo... Pero hablábamos de San Francisco. Bastante acuitados están los frailes, y vea vuestra merced, no les falta razón. ¡Tener un soberbio templo y no poderle dar a luz!... ¿Agradará a vuestra merced mi jabón de alcanfor? Es de mi invención, y tiene más virtudes que un ermitaño... Pues, señor, es el cuento que mis vecinos encargaron la construcción de su iglesia a un maestro habilísimo, a un arquitecto muy matemático. Yo le hacía la barba cada semana, y aun me había prometido ser padrino de un hijo que me ha de nacer dentro de pocos meses. Hace más de uno que se puso la última clave de las bóvedas, y a la hora de descimbrar se ha desaparecido el arquitecto y nadie es osado de hacer una operación que amedrentó al insigne alarife. El síndico del convento ideó el atraillar una manada de indios a un robusto cable atado en lo bajo de un pie derecho, a fin de que, falseado

éste y faltando su apoyo, viniese a tierra la parte correspondiente de cimbra. Pero el cable se rompió, el racimo de indios, zás, se precipitó como seguidilla de barajas, y rompiéronse las cabezas los delanteros sin que el pie derecho se moviera más que el Popocatépetl... Con mi retórica del zás, corté ligeramente a vuestra merced, pero aquí tengo para casos tales los polvos de Villegas, un barro de la tierra que tenemos los angélicos de esta Puebla, con el cual se curaría en un santiamén la mujer con flujo de sangre del Evangelio. Estaba yo además tan embebecido en el diálogo —y la víctima no había hablado palabra—. Pues, señor, como iba yo diciendo, los benditos padres para que les venga alguna idea o algún auxilio, inventaron anoche una disciplina general. ¡Ojalá así pudiera parecer el que ha de ser mi compadre!

—Más fácil creo que halléis un padrino para vuestro hijo que los franciscanos un arquitecto —dijo Adriano aprovechando el momento que el barbero empleó en cambiar su navaja.

—¡Padrino! ¡Le tengo ya! El pertiguero que quiere mucho a Eleonor, así se llama mi mujer, muy servidora de vuestra merced, se me ha ofrecido varias veces, pero tengo cierta aversión a los pertigueros. No es esto decir que yo no respete el oficio, y más teniendo nuestra catedral el privilegio de que el tal que desempeñe ese servicio, haya de ser cristiano viejo, hijodalgo. Sólo digo que me escuece el padrino, sin contar con que quiere enseñar el oficio a mi hijo para que sea su sucesor.

—Tendríais que molestaros en buscar las pruebas de hidalguía.

—¡Ah! Esto no sería difícil. Mi abuelo hacía el cerquillo a Su Eminencia el cardenal Jiménez de Cisneros, y nos han llamado De la Tixera y Romeral. Del Tixera no puede sacarse cosa de provecho, mas ve vuestra merced que Romeral ya huele a algo raíz, un solar de cierta extensión para sembrar mucho romero. ¡Pertiguero mi hijo, para recordarme siempre!... No sé cómo escape yo.

—Pero podéis abrigar una esperanza —advirtió Adriano mientras maese Facundo limpiaba sus navajas—. ¿Si os naciera una hija?

—Por Dios, que vuestra merced me consuela. ¡Y yo que no había caído en ello!

Terminada la operación y después de doblar sus toallas, presentó maese Facundo, como era uso y costumbre, el espejo a Adriano, diciéndole:

—Mucha salud, señor hidalgo. Véase vuestra merced en el mismísimo espejo en que se miraba el Eminentísimo señor cardenal Jiménez. ¡Si en el negocio de los frailes pudiera hallar vuestra merced un consuelo como el que me ha dado!

Adriano que, por su edad y temperamento, daba fácilmente expansión a sus ideas, dijo llanamente lo que le ocurría y que se verá adelante, declinando, sin embargo, toda responsabilidad.

Capítulo XII

LECCIÓN DE ARQUITECTURA

NUESTROS VIAJEROS habían convenido en descansar un día y por tanto Adriano debía buscar alguna distracción, pues habiendo visto empeñados en intensa conversación a sus compañeros de la víspera, no creyó oportuno esperar a que le invitasen, ni menos les propuso algún paseo por la ciudad. Deseaba ver si su idea era ejecutada en San Francisco, mas juzgando que para ello faltarían aún tres horas, quiso ver entretanto la población que, según la frase de Romeral, estaba saliendo de la cuna.

—Hallándose como se halla vuestra merced —decía Palomeque— en la calle de Mesón (o más bien de los Mesones porque, al lado del mío, origen de la ciudad, ha plantado otro un envidioso) no hay más que llegar a la esquina del Poniente y tomar allí la calle de la Sierpe^[9] hasta la esquina de la Audiencia en la Plaza Mayor. De allí vuestra merced puede ir a ver la planta de nuestra Catedral o, siguiendo directamente al Sur, llegar hasta la ermita de los Remedios, o dirigirse al poniente y pasear por Santa Agueda.

Entretúvose, en efecto, el joven en visitar la diminuta Catedral construida en 1550, cuando el asiento del obispado se pasó de Tlaxcala a Puebla, y levantada en el medio de lo que fue luego sucesivamente Portal de Libreros, de Borja y de Iturbide; observó la planta de la nueva, que anunciaba ya una gran basílica; la residencia episcopal situada entonces donde estuvo después el convento de la Trinidad, y un teatro construido en el actual palacio del obispo, donde se daban representaciones de títeres y, en los días solemnes, de entremeses y autos sacramentales. Veíanse además, por todas partes, casas en construcción, pero hasta entonces eran todas de piso bajo, habiéndose visto envuelto en una acusación de traición por el judío Diego de Alvarado, el vecino y alto funcionario que algunos años después edificó su casa con dos pisos.

Distraído con esto y con ver los cargamentos que los mercaderes aprestaban, de herraje para el Perú, de sayales y otros paños burdos para el interior, y de harinas y jabón para Cuba y la Española, pasó el tiempo hasta el mediodía, en que se dirigió a San Francisco.

La idea sugerida a maese Facundo fue aprobada por el Guardián, y se reducía a poner unos hornos cubiertos como los de carbón y en cuyo centro quedasen las bases de los pies derechos correspondientes a la línea media y una de las extremas de la armadura de cimbra. Así debería caer ésta, apagando muy probablemente el fuego de los hornos y sin convertir en uno inmenso todo el edificio, lo que naturalmente sería trascendental a su solidez ulterior.

En una hora habían quedado terminados los hornos llenos de carbón para evitar

las llamas, gracias al auxilio y donación de casi todos los vecinos del barrio, y al llegar Adriano se esperaba, de un momento a otro, el resultado. A fin de que fuera feliz, dos legos tañían las campanas para que exhalasen la más lamentable rogación posible, y los frailes de coro tomaban el récipe que su Guardián les había recetado y que conoce ya el lector.

—Aquí tienen vuestras mercedes —gritaba el barbero a la multitud reunida ante la puerta del templo— al matemático insigne, al habilísimo piloto que nos ha deparado nuestra ventura para sacarnos del mar de dudas y desconsuelo en que naufragábamos —y diciendo esto se acercó descaperuzado a nuestro joven, que no acertaba a escaparse de aquella posición comprometida.

Después que Adriano trató de esquivar los exagerados elogios del barbero y la responsabilidad consiguiente a ellos, preguntó a maese Romeral.

—¿Sois acaso quien dirige esta operación? A juzgar por vuestro cambio de traje, habéis sustituido a vuestro futuro compadre.

—Que no, señor. Sólo que este colete de cáñamo es más conveniente para el trabajo que mi jubón, y estos follados de sayal más cómodos que las calzadas atacadas. El encargado es este Gil Ángel, el carbonero más ladino de la Malinche, el más...

—¿Cómo van los hornos? —interrumpió Adriano, dirigiéndose a Gil Ángel.

—Poco falta te vuelvas carbón; ya no echas humo por respiradero.

—Quítense todos del frente de la puerta —mandó en voz alta Adriano, porque calculó que, obrando como un émbolo la cimbra al caer, expelería violentamente por la puerta el aire contenido en el edificio.

Su orden fue obedecida, y él mismo se alejó, encontrándose al paso con los dos ganaderos, sus compañeros de viaje.

—Huélgome infinitamente —le dijo uno de ellos— de que, además de ser socios al caminar, lo seamos en ayudar a estos pobres frailes.

—Crean vuestras mercedes que me hallo ingerido aquí por una singular casualidad. Mas no veo qué parte tomen vuestras mercedes en esto.

—Diga vuestra merced por una especial providencia.

—Así osaré pensarlo si el resultado fuere bueno —se apresuró a interrumpir Adriano.

—Por lo que hace a nuestra parte —continuó el otro— depende de ese mismo resultado, y por ahora baste saber a vuestra merced que hemos transigido nuestro litigio.

—Eso me basta, en efecto, para holgarme muy de veras con tan generosos hidalgos. Y ¿cómo queda la tierra disputada?

—A favor de los pájaros del aire y los insectos de la tierra. Yo respetaré los linderos que asigne mi vecino, y él se atenderá a la linde que yo digo. Así ve vuestra merced que la honra de Castilla y Extremadura queda...

Interrumpió la frase una ingente ráfaga de viento que pasó al lado de los

interlocutores, y casi en el mismo instante se oyó el sordo fragor de un inmenso derrumbe, mientras por la puerta se precipitaba horizontalmente una corriente de polvo, que a poco salió también por las altas ventanas y claraboyas del templo. Ninguna columna de polvo o humo se elevaba, sin embargo, del medio del edificio, por lo que, augurando bien Adriano, avanzó hacia la puerta.

Mientras daba sus últimos consejos a Gil y a los albañiles para apagar el fuego con la tierra y extraer la madera, el barbero había anunciado a la comunidad el buen éxito, y vuelto al lado de Adriano.

—Hágame vuestra merced la muy singular de concederme que le abrace —y le abrazó en efecto sin esperar la licencia, añadiendo—: ¡Oh, si yo supiera dónde está oculto mi compadre, con cuánto regocijo le traería a que contemplara su obra, aun cuando mi hijo hubiera de ser pertiguero!

El Miserere de los frailes se había transformado entretanto en un Te-Deum, concluido el cual salió el Guardián a dar las gracias a Adriano, convertido contra su deseo, en héroe de la fiesta.

—Nosotros —dijo uno de los hacendados que se habían acercado al grupo— holgaríamos de hablar con Vuestra Paternidad acerca de este edificio.

—¿Son vuestras mercedes arquitectos? —preguntó el Guardián, echando cierta mirada de desdén a los gregüescos, botas plegadas y sayo de gamuza de los ganaderos.

—Debajo de mala capa suele haber buen bebedor. Debe saber Vuestra Paternidad que mi vecino que está presente, y yo, hemos tenido un pleito ruidoso que por apelación llevábamos a la Real Audiencia, mas nos hemos transigido, y convenido en pagar por mitad la reposición de las bóvedas si hubieran caído, o un patio de arcadas con sus celdas y oficinas para Vuestras Paternidades, si el descimbrar saliera bien. Deseamos saber si la comunidad aceptará el convenio, comprometiéndonos nosotros en toda forma.

No es necesario decir cual fue la respuesta. Adriano y los ganaderos fueron instantemente invitados a comer en el refectorio, y el primero a encargarse de la obra que debía ejecutarse con el dinero de los segundos. Tuvo gran trabajo para convencerlos de que nada entendía del arte, siendo un bachiller en leyes por la Universidad de Lovaina, que iba a México para estudiar la jurisprudencia patria.

A pesar de eso, Maese Facundo de la Tixera y Romeral que, sirviendo en el refectorio al Guardián, había oído la conversación, contaba a la gran multitud que rasuró aquella tarde (era sábado) que él había descubierto al Doctor en Arquitectura por la Universidad de Lovaina al fecundo ingenio que había sabido desatar el nudo gordiano. El Guardián entretanto había hecho llamar a un escribano que extendió la obligación de los ganaderos.

Añadiremos para terminar este capítulo que, según Zerón Zapata, narrador tanto del descimbramiento a fuego como de la transacción de los hacendados, la obra que éstos costearon pasó de cuarenta y dos mil pesos.

Capítulo XIII

PROFECÍAS

AL DÍA SIGUIENTE se despidió Adriano de los ganaderos, con quienes se había acompañado al fin de la última jornada, y habiéndole dado el estribo Facundo de la Tixera y Romeral, tomó su ruta hacia México por el camino llamado de los Volcanes.

Vio en Cholula su celebrada pirámide, monumento de la falta total de gusto arquitectónico en el pueblo que la levantó, y al mismo tiempo de la opresión en que vivía, pues esas masas titánicas, aglomeración de trabajos estériles, no han podido construirse sino por hombres avezados al más rudo despotismo.

Más adelante comenzó a caminar entre los negros filones de basalto y lava, cuyas corrientes brotaron al pie del inmenso volcán, siéndoles más fácil romper la pesada y dura costra de la tierra que elevarse a la ingente altura del cráter.

Prosiguiendo a la otra mañana su camino vio el puerto donde se dividen las aguas que descienden a los lagos de México de las que van al Mar Pacífico, y separa al mismo tiempo las faldas eternamente nevadas del Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl. Según que había avanzado en su ascensión se habían desarrollado a la vista sorprendida de Adriano los valles selváticos en gran parte entonces y ahora esmeradamente cultivados, que irradian de los montes que acaban de nombrarse.

Algunas horas después atravesó aquel puerto, por el cual los vientos alisios detenidos por elevadas montañas, se precipitan al valle de México, formando una catarata de aire frío por la abra única que encuentran en un espacio de más de doce leguas. Lamida allí la tierra incesantemente por las corrientes y las ráfagas del viento, no produce más que marchitas gramíneas de tallo duro y encorvado generalmente en la dirección del torrente aéreo.

La belleza del valle de Tenoxtitlan no se desarrollaba, sin embargo todavía, e impelido Adriano por el amor a su ciudad natal, se dirigió fuera de la ruta a una colina inmediata desde donde esperaba descubrir las hermosas llanuras centrales, los inmensos senos en que estaban depositadas las lluvias de ignorados siglos, y vislumbrar en medio de aquel paisaje la Ciudad de los Lagos.

Sin embargo, era todavía vano su anhelo. Sólo pudo descubrir desde aquella altura las cimas redondeadas de otras colinas, que parecían seguirse en una sucesión indefinida como las olas de un inmenso mar, sobre el cual se elevaban, a semejanza de islas de cristal, las brillantes cimas del Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl. Al fin de la tarde se le presentó el panorama del fresco valle y los tranquilos lagos del sur, y a poco tiempo pudo descansar en Tlalmanalco.

Las distracciones de un viajero consisten, tanto en la diversidad de paisajes que se van ofreciendo sucesivamente a su vista, como en la variedad de figuras y caracteres

que halla en los caminos y las posadas. Adriano deseaba conversar después del largo silencio que había guardado casi todo aquel día, por lo cual se propuso hablar a un pasajero que parecía el único del mesón.

Era de avanzada edad, estaba vestido de negro, resaltando más por esto su valona bordada; pero lo que más se notaba en él era que cerca del cuello y de los puños, donde el cutis presenta siempre un color más claro, se advertía una piel rojiza que contrastaba desapaciblemente con sus facciones europeas. Indagando Adriano del posadero el nombre y calidad de aquel personaje, supo que se hacía llamar Micer Andrés Dorantes y que era médico de profesión.

Una de las simpatías más enérgicas es la de dos viajeros solos en una posada. Así fue que Adriano y Dorantes entraron pronto en conversación, y éste manifestó su tristeza por la muerte de Fray Alonso de Escalona, a quien había ido a asistir.

—Los frailes dicen —contaba el médico a Dolmos— que el difunto tenía el don de profecía. En gracia de la Nueva España, quisiera yo que más bien hubiera sido un visionario.

Adriano le preguntó naturalmente qué cosa había profetizado.

—Aquí donde vuestra merced me ve —prosiguió Dorantes— he andado por las tierras del norte hasta donde no ha llegado ningún español; por tierras más lejanas que un gran río llamado por los salvajes Meschacebé^[10] y más al septentrión de una cordillera que dicen Apalache. Después recorrí, durante siete años, desnudo como una mona, tostado por el sol en los estíos y curtido por el frío en los inviernos, las comarcas que están más allá del Nuevo México y al norte de la península de California, que descubrió Cortés. Los nuestros le han llamado el reino de Quivira. Ayer hablaba yo con Fray Alonso de mis viajes para distraerle, y esta mañana, ya próximo a morir, me decía: «Lo de Quivira es mucho más rico que esto, pero no lo gozarán los primeros sino los segundos.» Y acerca de lo que está por descubrir más allá de la Florida ¿qué dice Vuestra Paternidad? «Respecto de lo que falta por descubrir —me respondió—, la Nueva España será sólo un arrabal.» ¿Qué juicio hace vuestra merced de tales vaticinios?

—No acertaría yo a formar ninguno —respondió Adriano— y más bien deseara oír la opinión de vuestra merced, que pudo juzgar de la lucidez del enfermo, y antes en sus viajes de la calidad y condiciones de aquellas tierras.

—No se me alcanza mucho de profetas. Por lo demás, si nosotros los españoles no hemos acertado a conquistar y civilizar el trecho de la Florida a los Bacalaos,^[11] no sé quién sea osado a hacerlo. Respecto de la Quivira, diré a vuestra merced que aquellos salvajes no usan más preseas que collares hechos con huesos y conchas.

Así no veo traza de que el fraile salga verdadero.

—Paréceme extraño —dijo después de una pausa Adriano a Micer Andrés— que un médico haya querido llevar su ciencia a esas naciones bárbaras.

—¡Oh! Ha sido lo contrario; los salvajes me la han dado a mí, es decir, el grado de bachiller para empezar a curar. Yo salí de Cuba con Pánfilo de Narváez el año

1528 para conquistar la Florida, lo cual era difícil visto que Juan Ponce de León, que la descubrió, nada hizo de provecho y sólo pasó muchos trabajos buscando la fuente cuyas aguas tienen la virtud de rejuvenecer. Al año volvió más viejo, y tan quebrantado que murió a poco tiempo. Lucas Ayllón siguió después de algunos años, y los indios le desbarataron. Nosotros, que eramos cuatrocientos peones y ochenta caballos, fuimos más infelices. Una parte murió en las refriegas, otra mayor de hambre, aunque inventamos comernos unos a otros. Un buen golpe de españoles se embarcó con Pánfilo de Narváez para volver a Cuba, mas los barcos eran tan desmedratados y las provisiones tan escasas, que todos murieron de hambre o tragados por el mar, pues jamás pudo tenerse noticia de ellos. Catorce de entre nosotros o quedaron descarriados o prefirieron la vida salvaje al naufragio casi seguro. Yo fui de este número. Los indios nos daban algunas veces de comer caracoles y unas raíces que sacaban muy difícilmente del fondo de las ciénagas; pero al fin se cansaron de sustentarnos y nos previnieron que trabajásemos para comer. En esto murieron nueve de los nuestros por la desnudez, el frío y los malos alimentos, visto lo cual por nuestros amigos los salvajes, nos dijeron que siendo de poca medra para el trabajo habían determinado hacernos médicos.

—Esa resolución sorprendería a vuestras mercedes tanto como ahora me sorprende a mí.

—Es la verdad. Alegamos nuestra ignorancia, mas ellos dijeron que nos enseñarían, pues todo el secreto del curar consistía en soplar y traer las manos sobre el enfermo, aprovechando en su favor la virtud que cada uno tiene. Nosotros expusimos que ninguna virtud nos había tocado, pero nos instaron diciendo que las piedras y las plantas tenían cualidades eficaces para sanar, y que los hombres, criaturas más perfectas, debían tener un influjo más fuerte. Con el sistema de nuestros huéspedes nos echamos a curar, añadiéndole de nuestro calete el recitar un Credo y unos Pater Noster, y obtuvimos un éxito asombroso. Los enfermos nos regalaban cosas de comer, de suerte que engordamos pronto, y por lo que hace a ropaje, nos habíamos acostumbrado ya a andar como monas. Así vivimos siete años, recorriendo en ellos los países que he dicho a vuestra merced, hasta que el año de 1536 topamos cristianos que hacían una entrada por Culiacán en la Nueva Galicia. De todos los compañeros de Narváez quedamos sólo el capitán Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, el negro Estebanico y yo. Al ver cinco jinetes que formaban la descubierta, corrimos hacia ellos sin acertar a hablar a causa de la emoción, por lo cual nos recibieron con las espadas desnudas creyéndonos chichimecas. Y vea vuestra merced, no dejaban de tener razón.

Al decir esto levantó la manga de su sayo y mostró una piel poco diversa de la que tienen los tiburones.

—En los pueblos por donde pasábamos al dirigirnos a México —continuó Dorantes— todos nos veían como en España miraban a los caribes y papagayos que llevó Colón. Después de descansar algunos meses, me marché a Valladolid donde

estaba la corte, esperando recibir una decente recompensa por mis trabajos.

—Cierto que merecían alguna consideración.

—¡Ojalá hubieran sido en la corte del sentir de vuestra merced! Durante un año presentaba yo un memorial cada mes, exponiendo en todos ellos mis servicios. Mas al fin me dijo descaradamente el secretario del Consejo de Indias, que aquellos servicios prestados a los salvajes estaban ya recompensados con el título de físico que me habían otorgado ellos mismos y que no sería malo me viniese yo a curar indios. Vi que el consejo, aunque dado con fea intención, era bueno, y habiendo comprado unos libros para estudiar la medicina racional como se estila entre cristianos, volví treinta años hace a establecerme en el Nuevo Mundo.

Micer Dorantes y Adriano cenaron juntos aquella noche y convinieron en hacer del mismo modo la jornada a México el día siguiente. A las cinco de la mañana emprendían su camino, habiéndose detenido un poco el primero para dar las últimas instrucciones al padre de un enfermo.

—Haced la cataplasma con la yerba cihuapactli cocida con leche de mujer que haya tenido hija: si en vez de hija es hijo, no respondo del buen suceso. Para asegurarle mejor rezaréis un Pater y una Ave María al aplicar la medicina.

—¿Aprendió vuestra merced en la Florida la receta que acaba de dar? —preguntó Adriano a Dorantes cuando se alejaron algún trecho.

—Tiene vuestra merced la vocación de la Universidad para el chiste —contestó el médico sonriendo—. Mas la verdad es que está en un libro impreso en México, y

Sólo el Pater y el Ave son de mi cacumen.

Adriano fue muy gratamente recibido por el corresponsal de Teófilo, Everardo Van Opdam o de la Presa, nombre análogo que empleaba en su comercio con los españoles. En su casa halló Dolmos un departamento pequeño para su habitación, y al día siguiente hizo inscribir su nombre en la matrícula de la Universidad. A poco tiempo se engolfó en su estudio, distrayéndose algunas veces con la amistad de algunos condiscípulos suyos, y mucho más frecuentemente con los recuerdos y cartas de Elvira.

Capítulo XIV

EL OBSEQUIO DE UN CACIQUE

NUESTROS PERSONAJES principales han quedado divididos por una distancia de más de noventa leguas, por lo cual nos será necesario cambiar alguna vez la escena de nuestra historia.

Hallábase una mañana el doctor Eucardio leyendo en su habitación con avidez las *Geórgicas* de Virgilio, pues había resuelto hacerse un perfecto agricultor y tenía para sí que con aquella lectura alcanzaría prontamente su fin. Alonso Toncap entró a una hora no acostumbrada y con cierta expresión de placer y timidez dijo al Doctor:

—Tú has enseñado al hijo de Jaltontan el arte de los españoles. El noble totonaco quiere tener el gusto de que veas que es agradecido, y te ruega que recibas este obsequio.

Dióle entonces un cestito con las flores más bellas de la estación formando un círculo, y en el medio dos pepitas de oro.

El Doctor apretó la mano del joven cacique y examinó con gusto las flores. Después de aspirar sensualmente su perfume, tomó uno de los cuerpos metálicos y quedó sorprendido por su peso.

—¿Es oro éste? —preguntó a Alonso.

—Es el que produce la tierra mala como las conchas enfermas dan origen a las perlas.

El Doctor tomó la otra pepita, y repentinamente mostró considerable interés al examinarlas.

—¡Oh qué felicidad! —exclamó—. Ahora puedo ver el mérito de Arquímedes en su invención. Pide Alonso las balanzas y sus pesas a la niña Elvira.

A poco tiempo trajo el cacique lo que el Doctor había pedido, pero volvió sin el contento que mostró al hacer su obsequio y diciéndose a sí mismo:

—¿A todos los blancos enloquecerá igualmente el oro? Quería yo que mi regalo le agradase, mas no hasta el punto de que le asemeje a un español.

El Doctor, que había entretanto llenado de agua un vaso de plata hasta el borde, metió allí una pepita recogiendo cuidadosamente el líquido que se derramaba. Vio que éste pesaba dos onzas y, luego, que el metal puesto en la balanza tenía treinta y ocho.

—Es oro purísimo —exclamó—; tiene el peso específico de diez y nueve a uno.

Ejecutó igual operación con la pepita más pequeña, que tuvo veintitrés onzas, y quedó del mismo modo satisfecho.

—Exceptuado Adriano Dolmos —dijo el Doctor a Alonso— nadie me ha ofrecido jamás una recompensa como la que tú me has dado.

—Ésta es la muestra de una mina, y lo que yo he venido a darte es la mina, con tal que no divulgues la noticia entre los españoles para que no vengan a matarnos con el trabajo.

Quedó Eucardio absorto y embebecido en el placer, no por la riqueza ofrecida, sino al palpar el desinterés magnánimo de Alonso: el hallazgo de una virtud le complacía más que el oro.

—¡Cuánto me regocija tu generosidad! —le dijo el Doctor estrechándole una mano—. Pero solamente la aceptaría, permitiéndome tú que yo la ceda a mi compatriota Teófilo Van der Ulmen para sus hijos. ¡El oro a mí, no me puede dar la felicidad!

El contento rebosó entonces en el cobrizo rostro del cacique que profundamente conmovido le respondió:

—No me engañaste, y eres tal cual yo te había juzgado. Con la condición que puse, regala tu mina a tu amigo, él no es español; si darla te causa placer, es lo que yo he querido que tengas.

El doctor Eucardio llamó misteriosamente a Teófilo; enseñóle las pepitas añadiendo que iba a regalar la mayor a Elvira, y en seguida le cedió en su nombre y en el de Alonso la mina que producía aquellos frutos, imponiéndole la condición que el cacique había designado.

Puede fácilmente concebirse el júbilo de Dolmos al hallarse tan inesperadamente aquella esperanza de inmensas riquezas. Protestó cumplir con la condición del secreto que Alonso imponía y añadió:

—Se aviene perfectamente con mis deseos de que Adriano se acostumbre a una vida modesta y de que Elvira no vea la tentación de ir a vivir por ahora a México. Aquella ciudad tiene aún pocos elementos para gastar el dinero con buen gusto, y acaso por esto los jóvenes de la edad de Adriano disipan su hacienda extravagantemente. Por lo que atañe a Elvira —añadió dirigiendo al Doctor una mirada significativa— tal vez me haría cambiar mis proyectos domésticos si nos fuéramos a vivir a México. Veis, pues, que por mi parte os exijo también el secreto.

Alonso ofreció conducir a Dolmos tres días después a la mina distante siete leguas, según informó. Convino en llevar cuatro de sus antiguos súbditos a quienes impondría el secreto, y en que éstos sólo trabajasen a lo más tres días de la semana y únicamente seis horas en cada día.

—Bien —contestó Dolmos— y en las demás horas y en los días sobrantes quedas libre para gozar la mina con la franqueza de dueño. A mi amigo Eucardio yo le daré su parte.

—El Doctor desea hacerte un obsequio, hija mía —decía a poco rato Dolmos a Elvira, a la cual fueron ambos a ver a su retrete—; pero es necesario que prometas no preguntarle cómo ha venido a su poder.

—Aunque el obsequio no dependiera de esa condición, jamás haría preguntas al Doctor si tengo el menor indicio de que desea no responder.

Ofrecióle entonces Eucario la pepita que sorprendió a Elvira sobre manera, pues había pensado que el regalo fuese algún pájaro o una flor. Manifestó su gratitud, y volviéndose a Dolmos le dijo:

—¿Qué podría yo hacer con tanto oro?

—Acéptale. Será muy sencillo enviarle a tu padrino Van Opdam, que le devolverá convertido en dijes.

—No; se mancharía la pureza del recuerdo si se mezclara con cualquier idea de egoísmo o vanidad. Le conservaré tal como le recibo.

Este incidente vino a modificar en algo la vida bastante uniforme que pasaban los habitantes del Tajín. No solamente daba origen a varias conversaciones particulares entre Dolmos y el Doctor, las cuales excitaban la curiosidad de Elvira, sino que promovieran diversas excursiones misteriosas de don Teófilo, que solían durar tres o cuatro días. La joven, sin embargo, se resignaba porque estaba segura de que cualquier proyecto de Dolmos había de dirigirse a su bien y al de Adriano, lo que ella estimaba como cosa igual.

La educación moral de aquella joven se perfeccionaba considerablemente a pesar, o más bien a consecuencia de su conversación casi exclusiva, con Dolmos y el Doctor. Las tranquilas afecciones del corazón se desarrollaban plácidamente en aquel pequeño círculo sin rivalidad y sin la menor nube de egoísmo; y la inteligencia adquiría un vuelo nada común al lado de aquellos hombres, uno de los cuales, venciendo la pobreza, había encontrado la tranquilidad y aun el bienestar, y el otro, teniendo siempre al lado el mismo enemigo, había alcanzado la ciencia. El alma de Elvira tomaba (permítasenos la expresión) cierto tinte varonil.

Éste se disipaba, sin embargo, en los frecuentes recuerdos de Adriano. Al acariciarlos en lo íntimo del corazón, al leer y contestar las cartas del amante ausente, sólo respiraba Elvira la angelical ternura y el anhelante amor de una virgen.

La adquisición de la mina había influido también en el doctor Eucardio, que había querido ponerse en estado de auxiliar a su amigo en la explotación. Dejó, pues, por algún tiempo a Virgilio y se dedicó con toda atención a estudiar el libro *De Metallis* de Plinio. Mas habiendo ido una vez en lugar de Dolmos a la mina (uno de ellos quedaba siempre en el Tajín para acompañar a Elvira) y viendo la sencillez con que los trabajadores recogían y fundían el metal nativo, estimó justamente que su estudio sería inútil.

Tal fue la única variación que aquella riqueza produjo en el carácter o en la vida del Doctor. Por lo demás, habiéndole llevado Dolmos una talega con mil pesos el día siguiente al de la donación y por cuenta de la parte que debía corresponderle, tomó sólo cien pesos, rehusando constantemente el resto.

El secreto de la mina y el del tesoro que Dolmos iba reuniendo se conservaron por algún tiempo impenetrables, mas por una casualidad Martín llegó a descubrir el segundo. Hallábase Dolmos con Alonso en el momento de guardar unos tejos en un secreto de la casa, habiendo ido entretanto el Doctor a entretener a Elvira, cuando

aquel criado entró inesperadamente. El secreto de Dolmos no llevaba el ruin y suspicaz objeto que habría tenido algún avaro, por consiguiente no había tomado grandes precauciones. El precipitado empeño de Alonso para que Martín no viese los tejos, hizo que éstos cayeran y rodaran, y Dolmos, sin gran pesar, tuvo que admitir al criado fiel en su secreto, que no debía revelarse a Adriano y Elvira hasta que aquél fuese abogado, según la indicación que Teófilo hizo a Alonso y a Martín.

Capítulo XV

PROCESIÓN DE SANTA MARÍA LA REDONDA

EL CORTO PERÍODO que faltaba para las vacaciones de agosto estaba al terminar y el día 15 de aquel mes había salido Adriano con Francisco Gamboa, paje del virrey, a pasear a caballo por el barrio de Santa María la Redonda, adonde debía llegar una de las procesiones célebres de aquella época.

El concurso en las cercanías de dicho templo no era, sin embargo, considerable todavía, y más bien se había dirigido al rumbo de San Francisco, de cuya basílica de siete naves, llamada capilla de San José, debía salir la procesión para celebrar a la Virgen de Agosto. Aquel templo, que más adelante cedió su lugar al Señor de Burgos, había sido construido bajo la dirección de Fray Pedro de Gante y le llamaban indistintamente la parroquia o la catedral de los indios.

El sol se mostraba con la espléndida belleza, común en los días caniculares, y tan deseada después de las extremas lluvias y del cielo nebuloso de julio. Mas en aquellos momentos los copiosos vapores que el calor elevaba de los lagos y valle de México, formaban ya sus coronas de nubes aun a los cerros de menor altura, y por lo mismo de atracción más remisa.

Todo indicaba una lluvia tempestuosa para la tarde, pero esto ningún temor sugería a los devotos que esperaban ver la procesión en la mañana, y ni aun habláramos de ello si no fuese para indicar que el sol radiante de aquel día comenzaba a infiltrar una excitación febril en los espectadores. Los indígenas resentían menos ese mal por su costumbre de afrontar toda especie de influencias, y se entregaban al placer de la fiesta con el intenso júbilo de las personas que habitualmente están hundidas en la miseria.

La procesión comenzó a organizarse yendo al frente nuestro conocido el hermano Fray Cintos de Villasinda, con la cruz alta y a sus lados otros dos legos con los ciriales. Tras ellos se iban formando los alumnos indígenas bajo la inspección de Fray Pedro de Gante, su protector, llevando grandes cirios encendidos. Seguían los neófitos de corta edad, con ramos de flores para ofrecer a la Teonantzin, y ya comenzaban a tomar su posición los devotos entre los españoles, al frente de la comunidad formada en la iglesia, cuando empezó a susurrarse que se intentaba por algunos impedir la salida de la procesión.

—No, no es posible —decía el Guardián—. ¿Estamos acaso en los tiempos del feroz Nuño de Guzmán, que perseguía lanza en ristre a los sacerdotes, o vivimos entre luteranos y calvinistas?

Destacóse el maestro de novicios al oír estas palabras, pero como ellas implicaban la idea de que el mal pudiera venir de la Real Audiencia, sólo buscó con la vista

desde la puerta del atrio a los oidores. No hallándolos, ni viendo tampoco varas de alguaciles, volvió con buenas noticias a su prelado.

—Todo ello debe ser imaginación de gente ociosa y espantadiza —dijo el doctor Sandí, miembro del Nobilísimo Ayuntamiento—. Vuestras Paternidades muy reverendas deben reflejar que si se hubiera acordado cualquier cosa contra los fueros del convento, algo se me alcanzaría en el negocio.

Con tal seguridad se dispuso que la procesión saliera, y las esquilas de San José y de la iglesia principal comenzaron a repicar raudamente y a electrizar a los espectadores. Respecto de algunos era positiva la acción de las baterías que vibraban en los campanarios, hallándose en esa categoría los indígenas y muchachos que se habían propuesto regocijarse a todo trance; otros estaban electrizados negativamente y eran en lo general clérigos, monaguillos, cantores y sacristanes de las iglesias en que no había frailes. Estaban distribuidos en varios grupos frente a la puerta del atrio y al poniente de la zanja.

—¡Mala vergüenza! —decía un clérigo rural—. ¡Tener estos azules tantas campanas de repique como si su iglesia fuera catedral, cuando en mi ermita de Guadalupe no hay en esto de campanas sino la que sirve para tañer el sanctus!

—¿Y no es anticánónico —exclamaba otro vestido con sotana y turca de seda— que estos frailes se hayan apoderado de la administración eclesiástica, mientras nosotros, que pertenecemos al Ordinario, apenas tenemos la congrua sustentación?

—¡Si al menos fuese congrua! —contestó un bachiller de hopalandas, pardas por el prolongado servicio del paño—. Yo de mí sé decir que sólo los lunes y los viernes tengo la pitanza de un tostón por las misas que me ha encargado mi patrona. Y esto gracias a que poco antes de morir su marido en días pasados, persiguieron al infeliz visiones espantables y recuerdos de ciertas niñerías que había hecho cuando se ganó la tierra. En consecuencia la viuda ha tenido barruntos de que esté en el purgatorio, y me ha encomendado sacarle de allí. ¡Dios le dé la paz!

—Amén —respondieron en coro instintivamente y gangueando un monaguillo y un sacristán, que se hallaban en el grupo.

En otro cercano exclamaba un licenciado en Teología:

—*Et comedet hostis segetes tuas et vineam tuam*, que dijo el Profeta. ¡He aquí lo que nos pasa con los cogolludos, que debiendo ocuparse tan sólo de sus votos monásticos, se atraen todas las obligaciones, derechos, ofrendas y primicias! Y esto cuando clérigo hay entre nosotros que en un santiamén pudiera perdonar los pecados de gran Turco y reconciliar al mismo Lutero en persona, si no se le hubiera llevado el diablo.

—Ya que vuestra merced apunta lo de absolver, para lo cual empleamos las llaves de San Pedro ¿no nos decidiremos, si es menester, a usar un poco de la espada de San Pablo?

Quien sugirió tal idea fue el bachiller Antonio Minguez, el encargado por cuatro pesos mensuales de sacar al conquistador del purgatorio.

En esto llegaron los obsequios del barrio de Santa María para el refectorio del convento, pasando los conductores por el medio de un corrillo en que la principal figura era el bajo de la catedral, notable por la amplitud de sus espaldas y la esfericidad de su barriga.

—¡Oh qué aroma de mole tan incitante! —exclamó—. Haría resucitar a Guatimotzin o al marqués si le husmearan. ¡Y esos lechoncillos rellenos con codornices, y los tamales con cerezas de la tierra!

—Ya que vamos a hacer la guerra a los franciscanos —dijo un sacristán—, ¿por qué no empezamos por cortar los mantenimientos al enemigo?

Los personajes de la procesión, ignorando enteramente tales disposiciones hostiles, comenzaron a moverse luego que Villasinda puso enhiesta su reluciente cruz.

Hemos indicado que los grupos de los sediciosos se hallaban al poniente de la zanja, que partiendo de la principal en lo que ahora es la esquina de las calles de la Independencia y Letrán, se dirigía a Tlaltelolco, quedando aún hoy un resto sin objeto por el cementerio de Santa Paula. La comitiva debía atravesar la esquina por un puente frente a la puerta del atrio y tomar por el terreno, erial entonces, en que después se fundaron los conventos de Santa Brígida y Santa Isabel y las casas que se encuentran en la misma línea.

Los clérigos, obrando con acertada estrategia, se proponían apoderarse del puente, pero Fray Cintos, que no había olvidado sus antiguas campañas, descubrió luego el intento hostil y tomó precauciones.

—Aquí de los ciriales —dijo a sus compañeros que se habían desbandado un poco; y todos hicieron alto en la entrada del puente por el lado de San Francisco, mientras proseguía el viejo conquistador—. Hermano del incensario, dé su caridad parte al capitán, quiero decir, al Reverendo Padre Guardián, de que el enemigo está al frente.

Mientras se transmitía el parte, Fray Cintos continuó sus disposiciones defensivas.

—Vosotros los de los cirios, poneos en el ala a derecha e izquierda sobre el borde del foso; en caso de refriega podéis usarlos a guisa de picas. Pero ¿qué hace su caridad? —prosiguió dirigiéndose al donado que tenía a su derecha, el cual había apoyado el cirial en el suelo—. ¿Hase visto alguna vez descansar las armas cuando el enemigo está a tres picas de distancia? Empúñele con brío, y si se enmaraña la escaramuza, no sería por cierto malo ponerle en ristre.

Alguna vez nos ha sucedido, leyendo una novela de carácter histórico, no poder precisar el límite en que cesan los hechos verdaderos y comienza la ficción. Para evitar igual duda a algún lector, aunque con peligro de que nuestro procedimiento se atribuya a otra causa, hemos tratado de indicar los hechos reales de nuestra narración, y siguiendo el mismo método nos complacemos en citar a Cavo y a Torquemada, que refieren la reyerta descrita en este capítulo.

Por otra parte, aquel estado de guerra era una consecuencia de la posición normal que guardaban los religiosos y los clérigos en la época de nuestra historia. Aquéllos, enorgullecidos con el título de primeros apóstoles de la Nueva España (que después les disputó el obispo don Juan de Palafox) y habiendo tomado a su cargo todas las doctrinas o curatos, contaban con el elemento más poderoso para figurar en la sociedad. Los segundos, privados de las parroquias, sin contar entonces con la copiosa suma de capellanías que apenas comenzaban a fundarse, hacían respecto de los frailes un papel muy secundario en la Colonia; posición inversa de todo punto en comparación a la que en Europa gozaban.

Por otra parte, los méritos de varios clérigos verdaderamente respetables, no bastaban a contrabalancear el descrédito a que daban lugar la mayor parte de sus cofrades. Parecería avanzada esta aserción si no cuidáramos de apoyarla en intachables testimonios. «Los clérigos que vienen a estas partes —decía el primer virrey don Antonio de Mendoza, en la relación instructiva que dejó a su sucesor don Luis de Velasco— son mines y todos se fundan sobre intereses, y si no fuese por el bautizar, estarían mejor los indios sin ellos.» El Concilio primero mexicano ofrece una autoridad más irrefragable: «Se han hallado algunos sacerdotes —dice el Capítulo 45— que no saben la doctrina cristiana.»

Capítulo XVI

«LA BATRACOMIOMAQUIA»

EN BREVES INSTANTES llegó a la comunidad reunida en la iglesia la noticia sobre la hostilidad resuelta de los clérigos, y mientras se percibía cierto susurro, tímido en algunos grupos y alarmante en otros, Fray Pedro de Gante se había acercado a hablar con el doctor Sandi. Es bien sabida la preponderancia que sus opiniones y su intervención tenían, no sólo en aquel convento, sino aun en algunos negocios del gobierno de México. ¿Era esto debido a la bondad de su carácter virtuoso e inteligente, o, como alguna vez se ha indicado, a un parentesco cercano con Carlos V y con Felipe II? No nos corresponde dirimir esas cuestiones.

—Vuestra merced juzgará, señor Doctor —decía el Padre Gante— de qué escándalo será la reyerta para la ciudad, y cuál peligro habría para el reino si se repitieran los tumultos de esta especie. Probablemente nuestro prelado, bien que no haya dado causa para la sedición, hará un sacrificio en favor de la paz pública y, si es necesario, prescindirá de nuestro inocente regocijo. Bástanos alabar a Dios en el interior de nuestra capilla de San José. De todos modos haréis un servicio muy grato a la orden seráfica, informando a Sus Excelencias el virrey y la Audiencia sobre el origen de esta cuestión.

—Voy, voy a ver quienes la han suscitado. No creo que sea menester más que una breve advertencia para que decaigan esos sediciosos.

—Y acompañaré con placer a vuestra merced, pues me hallo muy dispuesto a dar humilde satisfacción para apagar cualquier rencilla.

Apenas habían atravesado el puente ambos interlocutores y manifestado Fray Pedro de Gante su disposición conciliatoria a los clérigos agrupados que le cerraron el paso, cuando uno de ellos le repelió con escarnio burlándose de su calidad laical.

—¿No hay frailes de coro en la comunidad que nos envía un «caridad» en vez de un «reverencia», cuando toda la gente que aquí está somos clérigos de misa? Vuélvase, hermano, en hora menguada, que a lo más puede servir para enseñar el A, B, C y azotar a los indiezuelos.

Sin dignarse contestar Fray Pedro a un insulto tan personal y variando por ello de su primer propósito, volvió a su convento diciendo para sí solo:

—¡Oh madre mía, por coadyuvar a la remisión de tu falta, infeliz he bebido la amargura claustral, en vez de la copa de delicias de la juventud; he casi agotado mi vida en la penitencia, y no lo siento si esto ha podido contribuir a tu descanso eterno, mas todavía se rebela el viejo Adán porque las pasiones de la humanidad nos siguen por todos los climas y nos cercan hasta entregarnos a la muerte!

Por el espacio que, contra la voluntad del lego de la cruz, se abrió entre los

ciriales para permitir el paso al Padre Gante, se entraron varios clérigos a quienes salió a hacer frente el Provincial de la Orden.

—¿Cuál espíritu inquieta a vuestras mercedes? —les dijo—. ¿Se ha hecho acaso alguna cosa contra los fueros clericales?

—Oh que sí —contestó uno de ellos—. Vuestras Paternidades pueden hacer cuanto quieran dentro de su convento, *intra domesticos parietes* —entonces se usaba repetir en latín lo que se había dicho en castellano, probablemente, como decía el Don Hermógenes de Moratín, para mayor claridad—. Pero el ámbito de la ciudad, por donde vuestras mercedes querían llevar la procesión, corresponde al ordinario, y nosotros somos venidos a vindicar su jurisdicción. *Zelus domus tuae comedit me*.

—Muestren vuestras mercedes, y acaso será inmediatamente obedecido, algún acuerdo de nuestro Ilustrísimo Prelado. No parece que sin tal mandato hayan sido osados vuestras mercedes a querer interrumpir la posesión de más de un año y día que goza esta comunidad para sacar la procesión.

—Nada vale el año y día para actos o servidumbres discontinuas —contestó un estudiante de Instituta— porque, como dice el sacratísimo emperador César Flavio Justiniano *Sicut usumfructum...*

—¿Qué pudo decir el emperador de Constantinopla acerca de la fiesta de Santa María? —interrumpió el maestro de novicios, que, acostumbrado a verse acatado con santa obediencia, no se avezaba a sufrir ninguna contradicción.

—Quien mal pleito tiene —respondió el capellán de la viuda— la bornea mete. Veamos qué contesta el Padre Faucher, tan sabio *in utroque* al texto de mi compañero.

El Padre Faucher, célebre en efecto por su instrucción en el Derecho canónico, se limitó a responder:

—Si la ocasión no fuera tan ajena y, por otra parte, este lugar estuviera destinado a discusiones académicas, me aventuraría a recordar a vuestras mercedes que una agresión oculta o violenta, en vez de aprovechar, perjudica a quien por medio de ella trata de recuperar la posesión, aunque sea justa. Supuesto que vuestras mercedes han estudiado su materia de interdictos, habrán leído el capítulo *Quod vi aut clam* de la Instituta.

Entre los espectadores que se habían agrupado insensiblemente y comenzaban a manifestar su disgusto, la mayor parte contra los clérigos y algunos contra los frailes, se hallaba Everardo Van Opam, a quien en aquel momento se había acercado Adriano. Everardo dijo en flamenco:

—Laet ons goen; het onweder komt op.^[12]

—Se nos va volviendo esta ciudad una torre de Babel —gruñó el lego de la cruz, que había pasado difícilmente el latín que ignoraba, pero que no pudo sufrir la lengua de los herejes, como él decía.

Pero tuvo que indignarse aún más cuando entre el murmullo de los acolhuas, que ya indicaba una tempestad próxima, percibió estas palabras que tampoco pudo

entender, pues en su antigua encomienda sólo se hablaba el totonaco:

—*Tihui, cihuatotontin; tihui, pipiltotontin, ticana in teme inic Teopichcatzin tllili.*

El murmullo tabanesco de los indios por una parte y el sol picante por otra, exasperaron al poco sufrido maestro de novicios, y creyendo de todo punto vencidos a sus contrarios con la contestación de Fray Juan Faucher, se dirigió a su rebaño con voz resuelta.

—Entonad coristas y cantores el salmo *Quare fremuerunt gentes!* y fórmese de nuevo la procesión.

—Acompañe la capilla en fabordón —mandó el maestro de capilla—. *Quare fremuerunt.* ¡Eh! chirimías, y vuestra merced, trompa, sostengan a las flautas para que puedan hacer frente al coro.

—¿Cómo es esto de tratarnos de «gentes» a nosotros que, aunque indignamente, vestimos el hábito de San Pedro? —dijo interrumpiendo el clérigo vestido de raso, mientras el Provincial, sin poder contener interiormente cierta sonrisa, dirigió una mirada sarcástica a la sotana del interlocutor.

—¿Somos por ventura fereceos o cananeos? Pues estos tales son los que quiso significar por «gentes» el Santo Rey David, según declara Nicolás Lira y Cornelio Alápide.

Y rebotando de ira, fue el clérigo a dar un fornido empujón al Prete a pesar de la majestad de su puesto.

—¡Oh! si yo tuviera aquí a Bernal Díaz y un par de rodeleros —murmuraba Villasinda—. ¡Cuán pronto desbarataríamos esta escuadra de clérigos, y los haríamos correr como churultécales!

—Acabemos —dijo el bachiller Minguez—. Trazaré una línea que será como la que el Profeta Isaías puso al Rey Ezequías, y si los frailes la pasan, de su cargo será lo que sobrevenga.

—¡*Fremuerunt gentes!* —exclamaba en un paroxismo de furor el vestido de raso—. ¿Creen sus Reverencias que, como en tiempo de Josué y en el valle de Ayalón, va a caer sobre nosotros una lluvia de piedr...

Una pedrada que le llevó tres muelas le impidió terminar su frase.

Tal vez habría procedido con alguna precaución si hubiera entendido las palabras mexicanas que escribimos poco ha, y que había lanzado Diego Chinacatl, sotasacristán de San José, destino a que le había conducido su vocación teocrática, pues en su juventud desempeñó las funciones de sacerdote de Texcatlipuca. Aquella frase, impregnada de la suavidad azteca, significa: «Vamos, mujercitas; vamos, muchachillos, a traer piedras para los padrecitos negros.»

A la primer pedrada siguieron muy de cerca sus compañeras, y el destrozo habría sido más considerable si a una matrona tlaltilolca no le hubiera causado cierto escorzor la consideración de ser padres los enemigos.

—No tiren piedras a los padrecitos —gritó en su lengua—. Bastará echarles tierra en los ojos para que no vean la procesión y en la boca para que no hablen palabra.

Y en efecto, los puñados de tierra seca y de la mojada extraída del fondo de la acequia volaron tan multiplicadamente que la sotana de raso quedó en breve disfrazada bajo una imprimación de lodo. La refriega se extendió por toda la calle, habiendo tomado parte los españoles, aun los devotos de los franciscanos, en favor de los clérigos, porque los indígenas hacían a éstos la guerra. Aquéllos, según marca Torquemada, llegaron a quitar las espadas a algunos castellanos y aun el doctor Sandí, que había querido ser mediador, tuvo que atravesar la acequia dentro del agua para escapar a la furia de los aztecas.

Quedó al fin por éstos el campo; sin embargo, el Provincial decidió prudentemente omitir la procesión, objeto del combate, y la festividad se celebró en la pequeña basílica de San José.

—¡Qué desgracia! —decía para sí el gobernador del Tlaltilolco cuando quedó solo en el campo de batalla—. ¡Si no hubieran degollado a don Alonso de Avila hace tres años!

Las pasiones y opiniones están en el mundo moral tan extrañamente confundidas y entremezcladas como los cuerpos geognósticos en el mundo físico. Mientras que mil pensamientos galvanizaban a clérigos y frailes, mientras el sucesor nominal de Moctezuma pensaba en una resurrección política, un vecino que construía su casa en un solar cercano, aprovechándose de que la calle hubiese quedado desierta, comenzó a meter las piedras, cuerpo del delito, dando gracias a Dios de que le hubiese ofrecido aquella cosecha. Creía ingenuamente que habiendo dedicado a su Santo patrón una vela para que le pusiese en aptitud de proseguir su casa, la contienda de aquel día había sido predestinada a surtirle de un material oportuno.

Adriano había vuelto al lado de su amigo Francisco Gamboa cuando comenzó el combate y quería retirarse, pues el aspecto y el lenguaje de personas que riñen, decía él, constituyen una mala muestra del género humano.

—Ni a mí me agradan estas campañas —le contestó Gamboa— en que los manteos sirven de adargas y los cirios en vez de picas; pero ya que el chubasco nos ha tomado aquí, observaré para dar cuenta exacta al virrey.

Concluida la escaramuza y habiéndose detenido los dos amigos solamente para pescar en la zanja al doctor Sandí, se alejaron rápidamente hacia el palacio.

Las partes sustanciales de la cuestión habían sido los clérigos, los franciscanos y los indígenas. El castigo, bien que leve, cayó por supuesto sobre los indios.

Capítulo XVII

UNA CACERÍA INDÍGENA

NUEVE días después de la escena que acaba de referirse en los capítulos anteriores, se cerraron las cátedras de la Universidad o, según la frase vulgar de la época, el día de San Bartolomé se soltó el diablo, y los estudiantes quedaron en libertad para disponer de sí mismos. Adriano no perdió ningún día para dirigirse al Tajín.

Reunido con su familia, en la cual consideraba al doctor Eucardio, pasaron algunos días en deliciosas conversaciones, pero como éstas no bastan para llenar el tiempo en una hacienda y Alonso, por otra parte, deseaba ofrecer alguna diversión a sus amigos, les propuso hacer una cacería en la cual atraparían varias piezas en breve tiempo y sin ninguna fatiga.

Eucardio rehusaba tomar parte en una distracción para la cual fuera necesario matar o herir a los animales, mas Alonso le aseguró que sin llegar a tal extremo, y aun sin llevar armas, tomarían los prisioneros que quisieran, debiendo proveerse sólo de cordeles para conducirlos. Con esta seguridad se dispuso que la diversión fuese la noche del día siguiente.

En la mañana de él arregló Toncap un pabellón verdaderamente rústico, desde cuyo interior pudiera verse, sin notarse en el exterior que hubiera alguna persona adentro. Allí se abrigó la familia del Tajín, recomendando Alonso el silencio y quedando afuera aunque bien oculto Martín, como centinela para asegurarse contra cualquier peligro remoto de los tigres. Encendió luego el cacique una hoguera que había formado de antemano en un claro pequeño del bosque, dando el fuego por el lado opuesto a la brisa, lo que naturalmente debía dar por resultado la lentitud para llegar al otro extremo.

Pasaron algunos minutos sin que el silencio del bosque se turbara por otro ruido que no fuera el ligero e intermitente susurro de la brisa entre las copas de los árboles más altos o el chispear de la leña verde según se acercaba el fuego. Mas antes de media hora empezaron a oírse ciertos gritos inarticulados y extraños, sobre todo por el lado de la selva a donde se dirigía el humo. Pasaron aún algunos momentos más, y entre las ramas bajas de la arboleda comenzaron a aparecer monos de todas edades y en diversos grupos a los que siguieron otros separados enteramente y compuestos de las monas que criaban a sus hijos.

Después de reconocer las cercanías de la fogata, los más audaces empezaron a acercarse a ella, y su ejemplo fue imitado aun por las hembras más tímidas. Poco después los jóvenes se pusieron a hacer ejercicios gimnásticos, otros inventaron un sarao fantástico, una especie de danza macabra que hubiera podido sugerir algún episodio al mismo Holbein. Las matronas entretanto habían conducido a sus hijuelos

cerca de la hoguera y toda la tertulia estaba tan entretenida como la familia de Dolmos, que no perdía de vista aquel baile cómico. El fuego había ganado lentamente la extremidad hasta entonces intacta, y repentinamente se oyó un fragor que derramó el espanto en la alegre reunión. Todos dieron a correr o a trepar por los árboles, quedando sólo los monuelos de poca edad ateridos por el miedo. Alonso y Martín salieron luego a coger la presa, eligiendo cuatro de los más crecidos y cuya lactancia estaba terminada.

—Mira de donde salió el trueno —dijo Alonso a Eucardio, mostrándole los fragmentos de una especie de calabaza que había estado en el extremo de la hoguera opuesto al que recibió el fuego al principio.

—Ya veo —contestó el Doctor, y añadió dirigiéndose a Adriano—; este efecto procede de la misma causa que la fuente de Herón.

—¿Cómo quedan estos infelices abandonados? —preguntó Elvira, designando a los animalitos más pequeños que evidentemente mamaban aún.

—Nos alejaremos —le respondió Alonso— y luego que el bosque esté solo bajarán por ellos las madres que no se habrán ido a gran distancia.

El cacique y Martín aseguraban entretanto a los prisioneros que, por intercesión de Elvira, se redujeran a dos, habiéndose vuelto a los otros su libertad.

Algunos días después se dispuso el paseo a la pirámide del Tajín, libre entonces de la presencia de los piratas que se habían hecho a la vela a pocos días de la conversación de Snail que hemos referido.

Ningún vestigio se encontraba ya de la Divinidad a la cual había sido dedicado el templo. Su forma piramidal le salvará aún por muchos siglos de una total destrucción, pero a los cincuenta años de la deserción de los adoradores, una vegetación feraz había invadido, no sólo la berma que se halla sobre la cornisa de cada cuerpo, sino también los escalones, el interior de los nichos y el ara inmensa que remataba aquella gran mole.

Fue difícil la ascensión de los cincuenta y siete peldaños de gigante, sobre todo para la tierna Elvira; pero la vista que obtuvieron compensó su molestia. Tenían a los pies un océano vegetal, poco distante, la escabrosa montaña de San Pedro y San Pablo, y al poniente se descubrían, con la mágica diafanidad de la estación lluviosa, los contrafuertes o botareles de la gran cordillera.

—¿Qué uso hacían tus padres de esos nichos? —preguntó a Alonso el doctor Eucardio.

—Significaban el número de días del año cual le tenían nuestros abuelos, por esto es menor que los trescientos sesenta y cinco días del calendario azteca.

—¿Conservaban tus ascendientes alguna tradición de haber construido otras pirámides en otro país distante de éste? —volvió a preguntar Eucardio, dominado por la idea, común a los eruditos de aquella época, de que los indios descendiesen de los egipcios.

—¡Oh sí! Levantaron otras en comparación de las cuales ésta es un grano de

arena. La mayor estaba consagrada al Sol y la otra a la Luna.

—¿Dónde? ¿Qué más dicen vuestras tradiciones? —interrumpió el Doctor creyendo haber encontrado el secreto de la historia.

—Cerca de México está la población que los aztecas han llamado Teotihuacán. Aquélla fue nuestra capital antes, y allí están las dos pirámides que construyeron mis abuelos, mas luego los vencieron los recién venidos aztecas y tuvimos que buscar una nueva tierra, nosotros los antiguos habitantes, los hombres de «tres corazones.»^[13] Por eso fuimos últimamente aliados de los españoles, que nos engañaron al fin.

—Mas si fuera necesario hacer la guerra a los castellanos ¿os aliaríais hoy con vuestros antiguos enemigos? —preguntó Teófilo Dolmos.

—Si los españoles desaparecieran de este país nosotros haríamos la guerra a los aztecas, que no tienen más derecho a él que los nuevos conquistadores.

—En la superioridad de las armas y en la riqueza de la tierra veía yo dos razones para que dure el yugo castellano —dijo el doctor Eucardio—, mas ahora me indicas otra causa que le hará durar hasta que México presente una nueva faz. Los aztecas, sin embargo, no reconocen en vosotros a los propietarios primitivos.

—Hubieran querido borrar el nombre Toto nacó; pero ellos mismos dicen que los primeros habitantes fueron los olmecas, que ya no existen, añaden los aztecas. Pero no han advertido que esa palabra es la abreviatura de *Ye olome ca*, hombres «de tres corazones» en la lengua náhuatl.^[14]

La conversación siguió diversos giros mientras la familia hacía un almuerzo campestre sobre la gran plataforma del monumento olmeca, bajo la sombra de unos espesos arbustos y gozando la perfumada brisa que se deslizaba suavemente sobre la verde y ondeada superficie de aquellas selvas.

En distracciones semejantes a las que hemos referido, pasó el resto de septiembre y la primera mitad de octubre, debiendo entonces volver Adriano a México en compañía del doctor Eucardio.

Capítulo XVIII

EL ENCUENTRO DE MAL AGÜERO

UNA MAÑANA, a la hora en que el rocío no evaporado aún por el sol, barnizaba las hojas de las plantas o, contraído en gotas semiesféricas y diamantinas, adornaba los pétalos de las flores, se pusieron en camino el doctor Eucardio y Adriano, seguidos por Martín y acompañados por Alonso. El frescor de aquella hora, que infunde la vida en los campos y hermosea los colores de la belleza en las ciudades, reanima también, aunque sólo por breves instantes, al hombre aterido por la vejez o agobiado por el peso de la desventura.

El Doctor se mostraba, no sólo tranquilo, sino contento y con la animación que acaso no había tenido en otro tiempo. Le parecía a Adriano en aquel momento que no había tan considerable diferencia entre las edades de ambos y aun se permitió hablar a su maestro con cierta familiaridad que había evitado hasta entonces.

—He advertido con gran placer —le dijo— que os habéis rejuvenecido y no sois ya el *Heautontimorúmenos*,^[15] cual solíais ser en Lovaina.

—Ciertamente el cambio de escena, el vigor del sol en este país, la hermosura de la Madre Tierra y más que todo haber hallado asilo en una familia que tanto amo, han suavizado mi alma, y no soy ya aquel caníbal de mí mismo que devoraba mi propio corazón.

—Cuando en la capital converséis con hombres de literatura y de ciencia, cuando gozáis la animación bulliciosa de una ciudad, vuestra alma acabará de rejuvenecerse y volverá a probar el contento de otra edad.

—Tanto no es posible —contestó el Doctor—. Para el hombre que atravesó la región de la juventud no vuelven las ilusiones de aquel tiempo, como tampoco pueden volver a sus mejillas los rosados matices de la infancia. Mas ¿qué importa la pérdida de impresiones fugaces, si se tiene la certidumbre de gozar una generosa amistad? Por otra parte, estoy resignado a sufrir algunas veces ciertos embates de melancolía inseparables de la naturaleza humana. Recordáis que hace muchos siglos se dijo:

... medio de fonte leporum

Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat.^[16]

Y este conocimiento embota la sensibilidad y hace parecer menor el mal cuando llega por fin.

Durante dos días caminaron los viajeros por las llanuras próximas a la costa. Al tercero atravesaron la capa de aire en que el cálido de las tierras inferiores se mezcla

con la alta y fría corriente que por su contacto da a los vapores llevados por aquél la forma de niebla o de nubes, marcando así el fin de las tierras calientes y el principio de las templadas.

En la continua ascensión que el doctor Eucardio y Adriano ejecutaron en esa jornada, llegaron al clima frío entre Jalacingo y Perote, presentándoseles entonces un nuevo panorama. El primero de nuestros personajes contemplaba gustosamente el cielo azul como se percibe en las grandes alturas, respiraba con delicia el aire ligero que ocupa aquella zona, pero sobre todo le complacía verse entre los encinos y los pinabetes, los madroños y los arbustos semejantes a la vegetación de su patria.

—Es muy grato el placer de la novedad y adquirir el saber de lo desconocido —decía a Adriano—, pero es igualmente agradable gozar aquello a que hemos estado acostumbrados y engolfarnos en los recuerdos. El mundo físico gira sobre los dos polos opuestos del norte y del sur; el mundo moral tiene también sus dos polos contrarios entre los cuales oscila: la Novedad y la Habitud.

—En efecto, es así —le contestó Adriano— y creo que tan mal hace quien, desdeñando todo lo nuevo, sólo busca el bienestar en la costumbre, como el que desprecia las de su sociedad o su familia y anhela sólo por usos recientes. El placer de las estaciones consiste en su variada sucesión.

Al fin de aquella tarde, cuando el viento glacial y arrasante que domina en octubre sobre las crestas de la cordillera, hacía intolerable el camino, llegaron a la venta mezquina de Perote nuestros viajeros. Halláronla con una animación desusada y al posadero Pedro o Pero Anzures, o Perote como los arrieros le llamaban por su gran estatura, más solícito entonces de lo que acostumbraba serlo, sabiendo bien que podría disponer en los días comunes despóticamente de los pasajeros que no encontrarían otro albergue en seis leguas a la redonda.

—Supongo que bastará a vuestras mercedes —decía a Eucardio y a Dolmos con la gorra en la mano— una cena compuesta de menudo de carnero bien frito con su ensalada de cebollas, unas setas que las producen famosas nuestros montes y, en fin, unos frijoles de mi cosecha que no hay más que pedir.

—Siendo así —contestó Adriano— habremos de conformarnos. Pero ¿no podría el carnero del cual se sacaron los menudos, dar un lomo o unas costillas y que éstas vengan acompañadas con unas magras?

—Todo lo que hay en mi casa, gracias a Dios. Mas el mal está en que vuestras mercedes han llegado tarde y ya habían ajustado todo para sí los viajeros que llegaron antes, y son nada menos que los señores de la Inquisición, que van a México a disponerla.

—La culpa es nuestra en efecto —dijo Adriano— y, sin embargo, creo que con un poco de buena voluntad, algo de lo destinado a los primeramente llegados puede venir a los segundos, que han caminado más y por lo mismo lo merecen mejor.

Fue muy oportuno que Adriano hubiera mantenido la conversación con el posadero, pues el Doctor al oír el nombre de la Inquisición había quedado anonadado

y le habría sido imposible pronunciar una palabra en los primeros instantes.

Luego que Perote salió y que, habiéndose vuelto Dolmos hacia su compañero, notó una profunda variación en su aspecto, le interrogó alarmado y anhelante si se hallaba atacado de algún mal.

—Tal vez la excitación de la jornada, el calor del mediodía me han causado algún malestar ligero —le respondió Eucardio con una respiración fatigada—. Alentaré el aire libre del campo, pues así, desaparecerá sin duda esta breve incomodidad.

—¿No oís silbar el viento frío? Acaso os esté mejor el abrigo de este cuarto.

—Permitidme un momento para aspirar el aire que vuela sobre las plantas. ¡Oh! deseo el fresco, que no daña a un hijo del norte.

Por un movimiento maquinal o para hacer más empeñosa la súplica había juntado las manos el Doctor. Adriano no pudo resistir y ambos salieron a pasear por el arenal téticamente alumbrado por el crepúsculo que iba a extinguirse.

—No tendré el contento, Adriano, de acompañaros a México —le dijo el Doctor—. Me he acostumbrado a la inalterable quietud de vuestra hacienda, a respirar el aire tibio de la costa, y no podría vivir bien en otro clima. Mañana me volveré al Tajín.

Adriano había sospechado, sin calcular, sin embargo, hasta qué grado podrían ser fundadas sus conjeturas, que la repulsión resentida por casi todos los flamencos hacia el Santo Oficio, fuese la causa del padecimiento moral que había acometido a su maestro. Se aventuró, pues, a indicar que conocía sus temores y a refutarlos, mas habiéndolos aumentado por tal confianza, se decidió a seguir la idea del Doctor si resultara que los inquisidores estuviesen allí y debieran dirigirse a México. Eucardio instó a Adriano para que hiciese luego la indagación en la posada, y entretanto continuó paseándose sin advertir cuanto se exponía a recibir en su pecho agitado el germen de la muerte, traído por el cierzo que corría desencadenado en aquellas llanuras.

Pasado algún tiempo pudo Adriano informarle que los llegados eran simples dependientes de la Inquisición que se adelantaban a preparar lo necesario para que los inquisidores viniesen, acaso un año después, a establecer su tribunal. Se volvieron ambos a la posada, el joven habló sobre seguir el viaje a México, mas el Doctor insistió en su vuelta al Tajín.

—Siendo tal vuestra resolución —dijo Adriano— nos volveremos mañana, que así disfrutaré aún vuestra compañía y acaso tome yo otra ruta para México.

Rehusó tenazmente Eucardio este proyecto y por fin quedó convenido que se volviesen con Alonso a la hacienda y Adriano continuase su camino.

Al día siguiente se despidieron tiernamente el maestro y el discípulo, ignorando ambos que ya no debían volver a verse, y habiendo salido de la venta antes que los dependientes de la Inquisición se levantasen, se separaron siguiendo cada uno tristemente su ruta.

La majestuosa pompa del sol naciente y la soledad del campo volvieron cierta calma al corazón del Doctor, al mismo tiempo que la frescura y la tranquilidad del

ambiente apagaron el ardor febril que durante la noche quemaba su frente y sus mejillas. Tres horas después caminaba ya por la profundidad de los bosques, y el solemne silencio que dominaba allí y que apenas se atrevía a interrumpir Alonso, para el cual era inexplicable el cambio que advertía en Eucardio, le restituyó la confianza respecto de su futura suerte y aquella paz del alma que había hallado en el Tajín.

Seis días después entraba Adriano a México por la calzada de Tepeyacac.

Capítulo XIX

EL ASTRÓLOGO DON SATURNINO DE LUNA

—PARA UN BUEN estudiante de la Universidad, que cuenta a la hora que quiere con su cabeza, las dos primeras semanas de cátedra no son más que continuación de las vacaciones. Por consiguiente, podemos solazarnos todavía.

Felipe Bocanegra, condiscípulo y amigo de Adriano Dolmos enunció este aforismo, proponiéndole un paseo y un rato de conversación en vez del estudio de su cátedra.

No había en esa época cafés, desconocidos igualmente en la Europa occidental, puesto que se acababan de establecer en Constantinopla contra el voto de su gobierno religioso; ni el té se conocía, habiéndose arrojado al Támesis cien años después por un comerciante de Londres, el primero que le fue remitido de China y cuyo uso no acertaban a ensayar sus paisanos. Tampoco tenía México tabernas de cerveza o licores fuertes donde se reuniesen las personas acomodadas, como se acostumbraba en el norte de Europa, siendo de ello testigos Lutero y Carlostad, que en una cervecería entablaron su célebre cuestión sobre un interesante dogma.

Nuestros personajes se dirigieron, pues, a un establecimiento esencialmente mexicano.

Al norte de la calzada de Tlacopan o Tacuba, fuera de la traza, esto es, de la zanja que iba del Hospital Real a Tlaltelolco, y donde después edificó sus casas el Mariscal de Castilla, existían unos jacales en medio de un bosque pequeño y allí se tomaban tamales muy celebrados en la ciudad, atole de leche y chocolate de espuma compacta servido en frío, como lo usaron los antiguos mexicanos, o caliente según fue modificado por los españoles.

En aquella época no había ningún paseo público, pues hasta que pasaron muchos años no comenzó don Luis de Velasco el II la Alameda, que mucho tiempo después se acrecentó al poniente para llegar a las dimensiones actuales. Las personas que deseaban pasear tomaban la calzada, visitaban los barrios o, si no querían alejarse del centro de la población, se dirigían al bosquecillo de que hemos hablado.

Algunos paseantes iban allí a beber el primer chocolate, después de oír ritualmente su misa a las seis de la mañana; otros, y eran generalmente los de más edad, tomaban en casa de la Tía Andrea (era el nombre de la dueña) el segundo chocolate a las diez de la mañana. Nuestros bisabuelos, que poco tenían que hacer y menos en qué divertirse, idearon distraerse con beber chocolate, y los médicos les probaban que era indispensable repetir las comidas y bebidas por la ruin naturaleza y poca sustancia de las carnes y frutos de esta tierra.

El paseo volvía a estar concurrido en la tarde por los que entre tres y cuatro

bebían allí su chocolate después de siesta o a las seis el último que necesitaban para llegar sanos y salvos a las nueve, que era entonces la hora de la cena.

En Chiapas la debilidad local llegó a tal extremo que no podía pasarse una hora sin el chocolate; por lo cual las hidalgas inventaron que se les sirviese en la iglesia durante la misa mayor, contra la predicación y aun contra el anatema del Obispo.

El bosque de la tía Andrea era, pues, un lugar de reunión, cerca del cual podían tomarse canoas para ir a las lagunas o dirigirse a los mercados de Tlaltelolco o de San Juan, que eran los principales de México. Se veían, además, desde allí a los que entraban y salían por la calzada, y esto era alguna diversión cuando no había otra pública en la ciudad.

Allá, pues, llevó Felipe Bocanegra a su amigo Adriano una mañana después que asistieron a su cátedra en la Universidad.

Bajo un grupo de albaricoques y en unas bancas de todo punto rústicas, se hallaban sentadas dos personas que sostenían, con otras dos que se hallaban en pie, una conversación muy animada. El más notable de los últimos era un anciano de gran barba entrecana y alta estatura, con jubón y calzas de paño negro y ambas piezas acuchilladas con cintas de terciopelo del mismo color; un ferreruelo y la gorra de paño igual y su gran pluma negra también, formaban lo principal de su traje.

Entre los sentados se marcaba luego a otro personaje también de edad avanzada, a quien distinguía la pretensión militar como al otro la científica. Vestía un perpunte de piel de cíbolo de color leonado, menos donde se había tornado negro por el contacto del puño de la espada y el mango de la daga, piezas ambas de acero; en sus follados se habían invertido dos pieles de tigre, y explicaban bien la etimología del nombre puesto a aquella pieza del vestido, pues al andar hacían oír un ruido igual al que emiten los fuelles.

Eran ambos amigos de Bocanegra, por lo cual se dirigió al grupo diciendo a Adriano:

—Vais a hablar con un astrólogo y con un conquistador. —Satisfecha la cortesía usual, el astrólogo prosiguió la conversación que había interrumpido, diciendo a Roque Olea, la persona que estaba sentada con el conquistador:

—Mas ¿cuál motivo tiene Lope Delgadillo para desacreditar mi horóscopo?

—Él dice —contestó Olea— que vuestra merced le amenazó en vano con los azares del matrimonio, por lo que tardó para resolverse a contraerle, y que por lo tanto piensa llamarse a engaño y pedir contra vuestra merced daños y perjuicios por el tiempo que ha perdido.

—¡Cuerpo de Dios! ¡Entablar una querrela contra mí porque su mujer le es fiel! Y ¿hanse muerto él y su mitad para asegurar que no le sobrevendrá el mal que está pendiente sobre su cabeza? Lo que hasta hoy no ha sucedido ¿no puede acaecer mañana? Espere tranquilamente a morir, y si no resulta cervicalmente coronado, ya me entenderé con sus herederos.

—Dice muy bien el señor don Saturnino de Luna —interrumpió Bocanegra— que

el pacto *in diem*, a cuya especie debe referirse el pronóstico de que hablan vuestras mercedes equivale al condicional, y para que se diga imposible de sobrevenir un evento *incerti temporis*, es necesario que dejen de existir los elementos de su posibilidad. Y aquí está un Bachiller por la Universidad de Lovaina que no me dejará mentir.

Todos hicieron una profunda cortesía a Adriano, que la contestó debidamente, y confirmó después la opinión de su amigo.

—Vuestra merced va a decidir, señor Bachiller —dijo Luna dirigiéndose a Adriano—, y en Lovaina aprecian sin duda el mérito de Micer Jerónimo Cardano, que me enseñó la ciencia en Milán.

Dolmos manifestó que no conocía la Astrología y, sin embargo, prosiguió su interlocutor:

—Basta que vuestra merced y aquí, el señor Bocanegra, sean Bachilleres. A ese desventurado le ocurre nacer el dos de febrero a las siete de la noche. Atendida la posición de los astros según el año, la luna maléfica, porque era inferior, estaba en la casa de «la vida» y en su signo propio de Cáncer, lo que duplica su potencia; el sol inferior también. ¿Cómo pudiera proteger al precito de Lope? Sólo libertándole de enfermedades, porque en efecto estaba en la casa de «la salud», aunque no por largos años, porque se hallaba cabalmente en Acuario, signo opuesto al suyo de León. Pero lo sustancial para el punto de que se trata es que la sétima casa, que como es indudable es la del matrimonio, coincidía con el infausto signo del Capricornio, y lo que es más, allí estaba Saturno, astro esencialmente maléfico. Añadan vuestras mercedes que en la casa de la enemistad se encontraba Marte, planeta travieso, y con la preponderancia de la constelación del León, y más todavía Venus con Sagitario en la casa de la Muerte. ¿No palpan vuestras mercedes la predestinación del cuitado Lope Delgadillo?

—Cierto —contestó Bocanegra— que siendo así, habrá de semejarse a César, a Catón y a Carlomagno, aunque no sea en el nombre ni en la fama.

—Y todo esto —continuó el astrólogo— sube de punto viviendo nosotros en México, pues bien sabido es que la muy Ilustre y Nobilísima ciudad tiene a Venus por planeta dominante, por casa de Venus y signo vertical a Tauro, y el señor del ascendente es nada menos que Capricornio. Ven vuestras mercedes que es necesaria toda la gracia del santo sacramento para que una persona casada viva incólume.^[17]

—Pues Lope se funda —prosiguió Olea— en que una vieja, que tiene traza de gitana y vino del Algeciras, ha adivinado por la inspección de la mano que su mujer le será fiel aun después de que él muera.

—¡Válame Dios, y que sandez! Oponerme a mí una gitanilla de poco más o menos. ¡Traer la Quiromancia, arte ridícula, contra la Astrología, que se funda en la Matemática!

Es ciertamente de sentir que en aquella época fuese desconocida la ciencia del doctor Gall, pues que a existir entonces hubiera derimido la cuestión, haciendo el

papel de tercero en discordia a las mil lindezas. Sin embargo, la craneoscopia no ha llegado jamás al apogeo en que se vio la astrología judiciaria, ni cuenta como ésta mártires tan importantes cual lo fue Jerónimo Gardano. Habiendo calculado astrológicamente su muerte para el año de 1574, y estando al concluir sin que se hubiera anunciado alguna enfermedad, se mató a sí mismo para que no se desacreditase la ciencia o, más bien, la habilidad del pronosticador, pues dudamos que llegara a suicidarse si otra persona hubiera formado el horóscopo.

—Cierto que va gran diferencia de un astrólogo a un gitano —dijo el conquistador—. De éstos teníamos en el ejército el año de 1520 y 1521 y jamás adivinaban maldita la cosa. Mas teníamos también cierto aprendiz de astrólogo llamado Botello, que medio sabía la ciencia y estaba siempre pronosticando. Ello es verdad que salía errado en más de la mitad, pero si hubiera acabado de aprender, adivinara todo.

—Vuestra merced está muy en lo justo —continuó Luna—. De ahí viene el descrédito de la ciencia; así como otras veces de que no precisan la hora de los nacimientos o sucesos sobre los cuales se consulta. Dícenle a uno que el sujeto del horóscopo nació a las once y no fue sino a las diez y media. Y vuestra merced «levanta la figura» para el primer tiempo: pues es claro que en ese intervalo puede pasar un planeta del signo del León al de Virgo, por ejemplo, y por consiguiente que se juzgue manso como una monja al muchacho que es verdaderamente un Barrabás.

—Veo que tiene mil razones don Saturnino de Luna —dijo Olea— y también vislumbro porqué, no saliendo los horóscopos ajustados, rehúsan pagar las personas. ¿Dura todavía el pleito con Angulo el manco, o terminó con la excomuni6n?

—¿Cómo! —interrumpió Dolmos sorprendido y dirigiéndose a Luna—. ¿Han excomulgado a vuestra merced?

—¿Por qué a mí? —preguntó airado al astrólogo—. Antes bien yo pedí la excomuni6n contra Angulo, y como llevaba anatema me pagó a pocos días.

—Pues mire vuestra merced —observó el conquistador—, para hacer pagar a mi compadre compré una carta de excomuni6n. Es verdad que no tiene gran cosa para pagarme, pero por ventura estaría yo cubierto si hubiera habido eso de anatema. ¿Qué cosa es, que a mí no me la dieron, habiendo pagado cuatro tomines?

—Ahí estuvo el mal —contestó el astrólogo—. La excomuni6n simple vale cuatro tomines, según el arancel que dio a la estampa Juan Pablos al fin del Concilio que se celebró años pasados; pero si es con anatema, importa ocho tomines. Vuestra merced pediría seguramente una excomuni6n de medio peso.

Parecerá imposible esta invasi6n eclesiástica en materias civiles y, sin embargo, es indudable que se verificaba en España en aquella edad, y que de allí fue transportado a América el mismo sistema. El primer Concilio mexicano ordenó en su Capítulo 12 que en una Tabla puesta en un lugar público (nosotros la hemos visto en los cancelos de las parroquias) se asienten los nombres de los excomulgados expresando la causa «agora sea de deuda»... dice el texto, etc., y que se lea en la misa

mayor. Y no era esto solo: por cada mes que el lego se dejara estar excomulgado, debía pagar diez pesos de oro de minas (diez y seis de los actuales). Y si pasaba un año se le debía confiscar la mitad de sus bienes, según el Capítulo 11 del mismo Concilio.

Después de llevar la conversación por distintos giros manifestó Dolmos su deseo de saber por el conquistador cuál había sido el lugar del salto de Alvarado y las circunstancias del hecho.

—¿Vuestra merced tiene por ciertas las coplas de don Gaiferos? —le preguntó el conquistador Cristóbal de Gamboa y Aguirrevengoa—. Pues haga de cuenta vuestra merced que lo mismo es la historia del salto. Yo pertenecía a la capitania de Alvarado, y ya había yo pasado en mi yegua tordilla la puente, yendo que íbamos por esta calzada de Tacuba, cuando los mexicanos derribaron la puente de la cual sólo quedó una viga. Por allí pasó el capitán, dejando a Velázquez de León y a unos doscientos españoles, que murieron a manos de indios, mientras yo me llevé en ancas a Alvarado hasta Popotlan. Así lo declara la residencia que hizo el señor Nuño de Guzmán, donde yo fui testigo presentado por el mismo Pedro de Alvarado.^[18]

—No hubiera yo creído que a la vuelta de cincuenta años, fuera posible hallar un testigo de tan buenas calidades como vuestra merced, que vio como no se dio el salto.

—Crea, señor Bachiller, que los mozos de hoy en día (y sea esto dicho sin herir a tan autorizadas personas) no hablan siempre la verdad como se solía hacer en nuestro tiempo.

Terminada la tarde se deshizo la reunión, volviéndose Dolmos y Bocanegra juntos, por las calles de Santa Ana y de Tacuba, a sus respectivos domicilios.

Capítulo XX

PROCESO DE SAN MIGUEL CONTRA LA MAGDALENA

HABÍAN PASADO algunos meses cuando una tarde, después de concluir Adriano con Felipe Bocanegra el estudio para la cátedra del día siguiente, recibió la inesperada visita de un vecino de Zozocolco, a quien había conocido en sus paseos a aquel lugar. A poco de entrados en la conversación, con bastante sorpresa suya y alguna sonrisa amigable de Bocanegra, le manifestó Blas Alaminos, el vecino de Zozocolco, que su objeto era hacerle una consulta sobre un pleito.

Contestó naturalmente Adriano hablando de su insuficiencia a pesar del gran deseo de servir a sus cuasi paisanos; pero al fin, instigados los dos Bachilleres por el instinto de la profesión, desearon saber la causa del litigio. Alaminos que, por su parte, tenía ya el ahínco de litigante para charlar de su negocio, satisfizo inmediatamente a los dos amigos.

—Han de saber vuestras mercedes —les dijo— que tengo una tía la cual no sé por qué dio en ser devota, sobre todo de Santa María Magdalena, a poco de cumplir cuarenta años. Ha querido fundar una cofradía en mi parroquia, dotando con mil pesos la misa del día de la Santa y con la condición de que su imagen se ponga en el primer colateral del lado del Evangelio. El Padre Doctrinero estuvo conforme en aceptar la fundación y en pasar al lado de la Epístola a San Miguel, que ocupaba aquel altar. Pero el mal vino de la cofradía de San Miguel, que se llamó a despojo, y no quiso transigir, aunque mi tía ofreció hacer al Santo un vestido con lentejuelas y regalarle una espada de plata. Los de San Miguel pidieron a la Mitra el amparo en la posesión, han presentado un gran alegato en el cual dicen de la Magdalena, sin caridad, cosas que ya se iban olvidando, y aun citan la *Leyenda dorada* que tal vez compuso algún hereje. Pero noten vuestras mercedes la malicia. A fin de que el escrito fuera de empeño vieron para que le hiciese a un Bachiller que se llama Miguel, el cual por fuerza ha querido hacer lucir a su Santo, y le han pagado cincuenta pesos. ¿Dónde encontraría yo un Letrado o Bachiller que se llame Magdaleno aunque le busque con cirio pascual? Los cincuenta pesos no importan, que mi tía para que no le echen el pie atrás, me ha encargado que se haga un escrito de a cien pesos.

Los dos estudiantes, y sobre todo Bocanegra, estaban entretenidos con el caso del cliente que les había caído de las nubes. Bocanegra, que tenía el humor travieso de estudiante, se propuso alargar la conversación.

—Podía alegarse en favor de la Magdalena —dijo a Alaminos— que haciéndose memoria de ella en todos los Evangelios y en ninguno de San Miguel, tiene un derecho evidente aquella Santa para ocupar el lado del Evangelio.

—Cierto que la razón es buena —contestó Alaminos— porque aunque yo no he visto los Evangelios, debe de ser por fuerza lo que vuestra merced dice. Y díganme vuestras mercedes en esos libros grandes ¿no habrá tal vez alguna noticia sobre ser chismes de alguna mala vecina, de alguna vieja o una fea, lo que se cuenta de la Magdalena?

—Hay autores graves —respondió Adriano con la seriedad de un catedrático— que han distinguido dos Marías: la que hizo esas niñadas que indicáis, y la otra, la verdadera Magdalena, que vivió siempre recogida con sus hermanos santos, Lázaro y Marta. Si no recuerdo mal en la misma *Leyenda dorada* se trata de esto.

—Vean vuestras mercedes qué bien irá el negocio. Mi tía quisiera que se apuntara algo de San Miguel si es que en su mocedad... ¡eh!... no era muy buen cristiano. La tía ha querido informarse, pero no ha conseguido la vida de San Miguel por ningún dinero.

—No, nada se sabe —dijo Bocanegra a su vez— pero siendo, como es, intachable San Miguel, y aun cuando la Magdalena en su juventud no hubiera sido buena cristiana, hay está la parábola del hijo pródigo, donde se ve que el becerro gordo (en nuestro caso, el altar del Evangelio) sirvió para festejar, no al hijo bueno, sino al que había abandonado la casa paternal.

—Muy bien dicho. Que yo me acuerdo bien haber oído predicar al Doctrinero de esa historia del hijo pródigo, porque se habla en ella de becerros, y yo tengo dos centenares de vacas en mi rancho.

—Además —prosiguió Bocanegra— un caballero cede siempre el mejor lugar a una dama...

—Eso alega mi tía —interrumpió Alaminos—. A un encomendero, a un conquistador se le dice llanamente Gonzalo de Sandoval, Bernal Díaz, mientras que a sus mujeres y a sus hijas, aunque sean unas rapazas de diez y ocho años, se les llama doñas.

—Veis que en vuestro pleito contáis con varias defensas —dijo Bocanegra por vía de epílogo.

—Y tales que no buscaré ya ningún letrado, sino que mi paisano don Adriano y el señor Bachiller, que está aquí como llovido del cielo, me harán el alegato y para ello dejo el expediente y los cien pesos, porque el escrito —añadió mirándolos atentamente— ha de ser de a cien pesos.

—Mirad —le dijo Dolmos— que no somos letrados; sí, sólo Bachilleres.

—Pues eso basta. Un Bachiller formó el otro escrito porque en Puebla no hay abogado.

—Bocanegra hará vuestro alegato, y yo veré que nuestro maestro le examine y pula.

—Si vuestras mercedes —añadió Alaminos— le salpicaran un poco de latín, quedaría el escrito de perlas.

—Descuidad en esa parte —le respondió Adriano— para los latines es Bocanegra

un gerifalte, y si anduviese parco yo añadiré algunos.

Como el éxito del negocio influyó por mucho en la suerte de Adriano, según se verá, debemos decir que a los veinte meses se concluyó el proceso, determinándose que Santa María Magdalena ocupase el altar del Evangelio y San Miguel el de la Epístola, ganando indulgencia los fieles que en aquel altar quisiesen tributar culto al arcángel.

Aun después de los sucesos que vamos refiriendo hubo varias fundaciones cuyo resultado fue destronar a un santo para colocar a otro. Así en México tuvo que ceder Santa Ana su lugar a San Andrés en la iglesia de este nombre, porque el capitán Andrés de Tapia lo exigió así, comprometiéndose a costear el redificio del templo. Y del mismo modo en Puebla, San Sebastián suplantó a Santa Agueda, a quien se había dedicado la iglesia primitiva.

No es extraño que, siendo mercaderes la mayor parte de las personas que en aquella época costeaban las fundaciones, quisieran obtener las ventajas comerciales posibles, y tal era en su concepto la de halagar a sus Santos patronos para que a su vez se interesasen por ellos cuando «dieran punto a sus negocios» en esta vida.

Por lo demás, las ideas mercantiles y religiosas de nuestros abuelos trescientos años ha, eran tan distintas de las actuales, que acaso parezca fabuloso el siguiente suceso que refiere Bernal Díaz del Castillo.

Cuando, por el viaje de Cortés a Honduras en 1525, se difundió la noticia falsa de su muerte, su familia hizo decir por su alma gran número de misas y celebrar solemnes exequias. El conquistador, a su vuelta, sobre los innumerables procesos que promovía o en que era demandado, instauró otro para que se le resarcieran los gastos hechos en sufragios, cobrando los daños y perjuicios. Sus contrarios alegarían sin duda (permítanse a un novelista las suposiciones, como las hacen frecuentemente nuestros cronistas) que no había daño emergente en colocar el dinero para la salvación, ni lucro cesante cuando aquel se invertía para ganar el alma. La justicia no llegó a decidir, porque otro conquistador se aprestó a dar la cantidad versada con tal que se le endosaran los sufragios, terminando así transactoriamente el litigio. Lo que parecerá increíble y escandalizará a nuestros actuales agiotistas es que los valores en este negocio se estimaron y satisficieron a la par.

El honorario del escrito de Alaminos quedó todo a favor de Felipe Bocanegra, cuyo padre había sido desterrado a Orán en África por el Visitador Muñoz, como cómplice en la supuesta conjuración del Marqués del Valle. Quiso pues obsequiar con unos días de caza a Adriano y a su amigo común Francisco Gamboa, y se encargó de todas las disposiciones para el domingo inmediato.

Comenzó por adquirir amplios bolsones para guardar las piezas pequeñas de volatería que habrían de cazarse; alquiló una mula para las mayores, consiguió caballos, y pedreñales, especie de escopetas de chispa de aquel tiempo; habilitó de perros de caza a unos gozques que solían ladrar cerca de su habitación, y con una corneta que podía llevarse como bandolera, se creyó en aptitud de dirigir sabiamente

la cacería.

Los montes al suroeste de México, que después eligieron los Carmelitas para su Desierto, estaban cubiertos de bosques en donde se abrigaban varias especies de caza. Éste fue por tanto el lugar que escogieron los tres amigos, conviniendo en pasar el día cada uno por su lado para reconocer el terreno y reunirse en la noche en San Ángel para dormir allí, y arreglar la montería del día siguiente en lo más hondo de la selva.

El primer día Gamboa, con la afición de un vizcaíno, usó bien sus municiones matando diversos animales pequeños; Bocanegra abusó consumiendo la mayor parte de su pólvora sin atrapar nada de provecho, y Adriano ni usó ni abusó, habiéndose distraído más bien con examinar las plantas de aquella comarca.

Al fin de la tarde comenzó a caer una lluvia que se había preparado lentamente; a poco fue un aguacero diluviano y las nubes se apiñaron de modo que ofuscaban siniestramente la luz. Bocanegra y Gamboa, que se habían unido, acertaron a seguir bien su camino y llegaron a San Ángel, mas Adriano se halló cortado por tales torrentes y diques de lava antigua, que prefirió pasar la noche en alguna de las cuevas que se hallan en el pedregal a donde había llegado.

Se encontró de repente indeciso con el torrente a sus pies, grandes rocas cortadas a tajo al otro lado y una multitud de pitones basálticos al frente, no pudiendo distinguir la vereda que había seguido hasta allí porque la luz faltaba y las ramas de los espinos impedían ver en el terreno si había vestigio de alguna senda. En aquel momento oyó una voz que juzgó providencial y que le indicaba la dirección que debía seguir.

—Tomad a vuestra derecha... Subid un poco... aflojad la rienda y espolead al caballo... Bien... A la izquierda... rodead esa peña... ¡Loado sea Dios!

Había llegado Adriano a una ladera medianamente inclinada por la cual ya pudo subir el caballo sin gran dificultad, y pronto se hizo visible, hasta donde la escasa luz lo permitía, el misterioso director. Adriano le saludó con la cortesía y gratitud merecida, y habiendo sospechado que fuese un eclesiástico, tanto por la piadosa exclamación con que había terminado sus consejos como por el traje talar oscuro que llevaba, bajó de su caballo para continuar la conversación, defendiéndose de la lluvia en la cueva a cuya entrada se mantenía en pie el desconocido.

—La tempestad —le dijo Adriano— ha sorprendido a vuestra merced más desprevenido que a mí, pues no veo por aquí ningún caballo.

—No lo tengo —contestó el eclesiástico— y por otra parte estoy en mi habitación; lo que no diría a vuestra merced si no fuera necesario que en ella pasara la noche, porque aunque la lluvia cese, detendrá a vuestra merced el torrente por más de seis horas. Haré luz, y si el ejercicio y fatigas del día equivalen a un mediano lecho, dormiré vuestra merced.

Dispuso entonces una hoguera pequeña en el interior de la cueva con astillas de pino, y Adriano vio que la persona que de un modo tan singular le ofrecía hospedaje, representaba unos sesenta años, llevaba por calzado unas simples sandalias y la

sotana era de buriel, esto es, un paño burdo de lana sin más tinte que el color negruzco natural.^[19]

—Cuando la lluvia haya cesado —dijo a Dolmos el ermitaño, pues realmente lo era por temporadas aquel personaje— mostraré a vuestra merced un pradito en el cual podrá pastar el caballo y pasar la noche. Por lo que hace a vuestra merced, la cena que puedo ofrecerle es tan ingrata que yo me alegraría de que hallase en su morral de cazador alguna carne fiambre y una torta de pan blanco.

Buscó Adriano y halló unas longanizas, un pollo asado y media hogaza de pan, que con una bota pequeña podían servir para la cena de dos personas. Con este motivo pudo referir al ermitaño la invitación que su amigo Bocanegra le había hecho para el paseo y la cacería, y la atención que había tenido en la mañana de surtirle con municiones de todas especies. Esperaba saber en compensación quién fuese la persona en cuya sociedad pasaría aquella noche, pero no habiendo hecho ninguna pregunta directa, no vio satisfecho su deseo.

Pasaron algo más de una hora en conversación, notando Adriano con sorpresa y complacencia que el eclesiástico había evitado toda frase mística o alusión a sus ocupaciones. Temía el joven turbar la distribución del tiempo del anciano, por lo que le propuso que cenasen, invitándole con algún empeño porque sospechaba que sus provisiones de cazador fuesen mejores que las reservadas en la cueva. Dos veces rehusó el eclesiástico, alegando la diversidad de su método, mas deseando no llamar la atención sobre este punto, cortó él mismo una rebanada de pan que llevó a uno de los senos de la cueva junto a las esteras que le servían de lecho. Con otras dos y una manta se formó el de Adriano, que salió entonces para atender al caballo, concluido lo cual trató de dormirse.

Aunque el lecho fuese rudo no era difícil el sueño para una persona que había andado más de doce leguas al sol y recibido después el baño de la lluvia. La luz de la hoguerita era ya tan débil que permitía ver las ráfagas lívidas de los relámpagos sin truenos, que marcan el fin de una tempestad. Las gotas que caían de las plantas al suelo, formaban un ruido lento y mate como el de un péndulo, lo que contribuyó a que el sueño viniese más pronto sobre Adriano.

Al despertar el día siguiente estaba ya el eclesiástico a la entrada de la gruta, dando consejos a unos indígenas que le oían con extremo respeto. Habiendo dispuesto Adriano su caballo, se despidió de él.

—Dos favores querría yo aun de vuestra merced —le dijo—: saber el nombre de una persona a quien sin duda apreciaré siempre y respetaré, y la licencia de volver a visitarle.

—Soy Juan González —le respondió el ermitaño— y vuestra merced es dueño de honrarme cuando guste.

—¡El canónigo don Juan González, cuya silla está vacía en la iglesia metropolitana!

—Vuestra merced convendrá en que anoche estaba yo mejor en la boca de esta

cueva.

—No me ciega tanto el egoísmo —contestó Adriano dándole la mano para terminar la despedida— ni debo preferir mi beneficio particular al de la iglesia y el del público.

Poco tiempo después se reunieron los tres amigos en San Ángel y emprendieron su cacería, de la que tuvieron a bien darse por satisfechos, conviniendo Dolmos y Bocanegra en confesar el mérito superior de Gamboa.

Capítulo XXI

ESCENAS LÚGUBRES

TENEMOS QUE volver al Tajín y salvar el espacio de algunos meses, durante los cuales ni la vida uniforme de una hacienda ni la igualmente monótona de un estudiante, presentaron algún suceso que debamos referir.

Estaba al terminar la primavera de 1570 y por consiguiente el calor dominaba con toda su intensidad en la costa y en los terrenos de Dolmos. No parecía que el doctor Eucardio pudiera restablecerse de la lesión que sus pulmones recibieron en la llanura de Perote y que los había lacerado durante el invierno.

La primavera le había reanimado como una corriente de aire aviva un fuego exhausto para que se extinga más presto. Sentía el Doctor las garras de la muerte sobre el corazón, anhelaba ardientemente aspirar el aire libre del campo, que apenas podía alimentar la débil llama de su existencia, y los esfuerzos de una voluntad enérgica sirvieron sólo para que sus últimos padecimientos fuesen de menor duración.

Había vuelto a su cuarto una tarde cuando el crepúsculo se replegaba al extremo occidente. Ocupóse luego de cerrar una carta que tenía escrita a Fausto Socini, aunque no le puso la dirección, e inmediatamente comenzó otra para el mismo célebre innovador que intentaba cambiar en Europa la faz del Protestantismo.

Cuando Martín fue a invitarle para la cena, le creyó dormido, porque le vio la cabeza sobre los brazos cruzados y apoyados en la mesa, mas luego notó que entre el brazo izquierdo y la cabeza tenía una cruz fuertemente asida con la derecha. Aquel emblema del cristianismo solía estar en la misma mesa, apoyado en la pared y enfrente del lugar en que escribía Eucardio.

Martín no pudo pues saber si el Doctor había tomado la cruz con voluntad deliberada o si lo hizo porque instintivamente hubiera tratado de asirse a algún apoyo. Hablóle el criado en vano; le tocó y, aunque sintió la rigidez présaga de la muerte, percibió los latidos del corazón. Llevóle cuidadosamente a la cama y avisó inmediatamente a Dolmos.

—Voy a Zozocolco a traer a una mujer que sabe curar —dijo Alonso, que conversaba en aquel momento con Dolmos, y sin esperar respuesta se lanzó fuera de la habitación.

La asistencia inmediata que la familia dispensó al doctor Eucardio o, acaso más bien el movimiento y diversa posición que le había dado Martín, le hicieron volver del parasismo y, sin embargo, la noche fue tan angustiada para él como para sus amigos.

En la mañana del día siguiente llegó Alonso exhausto por la fatiga, sin la

curandera que venía en pos de él, pero acompañado de un franciscano que le ocurrió llevar de Zozocolco. Era el Padre Andrés del Olmo, que recorría las doctrinas totonacas y huastecas y de quien hablan largamente nuestras crónicas.

—Abrid la ventana, Elvira —decía en aquellos momentos el Doctor—. Gozaré aún de la luz del sol, veré las plantas y os agradecería mucho un ramo de flores.

Elvira se apresuró a obsequiar las indicaciones de Eucardio y éste, habiendo quedado solo con Dolmos, le dijo:

—Otro consuelo me halaga además: he escapado al fin de los tormentos de la Inquisición.

—Acabo de ver por la ventana abierta a un franciscano —le dijo Dolmos—. ¿Estarías conforme con que viniera a hablarte?

—¿Tú le has hecho venir? —preguntó el Doctor con un acento conmovido que podía igualmente indicar reconvención o temor.

—No; yo hubiera esperado un deseo tuyo. Alonso, que ha llegado con él, ha creído sin duda que el traértele te sería grato. Él no sabe lo que yo sé.

—Sí; ha procedido sin duda por un principio generoso. —Después de pensar algunos instantes, apoyando su cabeza inclinada sobre la mano derecha, prosiguió intentando acaso hablar sólo para sí—. El último sacrificio de mi amor propio... en favor de una amistad pura y desinteresada. Debo alejar el menor pretexto para la persecución de la familia que tanto amo.

—No pienses en tal consideración —se apresuró a decirle Dolmos, y casi llorando se aventuró a añadir—. Mas si de buena fe te has equivocado en tus opiniones...

—Haz que entre el religioso —interrumpió Eucardio con anhelante solicitud, que tanto podía emanar de que aquella posibilidad hiriese su imaginación, como de una resolución para ejecutar lo que antes había pensado.

El aspecto benévolo y respetable del Padre Andrés del Olmo excitó la simpatía del doctor Eucardio. Por otra parte, se advertía cierta relación entre el anciano, que ninguna esperanza tenía de la salud física, que estaba más lacerado aún por las penas morales, y el otro anciano que, para dar la esperanza de una ventura eterna, llegaba agobiado por sus dolencias, atormentado por llagas materiales, habiendo caminado a pie, en la oscuridad, entre zarzas y al través de los pantanos. Aquel misionero jamás montó a caballo en sus peregrinaciones.

Pasaron media hora sin que la familia notase desde afuera nada particular. Poco después se comenzó a percibir un diálogo animado, y en seguida los sollozos y el llanto, pero no de una sola persona: lloraban igualmente el enfermo y el confesor. Tal agitación agotaba los últimos restos de la potencia vital en el doctor Eucardio y pidió encarecidamente al Padre Andrés que introdujese a Dolmos y a su sobrina. Los abrazó estrechamente y, hablando con dificultad extrema, encargó a Teófilo que se llevase a Elvira y enviara a Alonso y Martín. Pudo todavía abrazar a estos discípulos suyos, y aspirando el postrer aliento, se apoyó en el pecho del misionero estrechándole entre sus brazos.

Al día siguiente Dolmos y el Padre Andrés, Alonso y Martín acompañaban los restos del doctor Eucardio por el camino de Zozocolco. En la iglesia de este lugar, abajo del presbiterio y al pie del altar de San Miguel, bendijo Fray Andrés la sepultura.

Los habitantes del Tajín quedaron hundidos en tal tristeza que apenas pudo resolverse Dolmos a comunicar a Adriano el lúgubre suceso. Dos semanas después entró a lo que había sido habitación de su amigo para examinar y arreglar los objetos que allí había, pero no le fue posible hacer más que guardar en un armario los papeles y efectos de poco interés que encontró, saliendo a pocos momentos con los ojos llenos de lágrimas.

Las dudas sobre la creencia final y la suerte del amigo de su infancia en aquel instante le atormentaban hondamente, porque el secreto había quedado entre la confesión y el sepulcro.

Muy profunda fue la impresión de sorpresa y dolor que Adriano recibió al leer la carta de su padre, y habría ido al Tajín a no habérselo prohibido. «Si tu maestro estuviera enfermo —le había escrito Dolmos— te diría yo que vinieras, pues tu vista y tu compañía hubieran distraído y causado algún consuelo al finado; mas ahora tu venida nos recordaría más tristemente al Doctor que tanto te amaba.»

Comenzó Dolmos a deliberar entre sí mismo sobre la necesidad de establecerse en México o, al menos, llevar a Elvira pues ya no podría separarse por dos o tres días para ir a los trabajos del oro, dejando a su sobrina, y, además, debía buscar para ambos alguna distracción. Decidió pensarlo por algunos días y no indicar nada a Adriano ni a aquella joven para que no formasen una esperanza que acaso no se cumpliría.

Alavez, en esos días, se hallaba casualmente en su hacienda y había visitado a Dolmos. Viéndole subyugado por el pesar y estimando toda la ventaja que se puede derivar del papel de consolador, repetía diariamente sus visitas.

Resolvióse al fin Dolmos a ir y volver en el mismo día a la mina y dar todas sus instrucciones y facultades a Alonso, pues casi tenía determinado entonces su establecimiento en México. Partió antes de la aurora y al llegar a aquel lugar sintió un malestar del peor agüero para su salud. Quiso, sin embargo, cumplir el objeto que le había llevado, y después del medio día emprendió la vuelta. El nuevo enfriamiento resentido en el campo al fin de la tarde aumentó naturalmente el mal en una persona de sus años, y el día siguiente era marcado el desarrollo de una fiebre.

La asiduidad de Alavez se duplicó entonces, y notando que se indicaba ya el trastorno cerebral, cuidó de observar astutamente a Dolmos delante de Elvira y Martín, que no abandonaban la recámara, la disposición en que se hallaba como abogado para redactar cualquier papel que el enfermo quisiese dictar a fin de que sus intereses no sufrieran durante el mal y la convalecencia.

—El testamento... ¿He entendido? —preguntó dolorosamente Dolmos.

—Por lo que a eso hace —contestó Alavez— la cosa es muy sencilla.

Evidentemente vuestra merced nombrará por su único heredero a Adriano, pues lo es forzoso, y acaso deje el quinto a doña Elvira (y la saludó con una inclinación de cabeza) porque de esa cantidad puede disponer libremente.

—Sí —respondió el enfermo comprimiéndose las sienes con la mano— estará bien así, pero curadme el punzante dolor de la cabeza.

—¿Creéis conveniente doña Elvira —dijo Alavez separándose un poco del lecho de Dolmos— que vaya Alonso a la cabecera de la Alcaldía a traer al escribano y algún médico que haya acaso allí?

—Hay una mujer que cura —dijo Alonso—. Iré inmediatamente a Zozocolco. ¿Traeré al escribano? —añadió dirigiéndose a Elvira.

Esta joven se había cubierto el rostro porque lloraba copiosamente.

—Ve por ambos —contestó Alavez a media voz— y no debías haber hecho una pregunta que entristece a tu ama, ni aun yo hubiera hablado de esto si no pensara que, aunque sea tal vez innecesario ese acto, es oportuno despacharle.

Elvira manifestó su asentimiento con una mirada a Alonso y una inclinación de cabeza, y en seguida fue a consultar con el ama los remedios que pudieran aplicarse a Dolmos. Después de haberle curado pasó a su retrete y escribió a Adriano. Alavez, entre tanto, había escrito una esquila al escribano, encargándole que fuese en la mañana del día siguiente llevando los testigos necesarios. Elvira hizo llamar a Martín y le encargó que mandase su carta con el más ligero y más fiel de los totonacos que vivían en la hacienda.

—Iré yo mismo —contestó Martín— y llevaré caballos que dejaré en los pueblos del tránsito para remudar a la vuelta.

Al mismo tiempo y al principio de la noche salieron Martín y Alonso, pues la conversación anterior se tenía al fin de la tarde. En el camino observó el primero que estando sola Elvira con el ama sería conveniente enviarle algunos de los totonacos de más confianza que Alonso conociera, y éste al paso dio sus órdenes a los cuatro que solía llevar a los trabajos de la mina.

Alavez se ofreció a acompañar en la noche al enfermo, mas rehusándolo con todo empeño Elvira, tuvo que irse a su hacienda, meditando un plan que había formado.

—Me ve con desconfianza y me teme esta preocupada doncella —se decía a sí mismo—. Bien; que ponga toda su atención en la defensa del punto que por ahora no pienso atacar, mientras yo asalto la plaza por otro. Para ello será necesario que mañana esté desde temprano en la casa de Dolmos.

Al nacer el sol del día siguiente estaba en efecto al lado del enfermo, a quien dominaba ya la sordera peculiar del mal y cuya inteligencia estaba casi disipada por el fuego de la fiebre. Alavez mostraba a Teófilo un afecto fraternal, y a Elvira tal respeto que esta joven comenzó a sospechar que le juzgaba con infundada desconfianza. Poco tiempo después llegó el escribano, y Alavez le presentó un papel añadiendo:

—He apuntado las cláusulas sencillas del testamento según me las indicó don

Teófilo Dolmos ayer, delante de esta joven a quien lega el quinto, designando por heredero a su hijo único Adriano. ¿Es así, doña Elvira? —Habiendo ésta indicado su conformidad continuó Alavez—. Llenad las fórmulas usuales sobre declaración de religión, etc., y se leerá entonces al testador para no agobiar desde ahora su atención.

A la media hora estaba escrito el documento con aquellas breves disposiciones y otras dos que Alavez había añadido: por una se prevenía que antes de la división de los bienes se liquidase, según las instrucciones dadas al albacea, la parte que a Elvira correspondiese en el Tajín; por la otra resultaba Alavez nombrado albacea.

Éste vio con satisfacción que sólo Elvira y el ama se hallaban al lado de Teófilo. Dispúsose pues a correr el azar e introdujo al escribano y los tres testigos que había llevado a la recámara de Dolmos. Tardó poco éste en comprender el objeto, y con gran esfuerzo pudo dedicar su atención un momento, aunque enmurallada por la sordera.

La solemne fórmula de introducción amendrentó a Elvira, que salió sollozando, dejando el campo libre a Alavez, como lo había calculado éste, y, por otra parte, casi agotó el esfuerzo de Dolmos. Así resultó que comenzaba la turbación de su cabeza cuando se le leyeron las cláusulas importantes.

—El heredero es Adriano —le repitió Alavez, enseñándole el testamento, a lo que contestó Dolmos con un movimiento que indicaba su incapacidad para leer—. El hijo de vuestra merced que está allí —y le mostró un retrato de Adriano pintado por Pedro Breughel, que se hallaba al otro lado de la cama respecto de la posición que tenían el escribano y los testigos.

Dolmos volvió la cabeza. Viendo el retrato de su hijo comprendió la designación que Alavez había hecho hacia aquel lado, y manifestó su consentimiento

Antes de llegarse al nombramiento de albacea había pasado Alavez al lado del retrato, y por consiguiente designando con la mano el escribano a Alavez, Dolmos refirió la indicación naturalmente a Adriano por ser tal la idea que había quedado fluctuando en su débil imaginación. Se terminaba la lectura cuando Elvira entró anunciando la llegada de la curandera, y Alavez asió gustosamente la oportunidad de que viese firmar a Dolmos. Hízolo lentamente y mal, pero no de modo que el acto pareciera indeliberado.

Elvira y la curandera se dirigieron luego a la cabecera de Dolmos, mientras Alavez se había ocupado de los testigos y el escribano que, después de almorzar, se volvieron a Zozocolco, habiendo recibido del Relator de la Audiencia una espléndida gratificación.

—Ni Abenzoar ni Avicena domarían esta fiebre; veamos lo que hace la mujerzuela —diciendo esto Alavez se dirigió a la recámara de Dolmos.

Al caminar el escribano con los testigos, uno de estos, que era su escribiente, le decía:

—Háseme venido a las mientes lo que dijo el hijo del cacique de Coxquíhuic cuando su padre hizo testamento nombrándole heredero, y albacea a un hermano del

testador. «¿Te contenta, hijo, mi testamento?», preguntó el padre; a lo que el muchacho contestó: «Quisiera yo una ligera variación.» ¿Cuál? «Que mi tío sea el heredero y a mí me nombre albacea vuestra merced.»

—Habló como un rudo el indiezuelo que ignoraba lo que es un heredero forzoso y un inoficioso testamento; y tú no andas muy discreto en recordar tu historia cuando se trata de un Relator de la Audiencia Real.

Capítulo XXII

EL DOCTOR FRANCISCO HERNÁNDEZ

AL ENTRAR ALAVEZ en la antecámara de Dolmos encontró un grupo singular de personajes indios.

Uno de ellos tenía el traje mixto que los ricos naturales de Tenoxtitlan y Tlaxcala habían adoptado y que suele verse en los raros retablos antiguos que puedan referirse a la época de nuestra historia.

Otro de aquellos individuos llevaba en la extremidad de los calzones de algodón y alrededor de la cintura, unas franjas de vistosos colores elaboradas con plumas de aves finamente cosidas sobre el lienzo; el mismo adorno tenía alrededor la manta o tilma, igualmente de algodón que, además, presentaba una orla de tochomítl o cordón de pelo de conejo. Era pues un tarasco o nativo de Michoacán, y su alta clase era manifiesta por la gran cabellera que caía sobre la manta.

Un vestido de pieles curtidas sobre cuyo fondo leonado se habían bordado cuadrúpedos, aves y flores con seda mixteca, y una ancha faja teñida con la grana del mismo origen, caracterizaban a otro de los recién llegados, que era un nativo de los ardientes e inhospitalarios montes del sur.

El tercero llamó más la atención de Alavez por la semejanza de su traje con el de los beduinos y bereberes. Una larga y ancha tela de algodón blanco con una abertura en medio para pasar la cabeza, le llegaba hasta las pantorrillas, y atada por una ancha faja negra parecía una vestidura talar. Otra banda del mismo color le ceñía la cabeza, y las extremidades caían sobre la manta blanca anudada encima de los hombros. En las montañas de los Mijes, en los pueblos más montaraces, suele verse todavía este traje y aun el uso de los arcos y las flechas.

—¿Alguno de vosotros —preguntó Alavez— va a asistir al enfermo?

—Está adentro el médico que le curará —contestó el mexicano.

—Algún paisano vuestro —dijo el Relator.

—No; es un castellano, médico de Su Majestad el rey don Felipe.

Algo desconcertó a Alavez esta noticia, que extrañarían acaso también nuestros lectores si no diéramos una breve idea de las excursiones y ocupación del doctor Francisco Hernández.

Felipe II le había tenido a su lado y conocido su vasta instrucción; deseando que se aprovecharan los conocimientos de los indígenas en las virtudes de las plantas y que se examinasen tanto las nuevamente descubiertas como los animales y minerales de la Nueva España, envió a aquel Doctor con el título de protomédico y autorización para disponer de una cantidad considerable. Gastáronse en efecto sesenta mil ducados, esto es, unos ciento treinta mil pesos de nuestra moneda actual, habiéndose

ocupado varios años el Dioscórides de México en reconocer las grandes comarcas de Michoacán, las selvas del Pánuco, los bálsamos y aromas de las Mixtecas y los montes de la Mesa Central. El doctor Hernández iba siempre acompañado de los curanderas o, si se quiere, médicos más afamados de aquellas diversas regiones, y así recorrió una gran extensión de nuestros territorios, siendo Zozocolco, según sus obras, uno de los lugares en que se había detenido.

La presencia del doctor Hernández en el Tajín no exige una larga explicación. En Zozocolco supo Alonso que aquel médico estaba en una excursión por las márgenes del gran río de Zempoala o Tecolutla; envió pues a la curandera de aquel pueblo hacia el Tajín, y se dirigió inmediatamente en solicitud del médico español. Le halló a pocas horas, y no tuvo dificultad para persuadirle que hiciese una visita a una hacienda poco distante.

El doctor Hernández, después de recibir la salutación de Alavez, entró en conferencia con sus satélites, de la cual resultó que se aplicase a Dolmos un remedio tan enérgico para estornudar que a los cinco minutos había expelido considerable cantidad de sangre y a poco creyeron necesario detenerla por la aspiración del tabaco; diéronle luego aguas refrigerantes y en seguida un baño tibio. Entretanto uno de los médicos indígenas había salido a buscar cierta planta y, traída, dispuso una bebida que administró copiosamente al enfermo.

Pareció innecesario a Alavez estar aquel día más tiempo en el Tajín, y, en consecuencia, se dispuso a volver a su hacienda.

—He tenido que arreglar la habitación del doctor Eucardio para que hoy sirva al médico —dijo el ama a Alavez—. Acaso sean de vuestra merced los papeles que hallé en la mesa y guardé en el armario.

—Sonlo, en verdad, y voy a tomarlos.

Dirigióse a aquella habitación maldiciendo su descuido en haber dejado el borrador de las cláusulas testamentarias, escrito de su mano, expuesto a las miradas de otras personas. Al abrir el armario llamó inmediatamente su atención el brillo de un cuerpo metálico, que tomó y reconoció luego por oro nativo. Volvióle a su lugar, y guardándose maquinalmente los papeles en la bolsa, pareció entregado a las lisonjeras ideas que el oro le había sugerido y que le acompañaron en la vuelta a su hacienda.

Entretanto Dolmos se había dormido y durante el sueño fluía un copioso sudor. A las cuatro horas despertó notablemente cambiado; y poco tiempo después, tanto el doctor Hernández como dos de los médicos indígenas que habían permanecido constantemente al lado de Dolmos, anunciaron confiadamente su alivio. Repitieron en la noche el sudorífico y al asomar la aurora del día siguiente aseguró el Doctor la sanidad del enfermo, dio sus instrucciones para la convalecencia y se aprestó a partir con su comitiva.

Grande fue la sorpresa de Alavez al ver el día siguiente los rostros regocijados de la familia y sirvientes de Dolmos, y momentáneamente se cambió en estupor al

contemplar a él mismo sin ningún vestigio de fiebre y capaz de manifestar su gozo a pesar de una visible debilidad. Recobró pronto Alavez su aspecto de serenidad, y se disculpó de no dar vuelo a su contento, decía él, por el silencioso respeto con que debe estarse a la cabecera de un amigo enfermo.

Aquel día volvió a su casa el Relator tan turbado y agitado como si hubiera pasado a él la fiebre de Dolmos.

—¡Cuán horrible es —pensaba Alavez, paseándose precipitadamente por su sala aquella noche— tocar el puerto y luego sentirse arrastrado entre las zozobras de alta mar! Ya contaba yo con la posesión de una vasta comarca, donde en breve se formaría la colonia que derribara el poder español; contaba además con el influjo que me daría el amor o al menos la obediencia de tan linda joven, y tenía también la esperanza de adquirir una de las minas más ricas de Nueva España ¡y todo ha desaparecido, disipado por la presencia de ese doctor y los brebajes de unos indios! En lugar de aquella deliciosa expectación, el temor de que se descubra la suposición de mi albaceazgo, la deshonra de una falsedad inútil. ¡Cuán pequeñas son las circunstancias que cambian o destruyen los proyectos! Pero también para lograrlos se aprovechan o pueden hacerse nacer algunos incidentes favorables... Sí, y sobre todo cuando el objeto no es sólo mi utilidad particular sino el bien de mis hermanos... ¡Oh, todo consiste en hallar un nombre!... Dios o la Patria; la Religión o el bienestar precomunal. Si Cortés no hubiera invocado la fe de Cristo, se habría amedrentado en su carrera; y la plebe romana no fuera esclava de los ligarcas que sucedieron a Tarquino, si aquéllos no hubieran apellidado libertad. Al principio se atemoriza la conciencia, mas se embota con la repetición de la idea y nada hay más fácil como alucinarse a sí mismo, si se tiene un átomo de interés, viniendo en seguida la quietud del alma. ¿No es, además, obrar en propia defensa alejar la inculpación de falsario que no sólo mancharía mi persona, sino que sería trascendental a una genealogía tan acatada en Asia y Africa como en las mejores comarcas de Europa?

Después de la noche pasada en un sueño interrumpido y febril, Alavez salió a pasearse por su huerta porque necesitaba el aire fresco de la mañana para serenar su frente. Dirigióse a un grupo de palmas de pocos años, cuyo follaje por lo mismo salía de la haz de la tierra y, enlazado con una multitud de lianas, formaba una especie de kiosco.

Buscó y halló un objeto que sin duda había observado otra vez, y examinando en su derredor si alguien le veía, tomó lo que había buscado —el cráneo de un mono— y entró precipitadamente debajo de las palmas. A poco tiempo salió guardándose un estuche de bolsa, después de lo cual se enjugó la frente, y miró otra vez con ahínco en derredor de sí. Le satisfizo no ver a nadie, y en su rostro se indicó el placer de la ferocidad.

Después de almorzar se dispuso a hacer la visita acostumbrada al Tajín, donde supo que una gran debilidad impedía que se notase mejor el alivio de Dolmos. Informándose acerca de Elvira, el ama le dijo que dormía en aquellos momentos,

pues todavía en la noche anterior había insistido en velar al lado de su tío. Éste, o a causa de la debilidad que ya no estaba disfrazada por la fiebre, o agobiado por el calor del medio día, dormía también, por lo cual Alavez preguntó a media voz al ama si era tanta la sed del enfermo que le hiciera agotar frecuentemente la bebida, y al decir esto le indicó el vaso que estaba vacío cerca de la cabecera.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó el ama—. Doña Elvira había cuidado siempre de aprestar las medicinas, y por esto no reparaba yo en traer nueva bebida. Voy a lavar y a llenar el vaso.

Apenas hubo salido el ama cuando Alavez, sacando de su estuche un punzón o fístol de fino acero de Damasco, se precipitó como un águila sobre Dolmos. Levantó suavemente el pañuelo que le envolvía la cabeza y le cubría por tanto la oreja derecha, y con toda fuerza le introdujo por el conducto auditivo el punzón, atravesando el peñasco del temporal y dirigiéndose hacia el vértice del cráneo, mientras con la mano izquierda, provista de un pañuelo, aseguraba la cabeza de la víctima y obstruía su boca y la nariz.

El arma rompió el cuerpo calloso y aun las circunvoluciones del cerebro; la hizo entrar el asesino varias veces y, bajándola, hendió la médula oblongada y su unión con el origen de la espinal, sobreviniendo un derrame instantáneo a causa de tan profundas lesiones. Dolmos hizo oír en el primer momento un quejido apagado, después unas cuantas aspiraciones estertóreas, mas quedó luego inmóvil todo el lado derecho y sólo el otro indicaba un resto de vida por sus convulsiones interrumpidas y poco perceptibles.

Alavez entonces, convulso por su crimen, hundió el pequeño botón del fístol en la cavidad de la oreja, bajó el pañuelo, se cercioró de que había cesado toda circulación y dejó a Dolmos acostado sobre el lado izquierdo, como le había encontrado. Inmediatamente, temblando y con pasos tan torpes como se dan en la embriaguez, fue a sentarse a la silla que había dejado el ama; con la vista buscó alguna vasija que acaso tuviera agua, y no viendo ninguna, se enjugó el rostro y aplicó a la lengua seca el pañuelo humedecido. Calculó que su palidez debería denunciarle, y por algunos instantes estuvo con el cuerpo inclinado hacia el suelo hasta que sintió bien inyectadas las venas de la frente.

—Ya estoy seguro —pensaba el asesino, buscando alguna idea para ofuscar el remordimiento—. En vez de temblar ante la acusación de falsario, he dado un gran paso hacia la fortuna. ¿Qué he tenido que hacer para esto? He ejecutado por mí mismo lo que, si yo hubiera sido un capitán, habrían llevado a efecto los soldados por mi orden. Y, sin embargo, no me hubiera atrevido, a no estar escrito y firmado el testamento.

En esto vio por la ventana que el ama volvía y contrajo su atención para dominar sus acciones y sus palabras.

—¿Fue don Teófilo quien se quejaba? —preguntó el ama al entrar.

—Ahora está tranquilo —contestó Alavez, designando con la mano el cadáver

para que se dirigiese allá o, más bien, para alejar de sí la mirada del ama—. Yo temí también, pero probablemente fue algún mal sueño que pasó ya.

Cuando Alavez vio que el ama se había sentado sin sospecha alguna, aunque al poner la bebida había mirado un momento a Dolmos que, en tal posición, le presentaba la espalda, salió por el patio, fue a beber agua tomándola él mismo de una instiladera colocada en un corredor, y a pocos minutos volvió a la recámara porque le era forzoso, según había pensado, dirigir el fin del drama.

Dejó pasar aún más de media hora, y afectando creer que Dolmos hacía algún movimiento, dio ese motivo para acercarse a la cama. Reconoció que ninguna sangre se escapaba por la oreja, y prosiguió audazmente en su papel, sin tratar de disimular la emoción que naturalmente le sobrevino al tocar a su víctima. Volvió a sentarse preguntando con afán si Elvira estaría aún dormida.

—Sin duda —le respondió el ama al ver el demudado rostro de Alavez—, ¿es que ha acaecido algo extraordinario?

—No lo sería en verdad, que medicinas tan enérgicas para apagar la fiebre en un instante, causasen otro grave mal, sobre todo en una estación en que las muertes casi repentinas llegan tan inesperadamente como la del doctor Eucardio. Veamos —añadió levantándose— mas en todo caso tened prudencia para no sorprender a doña Elvira.

El ama, aterrorizada y llorando en silencio, buscaba el pulso aunque el rostro revelaba suficientemente las huellas de la muerte. Recordando Alavez que en aquella casa había hablado sobre la sofocación de la mujer de Cortés y las señales que se habían notado en su cuello, abrió la camisa de Dolmos con el pretexto de sentir el movimiento del corazón, y dejándola abierta prosiguió:

—No se advierte la causa. Tal vez esté en los pulmones; mas debemos apresurarnos para evitar una inmensa aflicción a doña Elvira.

El asesino presidió las operaciones de vestir y tender a su víctima, que ejecutaron Alonso y dos criados; él mismo había envuelto la cabeza y después cubrió todo el cuerpo con una sábana. Cuando al fin de la tarde estuvo la caja concluida, él y Alonso trasladaron el cuerpo. Había intentado Alavez quedar solo para extraer el punzón, pero Alonso deseó acompañar hasta el fin a Dolmos, por lo cual, prescindiendo el primero de su propósito, se resolvió a que el cajón se clavase, lo que en su preocupación comenzó a hacer por sí mismo.

El día siguiente se hizo el entierro en la iglesia de Zozocolco, al lado opuesto del sepulcro que ocupaba el Doctor, habiendo asistido Alavez como amigo íntimo y albacea de Dolmos.

Capítulo XXIII

CAMBIO DE ESCENA

UNA SEMANA DESPUÉS de los sucesos referidos, se hallaba ocupado Alavez en examinar en la habitación del doctor Eucardio los objetos que le habían pertenecido, anhelando descubrir entre ellos o en sus papeles alguna indicación de la mina de oro que había exaltado poderosamente la codicia del Relator.

Un papel cuidadosamente sellado fue lo que luego llamó su atención. Titubeó un instante sólo para abrirle y leyó con avidez aquel escrito que estaba en latín, según la costumbre de la época, y era la carta a Fausto Socini que mencionamos antes.

—¡Oh... Si este papel hubiese estado en mis manos diez días ha!... No pesaría sobre mí un crimen... Y, sin embargo, todavía puede servirme.

Diciendo esto Alavez, se guardó la carta y después hizo otra tanto con la segunda que había estado escribiendo el doctor Eucardio cuando le atacó el parasismo que le condujo al sepulcro.

Mas en vano buscó alguna noticia acerca de la mina; en vano hizo diversas preguntas a Alonso que, no sólo tuvo arte para eludirlas, sino que, hostigado al fin, manifestó con indignación al Relator que a Adriano y a Elvira sería a quienes únicamente hablara de lo perteneciente a los intereses de Dolmos.

Su conversación fue interrumpida por la llegada de Adriano, quien inmediatamente que saltó del caballo se dirigió a la habitación principal, y mientras derramaba copiosas lágrimas, teniendo entre los brazos a Elvira, igualmente llorosa, dio tiempo a Alavez para serenarse, aturdido por la llegada de Adriano tanto como por las miradas de león que Alonso le dirigía.

Gran sorpresa causó a Adriano el nombramiento de albacea que aparecía en el testamento y del cual le dio la noticia el mismo Alavez. En una segunda conversación con Elvira, convinieron ambos en escribir inmediatamente a Van Opdam para que fuera por su ahijada, a fin de conducirla a su casa en México y para que en el foro desempeñara la representación de los dos, que estaban aún en la menor edad.

Alavez manifestaba un delicado desprendimiento en sus funciones; no sólo invitó a Adriano para que se encargara de preparar los inventarios y liquidación de los bienes, sino que le asignó doscientos pesos mensuales para sus gastos y otro tanto a Elvira.

—Si es necesario un adelanto de fondos —se decía a sí mismo— mi calidad de acreedor mejorará la de albacea, y, por otra parte, con aquella asignación en México, un hombre de veinte años fácilmente se desliza al vicio, y una joven puede alimentar la disipación que destruye al amor. Ambos medios servirán para mi objeto.

Un mes después Adriano y Elvira vivían en México en la casa de Van Opdam, el

cual, lo mismo que su hija Olimpia, se esmeraron en consolarlos.

Pasado algún tiempo el comerciante flamenco creyó oportuno hablar a Adriano sobre negocios más íntimos y aconsejarle que acelerara su enlace con Elvira. Aquel joven manifestó su designio de obsequiar el deseo que su padre le había mostrado para que suspendiese su matrimonio hasta que obtuviera el título de su profesión.

—Acaso mi paisano —le contestó Van Opdam— había modificado aquel proyecto. Después de la muerte del doctor Gutherzig recibí una carta de vuestro padre en que me incluía otra para nuestro corresponsal en Amberes, diciéndome que el objeto era obtener las constancias de vuestro estado libre al veniros de Lovaina. Veis pues que un próximo enlace con mi ahijada satisfaría los últimos deseos de Van der Ulmen sobre ese punto.

De acuerdo con Elvira, se determinó que, concluido el tiempo del luto, se celebraría la unión de los amantes, debiendo entretanto quedar el secreto en la familia.

Alavez observaba con la paciencia de la raza felina, sin atreverse a avanzar en sus planes porque su crimen le había amedrentado, y porque veía deshecho en parte su proyecto por los sentimientos delicados y la vida pura de aquellos jóvenes.

Llegó por fin el término fijado para su casamiento, mas no contándose con los atestados sobre el estado libre de Adriano durante el tiempo que vivió en los Países Bajos, y siendo entonces tan severas las leyes sobre matrimonios de personas ultramarinas, fue necesario pedir nuevamente aquellos documentos.

Y, sin embargo, habían llegado a México dirigidos a Teófilo Dolmos. En consecuencia, un dependiente de Van Opdam, cumpliendo una prevención general que éste hizo desde que supo el nombramiento de Alavez para albacea, le había remitido el pequeño paquete que hizo entrever al morisco la proximidad de un suceso que él había intentado frustrar. Ocultó los papeles y esperó un acaecimiento con el cual contaba para sus planes.

Los remordimientos le sugerían algunas veces la idea de abandonar su proyecto acerca de Elvira, estando por otra parte casi cierto de verle frustrado si las circunstancias no le daban una prepotencia incontrastable sobre la suerte de cada uno de los amantes. Un suceso que Alavez no había previsto vino a terminar su indecisión, excitando el furor que una fiera resiente al atacar a su presa.

El corresponsal de Dolmos, persuadido de la importancia de los documentos que debía remitir, había hecho formar un duplicado, y como entre las dos remisiones hubiese sabido la muerte de Teófilo, dirigió la segunda a Van Opdam, que la recibió en diciembre. Vencido el mayor obstáculo, se designó el 2 de febrero para la celebración de las nupcias.

Elvira y Adriano estaban por fin cerca de gozar la realización del sueño más hermoso de la vida, y en la plenitud de su deliciosa esperanza comenzaron a hacer las visitas acostumbradas a las familias cuya amistad habían merecido.

Visitando Dolmos una noche al Oidor Vasco de Puga, encontró una numerosa

conurrencia como se reunía generalmente en la casa de aquel personaje, que había enfrenado pocos años antes al terrible visitador Muñoz. Por los dos lados más cómodos de una gran sala se extendía el estrado de madera de tapincerán o de rosa. La pared, hasta la altura de un hombre, estaba cubierta con guadalmaciles finamente elaborados y dorados en Córdoba, la residencia de los antiguos califas de España.

Las señoras ocupaban el estrado sentadas en sillas muy altas y forradas con durísima piel de becerro, pintada con vermellón y adornada con arabescos de oro. En una pieza inmediata estaban dispuestas mesas pequeñas para jugar a los naipes o a los dados, a las damas o al antiquísimo ajedrez.

Adriano se acercó a la reunión de las damas y pudo oír un diálogo que, a media voz, tenía entablado nuestro conocido Lope Delgadillo y su hermosa mitad. Antes de casarse había sido celebrada por su ligereza y habilidad en el baile, y entonces tenía gran deseo de bailar; pero Lope, a pesar del litigio promovido contra el astrólogo Luna, celaba a su mujer nimia e incesantemente.

—El baile es diversión de los salvajes —le decía—. Es un resto de barbarie que ha quedado en la civilización.

—Pero los españoles no son salvajes —observó la esposa del celoso— y los hay que bailan pasmosamente.

—Las Españas y casi toda Europa fueran conquistadas por bárbaros que no iban en zaga a los mexicanos, y ellos han debido de dejar esa herencia. Debes de saber que en la gran China, que nunca ha sido conquistada, tampoco han bailado las mujeres jamás.

Pareció imprudente a Adriano tomar parte en aquella conversación, y se dirigió al grupo principal.

—Bailaremos el *zambapalo* o un *villano* —decía la mujer de un encomendero que, viviendo en su encomienda de Orizaba habitualmente, conocía poco los usos de la corte.

—Eso es muy vulgar —contestó la esposa de un oidor, sin mirar a la encomendera—. Yo preferiría el *Pésame de ello* o el *rey don Alonso el Bueno*, si las damas los eligieran. —Al decir estas últimas palabras recorrió con una mirada condescendiente a las personas del estrado.

Se bailaron estas piezas y además una zarabanda y un escarramán, después de lo cual Dolmos entró a la pieza del juego.

—No apostéis tan fuerte —decía Vasco de Puga a un capitán empavesado con largos bigotes y ondulantes plumas en la gorra y que llevaba al cinto una brillante daga.

—¡Eh! ¿Qué importa? A nosotros los conquistadores nos consiguió licencia el marqués para que no nos obliguen las premáticas sobre los juegos.

—En verdad —contestó el oidor— eso pidió para sí y sus compañeros Hernán Cortés. Y por cierto que a ello debió su vuelta a Nueva España, pues el emperador indicó no era vasallo temible quien tanto se complacía jugando.

—Apuesto para desquitarme, veinte libras de oro —dijo el conquistador a su compañero.

Hasta noventa años después de nuestra historia no hubo licencia para acuñar oro en México, por consiguiente valía como metal y por su peso.

Se corrió el albur y le perdió el conquistador.

—Nos hemos entretenido un rato —dijo a su compañero poniéndose en pie—. Mañana, después de misa mayor, tendréis vuestro oro. —Y para lucir su sangre fría fue a platicar con Vasco de Puga.

—¡Qué hábiles son los frailes franceses! Cierto que favorecen a los conquistadores más que los nuestros.

—No sé a qué aludís —indicó Puga lacónicamente.

—A un tratado que ha escrito Fray Juan Faucher y que el Bachiller Antonio Mínguez, muy aficionado a los conquistadores, va a verterme en romance a razón de tomín por plana. En esa obra —el *Itinerarium catholicum*— se prueba que cuando un misionero quiera convertir indios, como la cosa se encamina a su bien, deben ellos asistirle en todo lo necesario; pero como sería imprudente fiarse de esa raza descreída, es oportuno que se hagan acompañar los tales misioneros de un buen golpe de castellanos que los protejan contra la nación a la cual se trata de beneficiar trayéndola a vida civil. En este caso, como lo accesorio sigue a lo principal, dice el fraile, y los soldados son lo accesorio (bien que en esa clasificación no estoy muy conforme) los indios está obligados a darles todo lo que necesiten y a resarcirles daños y perjuicios, pudiendo ser compelidos por la fuerza si resisten y ser tratados como «ladrones de lo ajeno». Ve su señoría que, llevando entre los bagajes un franciscano o un mercedario, puede un hidalgo echarse a hacer entradas y a conquistar con toda conciencia o *tuta conscientia*, como dice el Bachiller Mínguez. Mire su señoría qué sutileza de francés para inventar con... sí, concusiones, creo que dijo el Bachiller.

—Puédese también decir así —observó sonriendo al oidor— pero acaso diría conclusiones.

Mientras se tocaba la queda la reunión se disolvió, y Adriano se dirigió a la calle de Flamencos en compañía de Francisco Gamboa. Al llegar al Puente de Palacio, tres hombres les salieron al frente y, mostrando uno de ellos a Dolmos el escudo que llevaba sobre el pecho, le dijo con voz firme:

—Daos preso a la Santa Inquisición.

—Os equivocáis tal vez: soy Adriano Dolmos.

—Sois el que buscamos.

—No dudéis que hay algún error —dijo Adriano a Gamboa, estrechándole la mano—. Disfrazad el suceso a Elvira y encargad a Van Opdam y a Olimpia que la consuelen.

Capítulo XXIV

LA INQUISICIÓN

TAL FUE EL NOMBRE del monstruo concebido en el seno de la cristiandad durante las lóbregas e infaustas tinieblas de la Edad Media. Hace trescientos años que aquel nombre derramaba el terror en las familias y la desolación en muchas ciudades de España; cien años ha, el Tribunal tremendo comenzó a su vez a temer la luz de la filosofía y la potencia de la opinión. Como, por otra parte, la ilustración general había avanzado, y la paz interior de la Península ibérica había suavizado las costumbres, los inquisidores se hicieron humanos hasta donde su institución lo permitía: casi proscribieron el tormento en sus juicios, la prisión perpetua había sido ya abolida por los reyes de España, y la pena de azotes se sustituía, en aquel tribunal, con sacar al reo seguido del verdugo a la expectación pública. Expiró el monstruo al fin a consecuencia de la revolución ejecutada por tropas españolas en la Isla de León en 1820, y el odio y el horror concentrados en las doce generaciones precedentes, cayó con justicia sobre la memoria de aquella desoladora institución, que no resucitará jamás.

Por esta misma circunstancia y porque ya distamos bastante de la época inquisitorial, podemos juzgar con imparcialidad al Santo Oficio.

Según las ideas vulgares su origen es español, y Francia, viendo la antigua ufanía de Castilla por su santo tribunal, se ha guardado bien de disputar su progenitura. Sin embargo, en Francia nació la Inquisición, y el inquisidor don Luis de Páramo pudo notar con cierta envidia que hasta la época en que escribía (1580), España no había exhibido un auto de fe en que se quemasen cuatrocientas víctimas, como llegó a hacerse en la ciudad francesa de Laval.

Es cierto que Fernando el Católico, de tribunal ambulante y eventual, le convirtió en permanente y le dio inmensas atribuciones, esperando recibir los considerables productos de confiscaciones ejecutadas en los bienes de los judíos, que tenían todo el comercio, y de los moriscos, que explotaban los más feraces terrenos y las mejores industrias de España.

Fue vana la fría e impolítica crueldad del rey. A pesar de que en los diez y siete años del gobierno de Torquemada y Deza se quemaron más de doce mil personas, más de ocho mil en estatua y se impusieron diversas penas a otros ciento treinta mil individuos, confiscándose los bienes de todos, el producto casi desapareció entre los empleados de la Inquisición y fue necesario decretar contra ellos el secuestro de los bienes que habían antes secuestrado a los hijos de Moisés y de Mahoma, Mayor provecho tuvo el Papa dispensando de las penas a los reconciliados, y los soberanos de Francia, Portugal, Italia y Marruecos, adonde llevaron los capitales que pudieron,

y su industria activa, los emigrados y expulsos.

Mas después de Torquemada, Deza y el cardenal Cisneros, los fuegos de la Inquisición comenzaron a ser menos frecuentes y aunque, como un volcán, hizo erupciones horrendas en tiempo de Felipe II, en adelante fueron más remisas y su furor se fue embotando durante la dinastía borbónica.

Otro error vulgar atribuye exclusivamente a la Inquisición la *question* del tormento. Todos los tribunales empleaban este sistema de prueba, ese modo de preguntar (es lo que significa *question*) que en la República romana se usó con los esclavos, y en la de Atenas con todos los ciudadanos indistintamente.

La barbarie de la tortura vino pues de más atrás de los siglos bárbaros. La decretaban sin escrúpulos los tribunales de naciones católicas y protestantes, monárquicas y republicanas en el siglo XVIII, y Rusia e Inglaterra, las primeras, tuvieron la gloria de abolirla hace más de cien años, impelidas por el movimiento filosófico que se efectuaba entonces. Debe notarse que esto pasó antes de la Revolución Francesa, que ha servido para calumniar a aquella filosofía del mismo modo y con tan débil motivo como la Inquisición para inculpar a la religión católica.

Tampoco la creencia de las brujas y del poder casi autocrático de Satanás constituye un error exclusivo de la Inquisición. La magia y la adivinación han sido de todos los tiempos (dispénsenos los espiritualistas nuestros contemporáneos). Y en la miseria sistemada, en la ignorancia y en la vida dolorosa que arrastraba la humanidad en Europa durante la Edad Media, no es extraño que con cierto horror —para buscar la causa de su infelicidad en los elementos de la misma naturaleza humana y de la organización social— acogiese la idea de que gran parte de los males dimanaba de las potencias infernales y de los hechiceros sus aliados.

La pena del fuego para éstos se empleaba ya en el siglo de Tácito y de Trajano, bastando para probar esta aserción (que acaso se juzgará increíble) leer el fin de la fábula milesia del *Asno*, compuesta por Lucio de Patras.

Por más que a primera vista parezca un paradoja, es cierto, sin embargo, que en otras naciones sin Inquisición, se llegó a proceder en causas de hechicería con tal barbarie, que hacen parecer justa e ilustrada la Inquisición de Nueva España y aun la de la Península Ibérica. Citaremos dos hechos cuya curiosidad dramática inspira algún interés.

Sesenta años después de la época de nuestra historia, se formó causa al cura Urbano Grandier en Francia por crimen de hechicería. Intervinieron como acusadas las monjas ursulinas de Loudun, mas estando «poseídas por los demonios», era claro que éstos y no ellas hablarían ante los jueces, los cuales fueron doce de los lugares cercanos a Loudun. Por consiguiente las declaraciones no se extendieron en nombre de Sor Gertrudis o Sor Ermengarda, sino de Asmodeo, Astarot, etc., y para complemento de la prueba se dio tormento a Grandier.

Su defensor opuso tachas a testigos tan singulares y alegaba, sin duda con justicia, que siendo los demonios personas tan familiarizadas con la mentira y enemigos

declarados de los curas que los conjuran en cada bautismo sus testimonios no debían hacer fe. El fiscal, un abogado Seguiet, si no recordamos mal, sostenía que exorcisados los diablos, no podían menos de haber hablado verdad, y que un demonio conjurado es testigo mayor de toda excepción, semejante en esto a un príncipe o un arzobispo. Urbano Grandier fue solemnemente quemado vivo en 1634, cuando hacía cien años que en España no se imponía a los magos o hechiceros pena de muerte, que tampoco les fue aplicada nunca por la Inquisición de México.

El drama de Grandier, como ejecutado en Francia, tuvo algunas escenas cómicas; el que vamos a referir, acaecido en la Nueva Inglaterra, sólo presenta la tétrica barbarie de los puritanos que vinieron a formar una colonia en América y que, por no tener Inquisición, daban ellos mismos la muerte de horca a los pacíficos cuáqueros.

Un Míster Parris, ministro de Salem de 1692, pretendió que se le diera la propiedad de unos terrenos que gozaba en usufructo, por ser parte de la dotación asignada a los ministros de la parroquia; varios vecinos se opusieron y esto causó naturalmente una enemistad. Entretanto las mujeres de su familia (no nos atrevemos a decir las señoras) sufrían ataques epilépticos o nerviosos, que no acertando a curar los médicos, atribuyó uno de ellos a hechicería.

A poco tiempo comenzaron, ante los magistrados unidos Juan Hathorn y Jonatan Curwin, las denuncias y acusaciones, tan caprichosamente y sin compasión, que uno de los hechiceros denunciados por la familia de Parris sólo tenía de cuatro a cinco años de edad, circunstancia sorprendente, pues en las demás naciones pasaba como aforismo que los brujos y, sobre todo, las brujas debían ser de edad provecta. Aquel mago en embrión fue también aprehendido y procesado por los dignos Hathorn y Curwin, y, no teniendo a la mano inquisidores, juzgaron doce jurados.

Todos los reos fueron condenados a muerte, al principio un corto número; después, el 9 de setiembre, ahorcaron a seis, el 22 a ocho personas y el 16 habían sacrificado a un desgraciado vaquero, Giles Corey, cuyo proceso no daba lugar a la imposición de ninguna pena; y, sin embargo, murió en un tormento espantoso, estropeando uno de los jueces su cadáver como si le hubiesen juzgado turcos de Argel.^[20]

Mientras la Inquisición conocía de los delitos de bigamia, usura o hechicería no hacía más sino lo que ejecutaban los demás tribunales, y aun menos de lo que se practicaba en otras naciones. Lo verdaderamente horrible del Santo Oficio consistía en sus procedimientos secretos y castigos a las personas que en materia religiosa diferían del sistema de los inquisidores.

Mas es tan natural al género humano el orgullo de la dominación y el odio a la contradicción, que antes de existir la religión cristiana se hizo beber a Sócrates la cicuta en Atenas, porque no creía los cuentos mitológicos de Grecia; y que Enrique VIII como defensor de la fe en Inglaterra, y Calvino como apóstol de Ginebra, hacían condenar a muerte a los que no seguían sus opiniones, cuando ambos habían abandonado las creencias de Roma.

El médico español Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre ¿no fue quemado por los calvinistas con leña verde, habiendo durado dos horas su agonía? Su crimen consistió en haber escrito una obra —*Christianismi Restitutio* (1553)— en que se hallan las mismas ideas expuestas posteriormente por Locke y que en nuestros días ha popularizado Renan.

Más de un siglo después ¿no fueron los protestantes de la iglesia anglicana los que, en los calabozos, hicieron perecer en poco tiempo a más de trescientos cuáqueros, discípulos de Jorge Fox, teniendo a más de cuatro mil en otras prisiones, y habiéndoles confiscado, destruido e incendiado valores que pasaban de cinco millones de pesos?

*

El persa Usbeck escribía desde París a su compatriota Rhedi: «Hay aquí un gran edificio donde encierran a los locos más furiosos para que se crean que los demás habitantes de la ciudad están en su juicio.»

Capítulo XXV

UN PROCESO

PARA ENCADENAR nuestra narración recordaremos lacónicamente que el Santo Oficio se estableció con toda solemnidad en México el 5 de noviembre de 1571. Las personas de más importancia quisieron servir como familiares, siendo Alavez uno de los primeros a quienes se concedió ese título.

En uno de los días del mes de enero de 1572 se hallaban en acuerdo solemne el presidente del Tribunal de la Inquisición, don Pedro Moya de Contreras, el fiscal don Alonso Fernández de Bonilla y el secretario, cuando éste presentó una denuncia, firmada por don José Alavez y Mudarra, de la cual damos un breve extracto a continuación.

Aquel personaje, familiar del Santo Oficio y Relator en la Real Audiencia, se creía obligado, por conciencia y para corresponder al honroso título que le había conferido la Santa Inquisición, a denunciar a Adriano Van der Ulmen, conocido en la ciudad por Dolmos, como sospechoso de herejía habiendo sido discípulo del protervo y difunto hereje, el doctor Ernesto Guthertzig, disfrazado con el nombre de Eucardio, a quien trajo a este reino, teniéndole oculto en la hacienda del Tajín, para seguir allí sus pestilentes estudios.

Como los señores inquisidores no conocerían acaso bastante (añadía Alavez) al perverso doctor Eucardio, discípulo de Lutero, presentaba el denunciante una de sus cartas donde revelaba toda su malicia y ponzoña, pudiéndose comprobar la identidad de la carta por el reconocimiento del mismo Dolmos. Esperaba el denunciante que, teniéndose con esto indicios suficientes, el Santo Tribunal encontraría «otros medios de prueba» que no podía emplear un particular, a quien sólo movía el celo de la religión y el respeto al Santo Oficio, por lo que concluía jurando que «no procedía de malicia», y que, sin embargo, deseaba que la denuncia se reservase en el secreto, bien que estaba dispuesto a ampliarla si el Santo Tribunal lo decretaba así.

Cuando Alavez acabó de escribir la delación cuyo resumen acabamos de dar, creyó que había formado un plan perfecto y de un resultado enteramente seguro y favorable a sus deseos.

—Mientras Adriano está preso —se decía— tengo toda libertad para reducir la voluntad de Elvira. ¿Qué joven de entre los cristianos, de buena educación religiosa y de mediana prudencia, uniría su suerte a la de un penitenciado por la Inquisición, ni se atrevería a decir que le ama? Y la convicción de que yo puedo salvar sus intereses, darle la propiedad absoluta del Tajín, un rango social que ya no puede esperar del otro ¿no son motivos bastantes para que me admita por esposo? Sólo es necesario que la prisión de mi rival dure algún tiempo. Y en verdad que, mientras se halle en las

cárceles de la Inquisición, tendrélo yo sobrado para terminar mi plan. Mas ¿si la hurí que me ha subyugado hasta distraerme del gran proyecto, se mantuviera rebelde?... ¡Oh! en esa eventualidad una amonestación de la Inquisición, una amonestación *ad cautelam*, como ellos dicen, bastará para amedrentarla y amansarla, cuando haya visto que Adriano lleva algún tiempo de prisión. Haber traído de Europa a ese tétrico hereje, vivir con él, reconocer su carta, son indicios sobrados para que se decrete la tortura, y allí... ¡oh! allí confesará lo que se le pregunte. ¿Cómo resistirían unos músculos desarrollados en el estudio y en el reposo, unos nervios que hasta ahora sólo han transmitido sensaciones de placer? Está bien dispuesto el proyecto; aseguraré la posesión del Tajín; gozaré el amor o, lo que para mí es lo mismo, las gracias de Elvira, y sobre todo tendré el deleite de la venganza. ¡Ojalá el grande plan pudiera realizarse tan fácilmente como este!

La lectura de la denuncia causó diversa impresión a Moya de Contreras y a Bonilla. El primero, formado cerca del inquisidor general Manrique, que ni por temperamento ni por educación era cruel, conservó la impassibilidad de juez. El fiscal, novicio en el cargo, deseando ascender a inquisidor y para ello hacerse notable por su actividad y celo, no acertó a disimular su alborozo al traer entre manos la causa de unos reos tan importantes.

—Da gozo trabajar en procesos como éste —dijo Bonilla estregándose las manos—. ¡Un joven a quien tanto elogian en la Universidad y un discípulo de Lutero! Es lástima que haya muerto; mas, en fin, sus huesos estarán aquí. Con unas cuantas causas semejantes a esta, lucirá el Santo Oficio; que a fe mía no medrará si sólo tenemos usureros que cobran el dos por ciento mensual, a quienes basta imponer la pena de doscientos azotes y confiscación de la suma versada.

Don Pedro Moya de Contreras, poniendo sobre la mesa la carta que había hojeado ligeramente, dijo entonces al fiscal.

—Es por cierto un infortunio que casi al poner nosotros los pies en esta tierra, descubramos las huellas que antes había estampado la herejía. Y aunque debamos por esto acrecentar el celo, es menester precavernos de no llegar a la indiscreción. Dígolo porque hace doce años justos que nos fue denunciada doña Juana de Bohorques, a quien examinamos según nuestras reglas. Negó todos los capítulos de acusación, había indicios suficientes para decretar el tormento, pero estando encinta la procesada, se difirió esta prueba. Nació un bello niño que le fue quitado a los ocho días, y a los quince volvió ella a vivir en su antiguo calabozo. Poco tiempo después los médicos dijeron que podía aplicársele la tortura, y la sufrió sin confesar, aunque se le rompió una entraña por lo que murió a pocos días. Vimos después probada la falsedad de la denuncia, cuando lo único posible a nosotros para resarcir el inmenso mal causado era, lo que hicimos, rehabilitar la memoria de aquella infeliz. Señor fiscal —prosiguió el inquisidor enérgicamente aunque lívido y convulso— yo desempeñaba en Sevilla entonces las funciones que vuestra merced ahora. —Después de un breve silencio añadió con voz débil—. ¡Yo había pedido el tormento!...

¿Quiere saber vuestra merced porqué le he confesado esta confusión mía? Tengo para mí y espero que pronto pase del puesto de fiscal al de inquisidor, y deseo para entonces que haya uniformidad en nuestro sentir, la que habrá sin duda, si desde ahora ensayamos a ponernos acordes.

—Cierto que debemos proceder con mesura —dijo Bonilla— para que no resulten desautorizados nuestros procedimientos. La Inquisición de España los instauró contra Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús; ya se trata de hacer santo al primero y acaso querrán también que lo sea la monja, lo cual no dejaría de ser bochornoso para el Tribunal.

El inquisidor manifestó su asentimiento y continuó:

—Mas, volviendo a esta denuncia, notario, proved que el Provincial de Santo Domingo y el doctor franciscano Padre Faucher, traduzcan y califiquen la carta presentada; que se proceda a la prisión de Dolmos y al registro y secuestro de sus bienes, a tomarse su declaración, haciendo al mismo tiempo el reconocimiento de la carta; y que, por separado, amplíe Alavez su denuncia diciendo dónde murió Eucardio.

Después de ejecutarse la prisión de Adriano fue citado Alavez, y como los indígenas habían generalizado el uso, antiquísimo entre ellos, de no presentarse a sus superiores sin algún obsequio, y en parte le imitaban los nuevos pobladores, el familiar del Santo Oficio cuidó de enviar un regalo de ciertas frutas extremadamente exquisitas en aquella época.

Presentóse a poco el denunciante y explicó de qué manera había llegado la carta a su poder como albacea de don Teófilo Dolmos, cuyo encargo no sólo le autorizaba sino que aun le imponía el deber de examinar todos los papeles; no habiendo tenido noticia de que una caja separada perteneciera al doctor Eucardio sino después de leer la carta que había presentado.

El doctor Moya de Contreras, que había observado atentamente a Alavez durante su declaración, creyó percibir algún temor y cierta vacilación al explicar los hechos indicados, y con una mirada llamó la atención del fiscal.

—¿Dónde falleció y está sepultado el doctor Eucardio de que habláis? —le preguntó el inquisidor.

La turbación de Alavez fue manifiesta entonces aun para el notario que escribía la declaración, pero reponiéndose en breve, satisfizo al Tribunal diciendo que por una casualidad, al disponer el entierro de Dolmos, supo que el doctor Eucardio estaba sepultado al pie del presbiterio y abajo de un retablo de San Miguel en la iglesia de Zozocolco, siendo fácil al doctrinero —añadió— marcar el lugar, pues apenas iban pasados algunos meses desde que el cadáver del hereje había violado la santidad del templo.

Terminada la declaración, anunció el presidente que estaba concluido el acuerdo e invitó a Alavez a pasar a la sala de desahogo.

—Allí están las deliciosas frutas con que vuestra merced nos ha obsequiado y

habremos de gustarlas juntos —dijo el primero, y con Bonilla y Alavez pasó a la pieza inmediata.

Estaban en efecto las frutas y además cuchillos y tenedores para dos personas, lo que advirtió luego Bonilla, y se disponía a ordenar que llevasen otros, cuando Alavez sacó de la bolsa de su ropilla un curioso estuche de donde tomó un cuchillo pequeño muy conveniente para el objeto de que se trataba.

—Perdone vuestra merced —dijo el fiscal— es tan primorosa esa obra de ataujía, que desearía verla.

Alavez le presentó el estuche abierto, y Bonilla tomó las tijeras para mirarlas de cerca; en seguida cogió el estuche para colocarlas. Habiendo examinado las otras piezas, dijo a Alavez:

—Es lástima que este punzón no sea del mismo artífice ni del mismo metal tan fino. Ya está algo enmohecido el acero y la cabeza no tiene los arabescos que adornan a las otras piezas.

—Se perdió el punzón y mandé hacer otro para ocupar el vacío, pero en efecto no puede llenarse debidamente.

Mientras comían la fruta, volvió a hablarse del doctor Eucardio y pudo convencerse Moya de Contreras de que no era esa conversación la que embarazaba a Alavez, sino que lo desagradable para éste era hablar sobre el albaceazgo de Dolmos.

El inquisidor indicó que debía aun tratar algún negocio con el fiscal y por consiguiente se despidió Alavez.

—¿Ha observado vuestra merced? —preguntó el presidente a Bonilla.

—Aun sin las indicaciones que Vuestra Señoría me hizo la merced de comunicarme ayer, hubiera juzgado que debe procederse con tiento en este negocio.

—Presumo —dijo Moya— que tendrá más trascendencia de lo que ahora sospechamos.

Capítulo XXVI

EL CREDO DEL DOCTOR EUCARDIO

LA CARTA que para su traducción y calificación recibieron el Provincial de Santo Domingo y el Padre Faucher, estaba escrita en latín, como lo acostumbraban hacer los literatos de aquel siglo, y se hallaba concebida en estos términos.

ERNESTO EUCARDIO a Fausto Socini, desea mucha salud.

A medio mundo de distancia de ti, en medio de bosques donde jamás han resonado las disputas de las escuelas, he recibido una carta tuya que, por una parte, ha gratificado mi amor propio que tan pocas complacencias ha gustado, y, por otra, me ha hecho suspirar de compasión, porque preveo tu ansiedad y peligros en las lóbregas sendas del laberinto adonde quieres penetrar. Yo como Dido puedo decirte:

Non ignara malis, miseris succurrere disco.

Habiendo sido infeliz, sé socorrer a los desgraciados.

Tus preguntas acerca de mis opiniones religiosas, que yo creía ignoradas de todos, y mis diferencias con el doctor Lutero y el canónigo Juan Calvino, me han conmovido, como sorprende a una joven que había sido virgen el recordarle su amor, cuando siente en su seno el fruto de un engaño y el testigo de su ignominia. Mas tú investigas la verdad y debo satisfacerte.

Los hombres se educan como los papagayos, según lo que oyen hablar. Así yo en mi juventud creí y defendía sin pestañear las doctrinas de mi maestro el doctor Lutero; pero como yo vestí poco tiempo el hábito de San Agustín, me encontraba menos subyugado que mi preceptor por los textos del Santo africano, y llegué a pensar que, según se dijo hace muchos siglos:

Omitid sunt hominum tenui pendentia filo.

Los sucesos humanos penden de un hilo delgado.

Y que si no hubiera sido agustino el reformador, habría desechado trascendentales errores que le hizo conservar el hábito de repetirlos y el respeto a un gran hombre. El canónigo Calvino, más audaz pero deslumbrado todavía por la aureola del Santo, no fue menos servil. Ambos mantuvieron la tétrica doctrina de la predestinación, que hace aparecer injusta a la Divinidad, como inducen a acusarla de parcial la teoría de la gracia, y de cruel la creencia de la mancha original. ¿Por qué no aceptar las humanas y equitativas ideas de Celestio y de Pelagio, más dignas de la bondad divina? ¿Por qué conservar los libros hebreos, siendo su ley tan diversa de la de Jesús, y conteniendo tales principios y hechos históricos o ideales, que sería muy temible el ejemplo que de ahí quisieran derivar algunas sociedades cristianas? ¿No son preferibles las simples doctrinas de los ebionistas, que rodearon la cuna del cristianismo, a los dogmas del siglo IV y de los siguientes? En las invenciones del hombre, ser imperfecto, lo más reciente es lo mejor, pero en el torrente de luz que se tiene como emanado de Dios mismo ¿no debe encontrarse la mayor pureza cerca del manantial?

Mas antes de pormenorizar las consecuencias que deduje, te diré la ruta que seguí y las autoridades que me guiaron...

No fastidiaremos a los lectores con lo restante de una larga carta. Lo que hemos transcrito basta para que se vea que los calificadores debieron encontrar en ella proposiciones de todas las especies condenadas por el Santo Oficio, desde las *piarum aurium offensivae* y *sapientes haeresim* hasta las *formaliter* y *materialiter haereticae*.

[21] Se decretó, pues, la formación de la causa contra el doctor Eucardio, la exhumación de su cadáver y el embargo de lo que le hubiera pertenecido, enviándose

para estos dos últimos objetos una «comisión» especial al familiar de la Inquisición en Veracruz.

*

Después del abatimiento que anonadó a Adriano el primer día de su prisión, le sobrevino una reacción consoladora que le hizo esperar una pronta libertad, porque no hallaba, en lo íntimo del alma, falta alguna de la cual debiera conocer y juzgar el Santo Oficio. Al tercer día le pareció que su raciocinio era muy débil, y tuvo por más acertado concentrar su atención y reunir todos sus recuerdos para indagar la causa de su desventura y preparar sus medios de defensa.

Sabía bien que toda mentira, cuando es combinada por una persona medianamente hábil, se funda en alguna verdad desnaturalizada o interpretada maliciosamente. Sabía del mismo modo que, por lo común, sólo desciende a ser denunciante o acusador quien tiene interés por codicia o por odio en perder o hacer sufrir al que reputa enemigo. A pocos momentos de cavilar sobre estos puntos, el nombre de Alavez se presentó a su memoria, y buscando el pretexto que hubiera podido emplear, pensó vagamente que el mismo Alavez le habría envuelto en alguna acusación contra el doctor Eucardio, porque hubiese acaso encontrado entre los papeles o libros de éste, alguno de los publicados en Alemania por los luteranos.

—Afortunadamente —pensó después Adriano— el doctor Eucardio está libre de un inminente y horrible desastre, más ¿de qué modo probaré yo mi inocencia?

Una idea, repentina como un terremoto, sobrecogió su alma: ¡el tormento!... Pasaron algunos instantes, y enjugando el sudor frío que manaba de su frente, se dijo:

—No; para decretar el tormento son necesarios tales indicios que formen prueba semiplena. Además no se procede a él sino concluido el sumario, en el término de las probanzas y puede apelarse del auto en que se decrete. Lo que ahora necesito es la sangre fría, suma atención en el Tribunal y, por lo mismo, exponer los hechos con verdad, tanto por deber como para no dedicar aquella atención sino a lo sustancial.

Tuvo aún otro día para hacer frente al Tribunal. Pensaba algunas veces que si la acusación no partía de Alavez, como había creído, iba a encontrarse desarmado; pero se consolaba al reflexionar que cualquier otra denuncia sería de una refutación mucho más fácil.

A cada momento su imaginación se volvía hacia su amada, y entonces, o sentía los primeros amagos de la desesperación, o la ternura de los recuerdos debilitaba su alma para pensar en los medios que hubiera de adoptar a fin de probar su inocencia.

Al tercer día, un familiar que le llevó a dar su declaración, puso por entonces un término a sus oscilaciones tormentosas entre la desesperación y el amor, y le hizo concentrar sus ideas en su plan de defensa.

—¿Habéis conocido —le interrogó el inquisidor después de las preguntas generales— el motivo que os ha traído a la prisión y sospecháis quién le haya

manifestado al Tribunal?

—Sobre lo primero, me es indispensable decir lo que Vuestra Señoría habrá oído repetidas veces, aunque no con la misma verdad, y por aquel motivo deseara responder diferentemente. En mi ánimo y en mi conciencia no hallo causa para que el Santo Oficio me procese. Por lo que toca al denunciante, estaría muy dispuesto a creer que haya sido don Josef Alavez, si no supiera que es muy aventurado juzgar sobre conjeturas.

Interrogado directamente, explanó las razones que tenía para creer que Alavez le mirase con enemistad.

—¿Conocéis esta carta? —le preguntó el doctor Moya de Contreras haciendo que el Notario del secreto le llevase a su asiento la del doctor Eucardio.

Leyó Adriano en el original la parte que hemos transcrito y la devolvió entonces al Notario respondiendo, que de la carta no había tenido jamás conocimiento, pero sí creía que el estilo latino y la letra fuesen del Doctor.

—Habréis reconocido —le dijo el doctor Moya de Contreras— las opiniones de vuestro maestro.

—Al principio de la carta —contestó Adriano— manifiesta su autor que le repugnaba y temía hablar de materias religiosas; por consiguiente no parecerá extraño que a mí jamás me dijese nada sobre ellas, no habiéndole nunca inducido a tal conversación. Ahora es cuando, por su carta, he visto con sentimiento las opiniones que seguía.

—El Tribunal tiene un indicio para creer que participáis de algunas de ellas. Sabéis, puesto que estudiáis la jurisprudencia, que antes de decretar la prisión, cuando ha habido una acusación o denuncia, procedemos a una información previa sobre la conducta del acusado. Y en la que respecto a vos se ha escrito, no aparece que frecuentéis la penitencia y comunión como halo de hacer un buen cristiano.

—Veo ahora la conveniencia de la exterioridad para alejar ciertas interpretaciones. Antes había yo pensado de diverso modo, y no es extraño el informe dado a Vuestra Señoría. Me ha dispensado aquellos sacramentos el canónigo don Juan González en su retiro.

La última frase excitó gran sorpresa y ésta pareció favorable a Adriano. Concluido el interrogatorio volvió a su prisión con algún consuelo, porque al menos conocía ya el origen de su desgracia y la conjetura en que se fundaba la acusación.

Volvamos a Elvira, cuyas impresiones eran sin duda más dolorosas. Adriano tenía que emplear su actividad varonil y los conocimientos de su profesión para desasirse del enemigo invisible que le estrechaba, y esto le ofrecía cierta ocupación menos penosa en medio de su angustia; mas el corazón de la amorosa joven no contaba con ninguna defensa contra el terror y el dolor. Nada más sabía ni podía saber que la prisión de Adriano en la Inquisición, pero esto bastaba para suponer una acusación tremenda, un largo encarcelamiento en un calabozo infecto y al fin...

No se atrevía Elvira a pensar más y se acogía a la oración. Murmuraba preces

incoherentes, imposibles de cumplirse, aunque exhaladas con intenso fervor, y después de creer un momento en cierto vislumbre de esperanza, volvía a hundirse en el abatimiento y sólo le quedaba el mustio consuelo del llanto.

Después de las noches pasadas en lúgubre vigilia, un sueño turbado por siniestras visiones suspendía por poco tiempo las punzadas de la aflicción, mas al despertar el día siguiente, el corazón de Elvira comenzaba nuevamente a precipitar su dolorosa circulación bajo la presión del infortunio.

Tal vez en las primeras horas de la mañana, cuando la naturaleza bella y fresca derrama su bálsamo sobre los seres que aspiran la vida, escuchaba las inspiraciones de una inefable esperanza, no dudando que cualquiera que fuese la inculpación asestada contra Adriano, su inocencia, que Elvira creía firmemente, habría de salvarle. Ninguno de los dos conocían, pero esta joven mucho menos, las anomalías del mundo moral; acababan de salir de la edad en que para infundir la virtud se inculca la consoladora idea del castigo inexorable del crimen y la protección providencial a la inocencia.

Después de mis viscisitudes entre el temor y la esperanza, cada uno de los amantes en la soledad de su alma, cayó en el letargo sepulcral de la resignación.

Capítulo XXVII

ESCENAS DE INTERIOR DE LA INQUISICIÓN

POCO MÁS DE UN MES había transcurrido desde la prisión de Adriano, y don Josef Alavez contemplaba satisfecho el desarrollo que había tenido y que, según esperaba, tendría en adelante su plan.

Hallábase en un retrete secreto que sólo era conocido de los esclavos de íntima confianza y de la misma religión de Alavez. Sentado en un diván y apoyado en un muelle cojín de Damasco, se deleitaba en disolver lentamente en la boca una píldora de opio del tamaño de un guisante, que había tomado de una caja de plata curiosamente cubierta con filigrana de oro. Tenía cerca una mesa pequeña incrustada con marfil y nácar a la cual servía de carpeta un finísimo guadalmevil trabajado en Tafilete con piel de gacela.

Encima y a un lado de la hermosa caja, estaba un más precioso ejemplar del *Korán*, escrito con letras de oro sobre vitela pintada de color de púrpura; para ser más respetado de sus esclavos, afectaba Alavez gran devoción. Bajando después los pies a un tapete en que lucían los complicados arabescos que se elaboraban en Persia y estregándose placenteramente las manos decía para sí:

—Es tiempo ya de pasar a otra de las fases de mi idea. Nada ha sospechado hasta ahora la cándida y hermosa Elvira y acaso pasará lo mismo respecto de Adriano. Ambos verán un pretexto justo para desfigurar la liquidación de cuentas en la testamentaria, y aun me agradecerán el pensamiento de poner a cubierto una considerable cantidad para tener una ánora de salvación si la confiscación se confirma. A la primer indicación de esta idea ¿no he recibido de la bella hurí las más cordiales gracias? ¡Qué hermosura y qué inocencia tan hechiceras! ¡Cuánto pené para evitar mi declaración de amor! Aventurarla hoy sería acaso perderlo todo, y callando adquiriré astutamente la propiedad de los terrenos y la confianza necesaria para suplantar al otro. ¡Es tan fácil engañar a una persona sin malicia!... Y está bien para todos. Ni ellas sufren antes de tiempo la acritud de la desconfianza, la amargura de la ira, ni quien las alucina tiene que combinar planes muy sutiles... Y, sin embargo, he vacilado en algunos momentos... El ingenio calcula fríamente los proyectos, y a pesar de la superioridad del espíritu, no puede defender de todo terror a la parte material del hombre cuando llega el tiempo de ejecutarlos: somos tan débiles para el bien como para el mal. Mientras el pensamiento rige al cuerpo durante la vigilia, estoy perfectamente tranquilo, mas en el sueño comienzan a tomar ciertas formas aterradoras los fantasmas de la imaginación. ¡El padre y el hijo!...

Después de estas palabras se enjugó algunas gotas que habían brotado de su frente y luego prosiguió:

—Si Adriano estuviere dócil en el reconocimiento de las cuentas, si advierto que el aislamiento y la angustia le han abatido, le propondré, acaso, con la cautela necesaria, el auxilio para salvarle, si, por otra parte, prescinde de su amor. He obrado bien reservando los papeles del doctor Eucardio. ¡Bism!...

Amr, esclavo negro bereber, de recia aunque descarnada complexión, le presentó una esquila sin hablar, cruzándose en seguida de brazos. Alavez la abrió y leyó inmediatamente.

—Vamos a ver lo que el Tribunal quiere —se dijo después poniéndose en pie—. ¿Habrán traído el cadáver de Zozocolco? —y como si repentinamente le hubiera venido alguna idea terrible, sus piernas flaquearon y le fue preciso sentarse otra vez; mas, contrayendo enérgicamente las cejas, manifestó que se había vencido y, puesto nuevamente en pie, continuó para sí:

—La ocasión llega a buen tiempo a fin de pedir licencia de hablar a Adriano en su calabozo para la liquidación de cuentas que interesa al Santo Oficio. —Sonriéndose irónicamente al pensar la última idea, se dispuso a salir.

—Truécame los zapatos por los pantuflos, Amr, y haz que Ayub disponga para mi vuelta, dentro de dos horas, un sorbete de rosas.

El objeto de su llamamiento era simplemente el anhelo que tenían los inquisidores de que la cámara del tormento estuviese ritualmente ordenada. Aunque habían traído con toda precaución un verdugo de Sevilla, y éste había montado los tremendos aparatos de su oficio, teniendo tan a mano a un empleado de la Real Audiencia, donde aquel sistema de prueba se había empleado mucho tiempo antes, y últimamente con el hijo del conquistador Cortés, se deseaba tener la aprobación y, si fuera necesario corregir algo, la dirección de una de las personas que, aunque de lejos, pertenecían a la Audiencia misma.

Supo fácilmente Alavez en el curso de la conversación que no había llegado el cadáver del doctor Eucardio y, además, obtuvo el permiso para hablar él solo con el preso. Se dirigió, pues, al interior del palacio inquisitorial en compañía del verdugo, Pedro Arbués, que se había esperado por orden del doctor Moya de Contreras.

En lo más recóndito del edificio, después de atravesar un corredor cubierto, Pedro abrió una puerta gruesa que, sin embargo, estaba puesta como mampara al haz de la superficie exterior de la pared, y en seguida otra de igual espesor fijada en la haz interior del mismo muro.

La pieza estaba oscura, pues sólo tenía aquella luz o, más bien, abertura, pero había luz artificial y, pasado un breve rato, pudo Alavez distinguir los objetos. El que primero llamó su atención fue uno semejante a un cuerpo humano suspendido de un cable y éste de una polea fijada en el techo. En lo que parecían pies tenía el cuerpo un par de grillos y de ellos colgaban dos masas metálicas.

—¿Ha muerto alguno en el tormento? —preguntó con ansiedad Alavez, que solamente había aceptado el encargo por obtener la licencia para hablar a Adriano.

—No, señor familiar —respondió Pedro Arbués con calma—. Estoy enseñando

por principios a un aprendiz que estudia la maniobra con ese muñeco. Eh, discípulo, ven a que te vea el señor. Como es del color oscuro del fondo acaso no le distingue vuestra merced.

Era en efecto difícil ver a un azteca de recias y copiosas melenas, el cual tan repentinamente se acercó a Alavez que éste sorprendido se contrajo todo, como lo hicieron sin duda los españoles aprehendidos en la Noche Triste, cuando los sacerdotes de Huitzilopochtli se lanzaron sobre ellos para arrancarles el corazón.

—¿Cómo has conseguido un discípulo? —condescendió a preguntarle Alavez para ocuparse de ideas menos penosas.

—Oiga vuestra merced. Tengo mi casa naturalmente lejos y quien vive menos distante de mí es el padre de este muchacho Bartolo. Él se llama Sebastián Tetyólotl y era sacerdote del Huichilobos en tiempo del Moctezuma. Me pareció que podría bien desempeñar el cargo de ayudante mío, y se lo propuse informándole de todo lo que deberíamos hacer y principalmente en los autos de fe. Me escuchó con toda atención y me contestó que con toda su alma me acompañaría si no fuera anciano, pero me suplicó que enseñara el oficio aquí a Bartolo, pues estaba en edad de aprovechar mis lecciones. El mozuelo va aventajado, y estoy tratando de que profese como lego o, al menos, se torne donado de Santo Domingo, porque esto vendría como de perlas al Tribunal. Vuestra merced sabe que, según las reglas del Santo Oficio, cuando haya de darse tormento a un eclesiástico, deben de hacerlo personas que pertenezcan a la Iglesia. Y al paso que camina la herejía creo que tendremos varios sacerdotes luteranos que atormentar. ¿No parece a vuestra merced que reclutar legos, que sepan o aprendan el oficio, es previsión conveniente?

—Puede ser —contestó distraídamente el Familiar.

—Veo que me he dado a charlar —prosiguió Pedro— debiendo sólo mostrar a vuestra merced mis máquinas. Mire vuestra merced el potro ¡cuán bien colocado está en medio para que se pueda maniobrar por todos lados! Así en un santiamén se atarán los ocho cordeles a los cuatro remos, es decir, las piernas y los brazos. Y ve vuestra merced el embudo con su faldellín para hacer beber trago a trago las siete libras de agua. A los dos lados mire vuestra merced cuán simétricamente quedan las dos garruchas con cuerdas bien enebadas, para que todo se haga con limpieza y al menor signo de los señores. El juego de la cuerda para la estrapada está arreglado a siete palmos o una altura de hombre; es verdad que en España medimos ocho palmos, pero en esta tierra las estaturas son desmedradas y es necesario sujetarse a lo que da de sí el lugar. Por eso ve vuestra merced que no es soterraña la cámara de la cuestión (como debería ser): aquí a dos palmos se encuentra el agua.

Durante estas explicaciones se había dejado subyugar por el terror don Josef Alavez. Un pensamiento muy simple había surgido en su cerebro:

—¡Si viniera yo a caer aquí!... —Y la impresión fue tal que hubo de sentarse en una silla, tratando de disimular su angustia.

Mas no era fácil ocultarla a un hombre que había estudiado en el rostro humano la

serie de pasiones y dolores que median entre el temor simple hasta la postrer agonía. Confundi6, sin embargo, la causa y, suponiendo que fuese la compasi6n, quiso no aparecer 6l mismo como despiadado o poco religioso.

—Vuestra merced estar6 bien en esa silla —continu6—. Es la del m6dico que ha de calificar hasta d6nde puede sufrir la naturaleza sin que sobrevenga la muerte, y quisiera yo que mientras vuestra merced descansa, me resolviera una duda. En Espa1a, que es pa6s tan cat6lico, es uso y costumbre que la «cuesti6n» dure cinco cuartos de hora en cada vez, y all6 est6 bien que se siga la costumbre, pues que la hay, m6s bien que la bula del Santo Padre, que fija el t6rmino de una hora. Mas en esta tierra nueva ¿habremos de hacer mejor lo que mande el Se1or Paulo III o atenernos al uso de Espa1a que conquist6 la tierra?

—El presidente del Santo Tribunal —respondi6 Alavez levant6ndose— es quien debe resolver este punto. ¿Cu6l es el calabozo de Adriano Dolmos, al cual debo de hablar en secreto?

—Yo mismo conducir6 a vuestra merced, aunque mejor ser6 que espere a que vaya yo por el carcelero para que traiga la llave.

—Saldremos y afuera esperar6.

H6zose as6 y entretanto qued6 solo Alavez, aprovechaba la oportunidad que se hab6a procurado para tratar de adaptarse un aspecto cual conven6a a su plan. A pesar de esto entr6 bastante conmovido y Adriano lo fue igualmente sin poder interpretar la agitaci6n de Alavez, pues 6l mismo oscilaba entre suposiciones de todo punto contradictorias.

El preso recib6 al Familiar con los brazos cruzados y en lo dem6s con su cortes6a habitual. En la conversaci6n cuid6 Alavez de manifestar que, si su calidad de Familiar le hab6a facilitado la entrada, estaba all6 como un amigo en quien Adriano podr6a poner su confianza hasta donde creyese oportuno.

—¿De qu6 se os acusa? —prosigui6—. ¿Acaso alguna frase indiscreta escapada en la conversaci6n?

—No lo s6 a6n con evidencia. Sospecho que alguna denuncia se haya apoyado en mi amistad con el doctor Eucardio y una carta suya que reconoc6. Vos podr6is, acaso mejor que yo, conjeturar c6mo pudo llegar aquella carta al Santo Oficio. —Y al decir estas palabras dirigi6 a Alavez una mirada penetrante pero tranquila.

Alavez la recib6 con ingenua indiferencia, pues ten6a buena organizaci6n nerviosa, y respondi6 con bastante naturalidad.

—En efecto, a sangre fr6a puedo juzgar imparcialmente. ¿A qui6n estaba dirigida la carta?

—A un italiano: Fausto Socini, que, seg6n me parece, resid6a en Holanda o los Pa6ses Bajos.

—Siendo as6 no es f6cil conjeturar. La carta puede haberse perdido en la Veracruz, adonde se ha de haber enviado a alg6n mercader para que la remitiese a Sevilla. Otro tanto ha podido acaecer en esta ciudad, en Amberes o en Gante. O,

llegada a su destino, puede haber caído después en manos del Duque de Alba, que hace terriblemente la guerra en aquel país, o en poder de la Inquisición, establecida en algunas de sus ciudades o en cualquier otra parte de España. No sabiéndose allí la muerte del doctor Eucardio, se habrá remitido aquella prueba contra él a este Tribunal, y lo demás es obvio de presuponerse.

Eran de indisputable y aun de muy probable posibilidad tales conjeturas. Así fue que, distraído por ellas Adriano, no sólo dejó de ver con desconfianza a su interlocutor, sino que reveló en el aspecto su actual disposición que aquél espiaba astutamente.

Prosiguiendo la conversación logró Alavez que el preso se hundiese en un mar de suposiciones y, cuando creyó que la concerniente a él mismo había quedado en último término, se aventuró a indicarle la idea de hacer una liquidación testamentaria por la que la mayor parte de los bienes resultasen a favor de Elvira, lo cual los libertaría del secuestro y aun, en el último caso, de la confiscación.

—El éxito depende —añadió al fin con una sonrisa infantil— de la confianza que tengáis en vuestra prima, y como creo que se la concederéis ilimitada, no es necesario hablar de otro medio, que consistiría en que yo fuese el depositario confidencial de lo que por las cuentas resultara a mi favor.

—Seguramente traéis esas cuentas.

—No creí que hoy que solicité el permiso de veros me fuera inmediatamente otorgado, y por ello no me previne; además, era necesario obtener vuestro asentimiento para no trabajar estérilmente.

—No toco inconveniente si el resultado fuere a favor de mi prima.

—Trataremos brevemente del otro punto. ¿Podré seros útil en vuestro proyecto de defensa, que sin duda habréis formado?

—Ninguno he concebido, ignorando los términos de la acusación. Entretanto confío en Dios y en el tiempo.

—¿En el tiempo?

—Es la corriente que nos trae los sucesos arreglados por la Providencia.

La despedida fue menos seria que la salutación, y no pareció a Alavez de mal agüero para el desarrollo de su plan.

—¡La Providencia! —iba diciendo para sí—. Creo que mejor que su Providencia encamina los sucesos mi Fatalismo. Es necesario aniquilar los demás papeles del Doctor que, supuesta la disposición que he descubierto en Adriano, no servirán para transigir, aun cuando con ellos se le dieran las pruebas a fin de acreditar su inocencia.

Iba a salir del edificio, cuando recordó que debía dar su opinión al Tribunal sobre el estado en que encontró la cámara de la tortura, y con este objeto se dirigió a la sala de audiencia.

Capítulo XXVIII

EL DEDO DE DIOS

VOLVEREMOS ATRÁS unos cuantos días y cambiaremos la escena para ligar los sucesos de nuestra narración.

Recibida por Familiar de la Veracruz la comisión del Santo Oficio para proceder, en unión del Doctrinero de Zozocolco, a la exhumación del doctor Eucardio y al secuestro de sus bienes, arregló su viaje y, llegando a aquel pueblo, dispuso comenzar inmediatamente a cumplir su encargo.

Por casualidad se hallaba en la población el cacique Alonso, en quien pensó el Doctrinero para que sirviese como testigo de asistencia, por no haber muchas personas que supieran escribir.

Poco tiempo de la tarde quedaba para la exhumación; ordenó, sin embargo, el Familiar que se ejecutase para verificar al día siguiente el secuestro en el Tajín, y volverse de allí directamente a Veracruz. Entraron pues a la iglesia por la sacristía los dos comisionados, el sacristán y un peón con instrumentos para cavar y los dos testigos, que ignoraban todavía el objeto de su intervención y lo que iba a hacerse.

Reinaba en el edificio aquella mustia melancolía que se advierte en todas las iglesias de aldea cuando están solas a la hora del crepúsculo de la tarde. Las paredes devolvían mate y muerto el eco de los pasos, y muerto era también el desvirtuado perfume que exhalaban aún las flores marchitas con que se había engalanado el altar, y el mastranzo con que se había cubierto el pavimento el domingo anterior.

El olor de la cera que se perpetúa en los templos, combinado con el de la humedad del lugar, inspiraba ideas lúgubres, de las cuales apenas podía distraer la solemne luz del fin de la tarde que llama hacia arriba, a la parte únicamente iluminada a esa hora, la mirada del que entra en una de aquellas humildes iglesias. Más bien se dirige la atención con cierta simpatía, porque envuelve la idea de la vida, al canto uniforme de los saltaparedes, que entonan sus lánguidas escalas al recorrer brincando, las aristas de las ventanas superiores.

Había preguntado desde antes el Familiar al sacristán si conocía el lugar bajo el altar de San Miguel, donde estaba enterrado el señor del Tajín. Esta indicación le pareció bastante, habiendo olvidado el nombre y no teniendo ningún ejercicio en aquella especie de diligencias judiciales. Recibió una respuesta afirmativa, se dirigió entonces resueltamente adonde vio la imagen del Arcángel, y lacónicamente volvió a preguntar al sacristán cuando todos estuvieron al pie del altar:

—¿Aquí?

—Aquí es —contestó aquél y, habiéndole ordenado el Familiar que extrajese el cadáver, comenzó la excavación.

Alonso se había propuesto ver y callar mientras no conociese el objeto de aquella profanación extraña, y por tanto se mantenía a cierta distancia y en pie, algo conmovido, aunque parecía distraído con el triste chisporroteo de la lámpara.

Cuando la luz natural se había amortiguado considerablemente, el golpe de la azada indicó que tocaba un cajón. A poco se extrajo éste y, mandándole abrir el Familiar, hizo al mismo tiempo que se encendieran cirios para que se reconociera —dijo en voz alta— si aquel cadáver era el del doctor Eucardio.

—Éste —contestó el sacristán— es de don Teófilo Dolmos. Vuestra merced me preguntó por el sepulcro del dueño del Tajín, y por ello abrí éste.

Volviendo el Familiar la vista a San Miguel y, cierto de que no había equivocado la indicación, preguntó si entre los presentes se hallaban algunos que hubiesen conocido al Doctor. Alonso y el sacristán manifestaron que le habían tratado muy de cerca, y el último intentaba probablemente dar una explicación satisfactoria, mas el Doctrinero se lo impidió, por haber tomado la palabra para exponer al Familiar que él mismo ignoraba las noticias que serían necesarias, pues llevaba pocos meses de servir la doctrina.

—El rostro no debe de estar tan variado que no se conozca —dijo el Familiar y, haciendo acercar las luces, comenzó él mismo a quitar un lienzo que envolvía la cabeza.

Luego que fue descubierta, la luz de uno de los cirios se reflejó vivamente en un objeto metálico que asomaba en la concha de la oreja derecha y, habiéndolo notado Alonso, se acercó a examinar con intenso interés aquel objeto. El Familiar, que le había visto también, quiso tomarle pero no fue posible moverle sino tirando hacia fuera, y entonces se vio que era un fistol de acero clavado trabajosamente al través del cráneo. El Familiar volvió a ponerle como estaba.

Alonso dio en aquel momento un alarido como si a él le hincasen el fistol, mas conteniéndose luego y cruzando los brazos, se limitó a decir:

—¡Ya ahora entendí todo!

—¿Qué has entendido? —le preguntó el Familiar—. Habla libremente y con verdad, que yo represento aquí a la justicia.

—¡Bien! —contestó Alonso—. Iba a morir el amo del Tajín y un gran médico le volvió la vida. Cuando estaba aliviado un vecino le visitó; estaban solos y una criada oyó un quejido apagado. El vecino dijo después: «Don Teófilo es muerto.» Aquél le envolvió la cabeza y vistió y ayudó a poner en el cajón y él mismo clavó la tapa. Ahora él tiene la hacienda; tú entiendes tan bien como yo entendí.

—A nadie digáis lo que ha pasado ni lo que se ha hablado —dijo el Familiar—. Por ahora veamos la sepultura del doctor Eucardio. —Y mientras el sacristán se dirigió con su azada al otro lado de la iglesia, volvió el Familiar a leer la comisión que el Santo Oficio le remitió. Concluido esto preguntó si otra vez había sido exhumado el Doctor y con la contestación y a pocas palabras más, supo que San Miguel fue quien había cambiado de lugar en el período que siguió a la inhumación

de don Teófilo Dolmos.

—Por Dios que esto es casi milagroso —dijo al Padre Doctrinero.

—De seguro —respondió éste— es suceso providencial.

Entretando se comenzó la nueva excavación, y media hora después estaba destapada la caja del doctor Eucardio. Su vista conmovió a Alonso mucho más que la de Dolmos y, sollozando, se arrojó a besarle la mano descarnada y fría.

—¿Qué has tenido tú que ver con el Doctor? —le preguntó el Familiar con extrañeza aunque no ásperamente.

—Me trataba como hombre —respondió el cacique—. Me enseñó a leer y escribir y yo le amé.

—¿Estás cierto de que este es su cadáver?

—Cierto como de que yo he de morir.

Habiendo vuelto a acomodar las tapas se retiraron de la iglesia las seis personas que hemos designado, y como ya la noche dominaba enteramente, no se oyó más ruido en el templo que el producido en el aire por las cortantes alas de los murciélagos o el torpe vuelo de los escarabajos nocturnos.

Al día siguiente extendió el Familiar una difusa información de lo acaecido, notas sobre las fechas en que Dolmos y el doctor Eucardio habían sido sepultados y el mes en que se verificó la traslación de San Miguel. No sólo se hizo constar la identidad de los cadáveres, sino que con toda claridad se escribieron las declaraciones que hacían suponer a Alavez reo de un grande crimen.

—El hombre pone y Dios dispone —decía el Familiar al Doctrinero—. Yo pensaba volverme a mi casa después de despachar el fardo del hereje muerto al Santo Oficio, que sin duda llegará sin avería, como los cargamentos más valiosos que remito de Veracruz, pero el descubrimiento que hemos hecho me obliga a ir personalmente porque creo que el caso es grave.

El Doctrinero asintió a esta proposición, y ambos se dirigieron al Tajín para hacer el reconocimiento y secuestro de los bienes que hubieran pertenecido al doctor Eucardio.

Poca presa podía encontrarse para el Tribunal de la Inquisición en las piezas cerradas y húmedas entonces, en las cuales había habitado el Doctor. En un estante, cubierto en parte por musgos microscópicos y de entre los inmundos nidos de grillos y cucarachas, extrajeron las obras en griego de Teofastro y de Dioscórides, las del célebre romano Plinio, algunos opúsculos de Miguel Servet y varios cuadernos de un *Jus Gentium Romanorum* que Eucardio había comenzado a escribir.

Encontraron también diversos herbarios, rotulados para el doctor Leonardo Fuchs, los unos, y los otros, para Dodoens, inservibles todos por los estragos causados por los insectos. Aun el violín de Amati fue desdeñado, porque unas arañas gigantescas habían anidado en aquella fuente de melodía. Esto, trece pesos de tepuzque y las pobres ropas del Doctor fue lo que apareció como sus bienes sobre la tierra.

Al día siguiente emprendió su camino a México el Familiar con su lúgubre

convoy, y para entretenerse se puso a calcular la utilidad que habría obtenido, si el peso de los bultos que conducía hubiera sido de encajes de Bruselas o, al menos, de sedería de Murcia o de Granada.

—También es en cierto modo un beneficio —se dijo al fin— el descubrimiento de un crimen grave, lo que conducirá al castigo de un gran delincuente. Nunca se había visto en nuestra costa desmán semejante a éste, y ¡qué sé yo si porque la tierra está contaminada con él, nos han salido tan chabacanos y averiados los negros que nos vendió en Veracruz don Juan Aquines!

Capítulo XXIX

EL LOBO EN LA TRAMPA

DON JOSEF ALAVEZ se presentó al Tribunal después que obtuvo permiso habiéndose hecho anunciar por medio del portero. Avanzó hasta muy de cerca de la mesa, mas apenas había comenzado a hablar cuando el doctor Moya de Contreras le interrumpió adelantando la mano tendida y diciéndole al mismo tiempo:

—Por ahora trataremos de otro negocio —y con una ligera inclinación de cabeza indicó al notario que él debía continuar.

—El señor letrado —dijo éste melifluamente— me hará la merced de mostrarme su estuche de bolsa.

Casi adivinaba Alavez que se le trataba como a un reo, pero veía también el peligro de indicar él mismo que lo hubiese sospechado, y así, en su incertidumbre e irresolución, no obsequió la indicación que se le había hecho.

—Si Vuestra merced no trajere consigo el estuche sería tal vez necesario mandar a buscarlo en su casa.

Entonces Alavez sacó rápidamente y presentó el estuche, diciendo al notario:

—Holgárame de saber con qué objeto se me pide, y por qué se hace de este modo.

—Han llegado —contestó el presidente— los recados de Zozocolco —y al mismo tiempo le designó con la mano un cajón puesto sobre una mesa a un lado de la sala y que Alavez no había notado al entrar, aunque en aquel momento estaba cerca de él. Su turbación crecía rápidamente pero, venciendo con un supremo esfuerzo, creyó ocultarla con acercarse hasta tocar el cajón diciendo:

—No percibo qué relación tenga el estuche con el doctor Eucardio que está aquí. —Venciéndole la agitación se apoyó ligeramente en el cajón mismo.

—Ahí está —contestó el notario— don Teófilo Dolmos.

A estas palabras saltó estremeciéndose y como si hubiera recibido la descarga de un aparato eléctrico de Leiden. Quedó anonadado y tal vez habría caído si no se hubiera avanzado a sostenerle una persona que se hallaba cerca. A poco la sangre volvió a seguir su curso, y Alavez exhaló un suspiro involuntario: veía que su «fatalismo», como pensaba él unos pocos minutos antes, había encaminado los sucesos.

El doctor Moya de Contreras dijo entonces a la persona que había sostenido a Alavez y que era el médico empleado de la Inquisición, que procediese al reconocimiento. Al efecto dos esbirros quitaron prontamente la tapa de la caja. Descubierta el rostro de Dolmos el notario invitó a Alavez para examinarle a fin de que manifestara si era realmente aquella persona. El asesino, sin dirigir la vista al cajón, observó con cuanta delicadeza le fue posible que, dependiendo de la Audiencia

Real, estaba dispuesto a contestar ante ella.

—Se ha comenzado aquí poco ha una causa —dijo el doctor Moya de Contreras— en la cual ningún participio ha podido tener la Real Audiencia, cuya jurisdicción respeto. ¿Por qué no consideráis estos trámites como consecuencia y ampliación de otra declaración vuestra anterior?

A esta última frase, Alavez, que se había sentido en la sima de un abismo, percibió una vislumbre de esperanza y respiró como quien, habiéndose hundido en el océano, consigue salir a inhalar un momento el aire. Su turbación le impedía juzgar de su posición con despejo y, creyendo que un instante de energía podría salvarle, se resolvió a mirar audazmente y aparentando sangre fría, los restos de su víctima.

Ya había pasado la primera impresión, sus arterias estaban dilatadas y bastaban para la precipitada corriente de la sangre; juzgó, pues, que, sin peligro de que le sobreviniera un anonadamiento mental, podría ver frente a frente la obra de su crimen.

El notario escribía entretanto la diligencia del reconocimiento; así fue que cuando Alavez, tratando de dar a su aspecto toda la compostura de la serenidad, manifestó que creía mirar los despojos de su antiguo amigo, la narración del acto estuvo terminada casi al mismo tiempo y pudo luego firmarla, aunque dejó escapar una ligera vacilación.

El médico quitaba a la sazón la gran venda que envolvía el rededor de la cabeza. Todos los espectadores a una indicación del Familiar de Veracruz, y con la sola excepción de Alavez, vieron asomar en la oreja el botón del fistol, y el médico le extrajo con todo cuidado, notando la dirección en que salía y que era naturalmente la misma con que había entrado.

—¿Éste es el punzón que falta en vuestro estuche? —preguntó el doctor Moya de Contreras sentándose en su sillón.

—Me parece que es el mismo. Le perdí acaso en mi hacienda de la costa, y no se cuál uso haya podido hacer la persona que le encontró, o cualquier otra a cuyo poder hubiere pasado.

—Pronto vendrán unos maestros herreros y en virtud de sus conocimientos dirán sin duda su sentir más explícitamente que vos lo habéis hecho. ¿Pusisteis vos esa toca al finado, vos le colocasteis en esa caja personalmente después que falleció, y vos mismo clavasteis su cajón?

Hasta ese momento Alavez había fluctuado entre un indecible terror y una trémula esperanza, como el náufrago que permanece asido a la pendiente rama de algún árbol; mas del modo que, cuando ésta se rompe y las olas arrastran a aquel infeliz, ve angustiadamente la certidumbre de su fin, Alavez así no pudo ya dudar de que las garras de la Inquisición estaban sobre él.

Convencido de la enormidad de su mal, ya no intentó, ni pudiera, hacer algún esfuerzo para disimular su terror, y apenas pudo murmurar con labios balbucientes la muy precaria defensa que su profesión le sugería:

—La Real Audiencia, cuyo empleado soy, debe de conocer en cualquier causa que me concierna.

—Olvidáis —le dijo el doctor Moya de Contreras— que siendo familiar del Santo Oficio, tenemos sobre vos jurisdicción especial y que, además, vuestra causa debe acumularse a otra de la cual tenéis noticia.

—Es muy distinta, muy diversa; en mi caso nada hay que ataña a la fe.

—Veremos —contestó lacónicamente el inquisidor, dirigiendo una mirada tan profundamente escrutadora sobre Alavez que, fascinado éste, no acertó a decir otra palabra. Así, cuando a cierta señal del doctor Moya de Contreras, uno de los esbirros lanzó al reo la terrible frase:

—Daos preso a la Santa Inquisición —aquel le siguió pudiendo apenas moverse. Sin embargo, no viendo ya en el corredor el aparato del Tribunal, cuando respiró un aire más libre, pudo concentrar su atención para probar aún a hacer alguna gestión en su favor.

—Llevadme un momento a mi casa en clase de preso —se aventuró a decir a su guarda—. No dista mucho la calle de Reloj y dentro de un cuarto de hora estaremos de vuelta.

—Si os hubiera aprehendido en la calle sería posible lo que deseáis, pero aquí no debéis pensar en ello.

Creyendo Alavez que con aquellas palabras se le indicaban al mismo tiempo la posibilidad de acceder a su designio y la necesidad de una remuneración proporcional al servicio, enseñó diez o doce doblones a su custodio, ofreciéndole otro tanto cuando estuviesen en su casa y reiterándole la seguridad de la pronta vuelta.

—Mientras estabais en los calabozos y por si hubierais querido salir sin volver al Tribunal, recibió orden el portero para impedir la salida. Veis, pues, que dije la verdad al suponerla imposible.

En esto llegaron al mismo corredor interior donde Alavez había estado poco tiempo antes. Vio la incontrastable necesidad de aprovechar los últimos momentos, y ofreció todas sus monedas por llevar un billete a su camarista. No consiguiendo esto, propuso el mismo galardón por un recado verbal, lo que fue igualmente rehusado. Enfurecido entonces prorrumpió en exclamaciones blasfemas e infructuosas, y en tal estado fue impelido y encerrado en el calabozo.

Agobiado por la rápida sucesión de tan violentas pasiones, y convencido de que por lo pronto nada podía hacer para salir del abismo en que se hallaba hundido, quiso al menos dar a sus nervios el reposo que exigían. Al intentar acostarse, le repelió luego la dureza de la tarima, y notó que allí tendría que verse atormentado por otra especie de desventura en que no había pensado jamás: la rudeza e incesante molestia de una prisión.

Sentóse en la tarima sobre su ferreruelo doblado, y su imaginación se intrincó en un laberinto sin salida.

*

Entretanto había continuado la conversación entre las personas del Tribunal, y, por otra parte, el notario escribía la opinión del médico sobre la muerte de Dolmos y el juicio del herrero acerca de la identidad del metal y manufactura del fístol y las otras piezas del estuche.

—Muy certeramente —decía Bonilla al presidente— había adivinado Vuestra Señoría al tigre bajo la piel de zorra.

—Y aun acaso descubramos todavía alguna cosa más... ¿Qué os parece de la incompetencia alegada por Alavez? Con su prisión hemos prevenido en el conocimiento, y a estar en España no vacilaría yo un instante en el camino que debiéramos tomar. Mas siendo tan reciente aquí la institución del Santo Oficio, al mismo tiempo que la Audiencia goza facultades tan extensas, creo que nos será necesario reconocer nuestra ruta antes de lanzarnos a ella.

—¿Aprobaría Vuestra Señoría —observó el fiscal— que se aseguren bajo el sello del Tribunal los objetos que Alavez tenga en su casa y todo ello en depósito, mientras se participa a la Audiencia la prisión del reo indicándose su delito? Si aquel cuerpo no entabla competencia nuestro camino estará expedito, y se procederá luego al registro y examen de la casa y al secuestro de los bienes. Si no fuere así, veremos las razones que la Audiencia alegue, y Vuestra Señoría decidirá entonces con todo conocimiento de causa.

—Bien pensado. Que inmediatamente se proceda a los sellos y depósito, y que la esquila de aviso a la Real Audiencia parezca obra de cortesía por ser el reo empleado suyo, y de ningún modo contenga la menor duda acerca de nuestra jurisdicción.

En breve tiempo quedó cumplida la orden del doctor don Pedro Moya de Contreras. Amr y Ayub, cuya calidad servil ignoraban los empleados del Tribunal, aprovecharon la oportunidad de huir dirigiéndose al país de los chichimecas.

Capítulo XXX

LA REAL AUDIENCIA

DEBEMOS INDICAR los hechos que tuvieron lugar en la sala de Audiencia de la Inquisición, mientras Alavez visitaba la cámara de la tortura y a Adriano en el calabozo. Aquellos hechos produjeron la repentina mutación que se notaría entre la manera con que fue recibido el morisco en su primera entrada y en la que verificó la segunda vez.

Cuando dejaba la sala aquel personaje encontró en la puerta a un individuo a quien no conocía y que por tanto no le sugirió ninguna reflexión. Era el Familiar de Veracruz que, después de una breve noticia verbal de su descubrimiento, entregó la información que leyó en voz alta el notario. Los inquisidores, que tenían además el dato suministrado por la falta del fistol en el estuche de bolsa de Alavez, comprendieron a primera vista la naturaleza del crimen que aquel había cometido y la evidencia de las pruebas, y el presidente dictó las órdenes cuya ejecución se ha visto.

Adriano había oído en su calabozo solitario la voz turbada de Alavez y, después, sus imprecaciones cuando era arrastrado a su prisión. Dudaba en algunos momentos, mas como acababa de tener una conversación con el asesino, y vibraba aún en sus oídos el tono de la voz, se confirmaba luego en la idea de que el relator era quien iba a habitar un calabozo igual al suyo. Las primeras sospechas de que aquel hombre era la causa de su desdicha, renacieron con fuerza incontrastable y, supuesto que el denunciante resultaba preso, esperaba Dolmos fundadamente que tal circunstancia mejorase su propia condición.

—¿Se habrá hecho traición a sí mismo —conjeturaba Adriano— variando en sus declaraciones, o el Tribunal, que emplea tantos medios secretos de indagación, habrá averiguado la falsedad y malicia de la denuncia? Un resultado veo con claridad: la prisión de este hombre mejora mi posición, y acaso podrá Elvira dejar de sufrir, porque por mí ha de haber padecido gran angustia indudablemente. Gozaré la delicia de abrazarla. ¡Oh! sí, después de mi desgracia me permitirá mil abrazos, y quedaré indemnizado de todos mis sufrimientos.

Adriano se sentía alegre al fin de su monólogo, y, sin embargo, apenas había comenzado su prisión.

Alavez, al contrario, presentaba en la suya el aspecto de temor y al mismo tiempo de ferocidad que puede verse en un tigre cuando acaba de encerrarse en una jaula. Sentía sobre su cabeza el horror de un asesinato, sus conocimientos forenses le hacían palpar las pruebas reunidas o fáciles de reunir, para darle por convicto, y a pesar de esto estimaba más peligroso el registro que (pensaba él) podría estarse ejecutando en aquellos momentos en su casa.

—Si mis esclavos supiesen —decía para sí— que les daría yo todo lo que en mi casa existe, con tal que redujesen a ceniza lo que se halla en mi retrete ¡cuán contentos cumplirían mi voluntad! Una hora que yo pasase allí me salvaría acaso, y no puedo atravesar el umbral de esta puerta... ¿Quién puede saber el tiempo que permaneceré casi aherrojado en esta infecta cárcel, y lo que luego siga, y entretanto vilipendiado y afrentado hasta por los esbirros?... ¡Me han tratado de vos, a mí, descendiente de uno de los conquistadores y legisladores de más renombre, de un linaje cuya antigüedad envidirían cualquiera de los monarcas de Europa! Y en vez de vengarme, no puedo ni aun cavilar un proyecto para escapar de aquí. ¡*Bismillah!*...

La noche sucedió al día, llevando entre sus sombras y en su silencio los fantasmas, hijos del delito, y el terror, sello de la reprobación con que la Providencia marca el alma del delincuente. ¡Cuánto se arrepintió entonces Alavez de haber contemplado tan detenidamente, y en vano al fin, el rostro desfigurado de Teófilo Dolmos! Un agudo gemido que en un calabozo inmediato exhalaba una judía joven, le recordó al vivo la agonía momentánea de su víctima y los cabellos se erizaron en sus sienes.

—Son los pensamientos del primer día de prisión —se dijo pasados algunos momentos y acogiendo tenazmente a esta idea—. Pronto me acostumbraré al calabozo y mis impresiones serán más y más débiles... Pero también el entendimiento decaerá, y menguarán todas mis potencias, y en la imbecilidad será donde encuentre la quietud... ¡Quietud! ¿Cómo podré tenerla mientras en la cámara de la cuestión me esperan para lacerarme el dolor y la desesperación?

Y presentándose con este recuerdo a su fantasía las imágenes, frescas aún, del potro y la estrapada, del verdugo y su satélite, sentía en su cabeza el fuego del tifo al mismo tiempo que en los pies y en las manos el hielo de la muerte.

—¡Ojalá —pensaba en aquel instante— una fiebre me devore y no tengan los enemigos de mi raza el placer de sacrificar a un hijo del Profeta!

A la hora del alba del día siguiente cayó por fin en aquel estado de somnolencia turbada por sacudimientos galvánicos, que suple imperfectamente la necesidad del sueño en la naturaleza humana, cuando la destrozan el cierzo de la desventura o las garras del remordimiento.

*

El Presidente y los Oidores de la Real Audiencia tuvieron una sesión acalorada cuando recibieron la simple esquila de la Inquisición. Un Oidor, que rezaba incesantemente para llenar el inmenso tiempo desocupado que su destino le dejaba, y el fiscal, que tenía cierta enemistad con Alavez, opinaron que no se entorpeciese al Santo Oficio su procedimiento. Las demás personas de la Audiencia fueron de contrario sentir, y haciendo a cada período una protesta de su respeto al Santo Tribunal y a sus merecidas inmunidades, hablaban de las igualmente sagradas que

competían a la Audiencia, por representar al rey en estas regiones, y del deber anexo a su cargo para conservar incólumes sus facultades y preeminencias.

Uno de los Oidores, deseoso como él decía, de que se conservase la paz entre las altas potestades, propuso un «temperamento», con el que no podían menos, según su sentir, de conformarse tan ilustres corporaciones.

—El Presidente del Santo Tribunal —prosiguió— nos es, pues, claro que por el asesinato debe ser sentenciado a perder la vida. El empeño del Santo Oficio para conocer participa que se tienen todas las pruebas contra Alavez; en su negocio, dependerá de que sospeche que nosotros nos mostraríamos indulgentes con el culpable. Aseguremos al Tribunal de la Fe, por medio de una concordia secreta, de que dentro de treinta días haremos cortar la cabeza a Alavez. Con esta seguridad nos abandonará el conocimiento de la causa y todos quedarán contentos con el resultado.

—Supongo —le dijo en aparte el oidor Vasco de Puga— que no reputando ya por persona a Alavez, no le habéis incluido en vuestro vocablo «todos».

Otro de los Oidores sostuvo la necesidad de decidir netamente aquella competencia, e indicó la oportunidad para hacerlo entonces que la Inquisición no adquiriría aún gran poder en el reino, a fin de contar en adelante con un precedente favorable a los intereses y facultades de la Audiencia.

—Mucho me place ese dictamen —dijo el virrey don Martín Enríquez, que presidía el Real Acuerdo— mas temo que intrincada la disputa, y dándose cuenta a la Corte, porque habrá que darla a causa de que la Inquisición no obedecerá llanamente a nuestro acuerdo, temo, os digo, el empeño que ha de hacer el Inquisidor general con Su Majestad el señor don Felipe (que Dios guarde). Vuestras mercedes tengan por cierto que yo sostendré sus determinaciones, pero no querría que al fin quedáramos corridos, o se ponga en peligro la paz del reino por la zambra que armen los bonetes. Más guerra me ha dado una cogulla que los diez navíos del pirata Hawkins. Vuestras mercedes vieron que por haber yo desterrado al comisario de San Francisco, alzó a sus frailes y se marcharon cantando salmos sin que fuera posible atajados hasta Cholula. De los piratas se acertaron a prender unos doscientos, que ahora cortan piedra en el peñón de Santa Marta para este real palacio, Pero de una reyerta con la Inquisición no percibo cuáles ventajas podamos sacar, y sí cuanto nos aventuramos a perder. Querría, pues, que se tentase la concordia indicada y, si ésta no se consigue, dar cuenta a la Corte para que decida, sin que nos comprometamos a pasos sobre los cuales sea necesario volver.

Siendo tan prudente el dictamen del virrey, se aprobó por todos los Oidores, y dos de ellos fueron nombrados para tratar verbalmente con la Inquisición.

Fue inútil la entrevista. Don Pedro Moya de Contreras quería también sostener un principio, y, en todo caso, deseaba mejor la decisión real, para la que tenía varias probabilidades, que no perder toda esperanza de extender su jurisdicción porque él mismo la renunciara

La Audiencia entonces libró a la Inquisición su carta formal sobre la competencia,

pidiéndole que suspendiese todo procedimiento mientras el Rey, a quien se daba cuenta, que se esperaba daría por su parte el Santo Oficio, decidía cuál fuere debiera preferirse.

—Sea así —dijo el doctor Moya de Contreras— la vanidad de la Audiencia va a retardar el castigo de un gran criminal.

La misma frase podía haber salido de la boca de un Oidor, con el simple cambio de un nombre.

—¿Se suspenderá también —preguntó el fiscal— la causa de Adriano Dolmos? La indagación sumaria está concluida y puede pasarse al plenario.

—Veo tan ligado ese proceso con el de Alavez —respondió el doctor Moya de Contreras— que acaso la suspensión sea lo más conveniente. Descubierta el carácter del denunciante, ha rebajado mucho la fuerza de los indidos que ya no son, en mi concepto, capaces de autorizar la tortura. Esperemos, y para que ese joven sufra menos por una dilación que otro ha causado, se dará orden a fin de que durante el día tenga la salida libre al corredor y patio interiores, sin permitírsele por esto hablar con los presos de los calabozos ni pasar la noche sin cerrojo.

Por el primer buque (el cual no zarpó de Veracruz sino dos meses después de los sucesos que acaban de referirse) se despacharon las comunicaciones a España, donde continuamente era necesario resolver diferencias de mucha menor importancia que la concerniente a Alavez.

El fiscal de la Inquisición entretanto sentía que se le escapara una buena causa de herejía contra Dolmos, y en su mal humor pidió la pena de cuatrocientos azotes para los usureros que cayeron en ese tiempo y a los cuales antes había pensado que se aplicaran sólo doscientos. También se mostró severo contra las gitanas, madre e hija, que don Saturnino de Luna denunció como dadas a malas artes y a prácticas supersticiosas y, además, sospechosas de judaísmo. Mas algunos días después el celo de Bonilla encontró objetos más dignos.

Uno de los piratas que trabajaban en el Peñón se enfermó gravemente, e instado para que se confesara, lo rehusó con tesón, alegando que la confesión se había abolido en Inglaterra. Llegada tal noticia a la Inquisición, se propuso le ardua empresa de indagar cuál era la religión al menos de los principales entre aquellos bergantes, lo que ellos mismos ignoraban, aunque por el honor del pabellón dijeron que profesaban las creencias de su país. El fiscal se dio maña para probar que eran heterodoxos, lo cual les sorprendió tanto como al Monsieur Jordan de Molière el hablar prosa sin saberlo.

Mas no era esto todo: debía el fiscal precisar la herejía de que estaban contaminados. Las sutilezas escolásticas de aquella época eran tan desconocidas de los piratas como el catecismo hindú y las encarnaciones de Brama. Dijeron, pues, tan enormes desatinos que, desorientado Bonilla, no acertaba en su clasificación, y al fin fueron condenados como maniqueos y arrianos, cuando sólo debía aplicarse el verso de Racine:

Ma foi, juge et plaideurs, il faudrait tout lier.
(A fe mía, juez y partes son dementes de atar)

Les Plaideurs.

Capítulo XXXI

EL DESCENDIENTE DE MAHOMA

AUNQUE LOS DESPACHOS dirigidos al Consejo Real por la Audiencia y a la Suprema por la Inquisición, salieron de Veracruz en mayo de 1572 y llegaron a sus destinos en agosto de aquel mismo año, la resolución del Rey no se tuvo en México hasta diciembre del año siguiente.

Para que los acuerdos del Consejo tuviesen las probabilidades o, al menos, la presunción, de ser bien pensados, se retardaba generalmente su redacción y se oían diversos dictámenes antes de decidir. Si la determinación debiera rozar los fueros y privilegios de alguna corporación, era más largo el intervalo que transcurría, pues, además de los trámites usuales, se trataba de arreglar por un convenio o concordia (según se llamaba entonces) la diferencia sobrevenida.

Las muy diversas y multiplicadas que habían surgido e incesantemente surgían entre las autoridades civiles y la Inquisición, no fueron definitivamente decididas sino por la concordia celebrada después de 1600. Mas para el caso ventilado en México, se acordó provisionalmente que el proceso de Alavez se organizase por el Inquisidor acompañado de un Oidor nombrado por la Audiencia y que, concluida la causa, se remitiese con sus incidentes y los reos, a fin de que el Consejo Supremo de la Inquisición de España o la Suprema, como se decía para abreviar, diese la sentencia definitiva.

Pasó todavía una semana en que la Audiencia nombrara al oidor acompañante, para lo que tuvo cuidado de elegir al menos antiguo, a fin de que resaltase menos ostensiblemente sobre la corporación cualquier condescendencia que se hiciese precisa con el doctor Moya de Contreras, recién electo Arzobispo de México, bien que aún no recibía la posesión.

Discutióse además si en el Tribunal debería estar el inquisidor a la derecha o a la izquierda, si los asientos habrían de tener igual o desigual altura, y se convino al fin en que, por la calidad arzobispal, ocupara el lugar correspondiente al medio de la mesa el doctor Moya de Contreras, sentándose en silla igual el oidor a su derecha.

Impuesto el último de la información sumaria que se había escrito en 1572, y por añadidura de la concierne a Adriano, se decretó luego el registro de la casa de Alavez, a lo que procedió sin dilación el alguacil del Santo Oficio.

Los sellos estaban intactos, y, abiertas que fueron las puertas, se comenzó a ejecutar el inventario, separados los objetos que el notario calificaba de oportunos para presentarlos al Tribunal. Tales fueron una carta del doctor Eucario a Fausto Socini, cuya letra y dirección se reconocieron idénticas a las de otra carta de que hemos hecho mención, y que acababa de ver el notario en el proceso.

Se encontró también un paquete de diversos papeles escritos con caracteres orientales y un libro de igual escritura. En una primorosa caja de ataujía estaba una gran banda verde y un largo pergamino escrito también con alfabeto oriental. El hallazgo de tan sorprendentes documentos causó al notario un placer semejante al que hoy recibiera un anticuario si hiciese igual descubrimiento. Inmediatamente hizo llevar al alguacil aquellos diversos objetos a la Inquisición, y los jueces que se encontraban allí todavía, no quedaron menos sorprendidos.

—En verdad que había yo acertado —dijo el doctor Moya de Contreras al ver la banda verde de la lana más fina de cachemira.

—Este libro —exclamó el notario hojeando el que se había presentado— debe ser de magia.

—Veámosle —añadió el doctor Moya de Contreras, indicando con la mano extendida que se lo diera el notario, lo que éste ejecutó inmediatamente.

—*Bismilahi' rahamani' rahim* —leyó el arzobispo habiendo visto, no la primera hoja como había hecho el notario, sino la última, y continuó traduciendo—: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Llor a Dios Señor del universo; soberano el día de la retribución. A ti es a quien adoramos; de Ti es de quien imploramos auxilio.»

—¡Ah! son los *Salmos* de David en hebreo —dijo el oidor.

—Es el *Korán* de Mahoma —le contestó el inquisidor sencillamente.

—Yo no soy tan fuerte en el árabe —decía el nuevo inquisidor Fernández de Bonilla, dando al Arzobispo la gran tira de pergamino que estaba con la banda verde — pero creo que esta es una genealogía comenzada en el abuelo del impostor de la Meca.

Mientras el doctor Moya de Contreras examinaba el pergamino, Bonilla decía al oidor:

—No forme escrúpulo vuestra merced de ver que su señoría ilustrísima y yo conocemos el árabe. Acaso sabe vuestra merced que ambos hemos nacido en Córdoba, el antiguo asiento de los Califas de Occidente; donde la morisma, lo mismo que en el reino de Granada, había conservado su lengua, su traje y su religión publicamente hasta el edicto que hizo promulgar su Real Majestad el señor don Carlos V, y que no bastó, por cierto, habiendo tenido que repetirle el señor don Felipe II, que Dios guarde.

—Acabara vuestra merced —le contestó el oidor, que vio una oportunidad para disculpar su equivocación sobre los *Salmos* de David—. ¿Qué podría conocer del *Alcorán* yo que soy de las montañas donde no penetraron moros?

—Salvo para recibir el tributo de las cien doncellas que pagaban los reyes de Oviedo, don Aurelio y Mauregato —respondió Bonilla, creyendo herido el honor provincial.

—Es curiosa la nota marginal que veo aquí relativa a Abdalah y Amina, padres de Mahoma —dijo el Arzobispo para cortar aquel diálogo peligroso—. Refiérese que era

Abdalah gallardo a tal extremo, que la noche de sus nupcias doscientas vírgenes de su tribu murieron de celos y desesperación. Por lo demás, está en regla esta genealogía de mil años. En verdad que muchas casas grandes de Europa querían tener las suyas con igual antigüedad y testimonio. En los Alaveces se ven reunidas las dinastías de los Abasidas y de los Fatimitas. ¿Paréceos oportuno —añadió dirigiéndose al oidor— que se haga traer a Alavez para recibir su declaración, o se reservará para mañana, habiéndonos hoy ocupado tan extensamente de sus negocios?

—Mañana daremos caza al chacal, ya que Vuestra Señoría Ilustrísima lo deja a mi elección. Ahora sólo leeremos esos demás papeles.

Al día siguiente fue conducido Alavez, después de veintidós meses de prisión, a la presencia de sus jueces. Informado por el Oidor de que ambas jurisdicciones iban a proceder unidas, en virtud de la decisión real, vio que era llegado el momento del combate.

—¿Conocéis los objetos que se hallan en la mesa a vuestra izquierda? —le preguntó el inquisidor.

—Los reconozco y son míos —respondió Alavez después de mirar reposadamente el *Korán*, la genealogía y la banda verde.

—Confesáis, pues, que sois de los descendientes de Mahoma, que ellos solos tienen derecho a usar el caftán verde.

—Así es verdad, y me honro por ello.

—¿Y os creéis honrado con profesar la religión de ese libro?

—Ciertamente. Ese libro volvió a revelar la unidad de Dios, que los Nazarenos habían adulterado, y a establecer la íntima relación de Dios al hombre sin el intermedio de los sacerdotes.

Puede suponerse el extremo a que llegó la ira de los jueces con estas respuestas audaces. El notario escribía con mano trémula y enjugaba con la otra a menudo su frente.

—Las máximas de esa religión —volvió a preguntarle el inquisidor— ¿son las que os sugirieron el asesinato de Dolmos?

Esta interrogación aterró a Alavez. Se sintió arrancar del pedestal de mártir del islamismo, como él se estaba suponiendo; de entre los herederos del Profeta y de los califas, para hundirse en el cieno de los facinerosos vulgares. Tuvo algún trabajo para conservarse inmóvil en su asiento sin respaldo y sin embargo resolvió continuar en su osadía. Recordó, además, que como había reflexionado mil veces, sólo una confesión llana podría redimirle de la tortura.

—¿Por qué disteis la muerte a vuestro amigo? —preguntó el Oidor, notando que el reo tardaba en responder a la anterior pregunta y que, para juzgar de aquel delito, tenía facultad igual a la del inquisidor.

—Deseaba yo adquirir los terrenos que le pertenecían; no podía conquistarlos, e hice en pequeño lo que hacen los conquistadores, empleando medios muy poco diversos.

—¿Cómo os atrevéis a comparar una guerra leal con un asesinato alevoso? ¿Así os discuparéis de haber calumniado a Adriano Dolmos? ¿Persistís en vuestra denuncia?

—Más bien le creo inocente. El Tribunal tendrá la sabiduría necesaria para discernir.

—Y las pruebas también. ¿Por qué os reservasteis la segunda carta de Eucardio habiendo sólo presentado la primera?

—Para libertar a Adriano después que yo hubiese llegado a mi fin.

—Sí, la adquisición de terrenos para llevar al cabo el proyecto sugerido a vuestro padre por Zegrí. ¿Conocéis esta carta? —y el inquisidor hizo que el notario la presentase a Alavez.

—La conozco y es tan genuina como la del doctor Eucardio.

—¿Quiénes han sido vuestros cómplices en el proyecto de rebelión? ¿Hasta cuál término le habéis llevado?

—Si hubiera yo comenzado a ejecutarle, me habría guardado bien de caer en la Inquisición; si hubiera tenido cómplices, habrían robado, incendiado mi casa luego que notaran mi prisión, y ninguna prueba contra mí estaría ante el Tribunal.

No parece que sea necesario continuar el extracto del interrogatorio. Baste decir que con él hubo bastante para llenar las declaraciones de Alavez en la causa de Adriano, en la del asesinato de su padre y en la forma al «sectario del falso profeta de Mahoma».

Hemos hecho mención de una segunda carta del doctor Eucardio, e indicado el efecto que su lectura produjo en el doctor Moya de Contreras. He aquí una parte de ella:

Esta segunda carta, caro Fausto, es simplemente continuación de la primera, y recibirás ambas al mismo tiempo; pero mi sentir me obliga a tal reserva, que quise cerrar y sellar lo que llevaba escrito para que nadie caiga en el deseo de leerlo, mientras escribo lo restante.

Si turbara yo la quietud de espíritu de mis huéspedes, si tuviera la desgracia de sugerir la duda en el alma tranquila de mi discípulo Adriano, me consideraría yo tan culpable como el que roba la virtud a una virgen tierna.

No, en verdad, jamás contribuiré a sustituir la desilusión, la ansiedad, los escrúpulos de la duda y el vacío del alma en vez de los consuelos religiosos por los cuales anhela el hombre, sobre todo cuando está cerca del sepulcro o en el abismo de la miseria. Recuerda que aún Lucrecio reconocía esa necesidad:

*In rebus acerbis.
Arectius accedunt ánimos ad religionem.*

En las circunstancias aciagas se adhieren los hombres más estrechamente a la religión.

No es necesario proseguir la inserción de la carta. Baste decir que las palabras del segundo párrafo antes deshicieron de todo punto la conjetura que la primera carta y la amistad de Dolmos con su autor, debieron producir en los inquisidores, y que había querido explotar Alavez.

Las causas de éste se siguieron con actividad. Su confesión llana dispensaba de otras pruebas respecto del asesinato de Teófilo Dolmos y de la calumnia asestada

contra su hijo. Mas tanto la Inquisición como la Audiencia tenían sumo empeño en indagar hasta dónde hubiera avanzado el morisco en el proyecto de rebelión y, por lo mismo, su declaración negativa no le redimió del tormento. Para dispensarnos de describir los trances de la «cuestión», anticipamos ya una idea en el capítulo XXVII.

Capítulo XXXII

VÍSPERA DEL AUTO DE FE

SE ESPERABA EN MÉXICO ansiosamente el auto de fe, pues si acaso no era el primero estaba ya perdida la memoria de otro, de 1548, y se quería darle toda la solemnidad posible. Se había pregonado un mes antes con atabales y trompetas, para que los fieles tuviesen tiempo de acudir aun de lugares lejanos a ganar las indulgencias concedidas a los asistentes por diversos Sumos Pontífices.

Era el fin de la tarde víspera de la función y se notaba gran movimiento en las cercanías del edificio inquisitorial. Por una parte llegaban muchachos cargados con cruces verdes de media vara, que habrían de llevar al auto los penitenciados; por otra, venían algunos sastres con vestidos nuevos para varios dependientes del Santo Oficio, y después llegó un talabartero que había fabricado costosas gualdrapas para las mulas de los inquisidores.

A poco entró el familiar encargado de aprestar las sogas para los reos, guiando a los que llevaban un buen número, y todos quedaban en el patio, aprovechando la oportunidad de estar libres en el edificio tremendo, y de poder adquirir noticias acerca de lo que se haría el día siguiente. Se había formado una considerable reunión alrededor de una gran cruz que en aquellos momentos se acababa de pintar de verde, y allá fue un familiar que buscaba con ahínco al verdugo.

—¿Ha visto Su Paternidad a Pedro Arbués? —preguntó el familiar a un lector jubilado del Santo Oficio que estaba siguiendo con la vista todos los movimientos de la brocha del pintor.

—Debe de estar dando traza para que las corozas y los sambenitos salgan decentes. Pero ¿a qué fin le necesita ahora vuestra merced?

—Su Paternidad me ha acordado a buen tiempo que nos faltan todavía esos arreos. Buena faena nos ha tocado. Mas, en fin, siendo todo ello para el triunfo de la fe... Mire, Padre, me haría gran merced si quisiera ir a ver cómo están los sambenitos y corozas. Y si es que ve a Pedro Arbués, despáchele, que sólo él puede decir cuántas cargas de leña se necesitarán mañana para los herejes que habremos de quemar.

Debemos indicar el motivo por el cual no se encontraba el verdugo, y la causa que obligaba a los familiares a ocuparse del abasto de leña, ramo en el cual no tenían que entender sus compañeros de España.

Mientras los dependientes de la Inquisición pensaban en los vestidos que llevarían y los arneses que pondrían a sus caballos el día de la solemnidad; mientras las damas, sobre todo las de dudosa clasificación, componían sus dijes y sus ropajes de gala, y mientras los miserables condenados yacían hundidos en su abatimiento o rugían en su desesperación, Pedro Arbués había calculado que era llegada la hora para adquirir el

título y los emolumentos de «verdugo de la ciudad», lo que por muchos días había sido objeto de su codicia. Aquella mañana se había presentado al notario del Santo Oficio preguntándole cándidamente quién habría de dar garrote y quemar a los herejes.

—Ni debías preguntarlo —contestó el notario—. Tú lo harás puesto que es cosa de tu oficio. ¿Tienes por ventura compasión o temor?

—¡Dios me libre! Mi obligación como buen cristiano es auxiliar a la Santa Inquisición. ¡Miedo yo a estos herejuelos de la tierra... yo que he quemado al canónigo Cazalla, al caballero de Sese, la estatua del doctor Constantino de la Puente, confesor de su Sacra Real Majestad, y la efigie del Obispo de Tortosa, y a ellos los habría hecho carbón si no se hubieran muerto! Pero cuando uno es buen cristiano tiene sus escrúpulos de conciencia, y esto por lo que atañe al Santo Oficio. Mire su merced, yo, como dependiente del Tribunal, puedo bien dar tormento a los más encopetados, al Arzobispo de Toledo estaba yo dispuesto a dárselo, y, si no se hizo, no fue por culpa mía sino del Arzobispo que articuló incompetencia y le llevaron a Roma. Pero dar garrote a un relajado ya toca al ejecutor de la ciudad, para que no se diga que los ministros del Santo Oficio intervienen en muerte de hombre, lo cual produciría cierta irregularidad. Si yo tuviera el nombramiento de tal ejecutor de potestad civil, todo estaría remediado, porque al amarrar un reo a la argolla o prender fuego a la hoguera, yo diría a la conciencia: «Esto lo hace el verdugo de la Sala del Crimen.» Así, ve su merced, los señores del Santo Tribunal no tendrían tampoco cierta carcoma... ¡eh! de que un mal cristiano sospechara... que se exponían a una irregularidad. Además que una carta de Su Señoría el señor presidente del Tribunal bastará para que, siendo caso urgente, se escriba luego el nombramiento.

—Mas la dudad debe tener su verdugo.

—Aprendices, señor notario; aficionados de poco más o menos que sólo pueden servir para azotar indios borrachos o mal ahorcar a un negro ladrón. Pero aquí no se ha visto todavía un ejecutor que trabaje con limpieza y decencia, ni menos uno que, como yo, tenga la negra honrilla de haber lucido delante de Su Majestad el señor don Felipe II (que Dios guarde). En Valladolid y en el auto de fe de mil quinient...

—Espera; hablaré a los señores.

Pedro Arbués había formado su proyecto con el maquiavelismo de quien tiene una idea fija y, sobre todo, sola; por esto se suelen ver tontos que, no distraídos por otros pensamientos, llegan frecuentemente con terquedad asnal a la consecución de sus fines.

—No deja de tener razón el verdugo —dijo don Pedro Moya de Contreras al notario—. Vea vuestra merced de obtenerle el nombramiento de la ciudad o de la Sala del Crimen, si es que no hay ejecutores titulares y diestros. Dé recado de mi parte y haga que hoy quede todo terminado.

La cuestión de la leña había ocupado a los inquisidores algunos días antes. Quisieron establecer la costumbre, universal en España, de que el gremio de los

carboneros diese la leña necesaria para cada auto de fe, siendo ellos, en recompensa, los que abrían la procesión el día terrible. Mas los Familiares manifestaron sumo disgusto al suponer que se mezclarían en la solemnidad con las grotescas y plutónicas figuras de nuestros carboneros.

Alegaron que su presencia «desautorizaría» la pompa del acto, y aun añadieron con una ingenua verdad (la cual ellos estaban muy distantes de sospechar) que algunas personas tibias en la fe, osarían hallar cierta semejanza con el culto del Huichilobos, si intervenían los indios en la procesión. Los inquisidores, citando varias reglas de Derecho, insistían en que tocando a los carboneros el cargo de dar el combustible, deberían gozar el beneficio de entrar en la comitiva; mas, obstinándose en su propósito los Familiares, propusieron comprar ellos la leña. Fue, pues, fácilmente adoptado este medio, económico para los fondos del Tribunal.

El lector jubilado que era Fray Tomás del Rosario, el doctrinero de Cuautinchan, *in partibus infidelium*, cuyas aventuras referimos en el capítulo x, no tuvo mucho que andar para saber cómo iba la obra de las corozas que él había encargado a un compadre suyo, maese Encarnación Prieto y Blanco, un pintamonas de la calle de los Sepulcros.

—Oh compadre —decía Fray Tomás después de la salutación común—, la casa de vuestra merced semeja punto por punto a un infierno, que no contento con las llamas pintadas por todas partes, ha encendido vuestra merced esa hoguerita de pino. Y el aprendiz, por cierto, no hace mal el papel de un Belzebut.

—Siempre de humor festivo el compadre Fray Tomás —contestó el Apeles—. La fogata está sirviendo para que copie del natural Miguel Angel. Ya recuerda Su Paternidad que a este chico llamado Miguel, le he añadido el Ángel para estimularle. Buen trabajo nos dan estos herejes, principalmente los reconciliados, que con los relapsos nos bandeamos mejor. Es necesario que pague un tomín más por aquéllos que por éstos.

—Imposible. Esto fuera contra las reglas de la jerarquía. ¿Dónde se ha visto que un hereje novicio sea más importante que un dogmatista o un «relajo»? Esa pretensión, sobre aumentar la paga, es casi *sapiens haeresim*.

—Haga Su Paternidad la refleja que las llamas para arriba se copian bien del natural (sabe mi señor compadre que rabio por copiar del natural), pero yo no puedo hacer que la hoguera esté arriba y las llaman vayan hacia abajo.

—Cierto, mas hay este remedio —y hablando así, volvió de arriba abajo el sambenito que pintaba Miguel Angel, quedando éste maravillado al ver que las llamas le quedaban en su posición natural.

—Vea Vuestra Paternidad lo que se alcanza con pertenecer a la Orden de predicadores. El consejo merece bien una jícara de chocolate.

Y el pintamonas con cierta telegrafía de ojos indicó sucesivamente a Miguel Angel un armario donde estaban las pinturas y probablemente entre ellas el chocolate, un grupo de ollas y jarros de todos tamaños, y la humeante fogata que estaba

sirviendo de original.

—Espero, compadre —continuó el artista— que al menos me recomendaréis al señor Provisor y, si es posible, al señor Arzobispo, cuando me examinen en la pintura y hayan de tasar mis obras. —Tal examen y avalúos habían sido prescritos en efecto en el capítulo xxxiv del Primer Concilio Mexicano.

En esto llegó Pedro Arbués ufano con su nombramiento y enviado por el Familiar para que le llevase la noticia que Fray Tomás había olvidado trasmitirle. Mientras el verdugo platicaba, notó el pintor alguna torpeza de su aprendiz, convertido provisionalmente en marmitón, y se dirigió a él, hablándole a media voz.

—¿Qué vas a hacer, rapaz, con el jarro del cardenillo? Cierto que la haríamos bien si envenenáramos al compadre en víspera de auto de fe. Emplea la ollita del ocre quemado para que el chocolate tome cuerpo.

—Ruda faena va a tener mañana maese Pedro Arbués —dijo Fray Tomás hablando indirectamente con él.

—Nonada, nonada —contestó el verdugo—. ¡Cinco piezas para el quemadero; media docena de brujas! ¡Bah! Los autos de fe de Valladolid, de Logroño, de Sevilla, esos sí podían cansar a un Fierabrás, pero el de mañana ¡hem! Ello es verdad que aquí no pueden ser las cosas como en España... Una colonia...

—Y sin embargo —repuso el pintor enardecido por el amor patrio— vuestra merced ha solicitado ser verdugo de la ciudad.

—Para que el auto fuese más decente —dijo Fray Tomás— aconsejé a los señores que se hiciesen traer una docena de Filisteos de Cuautinchan, pero no han querido escuchar a quien conoce bien la tierra.

El pintor, deseando que la controversia iniciada con Pedro Arbués no pasara adelante, se apresuró a decirle:

—Yo, en el caso de vuestra merced, no temería tratar a los herejes ni aun a los judíos, pero tendría algún recelo de las brujas y hechiceros.

—No diré que no haya cierto peligro, al menos de que se le escapen de entre las manos a un hombre honrado, y se vayan por el aire como unas golondrinas.

—Conque ¿se le han volado a vuestra merced de entre las uñas? —preguntó Miguel Angel, mostrando en toda su plenitud el iris de los ojos.

—Escucha, doncel, casi puedes jurar que así ha pasado; porque si no ha sucedido, es por las precauciones que toma el Santo Oficio, mandando raer todo el peloy cejas a los tales brujos,^[22] para que no se hagan insensibles ni emprendan el dicho vuelo, lo cual nos sería bochornoso. Pero ésta habla con los hechiceros de España —añadió dirigiéndose al pintor— y no con los de esta tierra donde todo decae y se desvirtúa. Al menos, puesto que los señores no han mandado hacer esa operación, quiere decir que así piensan sus mercedes, y no creen que estas brujas sean tan malas, digo, tan buenas como las de España.

—Pues en Cholula —dijo Miguel Angel— hay nahuales y hechiceros que se pierden de vista.

—¡Qué me hablas de brujos indios a mí que he tenido entre las manos al licenciado Torralba en Valladolid! Dénme vuestras mercedes un licenciado de la tierra a quien el diablo le lleve...

—¡Bah! Una docena —interrumpió Fray Tomás— dejándolos en su buena opinión y fama, como ellos dicen.

—Tal vez; pero no está en eso el busilis, sino en que los lleve a pasear setecientas leguas en dos horas, sobre mar y tierra, les haga ver la toma y saco de Roma, y los vuelva a traer bonitamente a su casa; como le pasó al pie de la letra al licenciado Eugenio Torralba, a quien traté cuando aprendía yo el oficio en Valladolid.

Mientras seguía la conversación había quedado terminada la obra del pintor, y Fray Tomás daba fin a su chocolate, que naturalmente elogió al devolver la jícara.

—Buena está la bebida, compadre. Tan espesa como la que se sirve a los padres graves en el convento; sino que Miguel Angel ha de haber usado un jarro nuevo, y por ello el chocolate sabía un si es no es a tierra.

Acababa la tarde cuando los artistas, ayudados por el verdugo, llevaron a la Inquisición las corozas y sambenitos. A la salida encontraron a varios frailes que iban para tratar de convertir en la noche a los que habrían de morir el día siguiente.

Capítulo XXXIII

EL TABLADO

EL GRAN MOVIMIENTO cerca del edificio de la Inquisición había cesado con la luz, y la gente ociosa se había dirigido a la plazoleta del Empedradillo, donde el bullicio crecía, atraída por las muchas luminarias que estaban encendiéndose y por el ruido que producían las sierras, hachas y martillos de los artesanos que acababan el estrado de los inquisidores y el cadalso de los reos.

Al salir de la Inquisición notó este movimiento el pintor y se dirigió allá llevando a Miguel Angel para que se divirtiese, en recompensa, según le dijo, de la habilidad con que había imitado el natural.

En la parte concluida del estrado se hallaba un Familiar presidiendo los trabajos y, por consiguiente, su persona era el centro de atracción para todos los que deseaban charlar del gran suceso y tenían algún derecho a la intimidad de aquél.

—¿Se ha escapado por fin don Josef Alavez y Mudarra? —preguntó un hidalgo criollo.

—Por ahora —respondió el familiar—, pero pronto le quemarán en España, aunque es lástima que su ejecución no se haga aquí; lo que debía ser, puesto que nosotros hicimos la prisión y el descubrimiento.

—¡Perro marrano! —dijo otra persona del grupo—. ¡Haber dado yo alguna vez la mano a ese morisco!

—Haga vuestra merced cuenta que ha tocado el zancarrón de Mahoma.

—Es en efecto bastante o, más bien dicho, escasamente flaco.

—Pero no lo digo por esto —continuó el familiar— sino porque está averiguado que es pariente del mentido profeta, y el Ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras, que es nativo de Córdoba, y que debe conocer los linajes de los moros, asegura que el tal don Josef es descendiente, como todos los Alaveces, de Fatmé, hija del profeta (Dios le cohonda) y de uno de sus generales, a quien llamaban el León de Dios. ¡Oiga Vuestras mercedes cuán grande blasfemia!^[23]

—¡Protéjanos la Virgen! —dijo el hidalgo mexicano—. Mas ¿por qué dan vuestras mercedes el *don* a ese marrano?

—La bondad de nuestros católicos monarcas —contestó un bachiller que se hallaba en el corro— concedió ese tratamiento a los hidalgos de la morisma y también a nuestros caciques, lo que cierto, es un agravio a nosotros, hijos de los conquistadores, que vamos desautorizados con nuestros nombres en pelo.

—¿Por qué no nos apoderaríamos mañana de ese facineroso de Alavez y le arrojaríamos en la hoguera, puesto que a nosotros nos ha burlado con su fingimiento? —dijo Pedro de Ircio, hijo de Pedro de Ircio, que seguramente había querido

perpetuar su nombre fundando un mayorazgo de calendario.

—La pieza —contestó un polizón— merece servirse en un auto de fe al Rey nuestro Señor, Dios le guarde.

—Según parece —continuó el familiar—, no oyó Ircio el bando de los señores inquisidores publicado esta mañana al son de trompetas y atabales.

—Cierto: media hora ha venía yo en camino de mi hacienda.

—Pues se ha pregonado «que ninguna persona de cualquier estado y calidad, desde aquella hora hasta el día siguiente que ya estuvieren ejecutadas las sentencias del auto, traiga armas ofensivas o defensivas, sopena de excomuni3n y perdimiento de ellas...»

—Excomuni3n mayor *latae setentiae* —añadió el bachiller.

—«Y que ninguna persona —prosiguió el familiar— ande en coche, ni a caballo ni en silla por la calles de la procesi3n, ni entre en la plaza donde está el cadalso.» Ve, pues, vuestra merced que no es posible la entrada que pensaba hacer.

—¡Y yo que traía mi caballo para lucirle mañana! —exclamó alicaído el hijo de Pedro de Ircio.

—El mal tiene remedio —le dijo el familiar—, ese se reduce a pedir la gracia de ser admitido entre los familiares, y mañana iréis en la comitiva de su seño3a Ilustrísima, pues ya están designados los que han de llevar en custodia a los reos. Así se evita el peligro de que quisierais embestir con vuestra espada a don Josef Alavez.

—Vuestra merced me ha dado muy buen consejo, mas ¿qué tiempo queda para ejecutarle?

—Sobrado. El Tribunal por su mucha humanidad va a estar en sesi3n toda la noche para oír a cualquier reo grave que pida misericordia y otorgársela luego. Por consiguiente dando cuenta con la petici3n el Secretario, no es difícil que accedan inmediatamente los Seño3es.

—Habeisme hecho muy singular merced, que agradezco como es debido, y voy de aquí a escribir y llevar mi petici3n.

Marchóse realmente con tal precipitaci3n que iba a tropezar con un carpintero que no había perdido palabra de lo que hablaban en el corrillo. Aquel artesano, armado de una enorme sierra de dos brazos, era nuestro conocido Mart3n, el leal criado de la familia Dolmos.

—¿Por qué no trabajas en vez de ser un estorbo? —le dijo el familiar; mas sin oír respuesta, reclamó a los que concluían una fuerte jaula en la cual habr3a de escuchar cada reo su sentencia el día siguiente.

—Son pequeños esos clavos para asegurar las barras. ¡Hola! maestro, mire que la obra quede como si fuesen a encerrar leones o tigres, que tales son algunos de los reos que la ocuparán mañana.

Habiéndose cerrado el grupo ya no vio la jaula y siguió la conversaci3n con sus amigos.

—Si piden misericordia los relajados no servirán mañana las hogueras de San

Hipólito —dijo con mediana lógica el hidalgo criollo.

—¡Bah! —respondió el familiar—, todo tiene sus límites y naturalmente también la clemencia del Santo Oficio. La merced que se concede a los que la imploran y vuelven al gremio de nuestra Santa Madre la Iglesia, consiste en que no los quemen vivos sino muertos, porque antes les dan garrote.

Algunos de los circunstantes se espeluznaron pero nadie habló palabra hasta que el bachiller preguntó si Adriano Dolmos saldría en el auto.

—Sí que saldrá, mas no como reo por no estar condenado, dependiendo su causa de la de Alavez. Asistirá para que contribuya a la pompa de la función, y se presentará entre los familiares, pero por supuesto sin portar nuestras insignias. Y después qué sé yo si le llevarán a España en la primera nao que vaya, donde también irán Alavez y las causas.

Después de charlar acerca de los trajes que lucirían el día siguiente, de las personas en cuya unión verían la solemnidad y otras bagatelas igualmente importantes para los que formaban el grupo, se deshizo éste gradualmente y aun el familiar dejó sus veces al maestro de los carpinteros.

A pocas horas el silencio de la ciudad anunciaba el sueño general del que no gozaron los artesanos de los tablados, los misericordiosos Inquisidores, los reos en sus prisiones, ni sus parientes en sus casas igualmente lúgubres aquella noche. Elvira, que había sabido por Martín lo que se decía respecto de Adriano, quedó un momento absorta, después lloró profusamente y, al fin, oró dando gracias a Dios, y creyó que vislumbraba un arcoiris de esperanza.

En efecto, a pocos momentos el júbilo inundaba su corazón. A las diez de la noche el doctor Moya de Contreras había hecho llamar a Adriano; le anunció que acababa de absolverle, autorizándolo a participarlo por una esquela a sus parientes para que le remitiesen ropa de ceremonia, pues, añadió el inquisidor:

—Iréis con mi familia y la del Virrey para que sea pública vuestra plena rehabilitación. Concluido el auto de fe gozaréis toda vuestra libertad.

Escribió inmediatamente Adriano un breve billete a Elvira y otro a su curador; y estas dos personas determinaron aceptar una invitación (que antes habían resuelto rehusar) para ver la procesión.

Capítulo XXXIV

LA PROCESIÓN INQUISITORIAL

EL PADRE TORQUEMADA es el único de los cronistas que da algunas noticias del primer auto de fe celebrado por la Inquisición en 1574 y aun aquéllas se reducen a pocas palabras.

«Celebróse en la plazuela de Marqués —dice nuestro Herodoto— y fue auto muy solemne y autorizado, y concurrieron a él muchas gentes de diversas partes y muchas leguas apartados de esta ciudad... Hubo en él sesenta y tres penitentes; los veintiuno reconciliados en persona... y cinco relajados, entregados al brazo seglar y quemados.

Los demás fueron penitenciados por diversos delitos.»

Las memorias de nuestra historia nos ofrecen algunas noticias más minuciosas.

A las cinco y media de la mañana salieron con la custodia oportuna los reos de la Inquisición a formarse a la calle que hoy es de los Sepulcros. De pronto fue imposible obtener el orden y alineamiento prefijado, pues siendo día festivo, como los elegía siempre el Santo Oficio para los autos de fe, la multitud que salía de misa de Santo Domingo y que, en su mayor parte, la había oído temprano para ver la tragedia desde su primer escena, invadió el espacio libre y aun se mezclaba con los reos. Al fin los Familiares y, sobre todo, Pedro de Ircio con su fogoso caballo contuvieron el torrente de seres humanos o inhumanos que se agrupaban a ver, y los condenados fueron medianamente alineados.

La estrella de Venus centelleaba aún en el seno de la aurora y una ligera brisa del oriente, impregnada de humedad, consolaba aquellas sienes que sufrían el embate de atroces presentimientos.

Era pavoroso contemplar en la belleza y frescura de la mañana a aquellos miserables, convulsos por el frío, extenuados y contraídos por la atonía nerviosa procedente de su encarcelamiento, y lívidos porque el terror bañaba sus rostros como los relámpagos iluminan algunas rocas descarnadas en el fondo de un verde paisaje. Tal era el aspecto general pero, como en todo, había excepciones.

Un escocés, Gamaliel MacIldui, capitán de uno de los buques de Hawkins y prisionero de los de Santa Marta, había sido elegido con otros de sus cómplices para sufrir una pena inquisitorial y que, por ello, se amedrentasen más los piratas ingleses.

No es invención nuestra este castigo. Un historiador refiere que parte de los prisioneros de Hawkins, murieron en México «por causas de religión», en diversos suplicios; y otro tanto hizo la Inquisición poco después en el Perú, según otro historiador, con Juan Oxenham y sesenta piratas de Drake vencidos en Panamá. MacIldui, en quien el reposo de la prisión había producido una gran obesidad, mostraba el estoicismo de un inglés.

—*Diaoul* —pensaba mientras desarrugaba maquinalmente su sambenito—. ¡Morir por una secta yo, que no he hecho jamás caso de ninguna!... Siempre soñaba que acabaría ahorcado del peñol en un buque por corsario, y me van a hacer mártir de una religión... *God damne my soul*... Ciertamente que tienen raras leyes criminales estos dones; *faugh*... Es necesario morir decentemente, y de aquí a algunos años me injertarán en un martirologio con media docena de maldiciones a la Inquisición. *Mumm'ry's the world*... ¿Vos querer hablar?

Motivaron estas últimas palabras los sollozos ahogados de dos mujeres que se hallaban una a la derecha y otra a la izquierda del pirata, y que alargaban los brazos manifestando el anhelo de estrechase mutuamente porque acababan de reconocerse. El capitán MacIldui cedió su puesto a la más joven y fue a colocarse junto a Alavez.

—*Good morning, Sir* —le dijo el pirata—. Vos no tener los arneses, no estar empavesado.

El musulmán, que sólo iba de asistencia, no llevaba en efecto sambenito ni coraza.

Alavez lo miró como un gato cuando se le acerca algún mastín, pero no le fue preciso responder porque en el mismo instante uno de los Familiares pedía a grandes voces una mordaza.

Las dos mujeres de que acabamos de hablar eran madre e hija única, que durante veinte meses, tiempo de su prisión, no se habían visto ni hablado, y sin embargo habían ocupado exclusiva y mutuamente la una el pensamiento de la otra, porque la primera era viuda y la segunda no había conocido aún más amor que el maternal.

—Al fin te veo —fueron las únicas palabras que pudo decir la hija, antes de que la subyugase un paroxismo de lágrimas y mientras estrechaba a su madre que la ahogaba casi, al abrazarla con una fuerza epiléptica.

—Hija de mi amor —exclamó ésta y, no pudiendo pronunciar otra palabra, siguió exhalando gritos inarticulados que, a no ser por el acento humano del dolor, hubieran parecido ahullidos de una fiera.

Entonces fue cuando el Familiar pidió, para que no se interrumpiese la solemnidad del acto, una mordaza que acallara, decía él, aquel escándalo.

—No es mi hija la que ha gritado... yo fui... aquí estoy —y desasiéndose dolorosamente de la joven y deteniéndola con un brazo, avanzó resignadamente hacia el Familiar.

—No es necesaria la mordaza —había dicho Pedro Arbués, pues su crueldad «educada» sólo se desarrollaba por deber, y conocía bien los dolores humanos, que el Familiar novicio desatendía, entregado irreflexivamente a la vanidad de su puesto.

—Manténganse sosegadas y haré que desde mañana estén juntas en la misma prisión, mas en la procesión y en la media naranja habrán de estar hoy separadas. — En voz baja añadió al Familiar con terrible compasión—: Mañana a la hora de los... de la vergüenza, cuidará vuestra merced de que vayan distantes.

En una gran parte de los espectadores se había despertado la ternura al ver en el

rostro de la madre la lucha del dolor y el amor, en el de la hija la alternación del terror y el placer. Aun en la faz del pirata, que había sostenido a la joven con el brazo derecho, se notaban las ráfagas de una afección compasiva que acaso no había relajado aquellas facciones duras desde que las sombreó el bozo de la adolescencia.

Pero era horrible contemplar aquella expansión de angustiada ternura en personas vestidas con una ridiculez tan infausta. Las llamas pintadas en el sambenito de MacIldui servían de fondo al rostro de la joven, coronado por la coraza blanca, semejante a la que llevaba la madre y se ponía a las hechiceras y supersticiosas.

Frente a este grupo se hallaba una señora joven aún, teniendo de la mano a un niño de siete años que trataba de desasirse.

—¿Qué quieres, mi bien? —le preguntó la señora—. ¿Has perdido tu tomín nuevo, hijo mío?

—No, aquí lo tengo, madre —contestó el niño mostrando en la otra mano el reluciente tomín—. Quiero dárselo a esa pobre.

—Hazlo, sí, amor mío —y habiéndole abrazado y besado, le acercó a la condenada.

El niño colocó delicadamente la moneda en la arrugada mano de la vieja; al verlo la hija, tomó y besó la manecita que se había abierto para la limosna, y el pirata acarició blandamente las suaves y rubicundas mejillas del niño, cuya fina cabellera, apenas cubierta por la gorrita, ondeaba al ligero soplo de la brisa. Aquel serafín de la caridad volvió vergonzosamente a animarse bajo el manto de su madre.

—¡Ay ama mía! —exclamó una negra esclava que acompañaba a la señora—. Ningún bien vendrá a Felipillo por el beso de la bruja y el cariño de ese judío que tiene color de azarcón.

—No temas; le vendrá, sí, de su amor al prójimo.

La negra habría sostenido que acertó en su juicio, si hubiera vivido hasta 1597, pues el 5 de febrero de aquel año, el niño, joven ya y profeso entre los franciscanos, moría clavado en una cruz y atravesado con dos lanzas en el Japón.

Mientras pasaban en la calle de los Sepulcros las escenas que hemos indicado y otras análogas, surgían en la plazuela de Santo Domingo varias cuestiones por la preferencia de lugares en la procesión. Se había convenido al fin en que el cabildo de la ciudad fuese a un lado y, simultáneamente en el otro, el cabildo eclesiástico; mas volvió a encenderse la disputa para saber quiénes irían a la derecha y cuáles a la izquierda. Decidióse entonces que fueran mezclados, bien que los canónigos obtuvieron la ventaja de que el Deán fuese a la derecha.

Faltaban cuatro minutos para las seis cuando llegó por la calle de la cárcel Perpetua el Virrey con la Audiencia. Saludó a los inquisidores que esperaban en el pórtico, y éstos montaron en sus mulas, dando al mismo tiempo sus últimas disposiciones.

Una de ellas se refería a Adriano. Como Alavez no estaba en la lista de sentenciados que se tuvo presente el día anterior al designar los Familiares que

deberían custodiar a los reos, fue necesario nombrarle un guarda, y este fue Pedro de Ircio, con gran sentimiento suyo. Dispuso al mismo tiempo el doctor Bonilla, muy ufano porque iba por primera vez a fungir como inquisidor menos antiguo, que Adriano fuese entre los Familiares de la guardia, por lo que Ircio le ofreció su caballo, consiguiendo al fin que éste figurase así en la comitiva.

Entretanto la procesión se había organizado en la plazuela y al dar las seis el reloj de Palacio, la cruz verde velada con crespón negro, indicó la marcha tomando las calles de Santo Domingo. Seguían los condenados, yendo delante los de culpas ligeras, al fin los cinco que habrían de sufrir el garrote para ser luego quemados; después la estatua del doctor Eucardio sobre una pértiga a un lado y, por otro, su cadáver en un cajón sobre una mula. Iba otra detrás muy engalanada con dos cajas forradas de terciopelo verde donde estaban las causas de los reos.

Venía entonces un buen número de alguaciles presididos por el mayor de la ciudad; atrás las comunidades religiosas y la capilla de Santo Domingo, luego el alguacil de la Inquisición, su receptor y el secretario. En seguida el estandarte del Santo Oficio, llevado por su nuevo fiscal el licenciado Alonso Granero, anunciaba la parte más aristocrática del séquito. Componíase de los Oidores a caballo y, al fin, del Presidente del Tribunal en su mula, llevando a su derecha al Virrey y a su izquierda al segundo Inquisidor, Fernández de Bonilla. Cerraban la procesión las comitivas y guardias del Virrey y del Inquisidor Arzobispo.

En el séquito de don Martín Enríquez había encontrado Adriano varios conocidos y, entre ellos, a su amigo Gamboa que le abrazó muy expresivamente, y mientras atravesaban juntos y lentamente la plazuela le dijo:

—Vuestro fiel Martín me ha hablado en Palacio para que os advierta que la dama de vuestro amor estará en la casa que forma la esquina de Tacuba y Santo Domingo. Temió no poderos ver a tiempo y que, sin aviso, os fuera muy sorprendente y trascendental la vista de doña Elvira. Prevenios, yo seré vuestro tutor y, como tal, os permitiré que volváis a hablarle mientras dure el sermón.

—Gracias, gracias —contestó Adriano con tal agitación que Gamboa se alegró doblemente de haberle dado aquel aviso, y de que Martín le hubiera elegido para la embajada.

Este criado leal observaba desde afuera y, luego que se cercioró del lugar que Dolmos ocuparía en la procesión, fue a prevenir a Elvira, aprovechando la lentitud de la marcha.

—Cuidado con aflojar la rienda, Adriano —le decía Gamboa cuando entraba a la calle en que Elvira debía hallarse—; no queráis hablar. Yo lo haré, y para ello me colocaré a vuestra derecha. Teneos bien en el caballo.

Hízolo así, y en verdad que tales advertencias eran oportunas. Al dar las seis, las campanas de todas las iglesias habían comenzado a tocar una tétrica rogativa, y entre sus breves intervalos y en el silencio que había impuesto a los concurrentes y espectadores, igualmente aterrados, se oía con una dolorosa impresión la salmodia

lúgubre de los cantores. Adriano, enervado por una prisión de dos años, necesitaba la dirección enérgica y solícita de su amigo para que su atención no sucumbiera al embate de sus fuertes emociones.

Prevenida Elvira por Martín, rehusó ver la procesión y sólo se asomó a la reja de la ventana (la mayor parte de las casas eran bajas entonces) cuando pasaba al frente el Virrey. Acompañábala Everardo Van Opdam, su curador, que cuidó de estar inmediatamente atrás para cualquier emergencia.

Había sido innecesario el consejo de Gamboa para que Adriano no hablara. Apenas vio a su Elvira y pudo hacerle una breve cortesía cuando, quitando la derecha de sobre su corazón, llevó ambas manos, por un movimiento instintivo, al pomo de la silla para no caer. Había intentado hablar olvidando enteramente la prohibición, mas la intensidad del júbilo había anudado su garganta.

—Teneos —le gritó Gamboa asiéndole del brazo derecho, y saludando a Elvira añadió en voz baja—: Vendrá a la hora del sermón.

Elvira, casi sofocada por mezcladas e indefinibles emociones, tuvo que asirse de la reja y Everardo que sostenerla con el brazo y llevarla luego al estrado, donde los besos de su amiguita Olimpia la restituyeron a su pleno acuerdo después de exhalar tiernos suspiros.

Capítulo XXXV

AUTO DE FE

CONTRA LA PARED, que ahora forma el frente del Monte de Piedad y era entonces el palacio del Marqués del Valle, hijo de Cortés, se apoyaba un tablado a tres varas de altura sobre la calle, avanzando diez varas que formaban su anchura y extendiéndose por treinta de longitud. Hallábase aquel espacio cubierto por una vela que sostenían ligeros mástiles para estorbar la vista de los espectadores lo menos posible. En el medio se había levantado un altar e inmediatamente a sus lados los sitios del Virrey y del Arzobispo; en lo restante lo mismo que en los lados, formando varias hileras, estaba una multitud de asientos para los personas de asistencia, las familias del Virrey y los Oidores y algunas personas especialmente convidadas.

Quedaba en el medio un espacio libre casi cuadrado en cuyos ángulos interiores se habían levantado dos tribunas o púlpitos pequeños, donde el relator y el secretario habrían de leer alternativamente las sentencias y, además, al lado del norte estaba la cátedra del predicador. Se habían quitado las barandas de los balcones (que no estaban a la altura de los actuales) y por unas gradas podía pasarse del tablado a la habitación alta. Cerca del ángulo noreste del tablado se hallaba la media naranja de los reos: era una sucesión de gradas semicirculares que subían en disminución siendo la más alta una simple base donde se puso la cruz verde.

No existía aún la catedral actual, cuyos cimientos se habían comenzado poco tiempo antes. La antigua ocupaba el pequeño espacio que se halla al frente, y a sus lados estaban varios edificios particulares que fueron demolidos cuando se concluyó la gran basílica. Los espectadores tenían, pues, a su disposición un extenso local limitado al oriente por el Portal de los Guorreros. No sólo aquel espacio estaba ocupado plenamente, sino también los techos y torres de la antigua iglesia, y los balcones o ventanas y azoteas de las casas que cerraban el cuadrilátero.

Algún tiempo ocuparon las personas de la comitiva en tomar los lugares que respectivamente les correspondían, lo mismo que los condenados. Los que debían ser quemados y la estatua del doctor Eucardio estaban inmediatamente al pie de la cruz verde, y los demás descendían según su graduación.

A las seis y media comenzó la función por una misa cantada por el Provincial de los Dominicos y, según el privilegio de su orden, acompañado por cuatro oficiantes. El sol se había levantado poco del horizonte, por lo cual la vela no impedía que sus rayos volvieresen a los espectadores reflejados por el oro que cubría los ornamentos sacerdotales y la plata de que estaban formados el crucifijo, el frontal y los blandones que adornaban el altar.

Terminado el evangelio, siguió el sermón y con él concluyó la exposición o

primer acto de la solemnidad. El segundo o el nudo debía ser más duradero; se aprovechó por tanto el intermedio para que las personas de la comitiva principal pasasen por las gradas y los balcones a los salones de Cortés, donde el mayordomo de la casa tenía dispuestas varias mesas según la diversa jerarquía de los personajes.

Fue breve la interrupción, y volvieron a ocupar sus lugares los asistentes para presenciar el juramento que el presidente del Tribunal tomó al Virrey de que daría siempre favor al Santo Oficio contra los infieles y herejes, y los que directa o indirectamente los favorecieran o se opusieran a la Inquisición.

Durante el entreacto, el público no invitado a la mesa del Marqués, se distraía con la conversación.

—Si vuestra merced me hiciera la gracia, señor conquistador, de que cambiáramos de lugar —decía a nuestro conocido Aguirrevengoa el clérigo Antón Mínguez—. Vuestra merced, que es tan alto como Pedro de Alvarado, no dejaría por ello de ver lo mismo y yo me edificaría un poco oyendo las sentencias y examinando las figuras de los reos.

Aguirrevengoa, lisonjeado con el título de conquistador y la comparación con Alvarado, hizo el cambio de lugar con el clérigo, a quien hemos visto como capellán de una viuda en el motín de Santa María la Redonda. Pasó, pues, Mínguez a la primera fila, donde se hallaba la tía Andrea con una nieta suya.

—Madre —decía la última a la primera—, estos herejes no son como nos contó Fray Toribio (era un lego de San Francisco). No les veo cuernos ni uñas de águila, y aun el muchacho que está sentado junto al hereje viejo de color de ladrillo, lo que es para mí...

—¡Calla, niña, qué ibas a decir! ¿Qué sabes si esa cara es postiza para no ser conocido? Porque todos esos herejes tienen sus puntas de hechiceros. ¿Es así verdad, señor beneficiado?

—*In senibus est sapentia* —contestó el bachiller Mínguez—. Quiero decir que la discreción se halla en personas que tienen cierta edad. Verdaderamente toda esa gente son engañifas y embelecocos, y ahí tiene vuestra merced sin ir más lejos a esa gitana, aquella de la coraza blanca, la cual pronosticó a mi patrona que yo sería pronto arcediano, y aquí me tiene vuestra merced que no paso de ser un bachiller sin ventura, un menguado clérigo de misa y olla.

—Pero ¿por qué no sube vuestra merced al tablado a fin de que le vea de cerca su prelado y le tenga presente? Allá veo un hueco junto a los franciscanos...

—No me hable vuestra merced de frailes y menos de los azules, señor conquistador, ellos nos privan de los beneficios simples y curados, de las oblaiones y primicias.

—¿Qué tienes que escuchar, indio perro, nuestra conversación? —dijo Aguirrevengoa a Sebastián Telyólotl, el sacerdote de Huitzilopochtli que, vestido de lana negra, se había acercado a los interlocutores.

—Cierto que estando esa gente exenta del Santo Oficio —añadió Mínguez— no

debiera permitirse que viera sus solemnidades. No sé cómo siendo tan piadoso nuestro católico monarca ha concedido aquella exención.

—Yo fío a Su Majestad don Felipe, de no haber sido su inventor —contestó Aguirrevengoa—. Tal vez lo fueron los del Consejo, que guían tan mal los negocios de Indias. ¿No sabe vuestra merced que se niegan a prolongarnos las encomiendas por la cuarta vida?

—Dígame, señor, así Dios lo haga un santo —preguntó Menga la nieta de Andrea— ¿los conquistadores tienen siete vidas como los gatos?

—¡Ah, rapaza, rapaza! Si intentas motejarnos a nosotros que trajimos la fe y ganamos la tierra, que Dios tome en cuenta tu bellaquería, mas si tu pregunta procede de la imbecilidad de tus pocos años, te diré que las cuatro vidas son las del conquistador, su hijo, su nieto y su bisnieto; sino que como los señores del Real Acuerdo hablan pulido, han forjado aquella manera de decir.

Viendo Aguirrevengoa a Sebastián Tetyólotl que no se había movido de su lugar, descargó su enojo sobre él diciéndole:

—¿Todavía está ahí, perro?

—Aquel es mi hijo —y designó con la mano a Bartolo, que muy ufano ostentaba su vestido rojo—. Voy a ver cómo quema a tus hermanos.

El conquistador, ciego de ira, buscó su espada, de que le había privado el edicto de los inquisidores, y se conformó con lanzar dos o tres imprecaciones al ex sacerdote que, confiado en la solemnidad del acto, afrontó el enojo de Aguirrevengoa retirándose lentamente.

Mientras abajo había pasado aquella conversación, se tenían en el tablado otras de igual importancia.

Dos jovencitas, una de diez y nueve y otra de diez y siete años, hijas de dos oidores, charlaban en voz baja Sentadas cerca de la extremidad del estrado derecho.

—¿No te parece, lindita —decía la primera—, que le cae mal a Pedro de Ircio el vestido de terciopelo negro? A mí me gusta más cuando va con sus calzas de color de oro y su jubón escarlata a jugar cañas o a correr novillos.

—Yo también prefiero los vestidos de color. ¿Sabes quién sea aquel caballero de jubón azul que ha estado entre los Familiares del señor Arzobispo? No le veo ahora...

—Sí, ya le había yo visto. Debe de ser Adriano Dolmos, según padre contaba anoche. Ha estado preso en la Inquisición porque le calumnió aquel viejo Alavez, que antes solía visitarnos. Acusóle de ser moro de África, pero probó Adriano que era flamenco.

—¿Cómo podría ser moro de África un joven tan rubio y de un cutis tan blanco? —La niña se ruborizó ligeramente al notar la traviesa sonrisa de su amiguita.

—Era una calumnia, y por esto se da una satisfacción a Dolmos, admitiéndole entre los Familiares, y Alavez está allí a la vergüenza. Pero no recuerdo si este es el moro. En verdad, mientras padre hablaba, yo estaba escuchando unas coplas nuevas que me recitaba Pedro de Ircio para bailar la chacona; mas ya que tienes curiosidad

me informaré y te contaré, alma mía. —Sonriéronse las dos jóvenes y se estrecharon las manos plazeramente.

Las mamás estaban adelante y su conversación era más análoga al acto.

—Si hubierais visto, doña Constanza —decía la una—, el auto de Valladolid de 1559 ¡cuán embelesada habríais estado! Allí salieron entre los reos muchos caballeros y comendadores, doctores y curas, varias monjas e hijos de marqueses; pero lo que más absortos nos tuvo fue la religión de nuestro Rey y Señor don Felipe II. Cuando el caballero de Sesse, levantando ambas manos, le dijo: «¿Cómo permite Vuestra Majestad que sean quemados vivos vuestros fieles servidores?» Le contestó el Rey: «Si mi hijo fuera hereje, yo llevaría los sarmientos para quemarle.» Teólogos barbudos vi yo que lloraban de ternura al contemplar la piedad de nuestro católico monarca, que Dios guarde.

Este coloquio, como los que antes referimos, cesaron simultáneamente porque el secretario y el relator habían ocupado las tribunas y subía un reo para oír su sentencia. Hiciéronle entrar en la jaula y el relator leyó el fallo mientras dos Familiares, con espadas desnudas, custodiaban al condenado. Alternábase en los dos púlpitos la lectura, y los reos volvían a ocupar su lugar según eran despachados.

Después de los cinco condenados vivos, fue llevada la estatua del doctor Eucardio con el hábito agustino, pues por la primera carta a Fausto Socini, habían sabido los inquisidores la profesión de Ernesto. Concluida la sentencia, avanzó el cura de la Catedral para ejecutar la ceremonia de la degradación. Hizo la semblanza de raer la corona y las manos; despojó luego a la efigie del hábito monástico, quedando con el seglar que se hallaba debajo y sobre el cual se veía un antiquísimo escapulario, que se tuvo cuidado de dejarle. Entonces, derribando la estatua de un empujón, la alejó a puntillazos hasta la orilla del tablado.

Los espectadores inferiores, que habían oído las sentencias contra los cinco reos primeros, pero que estuvieron impasibles porque no las veían ejecutar, prorrumpieron en sollozos, lamentos y alaridos al ver desnudar a la estatua del hábito.

En lo interior de las ropas que cubrían el cadáver del Doctor se había hallado el escapulario que el presidente del Tribunal mandó poner religiosamente a la estatua. Al abrir el tejido de lino bordado con seda se encontró allí el evangelio de San Juan, una estampa de la Virgen, de Alberto Durero, y una hojita de pergamino con esta inscripción en flamenco: «A mi caro hijo Ernesto. Dele Dios paz en esta vida; en la otra la felicidad eterna.» Era la única prenda de amor que el Doctor había recibido.

Hecha la degradación por la autoridad eclesiástica, los alguaciles de la civil se apoderaron de la efigie y la vistieron con el sambenito y la corozca.

Prosiguió luego la lectura de las sentencias de los reconciliados, esto es, de los que hubieran sido condenados a muerte si no hubieran pedido misericordia, mostrándose arrepentidos y vueltos al gremio de la Iglesia antes de la prevención que se les hacía la víspera del auto para disponerse a morir.

Concluida esta escena siguió lo que hoy podría llamarse el cuadro final del acto.

Se hizo subir a los cinco relajados, y, avanzando por un lado el alguacil mayor de la Inquisición y por otro el de la ciudad, el primero hizo entrega solemne de los reos al segundo, a consecuencia de lo cual los Familiares cesaron en la custodia, de la que se encargaron los esbirros civiles. Éstos formaron a los condenados y la estatua en hilera al costado derecho del tablado.

Subieron entonces juntos los reconciliados, escoltados por los Familiares, e hincados formaron una hilera en la orilla del tablado dando la espalda al pueblo. El Arzobispo Inquisidor pasó de su solio al altar y concedió la absolución a aquellos reos, terminando por la bendición en medio del repique de varias iglesias.

—No está mal dispuesta la muestra, y sí me parece vistosa —dijo el conquistador a Mínguez— y esos señores de las llamas para arriba me recuerdan nuestros caballos, los de llamas para abajo a los rodeleros y ballesteros, y los de aspa que han quedado en ese como alcázar, a los indios auxiliares.

—Cierto que está bien perjeñada la función; mas cuídese vuestra merced, no le huellen esas acémilas que traen para montar en ellas a los relajados.

Llegaban, en efecto, siete jumentos mientras bajaban los cinco condenados y traían la estatua para el sexto animal, debiendo cargar el sétimo la caja con los huesos del Doctor. Los reconciliados volvieron a ocupar sus puestos, y la cabalgata, al toque de rogativa por la cual habían cambiado su repique las campanas, tomó la ruta del quemadero, seguida por los individuos de peor educación y más innobles entre los espectadores de la plaza. Una ejecución de justicia (se ha dicho justamente) es la tragedia del populacho.

El drama pasaba del segundo al tercer acto, del nudo al desenlace o, más bien, a la catástrofe. Hubo por tanto un intermedio que coincidió con la hora de comer, pues era más del medio día. Las personas del tablado fueron invitadas a la mesa de la casa del Marqués, y alternativamente subían algunas mientras otras quedaban, pues concluido el breve intervalo que indicamos, prosiguió la lectura de las sentencias. La mayor parte de las damas prefirieron los refrescos y carnes fiambres, que disimuladamente se sirvieron en el mismo tablado.

—¡Válame Dios por nuestro vecino! —dijo a la tía Andrea su nieta al ver conducir a la jaula a un reo que hasta entonces había permanecido obstinadamente con la cara cubierta, lo que no le había impedido desatar con una mano dos nudos de cuatro que tenía primitivamente su soga.

—¡Qué viejo está Lorenzo Chirinos! —exclamó Andrea—. Siempre le dije yo que era malo prestar con un tomín al peso en medio año, pero él decía que no era mal oficio el de usurero.

—¡Bah, al veinticinco por ciento! Debían quemarle también —dijo el conquistador—. Y el embaidor quiere quitarse doscientos azotes de los cuatrocientos que el Santo Oficio le recetó, según rezaban los nudos.

—Habiendo hecho tantas cuentas de sumar y multiplicar, la Santa Inquisición le ha enseñado a restar —observó el clérigo Mínguez.

—Y mañana —añadió Aguirrevengoa— el verdugo le enseñará a partir en su mismo pellejo.

Al fin se leyeron las sentencias de veintiséis reos, que siendo casados en España habían incurrido aquí en el delito de bigamia.

A las seis y medio terminó el auto de fe, y la misa algo más tarde, doce horas después de haber comenzado. La comitiva se disolvió entonces. Cincuenta y ocho reos volvieron en procesión y bien custodiados a la Inquisición; los que entre los reconciliados habían sido condenados a la cárcel perpetua, miraron con avidez, en la esquina de Santo Domingo, los horizontes lejanos que podían verse por las aberturas de las calles y que nunca volverían a contemplar.

A poco llegó la comitiva de los inquisidores y se cerró la puerta del edificio.

Las víctimas del brasero habían llegado allá a la una de la tarde. Era un macizo de tierra de dos varas de altura por diez y quince de latitud y longitud; estaba revestido de céspedes y situado en aquella parte de la Alameda actual que media entre la fuente del centro y San Diego. Seis mástiles con sus argollas estaban fijados allí y, alrededor de cada uno, la leña formaba una peana de vara y media de altura.

—Dame la manija —dijo Pedro Arbués a su discípulo Tetyólotl, con la voz ronca—. ¿Están bien ensebados los dogales?

—Muy suaves y se pueden enroscar como una culebra.

No suponemos populacho a nuestros lectores; no queremos, pues, describir los horrores del nefando holocausto.

*

La oscuridad de la noche ofuscaba el azul del cielo por todas partes, menos por donde el sol se había puesto media hora antes; quedaban allí algunas nubes blanquecinas, restos del pabellón que generalmente encubre el ocaso del astro. Sobre el fondo rojizo de las brasas que, de vez en cuando, arrojaban grandes llamaradas, se destacaban los oscuros perfiles del verdugo y de Tetyólotl. Viendo el primero casi terminada la escena, se aprestó a bajar, diciendo al segundo:

—Cuidarás de recoger las esposas y cadenas de hierro con que atamos los cadáveres; es lo que debe quedar entre las cenizas.

Al bajar distinguió entre los espectadores, iluminados por las brasas con un color de infierno, a su amigo Sebastián Tetyólotl. Acercándose a él le preguntó en voz baja:

—¿Viste?

—Vi.

—¿Te agradó?

—Sí.

—Nosotros —quedó pensando el ex sacerdote— apenas llenábamos medio día con mil víctimas, y éstos con cinco saben entretener un día entero. Cierto que la religión de los inquisidores es mejor que la Huitzilopochtli... Sin embargo, no

sabrían desollar a un tlaxcalteca o a un tarascue entero como lo hacía en los sacrificios de los mercaderes el sumo sacerdote Cuauhtemotzin antes de ser emperador.

Capítulo XXXVI

«POST NUBILA PHOEBUS»

AL TERMINAR EN EL TABLADO del Empedradillo las escenas del auto de fe que acaban de describirse, Adriano había vuelto a la Inquisición con la comitiva del Arzobispo Moya de Contreras, y se presentó a este personaje cuando quedó solo.

—Hubierais podido ir a vuestra casa pues ya teníais mi autorización para ello —le dijo el inquisidor—, mas huélgome de que nos volvamos a ver pues debía yo hablaros aún. La información secreta relativa a vos, me hizo saber vuestra conducta, vuestra afección y vuestro plan de matrimonio tan desgraciadamente interrumpido. Debiéndoos la reparación posible, os ofrezco mi capilla arzobispal y recibiré sumo gozo al bendecir allí vuestro enlace con doña Elvira Armengol.

Además de que en aquella época tal ofrecimiento era un favor singular, el corazón de Adriano, donde rebotaba el placer por la libertad adquirida y la satisfacción del amor, estaba muy aptamente dispuesto para recibir las dulces emociones de la gratitud. Estrechó y besó la mano del Arzobispo; éste le abrazó con afectuoso ahínco y corrieron algunas lágrimas por las mejillas de ambos.

Nuevas impresiones de ternura y delicia le esperaban en la casa de Van Opdam, y Martín tuvo la parte merecidamente debida a su leal y activo empeño. Al fin Adriano, aunque exhausto por las diversas y multiplicadas sensaciones de aquel día, difícilmente pudo dormir en un lecho suave, avezado por más de dos años a la ruda tarima de la Inquisición.

Elvira le esperaba el día siguiente en el corredor, y después de hablarle como una amante, y para no profanar la conversación, llamó a Martín para que tuviese él su parte de gozo hablando a Adriano de objetos pecunarios.

—¿Cuándo iremos al Tajín, amo? —le dijo Martín a poco de entablada la conversación.

—Por ahora no pienso en ello.

—Pero diez y seis arrobas de oro que están allí guardadas para su merced y de que la niña Elvira le habrá hablado, merecen una visita.

—Nada me ha dicho, acaso para tú seas quien me dé la noticia.

—Puede ser, y cierto que me alegro de ser yo el primero que hable a su merced del tesoro.

Refirióle entonces lo que hemos dicho en otra parte sobre el oro reunido por Teófilo Dolmos sin saberlo entonces Martín y procedente de la mina o, más bien, placer, regalado por Alonso al doctor Eucardio y por éste a Teófilo Dolmos; habló del secreto que el mismo quiso se guardase, y el cual se propusieron Alonso y Martín reservar aún más cuando vieron a Alavez al frente de los negocios. Contó cómo al fin

resolvieron que Alonso fuese a México a hablar con Adriano, pues Martín no podía separarse de la hacienda sin licencia de Alavez, ni quería tampoco dejar de estar al cuidado de tan considerables intereses, y cómo la noticia de la prisión de Adriano inutilizó su propósito.

—¿Por qué no quisisteis dar a Elvira esa noticia?

—Así lo hicimos trayendo tres arrobas de aquel oro unos dos meses después de la prisión de su merced; pero nos fueron necesarias tales precauciones, que al saberlas don Everardo, a quien por orden de la niña entregamos esa cantidad, nos mandó que no se tocase el resto hasta saber las disposiciones de su merced cuando fuera posible. Al principio sólo teníamos que reservarnos de los dependientes del señor moro, pero luego tuvimos, además, vigilando sobre nosotros al depositario y dependientes de la Inquisición, lo que tal vez hizo temer a don Everardo.

—¿Podrás tú decirme de dónde procede tanto oro?

—No, cierto; mas sospecho que Alonso puede responder a su merced.

—Diré a su merced... Venimos juntos cuando oímos hablar del auto de fe, y al saber yo antier en la noche por un Familiar, tal vez mal informado, que su merced iría preso a España, arreglé con Alonso que se fuera inmediatamente para combinar la libertad de su merced.

—¿Qué plan formasteis? Nada me ha dicho Elvira de él.

—Nada supo, en efecto. ¿Para qué espantar ni complicar a otras personas? —y acercándose a Adriano, continuó—: Permítame su merced, debo hablarle quedo. En la barra de Tecolutla ancló hace quince días el capitán Francisco.

—¡Drake!

—El mismo. Yo había oído, cuando dos meses antes estuve aquí, que el licenciado Bocanegra hablaba a doña Elvira sobre la probabilidad de que el negocio y la persona de su merced fuesen a España. Al ver al capitán, me vino la idea de que era de talla para libertar a su merced en la mar, y comencé a hablarle de ello. Dejé pendiente el convenio, y al oír decir antier que su merced iría por fin a España, envié a Alonso, que salió a las diez de la misma noche.

—Es necesario destruir ese proyecto inmediatamente —dijo Dolmos alarmado.

—Así me parece ahora. ¿Quiere su merced que salga yo al instante para alcanzar a Alonso, o deshacer su convenio si es que llega antes que yo? Acaso cueste algún oro, porque habíamos determinado dar algo si era necesario.

—Eso no importa. Habíais hecho bien ambos; pero ves que lo conveniente en mi estado actual es romper todo pacto con Drake. Marcha luego que puedas y toma para los gastos del camino. Yo saldré dentro de seis días para el Tajín y allí me esperarás.

Antes de haber pasado una hora galopaba el caballo de Martín en la calzada de Tepeyac.

A poco recibió Adriano la visita de varios de sus amigos. Bocanegra fue el primero y a poco llegaron Gamboa y Pedro de Ircio. La conversación en que tomaba parte Elvira, Olimpia y Van Opdam era bastante animada. Dolmos manifestó su

designio de ir al Tajín a los pocos días, y la necesidad de ejercitarse nuevamente en andar a caballo.

—Dispondremos para mañana o al día siguiente una cabalgata, padre mío —dijo Olimpia—, y no podrá menos de ser saludables para vuestra merced cuya digestión es laboriosa.

—Entiendo y acepto como carga anexa a la curatela de Dolmos y mi ahijada —contestó sonriéndose Van Opdam.

Gamboa que, como visitante antiguo de la casa, había notado la preferencia de Olimpia por Bocanegra, alegó, para no asistir, sus ocupaciones en palacio. Ircio deseó acompañar a Adriano en su excursión al Tajín, y para ello debía arreglar los negocios de su hacienda. Quedaron por consiguiente Van Opdam, Bocanegra y Dolmos para acompañar a las damas.

En el resto de aquella mañana, el primero dio a Adriano un balance satisfactorio de sus fondos secretos, y a poco llegó, remitida por el doctor Moya de Contreras, la orden para que el receptor del Tribunal y el depositario del Tajín le entregasen sus bienes.

*

La víspera del día en que Dolmos debía salir para el Tajín paseaban a caballo por la calzada de Ixtapalapam las personas que designamos antes. Todavía no se pensaba en construir la calzada del Peñón y por consiguiente aquella fue la que tomaron los guardas que conducían a los reos condenados a expulsión del reino o a las galeras del mediterráneo, y también a Alavez, cuya causa habría de sentenciarse en España. Los primeros iban sueltos, los otros atraillados en collera, y el último engrillado sobre el aparejo de una mula.

La alegría de los paseantes que volvían a la ciudad, se ofuscó al ver la triste comitiva. Olimpia y Bocanegra, que en ese momento iban cerca de Adriano, trataron de distraer su atención para que no se fijase en aquel siniestro espectáculo, mas él avanzó rápidamente hasta encontrar al jefe de la escolta a quien dio su bolsa para que la distribuyese entre los presos. Elvira no advirtió la acción de Dolmos, sobrecogida de horror momentáneamente al reconocer a Alavez, pero aquella repugnante emoción se disipó luego en el alma virtuosa de la joven, inundada de inefable contento desde que Adriano estaba en libertad y a su lado.

—Dad a ese hombre, os ruego —dijo al guarda más cercano, alargándole una bolsita bordada y designándole a Alavez.

El despecho de éste al ver a Adriano triunfante, su vergüenza ante Elvira, y el destello de un sentimiento que no nos atrevemos a llamar amor, turbaron de tal modo al morisco que sólo acertó a cubrirse el rostro con ambas manos. Recobróse, sin embargo, al recibir del guarda la bolsita, y vaciando los ducados, tostones y tomines en la mano de aquel, retuvo la bolsa con muestra de gratitud.

A los ocho días Adriano e Ircio estaban en el Tajín, y el primero, provisto de las órdenes convenientes, recobró llanamente los bienes secuestrados.

—Todo va bien —había dicho lacónicamente Martín a su amo al recibirle en la hacienda. Cuando pudo hablarle a solas le refirió que, al llegar al Tajín, Alonso había ya contado a Drake que dentro de pocos días un buque saldría de Veracruz llevando a los presos consignados a España, y que el capitán había comenzado a disponerse para libertar a Dolmos; pero habiendo traído él mismo (Martín) diversa noticia, ya no hubo convenio alguno. Añadió que Drake había salido de la barra de Tecolutla con una barca que encontró allí, dejando su buque, la *Judith*, con la mayor parte de la tripulación en la barra, donde estaba todavía.

Los paseos a los bosques, los cañares y los ríos, la pesca y la caza, la visita del Tajín, llenaron unos cuatro días, durante los cuales Adriano quería distraerse de los dolorosos recuerdos de su padre y de su maestro que incesantemente le asediaban en las habitaciones. Entretanto habían llegado a la antigua Veracruz los presos que, con la causa de Alavez, fueron ritualmente entregados al capitán del buque que debía conducirlos.

Estaban además otros dos pequeños a la carga para hacer la misma carrera, por lo que el capitán, impuesto de la importancia de Alavez, determinó llevarle consigo, lo mismo que el tesoro real y los magníficos tejidos de China, que el comercio reciente de Filipinas enviaba a la metrópoli.

Pronto se divulgó en Veracruz quien fuese aquel preso importante. En la cárcel recibió Alavez un papel con esta noticia en árabe:

Quando llegues a España, los hijos de Aben-Humeya y y Aben-Aboo habrán levantado el solio de los Califas en Córdoba y Granada.

La primera impresión del morisco al leer la noticia, que le transmitía otro que acababa de llegar de la península, fue de placer.

—*Alah Kerim* (Dios es providente) —exclamó, y en un acceso de devoción se volvió hacia la Meca para orar con fervor, mas advirtiendo que habría de desembarcar en Sevilla, donde por el levantamiento de sus correligionarios se emplearían con él grandes precauciones, sintió el arrojamiento de aquéllos y se amedrentó, volviendo a hundirse en un abatimiento sin esperanza.

Capítulo XXXVII

SIR FRANCIS DRAKE

AL COMENZAR LA MAÑANA del día designado para zarpar comenzó a soplar en el puerto un constante viento del sur, al cual sabían bien los marinos que debía seguir el norte tan temido en nuestras costas del golfo. Se apresuraron, pues, los capitanes de los buques a terminar la carga, y los botes no cesaban en sus viajes de aquéllos a la playa y de la playa a las embarcaciones que debían partir.

Concluido el trasborde a las once de la mañana, don Delfín de la Rada, capitán del galeón, se dirigió a él llevando en su mismo bote a Alavez, y durante la corta travesía le prometió que al día siguiente le haría quitar los grillos.

—Debo hacerlos los honores de la casa —le dijo—, pero esto será cuando vea yo mi responsabilidad enteramente cubierta.

—¿No cree vuestra merced —le preguntó Alavez— que lo esté sobradamente luego que yo pise la cubierta?

—Oh, que no —contestó el marino—. Acaso nos visiten todavía algunas barcas para traernos alguna cosa que se haya olvidado o vendernos frutas y otros comestibles, y ¿qué sé yo si desearíais volver a tierra? Hoy y mañana se hará debidamente la estiba del cargamento en el galeón, y puesta la casa en orden, tendréis la libertad de un grumete y aun os solazaréis con un compañero. Pero esto no será sino mañana cuando no veamos la nieve del Orizaba. Contad con que yo hago todo con cierto método.

—¿Cuál compañero tendré en el galeón?

—El licenciado Vena, que se fingió visitador por Su Majestad, y que, abordado por la justicia en Cholula, fue condenado a galeras con retención. Ahora es grumete del *San Telmo*, conmutada su pena, y vedle justamente con qué agilidad trepa por la jarcia de gavia.

Hallándose el bote a poco más de un cable del galeón, se distinguía netamente entre los aparejos del *San Telmo*, un marinero ligero como un gato, que subía ya por el mastelero del juanete.

El capitán subió por la escala del portalón, mientras los marineros que habían bogado en el bote, tomaron la escala de la botavara y otros izaban con un balso a Alavez, impedido por los grillos. Pronto se pasó revista a la tripulación, y estando también completas las de la fusta *San Isidro* y de la carabela *La Tonina*, se dio a éstas la señal de hacer rumbo al este-nor-este, y disparó el *San Telmo* el cañonazo de leva.

En breve tiempo los grumetes levaron y aseguraron las anclas, y a poco los amigos y parientes de los viajeros y los curiosos de la ciudad, vieron el humo blanco y oyeron algunos instantes después el estallido del cañón. Era la despedida que hacía

la pequeña escuadra, al mismo tiempo que, tendidas las velas, comenzó a hincharlas el viento del sur.

El capitán, que se lisonjeaba de proceder metódicamente en sus operaciones, ordenó entonces que se asegurase a Alavez en un pañol, que se sirviera el rancho y, después, que se hiciese el arreglo del cargamento esparcido sobre cubierta, la cual en el resto del día quedó bastante despejada. Dejaremos de seguir al *San Telmo* para referir lo que simultáneamente había pasado en otro buque, del cual no hemos hecho mención.

Era una barca, *La Foca*, treinta toneladas, capitán Francisco Drake, tripulación cuarenta y seis hombres (seguimos el estilo lacónico de Snail), la cual a las doce de la mañana de aquel mismo día se hallaba a la altura del Cabo de Palmas y tres minutos al este, según el cómputo del piloto, esto es, a diecinueve leguas de la costa. *La Foca* estaba al paio, y la tripulación luchaba difícilmente para desasirse del tedio y del calor.

En la popa conversaban tres personas en pie, el capitán, el piloto Milon Phillipson y un marinero que se les había reunido en la madrugada poco antes de zarpar de la desembocadura correspondiente al río de Actopan.

—¿Crees que hayan levado anclas a esta hora? —preguntó Drake al marinero.

—Sin duda han salido ya de los arrecifes —respondió Juan Snail, filibustero a quien reconocerán nuestros lectores—. Faltaba poca carga, según vi ayer desde los manglares y al principio de la noche que entré a la ciudad. Deben saber que al sur que está soplando, ha de seguir el nordeste, y para entonces han de querer hallarse lejos de tierra.

—A nadie le ha ocurrido dar caza a un galeón con una barca —observó Phillipson a media voz.

—Y por esto el éxito es seguro —contestó Drake—, porque tampoco les ocurrirá tomar precauciones contra nosotros. Mientras ruja el norte y tienda la bruma sobre el mar, podremos acercarnos sin ser vistos.

—¿Y si el galeón lleva en conserva la fusta y la carabela? —preguntó el piloto.

—«Grande navío, grande fatiga», dicen los marinos españoles —contestó el capitán—. Aquél es muy pesado y éstas muy veleras, según las noticias de Snail. —Una mirada de Drake interpeló al marinero para que tomara parte en la conversación.

—Cuando a la noche sople el norte —dijo Snail— las velas latinas seguirán su rumbo al este, y el galeón quedará a sotavento.

—Veamos —prosiguió el capitán— donde estará a las siete de la noche la armadilla que ha debido tomar rumbo al nordeste para huir la sonda de Gozacoalco, y aun más los arrecifes de Ulúa.

Sobre una carta se hizo la estima de la posición probable para la hora dada y el rumbo que *La Foca* debía seguir, a fin de hallarse al mismo tiempo en las aguas del galeón.

—Viraremos ahora al oeste-sur-oeste —dijo Drake al fin— y cuando venga el

norte correremos con él. Pero yo no conozco aún bastante vuestra *Foca*. ¿Iréis bien al viento con seis rumbos?

—Aun con cinco —respondió el piloto; y se dirigió al timón después de indicar al contraemaestre la maniobra que debía mandar.

Avanzada la tarde, el viento saltó del sur al este, e insensiblemente cambió acercándose al norte, comenzando a soplar con gran intensidad. Los piratas pudieron distinguir al fin del día y a unas cuatro millas a babor, o sea su izquierda, las velas de las dos embarcaciones menores, y a estribor y poco más de tres millas, el alto y negro perfil del *San Telmo*. Prorrumpieron en un hurra general, que se confundió con el silbo del viento en los aparejos, mientras se ejecutó la maniobra para continuar al paio.

Dio en seguida el capitán sus órdenes e instrucciones a los bergantes que tripulaban *La Foca*, y media hora después se encontró en las aguas, esto es, tras del galeón, para el cual, en la niebla que comenzó poco antes, se habían hecho invisibles las velas y el casco de la barca, teñidas aquéllas y pintado éste de un color verdoso. Drake, sin embargo, mandó recoger velas y *La Foca* prosiguió en pos del galeón impelida por remos que se habían llevado prevenidos y a los cuales se pusieron bozales de lana para que no se marcara su ruido; igual cautela se había empleado con los luchaderos de las chumaceras.

El capitán del *San Telmo* había invitado desde la tarde al capellán para dirigir el rosario de la tripulación, y para jugar después una manecilla con las cartas, mientras no arreciara el norte. Así fue que, amainadas las velas del palo mayor y tomados algunos rizos en el velacho de trinquete, al comenzar el primer cuarto de la noche, instalado en el alcázar el oficial del cuarto y en la cofa mayor el gaviero de centinela, el tambor llamó a la tripulación para el rezo.

Mientras los marineros, fatigados con el excesivo trabajo del día, gangueaban laboriosa y roncamente sus *Ave Marías*, el centinela, que era cabalmente nuestro conocido Vena, comenzó por sentarse en la cofa, se embozó después para que le hiriera menos el cierzo, y se sumergió al fin en una inútil meditación sobre la suerte que hubiera corrido si, satisfecho con los cohechos y regalos que recibió en los primeros días de su mentida visita, se hubiera eclipsado con oportunidad. Confiado en que nada había de observar en la pavorosa soledad del océano, y aterido por el frío, hundió la cabeza en el embozo para meditar a todo su sabor.

El guarda de cuarto, tan abrigado como Vena, recordaba entretanto un amor que había dejado en Sevilla y al cual había sido infiel en Veracruz. El remordimiento y el frío del cierzo le sugirieron la idea de aprovechar una botella de aguardiente que tenía consigo, y a cada *paternóster* de la tripulación daba a la redoma un ósculo prolongo. A poco los marineros, formados sobre cubierta a uno y otro lado del palo mayor, comenzaron a parecerle personajes de un vistoso baile, que debían romper el capitán y el capellán, los cuales se hallaban al pie del árbol. Para aumentar la pintoresca ilusión de su fantasmagoría ocurrió de nuevo a su botella y, mientras bebía,

contemplaba con la delicia de una mariposa la farola del buque suspendida en el palo mayor, cuando un grito de Vena le hizo quedar estupefacto.

Agobiado el grumete por su imaginación había tratado de distraerse viendo las filas de los marineros, para lo cual, dando la espalda al viento, se apoyó en la baranda de la cofa. Pero su fantasía no estaba sublimada por el aguardiente como la del guardia marino; buscando alguna distracción y dirigiendo la vista vagamente a otras partes, creyó distinguir tras de la popa el cabo de un mástil que a poco pasaba a estribor.

—¿Será el navío errante de los trópicos —se dijo a sí mismo Vena— o alguna barca abandonada, o contrabando del capitán?

Esta última idea le hizo mirar atentamente a don Delfín de la Rada que, teniendo los ojos bajos, entonaba los *orapronobis* con edificante devoción. Volvió Vena la vista a estribor y vio una multitud de caras horrendas que asomaban sobre la obra muerta, entre los amarres de las jarcias y todas con un apéndice semejante a una lengua de fuego. Detúvose aún sorprendido un momento, durante el cual saltaron sobre cubierta algunos de los piratas, con puñal entre los dientes, arcabuces en la mano derecha (la izquierda les había servido para subir al abordaje) y la terrible hacha al cinto de búfalo de color leonado.

—¡Enemigo a estribor! —gritó pavorosamente Vena y encaramándose por el mastelero, se acogió a la cruceta del juanete mayor, mientras una descarga de los bergantes puso fuera de combate a trece hombres, entre los cuales estaban el capitán y el contra maestre.

Doce facinerosos se dirigieron inmediatamente al pie del árbol mayor, en cuyo derredor estaban las armas de la tripulación de guardia. Drake entretanto intimaba la rendición, hiriendo él y quince hombres que le seguían con sus hachas, a los que indicaban intentar alguna resistencia. En breve tiempo se encontró dueño del buque, habiendo inutilizado a más de veinte marineros; los restantes, sin jefe, quedaron a discreción de Drake, que los hizo encerrar en el castillo de proa.

Comenzó luego el trasborde de los cajones de dinero, del oro en pasta, la sedería de China y algunos zurrónes de grana, tan estimada entonces en Europa, y al fin llevaron varias cajas de pertrechos de guerra y dos piezas pequeñas de artillería.

Juan Snail con doce piratas había entrado por las portas de popa para asegurarse de la Santa Bárbara; después de lo cual, registrando las bodegas, encontró a Alavez engrillado y, por lo mismo, ningún caso hizo de él. Mas éste, que a pocos momentos conoció la especie de gente que se había apoderado del galeón, cuando estuvo cierto del triunfo de los bergantes, llamó resueltamente a Snail.

—Llévame con vosotros —le dijo—; no quiero quedar aquí.

—*Well*. ¿Tú, caballero?

—Sí, sí; soy un hombre honrado.

—Pero tienes grillos. Te llevan a ahorcar o a cortarte la cabeza, y por ello quieres ir conmigo.

—Me llevan a quemar porque no soy idólatra como los castellanos.

—‘*Sdeath*. Si eres de la religión evangélica yo te salvaré.

Alavez manifestó con un movimiento de cabeza su asentimiento, y habiendo cargado con él Snail, le envió a la barca por una de las portas del galeón.

Terminada la obra de los piratas y habiendo quedado a bordo del *San Telmo* únicamente Drake con Snail y otro marinero, aquél se despidió costésmente del capellán, que no había podido moverse ni dejar el apoyo del árbol mayor.

—Deseo que el capitán se restablezca pronto y que el *San Telmo* llegue bien a Cádiz.

—*Ex... Exorcizo te*, quiero decir —contestó turbado el capellán— que agradezco la fienza de vuestra merced.

La Foca se dirigió a toda vela hacia el sureste, y habiendo corrido una hora, viró de bordo y singló hacia la barra de Tecolutla.

Pareciera imposible de ejecutarse un abordaje como el referido, si algunos años después no hubiera verificado otro más audaz el célebre Pedro Le Grand, a quien los españoles llamaban *Pie de palo* (usábale en efecto a causa de su cojera). Para dar a sus piratas el valor de la desesperación, hizo ir a pique su barca al mismo tiempo que se abordaba el buque castellano. Y la sorpresa fue tan completa, que él mismo anunció su victoria al capitán español. Éste se hallaba jugando a las cartas en su cámara, mientras los filibusteros ocupaban la cubierta y el entrepuente, sin haber sido sentidos de la tripulación.

—¿Con qué facultad —preguntó Drake a Snail— has hecho y traído un prisionero?

—Os diré, capitán, que no es prisionero, sino un mártir a quien liberté porque debemos proteger a los de nuestra religión.

—¿Sabes su nombre?

—Me ha dicho que se llama don Josef Alavez.

—Eso me parecía; mas no me habías dicho que te hubieras tornado musulmán.

—¡Yo musulmán! ‘*Sdeath!* Yo que he recibido el beneficio de oír predicar al Reverendo Juan Knox, el Reformador de Escocia, y una homilía a vuestro padre, *master* Drake. No entiendo vuestra chanza, capitán.

Tomando Drake un legajo leyó a Snail la carátula:

—*Proceso contra don Josef Alavez y Mudarra, sectario del falso profeta Mahoma.*

—*God damne my soul* —exclamó Snail—. ¡Y yo le he librado porque se lo prometí si pertenecía a la religión evangélica, lo que él me afirmó! Pero un inglés no queda atado por su palabra si la da condicional mente. ¿Es esto así, capitán?

—Y lo mismo sería aunque se tratase de un negro bozal, si no se llena la condición.

—Eso quería yo decir. Pues bien, siendo Alavez mi prisionero y pudiendo hacer de él lo que me agrade... porque creo que puedo hacerlo. ¿Es así, capitán?

—Veremos; prosigue.

—Nada más iba yo a decir, sino que me propongo encomendarle mi tesoro que tengo escondido en esta costa.

—Ahora yo soy el que no entiendo.

—¡Cómo, capitán! Habéis olvidado el último viaje que hicimos a la costa de África hace seis años? ¡Viaje maldito!... Una vez que la calma nos puso tan inmóviles a la altura del Senegal como si hubieran aprisionado a la *Judith* los hielos de Noruega, para sentir menos la combustión del sol bajo la línea, nos pusimos a charlar sobre lo que cada uno de nosotros haría con las ganancias del oficio y el mejor modo de guardarlas para que no se disipasen, como sabéis que sucede con el dinero de los marinos. «Lo más seguro —decía el piloto Sam Yellowish— es enterrarle en un lugar secreto y cuando esté seguro de que nadie le espía.» Un marinero observó que puede descubrirse por cualquier casualidad, mas el contraamaestre, Judas Hangman, aseguró que nada hay que temer si se confía la custodia del tesoro a un espíritu.

—Ya recuerdo... Consejas de Hangman.

—Perdonad, capitán. El contraamaestre iba acertado, y la prueba es que cuando se retiró de la profesión, construyó una hermosa taberna cerca del Támesis en Londres, y tiene sobre el río cuatro botes tan suntuosos como el palacio del Duque de Leicester. Además, *master* Hawkins aprobó la idea y nos habló de ciertos dragones que solía haber en las cavernas y escondrijos donde se guardaban tesoros.

—¡Bah! En todo caso continúe el prisionero bajo tu custodia y a mis órdenes por ahora.

Separado Juan Snail, quedó Drake un momento pensativo murmurando para sí.

—¡Josef Alavez!... Algo he sabido de este español: su nombre no me es desconocido.

Capítulo XXXVIII

ESPIRITISMO DE LOS FILIBUSTEROS

DOS DÍAS DESPUÉS de los acaecimientos descritos, daba fondo la barca en las arenas del río Tecolutla, cuando el sol iba a ponerse entre las crestas de la sierra.

La tripulación de la *Judith*, buque también anclado en lo interior de la barra desierta, recibió alegremente a sus compañeros de *La Foca*. Hecha en breve la descarga, y habiendo dado solemnemente gracias a Dios por orden de Drake, se dispersaron los piratas haciendo diversos ranchos, bajo el profuso ramaje de los manglares y en los kioscos formados por las palmeras. Faltaba uno de los principales elementos de disipación y desorden, y por lo mismo los bergantes se entregaron con más brutalidad a las ansias de juego y al furor de la embriaguez.

A la llegada de *La Foca* se había hallado entre los marineros de la *Judith* nuestro antiguo conocido Alonso, que en odio a los españoles mantenía ciertas relaciones con los piratas, lo mismo que hicieron más adelante los indígenas de Costa Firme, Yucatán y las playas del Darién.

—Me alegra verte, capitán Francisco, y para obsequiar al vencedor, te ofrezco esta agua de tamarindo. Al decir lo cual le presentó una jícara llena de aquella fresca bebida, que Drake agotó después de mezclarle una buena dosis de rom tomado de una botita que llevaba al cinto.

Alonso veía entretanto a los que saltaban a tierra y, reconociendo entre ellos a don Josef Alavez, apenas pudo contener una exclamación de sorpresa y preguntó al capitán:

—¿Cómo está ese hombre contigo? ¿Le conoces?

—Es don Josef Alavez y acaso tú le conozcas más que yo, según tu pregunta. Espera para que me informes.

Separóse Drake para dar algunas órdenes y después de media hora volvió a oír las noticias sobre Alavez que le había prometido Alonso. Refirió éste el asesinato de Van der Ulmen, indicó la sospecha de que el mismo Alavez hubiese acusado a Adriano ante la Inquisición, y lo que su sagacidad le había hecho conjeturar sobre haberse enmarañado Alavez en sus mismas redes, cayendo así en manos de aquel Tribunal. Habiendo concluido Alonso su narración le preguntó Drake:

—¿Me has hablado otra vez algo sobre esta historia?

—Cierto, pero acababas de comer y beb...

—Eso es: el trabajo de dirigir me impide fijar la atención.

Pronto puso en claro aquellos hechos Drake, leyendo el principio de la causa formada a Alavez y mostrando la exagerada indignación de un pícaro, cuando se propone hacer el papel de juez íntegro porque se le viene a las garras otro mas pícaro

que él.

—¡Facineroso, facinerosísimo! —exclamó al fin y llamando al filibustero más cercano le dijo—: Zac Cuttler, venga Juan Snail y guarda tu entretanto a su prisionero. ¡Cuidado para que no se escape!

Alonso esperó el fin de la escena con la impasibilidad de su raza.

Snail se presentó a poco casi sin indicios de embriaguez, cerciorado de lo cual su capitán le dijo:

—¿Tienes empeño en qué tu tesoro esté custodiado?

—De seguro, Master Frank, y más ahora que parte de la última presa me ha de corresponder.

—En efecto, mañana a las ocho se hará la distribución. ¿Te bastarán catorce horas para confiar tu depósito?

—Me sobran, capitán; pero permitiréis que tome un bote para subir al río.

—Llévale, y Alonso, que acaso se volverá a su casa por el mismo camino, te ayudará al remo. Pero lo que ha sido deseo tuyo es ahora *orden mía*. No bebas con tus compañeros para que esta noche quede cumplida.

—Con todo gusto, capitán. Voy inmediatamente.

Snail previno a Alavez que le siguiera, fijó su hacha al cinto y se proveyó además de un trozo de jamón crudo, un pan pesado de maíz y una botella de rom.

—¿Adónde vamos? —se aventuró a preguntar Alavez después de dar unos veinte pasos y sobrecogido de terror al observar que los piratas todos, silenciosos e inmóviles, le miraban emprender su camino.

—Vas a cenar conmigo y te voy a confiar un secreto para que me sirvas.

Entrevio el morisco un rayo de esperanza y aun quiso andar apresuradamente, pero no se lo permitieron las llagas que los grillos le habían dejado. Bogaron después unas seis leguas contra la corriente, y habiendo hecho Snail que Alonso saltase a tierra a la derecha del río, avanzó algo más, manejando Alavez el otro remo, y fueron a desembarcar a la izquierda y al pie de la pequeña cordillera de San Pedro y San Pablo.

Habrían subido media legua por una senda tortuosa y enmarañada, iluminada apenas por la luna creciente, y entonces se hallaron al pie de una caverna, cuya entrada obstruían en parte alguna grandes rocas.

—Aquí tenemos sillas y mesa para la cena —dijo Snail, mezclando numerosos barbarismos que reformamos en obsequio de los lectores—. Haremos una fogata para estar seguros de los tigres.

En pocos minutos cortó con su hacha bastantes ramas secas, encendió lumbre, y con tres hachazos ligeros en un tallo de bambú, obtuvo dos copas para las libaciones. Queriendo hacer el papel de anfitrión con el aseo posible, tendió además una hoja de yaro para que figurasen como servilletas. Después de estos preparativos cortó en rebanadas el jamón y el pan, llenó las copas de aguardiente e invitó con instancia a Alavez para cenar. Rehusando éste el tocino y el rom, le dijo Snail:

—Si estuviéramos en Londres, te obsequiaría yo con buey asado y arenques ahumados que sazona Magde Lusty maravillosamente y con un *pórter* fabricado por mi amigo Hangman que inspira la alegría a los dos minutos; pero aquí has de contentarte con lo que hemos traído.

—Gracias. Bástame el pan y luego beberé agua.

—¡Hum! Yo quisiera hacerte alguna fineza, y que fuéramos amigos hasta donde es posible.

—Desempeñando tu encargo, te probaré mi amistad. ¿Qué quieres que haga por ti?

—*God damne...* No es tan fácil decirlo —y mientras combinaba sus ideas Snail, bebió media copa de rom.

—Oye —continuó— tengo enterrado un tesoro allí —y señaló un lugar a seis varas afuera de la entrada de la caverna.

—Mejor estará dentro de la cueva —observó Alavez para mantener el diálogo, porque Snail no acertaba a proseguir.

—No lo entiendes —contestó el pirata— porque más bien buscarán los curiosos dentro de la caverna que en un lugar despejado.

Con una segunda libación agotó el licor del vaso y volvió a llenarle inmediatamente.

—Ya sabes —continuó— que tu encargo se reduce a custodiar ese tesoro.

—Es muy fácil hacerle llevar a una hacienda que tengo en esta comarca, pues ya me es conocida, y allí estará tan seguro como bajo del anillo de Salomón.

—Mas el caso es que el tesoro no se ha de mover de aquí, ni tú tampoco.

—No te comprendo —observó Alavez— me sería necesario abandonar frecuentemente este lugar, para buscar el sustento, y tu depósito quedará entretanto sin guarda.

—*A thousand devils!* No necesitarás comer ni beber.

Aterrado el hijo de Alí, aspiró un litro de aire, porque entrevio una cosa más horrible que la presencia del verdugo Pedro Arbués. Snail, en vez de aire, sorbió medio vaso de rom, y después de guardar un rato de silencio, encontró un modo breve de acabar su discurso.

—Mi amigo Hangman —continuó— me comunicó su secreto. «Sacrifica un prisionero —me decía— sobre el lugar en que esté tu tesoro, y su sombra sangrienta ahuyentará de aquel sitio a cualquiera que intente robar. Jamás nadie ha descubierto lo que se confió a la custodia de un espíritu.»

Agotó Snail por segunda vez su copa de bambú y quedó moviendo la cabeza a un lado y otro, mientras inventaba la difícil transición del dicho al hecho. Alavez, por su parte, había recobrado en el despecho de la desesperación alguna energía de alma; calculó que la embriaguez del pirata le facilitaría en breve una senda de escape, y que el aguardiente le daría a él mismo algún vigor, necesario para cualquier evento. Muy deliberadamente tomó su vaso y bebió algunos tragos.

—Has pensado bien y voy a brindar a tu salud —dijo Snail, y habiendo llenado su vaso, redujo luego el licor a su mitad—. *A hundred hells!* Eso mismo hacemos nosotros al entrar a una refriega en que habrán de caer varios de los nuestros como moscas a la primer helada.

—Creo que tu amigo trataría de divertirse contándote una falsedad imposible —se aventuró a decir Alavez para que en el curso de la conversación madurara la embriaguez de Snail—. La amistad es mejor prenda de seguridad que no la sangre.

—La experiencia vale más que todo, y yo he visto a Judas Hangman rico, lo que prueba la bondad de su receta. Además, a esta hora debo cumplir la orden del capitán.

—Mas el capitán se había mostrado generoso conmigo.

—Cierto; antes que Alonso hablara con él.

—De suerte que si Alonso nada le hubiera dicho, no..., no estaría yo contigo.

—O si no hubiera hecho lo que Alonso ha contado.

Este sarcasmo, suelto a la ventura, hizo que relampaguease el furor en el rostro de Alavez. Alegróse el pirata de ver un anuncio de energía y disposición al combate en su víctima, y agotando por tercera vez su vaso y restregándose las manos exhaló un sonoro *God damn*. Continuó por algún tiempo la conversación, que Alavez anhelaba prolongar, pero al fin Snail le dijo resueltamente.

—Es necesario que mueras. Te fingiste hijo de la Iglesia evangélica para que yo te librara, y no eres más que un perro mahometano. Sabes mi secreto y no debes vivir; además creo que eres un hechicero, porque te estoy viendo con dos cabezas, y una es de animal feroz.

—Espera a que te baje el aguardiente —contestó Alavez con una calma laboriosa y torpemente fingida— y verás que estoy como siempre.

—¡Pícaro, quieres emborracharme para escaparte entretanto! —diciendo esto el filibustero se levantó empuñando el cuchillo, mas el embotamiento de la embriaguez le impidió asir a su víctima que se escapó por un lado exclamando angustiosamente:

—*Aláh ila Aláh; Mohamed resul ila*^[24] —mientras el cuchillo de Snail se rompía en la piedra que había servido de asiento al musulmán.

—Te mataré a pesar de tus lilailas —gritó el pirata descargando su arcabuz en la dirección en que había huido Alavez; sacando luego el hacha corrió en su persecución, pero habiendo salido de la zona iluminada por la luz de la hoguera, apenas podía juzgar de los objetos en el bosque, donde faltaba la luz de la luna envuelta en densas nubes. Creyó ver el cuerpo de Alavez en el bajo tronco de una alsófila^[25] marchita y le dio un hachazo que la hizo caer, estando podridas sus raíces; habiendo repetido cinco o seis golpes, quedó satisfecho de haber terminado el sacrificio del prisionero.

Alavez, imposibilitado por sus llagas de correr, había dado la vuelta mientras Snail hendía el suave tronco de la alsófila y se había escondido en la caverna.

Capítulo XXXIX

LA CACERÍA DEL TIGRE

LA CENA DE SNAIL tuvo dos testigos a pesar de todas las precauciones que había tomado para que su conversación con Alavez pasase a solas.

Fácilmente se adivinará que uno de aquellos fue Alonso. Su curiosidad, despierta por la orden de Drake, se excitó más con la singular confianza que anunciaban las primeras palabras de Snail a Alavez. El cacique siguió a lo lejos el bote, pasó a nado el río cuando vio atracar aquél en la orilla opuesta; tomó luego la misma vereda por donde los extraordinarios viajeros caminaban, y con la reserva y astucia de un gato se acercó para oír la conversación. Apenas hubo escuchado el proyecto del pirata, deshizo su camino, atravesó de nuevo el río y se dirigió apresuradamente hacia el Tajín.

El segundo testigo era de un género muy diverso: fue un tigre hembra que tres semanas antes había poblado la caverna con cuatro cachorros, dos de los cuales había devorado el padre, por lo que la fiera custodiaba a los otros con vigilante celo. Ni en la noche anterior ni en aquel día, había querido cazar o beber agua, y constreñida al fin por el hambre, iba a salir de su caverna, cuando Alavez y Snail llegaron allí. Volvióse al lado de sus hijos, mas prolongándose el diálogo de aquéllos, se aventuró la bestia a hacer su reconocimiento, y entonces fue cuando Snail vio confusamente una cabeza extraña en el fondo de la cueva y en la dirección de Alavez, que se había sentado dando la espalda al mismo fondo.

Acaso el tigre habría saltado sobre el filibustero que en la conversación ejecutaba los movimientos más animados; pero por la agresión de Snail al morisco se limitó a observar, y al estallido del arcabuz volvió al lado y a la defensa de sus hijos. Volvió a alarmarse cuando el musulmán entró a uno de los primeros senos de la caverna, donde se mantuvo casi inmóvil varias horas, continuando también la fiera en la custodia de su prole.

Tal vez discurrió que pasando de una actitud defensiva a la ofensiva, se libertaría del temor que le inspiraba el huésped importuno y saciaría al mismo tiempo el hambre, por lo que al anunciarse los primeros albores de la mañana, siguió cauta y lentamente a Alavez que salía a observar desde la entrada de la caverna.

El musulmán quedó satisfecho de su reconocimiento sobre el bosque silencioso aún; calculó que Snail estaría ya cerca del campo de los piratas para asistir a la división del botín, y recordando que su enemigo había usado el arcabuz y el hacha después de haberle amagado con el cuchillo, esperó encontrar esta arma caída acaso, entre las piedras. Al buscarla con la vista vislumbró las simétricas rosetas del pelaje y los ojos rutilantes del tigre.

Saltó Alavez a incrustarse entre las peñas de la entrada, para lo cual tuvo tiempo sobrado, pues el animal guardaba la quieta postura expectante peculiar de su raza, y apenas dio después cuatro pasos lentamente y arrastrándose sobre el vientre para no perder de vista al precito musulmán.

La naturaleza del hombre, embestida por tantas y tan lacerantes emociones, estaba próxima a sucumbir: en el naufragio de su inteligencia no acertó a dominarse, y sus miembros débiles comenzaron a sacudirse con movimientos tetánicos.

El tigre resintió entonces las cosquillas magnéticas de las fieras de su ralea, cuando miran o palpan las convulsiones de su víctima. Lamía blandamente el trémulo labio superior, y levantaba el polvo de la caverna con los voluptuosos y serpentinos movimientos de su larga cola.

Alavez, que al oír la resolución de Snail hubiera preferido las garras del verdugo de la Inquisición, anhelaba en aquel instante el hacha del pirata. Resignóse, al fin, como buen discípulo del Koran, é imitando el procién, o sea el mapache, cuando es atacado por un animal carnívoro, presentó la cerviz para que la muerte fuera instantánea.

Desconfiando el tigre de aquella posición extraordinaria tardaba en aferrar la presa. Alavez, entretanto, a la tierna luz de la mañana vio a lo lejos el edificio de su hacienda, lo que le arrancó un profundo suspiro. Fatigado de su postura y cediendo al instinto de conservación, varió de idea e intentó guarecerse en otro grupo de peñas fuera enteramente de la caverna. A la mitad del breve trecho sintió sobre sus espaldas las garras del tigre, que al mismo tiempo le trituraba el brazo derecho. En ese instante una bala cortó la vena yugular de la fiera, la cual cayó muerta al lado de su presa viva, aunque horriblemente lacerada.

Hemos dicho que Alonso, conocido el proyecto de Snail, se dirigió velozmente hacia el Tajín; proponíase llevar a Adriano con cualquier pretexto a la caverna y mostrarle allí el espectáculo de su perseguidor muerto, lo que en sus ideas de justicia, creía que debiera serle grato.

Hizo que despertasen a Dolmos para una cacería sorprendente y éste, con la ligereza y buen humor de la juventud, se dejó llevar en compañía de Pedro de Ircio y dos criados a los oteros de San Pedro y San Pablo.

Siendo azaroso un encuentro con Snail o la gente de su calaña, hizo Alonso que las armas estuvieran prevenidas; y dejados los caballos a corta distancia, se acercaron silenciosamente a la caverna. Vieron al tigre cuando se aprestaba a caer sobre un hombre, y Dolmos pudo prepararse y disparar oportunamente el tiro que dio muerte a la fiera.

—Diste fuego antes de tiempo —dijo Alonso dirigiéndose a Adriano.

—Si tardo un instante más, el tigre mata al hombre.

—Hubiera hecho bien —prosiguió Alonso—. Porque ese hombre es don Josef Alavez y Mudarra.

Todos se acercaron apresuradamente y removido con dificultad el cadáver del

tigre, pudieron los criados reconocer al antiguo propietario en aquella comarca, e Ircio al reo que había custodiado en el auto de fe. Atendieron luego a vendarle el brazo para evitar el desangramiento por las venas rotas, y cuando estuvo algo tranquilo con la presencia y por el auxilio de sus semejantes, le dijo Ircio designando a Adriano, que se había mantenido a alguna distancia:

—Dad las gracias a Dolmos, que os ha libertado del tigre.

—Sin su intervención, el dolor hubiera acabado para mí —contestó Alavez—. Ahora habréle de sufrir y por fin sin esperanza.

—Entonces es singular que, sin cometer ninguna falta, y antes haciendo una acción generosa, contribuya Adriano a que sufráis un castigo.

—¿Recordáis, Alavez —le dijo Dolmos—, que en los calabozos de la Inquisición esperé en la Providencia?

—Y acaso por esto, yo, Familiar del Santo Tribunal —continuó Ircio, a quien había indignado la respuesta de Alavez—, estoy aquí para reclamaros como reo de su jurisdicción.

Al oír esta frase se marcó en el rostro del morisco una intensa rabia; desgarró la venda del brazo y, olvidando aun su islamismo, dejó extinguir la vida en la amargura de una impotente desesperación.

Capítulo XL

CONCLUSIÓN

DOS SEMANAS DESPUÉS de la muerte del morisco, el palacio arzobispal de México estaba sencillo, bien que profundamente adornado con arcos y guirnaldas hechos de hojas cuyos peciolos presentaban la tersura del marfil. Los pavimentos exteriores y las escaleras se hallaban cubiertos de mastranzo y poleo sobre los cuales se habían esparcido amapolas y alelís, claveles y guisantes de olor. El mismo adorno se veía en la casa de Van Opdam y en una de las pertenecientes al Estado de Cortés, que Adriano había tomado para su habitación.

Aquel lujo campestre provenía de una indicación que el Cónonigo Juan González hizo a sus neófitos de Xochimilco y San Ángel, por el tierno empeño que aquél había tenido en contribuir a la felicidad de Dolmos, después de haber hablado y escrito a los inquisidores frecuentemente en su favor.

La capilla arzobispal estaba adornada con todo el lujo religioso de aquella época y llena con las personas más distinguidas de México. Elvira, bella del tipo sajón, dominaba sobre las hermosas de la concurrencia, como su tez de rosa y sus cabellos de oro pálido sobre los encajes y blondas de Malinas que formaban su vestido nupcial. En los ojos azules de Adriano centelleaba el placer, y sólo quedaba en su rostro, como marca del pasado infortunio, una blancura mate que daba cierta gravedad interesante a su expresión.

Luego que don Pedro Moya de Contreras salió al altar con las vestiduras de su alta jerarquía, se acercaron Elvira con Olimpia y Adriano con Van Opdam. En el silencio que reinaba mientras el Arzobispo bendecía la unión de los amantes, se percibió el tierno murmullo de las preces que por ellos hacía en un ángulo remoto el ermitaño del Pedregal. Habiendo terminado sus ceremonias el Arzobispo, el sacerdote recluso cubrió su pobre vestido de buriel con los ricos ornamentos de la capilla y dijo la misa de velación.

Hemos concluido nuestro deber de historiador que consiste, como el de la amistad, en acompañar al protagonista *usque ad aras*, cuando la historia no acaba trágicamente. Mas, como algunos lectores desean saber la suerte aun de los personajes secundarios, diremos en pocas palabras lo que hemos podido indicar respecto de algunos.

Para evitar los funestísimos recuerdos, ni Elvira ni Adriano deseaba volver al Tajín. Pedro de Ircio se empeñó en comprarle, mas los esposos rehusaron sus proposiciones y dividieron aquellos terrenos, dando a Martín cinco leguas cuadradas al sur del río de Tecolutla, y a Alonso una extensión igual al norte, donde pocos años después fundó con sus antiguos súbditos el pueblo de Papantla. Manifestó a Dolmos

el convenio que había hecho con su padre para la explotación del placer de oro, y Adriano le propuso que sólo se trabajase para él por cuatro meses. Así se ejecutó, cuidando Alonso de que no quedara después ningún vestigio.

Olimpia y Bocanegra, siguiendo el seductor ejemplo de sus amigos, se casaron pocos meses después: teniendo ambos el sentimiento de que su enlace causara la infelicidad de Francisco Gamboa. Si éste hubiera vivido en nuestros días acaso se habría suicidado; en el año de 1574 se hizo fraile y, según el Padre Torquemada (que no se olvida de indicar cuán «indevoto de religiosos había sido el paje del Virrey») fue después en la orden un sacerdote ejemplar.

Lope Delgadillo que, por haberle tocado en suerte una esposa casta, promovió una demanda al astrólogo don Saturnino de Luna, perdió el litigio y, lo que fue peor, creyó tener motivos para variar de opinión respecto de su consorte. En su furor resolvió dar, y dio en efecto, una paliza a Luna. El autor de las memorias que hemos consultado duda si el astrólogo murió de la paliza (son sus palabras) o «del médico que le curó, un cierto Micer Andrés Dorantes».

Respecto del bachiller Antón Mínguez, gran campeón en la batalla de Santa María la Redonda, no hemos podido obtener algunas noticias sino con gran dificultad porque, habiéndole conseguido el conquistador Aguirrevengoa el nombramiento de capellán para la ermita de los Mártires, que fabricó Juan Garrido, se había hecho llamar el Beneficiado de los Mártires. Estos bienaventurados fueron unos doscientos soldados de Cortés que, habiendo salido en la Noche Triste sobrecargados con el oro que robaron en el palacio de Axayácatl, no pudieron ni huir ni defenderse y fueron aprehendidos y sacrificados por los mexicanos.

Aunque el sueldo era sólo de cien pesos anuales, el bachiller vivía contento allí, lejos de «los azules» (como él solía decir) y aun se mandó hacer una sotana de capichola y había comenzado a engordar. Sin embargo, murió a poco tiempo de modorra, según refiere nuestro manuscrito, esto es, de un ataque apoplético que le sobrevino al ver que, junto a su ermita desmantelada y casi derruida, se trazaba la planta de la célebre iglesia de San Hipólito y de un vasto convento para ciertos frailes nuevos de color de café, que acababa de inventar en México el Venerable Bernardino Alavez de Utrera para un filantrópico objeto y con el nombre de Hermanos de la Caridad.

Notas

[1] El duque de Almodóvar, director de la Real Academia de la Historia, hacía imprimir en el tomo 5.º de su *Establecimientos Ultramarinos* (Madrid, 1790), estas palabras: «No hagamos mención de Hernán Cortés, Pizarro y demás conquistadores: sanguinarios, crueles, fanáticos, codiciosos, cuyos defectos no debemos negar ni defender: otros, humanos, etc.» A pesar de la salva indicada en el segundo miembro de este período, se marca el juicio del historiador sobradamente. <<

[2] Capítulo 56 del *Koran*. <<

[3] Torquemada data la conjuración abortada de Juan Venegas en 1549. <<

[4] Zegrí traduce el nombre de México como lo hizo al griego el Padre Abadiano: *Selenopolis*, Ciudad de la Luna. <<

[5] La primitiva Veracruz se fundó en el lugar en que se halla la actual, pero a pocos meses Juan de Escalante trasladó la colonia al punto llamado hoy la Antigua, que hasta 1580 fue la Nueva Veracruz. En ese período se conocía con el nombre de Buitrón el local de la primer colonia. <<

[6] Mientras volvemos a presentar a Snail, advertiremos que su narración coincide con las noticias de Van Laet y las de un escritor español. Torquemada sólo indica que «Don Martín Enríquez tuvo dares y tomares en Ulúa con Juan Aquines». Betancourt nos ha transmitido que los prisioneros fueron destinados a las canteras de Santa Marta. <<

[7] Torquemada. <<

[8] Si el lector desea saber el fin de esta aventura, consulte a Torquemada y el *Teatro de Betancourt*; verá que ni la amenaza del ahorcamiento, ni el asalto a los indígenas para surtirse de agua y comestibles son de nuestra invención, por lo que dejamos todo su mérito al Provincial de Santo Domingo, Fray Bernardino Alburquerque, después dignísimo obispo de Oaxaca. <<

[9] Línea actual de San José el Carmen. <<

[10] El Mississipi. <<

[11] Isla de Terranova. <<

[12] Vámonos, porque amenaza la tempestad. <<

[13] Esta es la significación de Toto nacó. <<

[14] Aventuraríamos esta conjetura y esta etimología aun en una obra más seria que una novela. <<

[15] «El que se atormenta a sí mismo»: título de una comedia de Terencio. <<

[16] En medio del manantial de los deleites hay una infiltración amarga que marchita las flores que le rodean.—Persio. <<

[17] La designación de constelaciones que acaba de leerse, no es invención del autor. Se halla en el *Reportorio de los tiempos y Historia natural de otra Nueva España* (México, 1606) de Henrico Martínez, tratado 3.º. <<

[18] Aquella residencia y las notas derivadas de su texto por don Fernando Ramírez, comprueban la opinión asentada arriba. <<

[19] Tal es la noticia de Torquemada, añadiendo la circunstancia de que el Canónigo González no usaba luz de noche. <<

[20] Cotton Mather, *Wonders of the Invisible World, or Salem Witchcraft Trials* (1693).

<<

[21] Ofensiva a los oídos piadosos, que saben a herejía, formal y materialmente heréticas. <<

[22] El célebre demonólogo Delrío transcribe la prevención, que copiamos para que no se juzgue invención nuestra: *Debent capilli capitis et barbae abradi, imo et per totum corpus, etiam in partibus secretioribus... Unde et Cumanus inquisitor unam et quadraginta maleficas incinerari mandavit, omnibus per totum corpus abrasis.* Habiéndonos propuesto ser imparciales, citaremos un procedimiento análogo, que empleaban los jurados de Nueva Inglaterra para reconocer a las hechiceras: ... *having been usual —se dice en la obra Salem Witchcraft— to search the accused for teats upon some parts of her body, not here to be named.*—Part. V, pág. 229. <<

[23] Tal es la genealogía que el Padre Mariana da a los Alaveces. <<

[24] Dios es Dios; Mahoma es su profeta. <<

[25] Tocapaz en el totonaco. Rabo de león en la costa del sur. <<